

ELLA ERA ISLANDIA



MANUEL MIRA

ELLA ERA ISLANDIA

Manuel Mira

© Manuel Mira 2019

© de la cubierta Alejandro Fernández Cornejo 2019

© de la edición Rafael Torres Montero 2019

Está prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, incluyendo fotocopias y la difusión por internet, así como la distribución de ejemplares de esta obra mediante alquiler o préstamo público sin permiso de los titulares del copyright.

Para solicitar permiso o más información pueden dirigirse al editor mediante el correo electrónico: ratomon@ratomon.com

Primera edición electrónica: *Alicante, diciembre de 2019*

Rafael Torres Montero (editor)

*Qué dicha para todos los hombres,
Islandia de los mares, que existas.*

JORGE LUIS BORGES

*Para Isabel, con la
que he subido y subo
a los glaciares.*

Exordio

AVISTAMIENTO DE UN BÚHO NÍVEO EN EL ESPACIO AÉREO ISLANDÉS

En su edición del 23 de mayo de 2003, el diario *Segulljós*, de Reikiavik, destacaba en portada la noticia de que un búho níveo había sobrevolado días atrás el Valle de Thingvellir. En esa llanura, agrietada por las sacudidas de los terremotos y erosionada por los ríos de lava de los volcanes, se asentó, hace más de un milenio, el Primer Parlamento de Hombres Libres del Mundo. Hacía más de medio siglo que un búho níveo no irrumpía en el espacio aéreo islandés.

Afortunadamente, la llamada telefónica que hizo al periódico un administrativo del Centro de Visitantes del Valle de Thingvellir venció la resistencia de quienes recelaban del impacto que pudiera causar entre los lectores una noticia tan poco convencional: “¡Fue un espectáculo de una belleza sobrenatural!”, exclamó el funcionario.

El consejo de redacción se dejó guiar por el sentimiento compartido de veneración a la tierra y a sus símbolos. El búho níveo es uno de los más preclaros, genuinamente islandés. Muchos islandeses atribuyen a los búhos blancos poderes de premoniciones y hechizos.

A las razones profesionales que valoraban el interés periodístico de la noticia, se añadieron las que resaltaban su relación con las primeras asambleas democráticas del pueblo soberano de Islandia. Algunas leyendas recogidas en sagas y *eddas* relatan que eran los búhos níveos los que anunciaban, a modo de arcángeles flamígeros, el comienzo de aquellas primeras convenciones de hombres libres.

Fue un tal Stefan Olafsson, asentado en Borgarnes, en la costa occidental de la isla, de profesión maestro y aficionado a la ornitología, el primero en descubrir el vuelo de la rapaz.

Según su relato, todo ocurrió cuando se disponía a revisar los cuadernos con ejercicios de matemáticas que sus alumnos habían

hecho durante la mañana. Reconoció al búho al instante, sobrevolando con sus alas extendidas las calvas con pelusa verde de los acantilados. Excitado, Stefan sólo atendió al impulso de salir corriendo campo a través dispuesto a seguir la estela del pájaro.

El búho dejó tras de sí una línea imperceptible de sombra en la tierra abrasada. Olafsson quiso adivinar su rumbo. ¿Hacia las cumbres peladas y ardientes del volcán Hekla? Su última visión parecía presagiar que las alas rolaban el viento hacia el este.

Nada más regresar a su casa, Stefan Olafsson envió un correo electrónico a su amigo Orri Christiansson, el avistador de pájaros situado más al norte de la isla. Después, repitió el mensaje con destino a la sección medioambiental del *Segulljós*.

Resultaba extraño, pese a todo, que el periódico de mayor difusión de Islandia abriese la edición del día con esa noticia, mucho más tras compararla con otras llamadas en portada de mayor empaque. Por ejemplo, las investigaciones iniciadas por un equipo de ecologistas de fondos marinos para averiguar el origen de la progresiva degradación de los bancos de arenques en el norte de la isla.

En el centro de la página se ofrecía una fotografía a color de la princesa Victoria de Suecia acompañando a un grupo de economistas y banqueros que asistían al Congreso Internacional *The New Rules of Leadership in the World*, inaugurado en Estocolmo el día anterior. Al congreso asistían cientos de expertos en economía de todo el mundo, entre ellos Sören Petursson, *Chairman* del North Icelandic Bank.

No paraba ahí la cosa. La noticia del avistamiento también *mandaba* sobre otras informaciones culturales. El tenor José Carreras había llegado a Reikiavik para dar un concierto en el Opera Auditórium, y se anunciaba la inminente presencia en la isla de Freyja Sveinsson, prestigiosa filóloga noruega, de ascendencia islandesa, para pronunciar una conferencia en Akureyri acerca de sus últimas investigaciones en materia de sagas y manuscritos medievales.

El consejo de redacción del diario acordó el mismo día constituir una comisión de seguimiento de la noticia, coordinada por Jónas Sveinsson, biólogo, especialista en ecología marina y ornitólogo. Lo

primero que hizo Jónas Sveinsson fue hablar con las tres personas que habían sido testigos del vuelo de la rapaz. Poco más de lo que ya había dejado escrito en su correo electrónico del día anterior pudo añadir Stefan Olafsson. Por su parte, el administrativo del Centro de Visitantes, de nombre Eric Johansson, añadió a su primera declaración que el búho níveo planeó varias veces, con *majestuosa quietud*, sobre las grietas del templo asambleario y posó sus garras sobre el púlpito desde el que los *godar*, los más antiguos *speakers* en la historia del parlamentarismo, dirigían su palabra a los congregados.

Orri Christiansson, el tercer hombre, reveló al periodista que había podido localizar el vuelo del pájaro setenta horas después de que le avisara su colega de Borgarnes. A Orri le resultó fácil deducir que se trataba de una hembra, debido a su gran tamaño. La vio en las inmediaciones del fiordo de Vopna (donde había montado un puesto de vigilancia desde primeras horas de la mañana) y la fotografió a unos trescientos metros de distancia empleando un gran objetivo.

Christiansson sostenía la opinión de que la rapaz se dirigía a la isla de Papasey, a poco más de dos millas de la costa oriental de Islandia. A Jónas Sveinsson le resultó sorprendente esta hipótesis. Precisamente en ese islote sobrevivió, hasta los primeros años del pasado siglo, el último ejemplar de alca imperial del planeta. Otro de los pájaros mágicos de Islandia. Su destino final sería el norte, aventuró Orri Christiansson con absoluto convencimiento. Para este experimentado controlador de los vuelos de las aves, *observador de huellas invisibles* —así describió su trabajo el periodista-ornitólogo en uno de los reportajes—, la presencia de la blanca rapaz surcando los glaciares de Islandia anunciaba prodigios extraordinarios.

1

ROALD SVEINSSON

Me pregunto qué hago a bordo de esta cáscara de nuez perdida en el Ártico. Aunque a primera vista calculo que su eslora podría rondar los diez metros. su apariencia es la de un corcho hueco, insignificante en el infinito océano.

Sus velas son cuadradas. Vikingas. Parece una arboladura rudimentaria, pero cobra una belleza celeste conforme se abre camino en la soledad en la que avanza. Tengo la impresión de que es mi aliento lo que impulsa sus velas. O mejor, nuestro aliento, el de los tres, también el de Freyja. Aun dormida, su corazón es el pulso del viento.

Aún me asaltan momentos de incertidumbre, pero cada vez menos. Ahora, por ejemplo, no acierto a distinguir la diferencia entre el horizonte y mi conciencia. Es como si la línea difusa que parte en dos al inmenso océano fuese la misma que raya mis pupilas. En ocasiones he llegado a pensar que no avanzaba porque me había detenido para siempre en el océano, cuando en realidad lo que me ocurre es que ya nada puede detenerme. Es decir, he avanzado tanto que no alcanzo a ver dónde me encuentro.

Y cuanto más me recreo en esa especie de encantamiento, más áspera resuena la voz del anciano capitán.

—Lo que importa es llegar a la isla adonde nunca se llega.

Es como la voz de un resucitado. A veces, yo también creo que he resucitado.

He oído decir que los antiguos vikingos hacían la travesía hasta Islandia en seis días. No recuerdo cuándo partimos nosotros desde el embarcadero de Å. Tampoco sé qué día es hoy. La hora que marca mi reloj es falsa. Las cuatro. No estoy seguro si de la mañana

o de la tarde. Aunque el sol baña el mar con una tibieza virginal, podría ser de noche, tal como yo entiendo la noche, es decir, oscuridad. Pero hace tiempo que abandoné la oscuridad. Lo único cierto es que estamos en el mes de junio de 2004, un año y dos semanas después, más o menos, del día en que ella atravesó la puerta lateral del auditorio de Estocolmo escoltada por dos hombres rubios y pulcros, que parecían ejercer de altivos pajes, y con la gente puesta en pie y encorvando ligeramente sus cabezas. Yo también empecé a venerarla desde aquel día de primavera.

Ahora duerme, abajo, en el pequeño camarote del barco, y mi más ferviente deseo es que despierte pronto. Desde hace días una extraña dolencia la tiene postrada, indiferente ante cualquier perspectiva de vacío o de plenitud.

Roald Sveinsson habla mirando al viento que le da de cara, aferrando sus manos al timón del desvencijado bacaladero. El brillo de las escamas del mar le da en el rostro y ciega sus ojos. Cuando le observo tengo la impresión de que otra clase de luz le llega de dentro y enciende su frente. La historia de aquel hombre seguía siendo un enigma para mí, aunque Freyja me había transmitido una confianza ciega en él. Recuerdo las primeras palabras que pronunció sobre su abuelo en el Edda Historiska Centrum de Estocolmo: “Él es la memoria.” Entonces, no la entendí.

Quiso decir que en la cabeza del hombre que tenía frente a mí reinaba la historia de un mundo en la que se compendia la energía de todos los mundos. Pensé que si un hombre era la memoria viva del mundo —es lo que ella vino a decir entonces—, su cerebro debía de ser como un libro que nunca se termina de leer.

Ahora, poco más de un año después de oír por primera vez su nombre, todo es distinto. Al observar su regia estampa en la cubierta del *Ragnar II* hasta me atrevo a remontar el curso de los últimos once siglos siguiendo las huellas de sus antepasados por los mares que nos disponemos a surcar.

—No debemos confundirnos con otras islas, también de belleza extraordinaria, que nos saldrán al paso —dice Roald. Sigue hablando al viento empleando un lenguaje que a veces me resulta críptico. Pero me sorprende a mí mismo cuando acierto a ver algunas luces al final de sus palabras.

—¿A qué islas se refiere? —pregunto.

—Vilmond habla de ellas en sus códices.

Da por sentado que conozco los relatos de Vilmond. Asiento con la cabeza. Oí hablar de ellos, es cierto, pero no los leí. Él se muerde los labios y estira su cuello por la boca del impermeable amarillo que le cubre casi todo el cuerpo, sin dejar de sujetar el timón.

—¿La de los Dorados Surtidores? —inquiero, recordando el relato que un día escuché en boca de Thor Thorgilsson.

Roald desvía su mirada para escudriñarme. El nombre de Thor Thorgilsson aviva en sus ojos un cúmulo de emociones.

—En efecto, la isla de Las Ballenas de Dorados Surtidores; y la isla del Cráter de las Espigas. Desconocidas. La que nosotros buscamos no se ve. Sólo se aparece. Emerge de las aguas y luego desaparece.

—Emerge y desaparece...

—Eso es. Pero no hay que confundirla con la gran ballena que se muerde la cola. ¿Has oído hablar alguna vez de esa ballena?

—La misma que figura en el escudo de armas de Ankhus. Thor Thorgilsson nos habló de ella —respondo—. Y ahora reconozco que, a pesar de estar ciego, Thor parecía estar viéndola...

—El ciego que ve. Eso es. *El Hombre de los Pájaros*.

Me conmueve observar sus ojos audaces, su cuerpo de gigante erguido como una estatua que se alza en el mar.

—Thor Thorgilsson también nos habló de una isla que se mueve y desaparece —insisto—. Algunas islas se deslizan por los desplazamientos de las placas oceánicas de la litosfera. Tal vez usted se refiera a esa misma.

Roald mueve la cabeza de arriba abajo y se recoge en un silencio hermético. Desde el sitial en popa, entorna los ojos para observar las últimas sombras de la tierra que se hunde por el este. Hacía algún tiempo, no sé cuánto, que habíamos rebasado la corriente del Maelstrom, la misma a la que un día acudieron Edgar Allan Poe y Jules Verne en su intento de descubrir el impenetrable abismo.

A bordo del barco, capitaneado por Roald, nos dirigimos Freyja y yo a un final desconocido. Antes del viaje, había escuchado a Freyja

decir —en uno de sus escasos momentos de lucidez— que nuestro destino se situaba *al norte de Å*, lo cual no deja de ser un misterio en sí mismo.

Sabía que Å era el lugar donde vivía Roald con su hijo Bödvar y en donde había nacido Freyja, su nieta. Pero el simple enunciado del nombre de la aldea, en el extremo occidental de las islas Lofoten, en Noruega, despertaba en mi mente algunas especulaciones sobre el principio y el final de todas las cosas. No creo conveniente reavivarlas en estos momentos iniciales de la travesía.

Nunca Roald había revelado el nombre de la isla a la que no se llega —seguramente no tenía nombre—, ni cuándo logró desembarcar en sus costas en compañía del *Hombre de los Pájaros*, hace... no sé cuántos años; un tiempo inmemorial. Su localización en los mapas, que intenté en vano, era asimismo un misterio.

—Me gustaría que me hablara de esa isla. Sé que estuvo en ella y que junto a sus playas crecía una vegetación exuberante a pesar de estar sitiada por enormes témpanos de hielo.

—No es el momento.

Él sabía que Freyja y yo habíamos escuchado el sobrecogedor relato de Thor Thorgilsson recordando el instante en que ambos lograron acceder a la gruta donde los búhos níveos custodiaban el Libro de las Páginas Infinitas. Varios lobos blancos les guiaron hasta el lugar. Mientras trotaban, derramaban luces que se prendían en la aurora boreal. Ése era el único testimonio que Freyja y yo conocíamos acerca del final del viaje que habíamos emprendido.

El viejo capitán había planificado la travesía con rigurosa meticulosidad. Momentos antes de partir, Bödvar, su hijo, me confesó que nada más saber que su nieta regresaba a Noruega en mi compañía, tras su accidente en Madrid, Roald se había entregado en cuerpo y alma a la preparación del viaje. El tiempo era bonancible. Los vientos favorecían el vuelo de las aves. *El Ragnar II* era como el espíritu del búho níveo en busca de esa isla, en palabras de Roald.

—Pronto aparecerá.

Cada vez que lo decía, yo miraba al cielo, por si descubría su vuelo, y así permanecía horas enteras mientras creía escuchar la respiración de Freyja.

Días antes de zarpar, Roald se sentaba en los carcomidos tablones del embarcadero de Å. Pasaba horas interminables mirando a las estrellas, con tanto embelesamiento que parecía entender las señales de los astros. Aseguraba que las estrellas le habían descrito la carta de navegación, la cual había plasmado en su mente como un sello indeleble, y que todas las noches repasaba la ruta hasta la isla a la que no se podía llegar. Se sentía feliz de poder hacer realidad los deseos de su nieta y de aquel hombre que la acompañaba y que había abandonado por su amor los cuantiosos bienes terrenales que poseía. Es lo que supongo que Bödvar, su hijo, le había informado sobre mí.

Acerca de mí, de Alonso Bulnes, sólo sabía que era español y un importante hombre de negocios. Desconozco si Bödvar le descubrió alguna otra faceta de mi vida; mi condición de principal accionista de una poderosa entidad financiera, por ejemplo... Mis conexiones con *The Federation*... Si era así, imagino que también le diría que nada de eso existe ya, y que mi inmenso y fatuo poder se ha volatilizado. No hubo necesidad de que yo le diera más explicaciones, ni él me las pidió.

También me confesó Bödvar que, semanas antes y durante varios días que a él se le hicieron interminables, su padre salió a mar abierto y se abandonó a las primeras embestidas del Maelstrom para someter a una prueba de resistencia al bacaladero. Situó su vieja embarcación sobre el mismo vórtice de la corriente para que el mar le transmitiera los augurios del viento. Cuando estuvo seguro de los mensajes recibidos, que sólo él era capaz de interpretar, regresó a puerto. La nave resistió.

Ahora acierto a comprender que su único empeño desde que nos vimos fue convencerme de que su bacaladero poseía la consistencia de las más experimentadas naves vikingas.

Su inglés es muy elemental y no siempre logro entenderlo, pero las veces que habló sobre ello creí adivinar que había empleado la palabra *insumergible*.

—¡*Unsinkable!*

Le gustaba pronunciar esa palabra. Roald estaba convencido de que lo era. Y de que yo también poseía esa condición.

Me explicó que hacía revisar el casco todos los años en un astillero de Svolvær, que las velas habían sido examinadas palmo a palmo por pescadores de Reine y que el motor auxiliar fue adquirido el pasado año en un astillero de Narvik: “Lo sometí a pruebas cada quince días”, me dijo en su lacónico inglés nada más subir a bordo. Antes de embarcar, pensé en alguna ocasión que el viaje era un suicidio. Un hermoso suicidio compartido con Freyja.

Al primer golpe de vista, me sorprendió la extraña estructura híbrida de la nave, a mitad de camino entre un *cutter* nórdico y un pesquero de bajura. Lo que más atrajo mi atención fue precisamente esa dualidad equívoca, el ingenioso artilugio que permitía que un modesto bacaladero, con puente de mando y cabina a popa, se transformara en un airoso velero cuando el mástil se plantaba en la sobrequilla, a modo de trinquete, y se colgaba de él una vela cuadrangular sobre una verga colocada de babor a estribor. Por su contorno trapezoidal, me pareció una vela cangreja, de ahí la primera impresión de que era un *cutter*, más aún cuando del mismo palo largaba una escandalosa. Las relingas que sujetaban las velas se manejaban con escotas montadas sobre ganchos, mientras que la verga se movía mediante brazas.

Con viento del sur y antes de rebasar el paralelo 68, Roald largó primero la cangreja, de vivos colores a rayas, y luego la escandalosa, de un rojo ardiente.

A mí me asignó al principio la tarea de fijar las escotas y las brazas de la verga. Mientras yo sujetaba las relingas, la voz del anciano volvió a tronar desde popa:

—¡El gran Ragnar no lo habría hecho mejor!

Pese a su edad, Roald es un hombre fornido, de tez sonrosada, largos cabellos grises y lacios que reposan sobre angulosos hombros, manos grandes y de una aspereza escamosa similar a la piel de los saurios, y ojos tan diminutos que apenas consisten en dos delgadas rayas grises a la sombra de unas arboladas cejas del color de las espigas de trigo. Salta sobre la carlinga, se mueve por cubierta con la agilidad de un sarrio, y cuando agarra con los garfios

de sus dedos —las patas de una iguana— el timón, el barco se aquieta como una manzana gravitando sobre un charco de aceite.

—No debemos preocuparnos —dice Roald en tono mayestático; más que escucharle, lo que hago es observar los destellos de sus palabras—: hace muchos años que las serpientes gigantes del mar fueron vencidas por el dios de las tormentas. Yo intervine en alguno de esos combates y sé que, aunque tuviera que vérmelas de nuevo con cientos de alimañas empeñadas en sembrar la desgracia entre los hombres y destruir sus sueños, mi *Ragnar II* resistiría todos los ataques del embravecido mar, aun los más fieros y demolidores. ¡Sí, Ragnar Cara de Búho se sentiría orgulloso de mí!

Es evidente que alude al nombre de la embarcación en la que ahora surcamos el Ártico, pero, al endurecer su semblante y batir airosamente el cuello hacia atrás, he creído advertir en su gesto el propósito de imitar el porte recio de Ragnar, el primer eslabón de la Saga del Búho Níveo.

La primera vez que Freyja Sveinsson pronunció el nombre de su antepasado Ragnar Cara de Búho en el auditorio del Edda Historiska Centrum sacudió mi cuerpo un latigazo de perplejidad, sobre todo después de ver proyectado sobre la pantalla el dibujo de su primitiva, aunque imperial, estirpe: su rostro sereno y barbudo recogido bajo un casco de acero. Recupero las palabras y el gesto de Freyja ante cientos de rostros encandilados, entre ellos el mío: “Era tal su arte para navegar que, cuando el viento en contra superaba un ángulo de sesenta y cinco grados, los marineros vikingos aseguraban el cuello de vela cuadrada atándolo en la borda de barlovento con un botalón que utilizaban a la manera de bauprés para que la relinga delantera de la verga diera todo lo más de sí hacia delante, y de esta manera la vela se hinchaba como la de un moderno trinquete.”

—Como Ragnar, yo también sé navegar con el viento en contra —proclama Roald, orgulloso.

Se presiente por el oeste un liviano contraluz, y para mí que el viento está más en calma que nunca, como los ojos cuando se cierran. El anillo rojo del sol se ennegrece de repente. Hacia el norte, la claridad se ha fundido en una línea rosada. El mar se ha hecho más pequeño. La luz regresa, lanzada desde el norte, y se

despeña por las arrugas del anciano, al que contemplan más de noventa años —parece imposible que pueda manejarse con tanta soltura, pero es la edad que Freyja me ha dicho que tiene—. Su voz retumba y hace temblar las paredes del cielo y del mar:

—¿Sabías, Alonso, que el búho níveo ha estado sobrevolando las costas orientales de Islandia?

—Sí.

—¿Y que pronto surcará estos mares? —No sé lo que responder. Me observa con la gravedad de un mascarón—. Así está escrito en los libros de Thor Thorgilsson. Sólo tenemos que cuidarnos de los falsos dioses. ¿Tú crees en los dioses?

Otra vez parece que desvaría, pero no... Cuando habla se hinchan las venas de su cuello y de sus manos.

Mientras espera mi respuesta, entorna los ojos para trillar las veladuras del océano. Fija tanto su atención en el horizonte que por un momento creo que está a punto de apresar el vuelo de la rapaz que nos mostrará el camino de la isla ignota que buscamos, quizá perdida en la imaginación de los muertos.

Los muertos tienen más imaginación que los vivos, pienso. Por eso a veces creo que los tres estamos muertos. Sí, tal vez lo estemos. Pero Freyja duerme. Su respiración golpea las velas del *Ragnar II* como si bombeara el corazón del mundo.

—Responde a la pregunta, Alonso Bulnes.

—Yo sólo creo en Freyja y en sus sueños.

2

FREYJA SVEINSSON

De manera que decidí abandonarlo todo por una utopía y por una mujer con nombre de diosa: “Cuando lloraba la ausencia de su esposo Od, sus lágrimas se convertían en pétalos dorados”, leí en una enciclopedia del Grand Hotel de Estocolmo minutos después de que me sedujeran su porte y su palabra en el Edda Historiska Centrum.

Había poseído a Freyja por primera vez un día de finales de mayo de 2003 en el fiordo de Djúpivogur, en el este de Islandia, al tiempo que se apareaban las focas en los entrantes arenosos de la costa y el día se prolongaba durante la noche. El tiempo se detuvo en nuestras venas; nuestros pensamientos y gozos lo inmovilizaron.

Es posible que antes del primer roce con su cuerpo pensara que era una diosa. Apareció desnuda ante mí en el porche de la cabaña.

De cara al fiordo devorado por el rugiente mar, concebimos el sueño de Islandia: “La luz nórdica que transforma los cielos y el corazón de los hombres”, me confesó en el lecho, con el alba alzándose en sus ojos.

Así que decidí perderme para siempre en el laberinto de sus historias que unos días antes le había escuchado en Estocolmo. Ella era Islandia. Lo supe aquella primera noche cuando gemía entre mis brazos y adormecía mis pensamientos acariciándome con sus manos, buscadoras de oro viejo en mis entrañas.

Aquella noche, en la cabaña alzada sobre la colina del fiordo, empezamos a presentir que algo importante estaba trastocando nuestras vidas.

Ahora, ella yace abajo, me obsesiona, no ha cesado de dormir — con algunas fugaces interrupciones— desde que la rescaté del Hospital de Madrid. Fueron días de gran desasosiego. No pudo

acudir por su propio pie a la embajada de su país. Tuve que comparecer yo en su nombre. Gracias al embajador de Noruega pude resolver todos los trámites administrativos para su repatriación. A duras penas se mantuvo erguida en el taxi hasta el aeropuerto de Barajas. Descansó su cabeza en mi hombro en el avión que nos trajo a Noruega y luego en el barco que cruzó el Círculo Polar Ártico y nos dejó a las puertas de Å. Pese a todo, vencimos los obstáculos del viaje hasta su tierra. Creo que Freyja no era consciente de lo que ocurría a su alrededor, de mis prisas, de mi preocupación por ponerla a salvo. Si acaso, de que huíamos. Velozmente, como estrellas. Yo se lo decía cuando me miraba y forzaba un amago de sonrisa, apenas perceptible pero luminosa: “Escapamos a la velocidad de la luz, somos la luz”, y le susurraba la misma frase una y otra vez al oído. Ella asentía. Su mente se había abandonado a mi voluntad, pero entendía muy bien lo que yo quería transmitirle. Tampoco dirigió palabra alguna a Bødvar, su padre, ni a su abuelo Roald cuando, nada más llegar, los vio en la casa de Å. Hacía tiempo que no los abrazaba. Fue una recepción fría y silenciosa. Ellos se mostraron prudentes, no quisieron hacer más indagaciones sobre su estado físico. Deseaban evitarle cualquier confrontación con la realidad. Sabían lo que había ocurrido, cuanto había sufrido, pero evitaban hacer comentarios. Nada más llegar a su casa del embarcadero, envuelto en la algarabía de las gaviotas, ella se acostó. El mar se mecía bajo el suelo de la habitación. Antes de cerrar los ojos me sonrió. Intentaba gratificarme. “Gracias”, musitó. Durmió doce horas seguidas. Yo la desperté a medianoche para que comiera. Le había preparado un consomé de ave. Sorbió el caldo como un niño hambriento. Le suministré las medicinas que le correspondían a esa hora. Mientras lo hacía, de vez en cuando levantaba la cabeza, me suplicaba, no sé qué. Tal vez que tuviera paciencia. Al verla tan cansada, aquella noche le sugerí pos- poner el viaje hasta que ella se restableciera. “Es lo más prudente, tal vez lo mejor.” Me miró con fijeza, interrogándome, y negó con la cabeza. Levantó su mano derecha, quiso ser enérgica pero no pudo, y la posó sobre mi cabeza antes de susurrar a mi oído: “Escapamos”. Repetía la palabra que yo tantas veces había pronunciado, como si fuera el único vocablo que su mente fuera capaz de recordar y sus

labios de pronunciar. De acuerdo, de acuerdo, contesté, abrazándola. Escaparemos. Luego siguió durmiendo...

El tiempo es apacible y me la imagino transitándolo en su nube. Sólo me acobarda el cerco de la melancolía. Desde cubierta la oigo respirar. Cuando se hinchan, a punto de explotar —pero no hace viento—, las velas del *Ragnar II*, imparable como un meteorito, siempre rumbo al norte, escucho que su cuerpo se mueve abajo, tal vez murmura algo, o pretende hacerlo, sería una buena señal. Sí, tal vez su mente empieza a experimentar los cambios que me anunció el doctor Uría en el Hospital de Madrid.

Desde que iniciamos la travesía apareció tres o cuatro veces en cubierta. Avanzaba con lentitud, como una garza en un estanque lleno de luz, envuelta en una túnica de color rojo, con la bufanda enrollada al cuello y un gorro negro de marinero que le recogía la trenza africana. Se abraza al palo central para escrutar el horizonte. Parece desfallecer. Yo abandono las relingas, me levanto, le tiendo la mano cuando su mirada ausente se asoma por la escotilla. Se sienta junto a mí, me cubre las manos con las suyas. Luego su cabeza se recuesta en mi pecho y al poco se queda dormida, ausente. Doy unas palmadas suaves en sus mejillas y, después del parpadeo de sus ojos, cuando creo que recobra el conocimiento, tambaleándose, la ayudo a caminar y a bajar de nuevo al camarote.

—Volverá a ser quien era cuando surja el búho níveo —dice Roald, desde el puente de mando de la nave—. Será pronto. Empieza a soplar el viento del sol, aunque sin fuerza.

Es la primera vez que alguien me habla de esa clase de viento. No me lo imagino.

Ella parece que escucha a su abuelo, pues asiente dulcemente con la cabeza. Bajo la escala con ella en los brazos. El camarote es como un pequeño escenario teatral, con focos iluminando los rincones más inaccesibles y uno cenital sobre el pecho de Freyja. Me paso horas observando esa luz que se clava en su frente después de atravesar la cabina. De vez en cuando Roald reclama mi presencia en cubierta. ¿Habrà visto algo? Me asomo por la escotilla, pregunto, no me responde. Quizás esté cansado y pide un relevo en el timón. Abajo, destella su impermeable en el anillo de un ojo de buey.

Hace semanas que pretendo averiguar por qué no se cuartean las cadenas que mantienen a Freyja aún presa de las tinieblas. Su respiración agita el camafeo con las cenizas de los volcanes islandeses que cuelga de su pecho. El mismo que exhibía en Estocolmo y elevó a la vista de todos como si se tratara del Santo Grial. Cuando duerme procuro no hacer ruido. Mi mano en su frente. Está fría.

Desde que abandonamos Madrid todo parece que empieza a ser distinto, aunque su cuerpo siga comportándose como el de un autómatas y sus impulsos obedezcan a razones que sin duda tienen que ver con los sucesos que a punto estuvieron de costarle la vida; pero su mirada ha recuperado un cierto brillo, y, aunque con dificultad, algunas palabras pueden ya deslizarse por sus labios. No debo forzarla.

“Un traumatismo con fuerte impacto emocional”, fueron las palabras del doctor Uría en el Hospital Gregorio Marañón de Madrid. Escueto diagnóstico. Le rogué que fuera más explícito. Arqueó los hombros. “Tenga paciencia”, me consoló su rostro amable. El doctor no se atrevía a señalar el final de aquel proceso de *anergia mental* que la había apartado del mundo.

Durante el viaje hasta Bödo, antes de embarcar en el ferry que nos condujo a Svolveer, creí advertir en ella síntomas de recuperación. Fugaces espejismos: “Estoy muy cansada”, me dijo al poco de la engañosa reacción. Entonces fijó sus ojos en la distancia: nada existía a su alrededor. Ahora es diferente. No me atrevo a adelantar acontecimientos, pero creo que conforme avanzamos en el camino de lo desconocido a ella se le abren algunas de las puertas que estaban cerradas.

En ocasiones, cuando contemplo su rostro dormido —exhausto, tras el largo viaje; de Madrid a Oslo; de Oslo a Bödo; de Bödo a Svolveer; de Svolveer a Å, de Å rumbo al Norte—, he revivido la sensación de verla caminando por el pasillo del Edda Historiska Centrum. Pasó por delante de mí y se detuvo una décima de segundo antes de subir las escalerillas que accedían al estrado del auditorio. Algo en mi interior se paró en seco, como en el diapasón de una arritmia violenta, y se puso en movimiento segundos después con el ritmo cambiado y un súbito estremecimiento

acompañado de sabores y olores nuevos, de pensamientos que llegaban de lejos. Su traje de chaqueta rozó mi mano apoyada en el respaldo de la butaca de delante. Quise ver en su mirada, en el breve instante en que la dirigió hacia mí, un fondo de aturdimiento, de irrelevante conspiración. Su caminar había dejado tras de sí un hilo de perfume que no supe distinguir. Creí que la había visto incluso antes de nacer. En realidad, eso es lo que ocurrió. Se me apareció, mi vida se detuvo y volví a recuperar su visión, la que me ha acompañado desde entonces. Medio turbado, imaginé que así sería el principio del mundo.

Observo cómo respira. Su pecho se levanta pausadamente. Es un cuerpo de blancura céltica.

La impaciencia que me produjo aquel primer encuentro me empujó, nada más concluir la conferencia, a recabar información sobre aquella mujer. Tenía que dar con alguna señal acerca de su vida. Algo, un simple indicio, una palabra, una referencia, un número, una visión, que pudiera proporcionarme la razón de aquel estremecimiento, el tránsito del vacío a la nada, de la nada a la vida. Pero sólo pude averiguar el origen de su nombre. Al llegar al hotel de Estocolmo donde me hospedaba pregunté a una de las recepcionistas si existía alguna biblioteca cercana a la que pudiera acudir. Era tarde, cerca de las once. “No es posible”, contestó la rubia empleada alzando la vista para observar el reloj de pared de marquetería y agujas plateadas colgado de una de las columnas del vestíbulo: “El propio hotel dispone de una pequeña, pero excelente, biblioteca, señor. En esta misma planta.” Sacó una llave del bolsillo dispuesta a abrir la puerta acristalada del estante que yo le indicara. “¿Tiene el señor interés por algún libro en especial?” Le respondí para salir del paso: “Busco un libro de Borges.” (El poeta argentino era otro de los nombres que se hizo presente en la conferencia de Freyja). Fue infructuosa la búsqueda. El genio de Borges no se cultivaba en aquellos estantes. “¿Desea consultar algún otro autor, señor?”. “En realidad” —repuse, contrariado y a la vez confuso— “lo que deseo es tener un conocimiento básico sobre leyendas vikingas, sus dioses. Los mitos nórdicos, ¿me entiende? Y si usted lo prefiere, sobre las conquistas de los vikingos; me interesa conocer sus viajes

hasta Islandia, las islas Orcadas...” A la recepcionista se le rieron los huesos...

Desde luego, nunca, en mis 49 años, había mostrado el más mínimo interés por la mitología de Escandinavia. Para un pragmático y escéptico recalcitrante, era mi caso, adentrarse en las tenebrosas maquinaciones de las leyendas nórdicas era una *pérdida de tiempo*. Tal interés ni siquiera figuraba en mi lista de inutilidades. Lo único que me concernía era ganar dinero, conocer las tramas y redes que envuelven los rostros de la codicia y de la ambición. Del arte olvidado en las penumbras de la historia tal vez, creo recordar, me había interesado en algún momento el románico. Supongo que por puro esnobismo. Lamento reconocerlo: ése era yo... Así. Tan arrogante como fatuo. ¿Qué podía esperarse de un hombre encerrado en su poderosa torre almenada en la Castellana de Madrid sólo pendiente de nuevas conquistas y de ampliar los dominios de su mundo? Mi única debilidad cultural, además de coleccionar cuadros de pintores famosos, cotizados, quiero decir caros, los más caros, era la lectura de las crónicas del historiador Tucídides. Mi adorado Tucídides. Aprendí mucho de sus enseñanzas sobre estrategias bélicas y siempre mantuve que sus teorías sobre las guerras del Peloponeso siguen vigentes en los tiempos que corren: “Los negocios son la guerra en tiempos de paz”. De todas formas, mi devoción por Tucídides no me redime de haber sido un farsante...

Entonces, como digo, la recepcionista del hotel alegró su rostro y pareció recordar una lección de historia que se había aprendido de memoria siendo pequeña: “Que yo sepa, señor, los vikingos fueron los primeros en llegar a América. Y por el sur se adentraron hasta más allá de Palestina, después de cruzar el estrecho de Gibraltar y todo el Mediterráneo. Naturalmente, muchos de ellos recalieron en las islas Orcadas y hasta alcanzaron las Feroe, y también Islandia...” Corté su discurso en seco dispuesto a ir directo al grano: “¿Conoce usted el origen del nombre de Freyja?” Ella pensó la respuesta unos segundos y se apresuró a contestar: “Freyia es una diosa, señor. Una diosa vikinga. Hija de Niord y de la gigante Skadi.”

La joven alargó el brazo y sacó un libro del estante. La ansiedad hacía imprevisibles las reacciones de mi cuerpo. Empecé a leer con

todos los sentidos puestos en las páginas de aquel libro, y la propia resonancia de los nombres que susurraba en voz alta me trajo la convicción de que la ilustración de la figura policromada que aparecía en una de las páginas de la enciclopedia, un dibujo hecho a plumilla, de trazos delgados y elegantes, con el pie de foto de Freyja, *diosa de la fertilidad*, pertenecía a un ser inmortal.

Escucho entre sus labios un rumor que llega de lejos, tal vez sea, de nuevo, el recuerdo de aquella cabaña del fiordo en Djúpivogur. “Cuando dos amantes se aman todo cambia porque son ellos los que cambian.” Sigo sin saber si avanzo o si estoy inmovilizado en el océano, pues da la impresión de que la quilla deslizándose sobre la superficie del mar y la neblina que sale al paso de la embarcación se frenan lentamente, como los sexos en movimiento de dos amantes que buscan la perfección.

“Ellos cambian el mundo”, vuelve a musitar. Yo me aproximo, la acaricio, descubro sus senos blancos y pequeños, recorro con mi índice la arquitectura de su esternón, de su vientre, hasta el pubis. “La amante que cambió mi destino”, susurro ante su oído, pero no se despierta.

Y de nuevo pienso: ¿Es que estaremos, realmente, muertos?

EVERT TAUBE

Conocí a Freyja porque un poeta se cruzó en mi camino. Una estatua de bronce. El poeta se llamaba Ever Taube y salió a mi encuentro en una plaza de Gomla Stam, en Estocolmo. Tal vez yo lo había estado buscando durante toda mi vida sin saberlo.

Sucedió a las pocas horas de llegar a Estocolmo. Como digo, me salió al encuentro una estatua de bronce policromado instalada en el centro de una recoleta plaza de la Ciudad Vieja, la efigie inmóvil de un hombrecillo que miraba al sol a través de unas gafas oscuras: la estatua de Ever Taube, el más rutilante rapsoda de Suecia.

Cuanto más pienso en ese encuentro que cambió mi vida, más me convenzo de que no encontré la estatua. Ella me encontró a mí.

Había aterrizado un día antes en el aeropuerto internacional de Arlanda, a pocos kilómetros de Estocolmo. Era el 20 de mayo de 2003; una hermosa tarde de primavera. Centenares de diminutos barcos desplegaban sus alas en el lago Mälaren, y la brisa que se levantaba del mar apenas permitía descubrir el maquillaje de los abedules, el envés de sus hojas y sus troncos empolvados como rostros de payasos.

Yo había visitado varias veces Estocolmo, pero nunca había reparado en cómo la luz lograba esmaltarse sobre sus tejados y luego transformarse en una especie de cortina de líquido cobrizo que se derramaba sobre las calles.

Mi estancia en la capital sueca guardaba estrecha relación con las obligaciones propias de un proclamado poderoso banquero, un triunfador en el coliseo donde luchan los gladiadores forjados por el dinero. Pero en esta ocasión se daban circunstancias que concedían al viaje un interés aún más especial: me disponía a defender mi candidatura a la presidencia de la *Federal Bureau on*

Economics and Strategics, más conocida en el parqué de las finanzas internacionales como *The Federation*, cuyo congreso bianual comenzaba al día siguiente en el Congress Center Palace de la capital sueca.

The Federation agrupaba a empresas, consorcios y despachos financieros de los principales países industrializados y de los llamados *emergentes*. Se esperaba que al congreso acudieran seiscientos gurús de los cinco continentes.

Unos días antes, las páginas económicas dominicales del diario *El País* habían saludado (con cierto alborozo, la verdad sea dicha) la posibilidad de que un español se alzara con la presidencia de una de las más influyentes instituciones económicas del mundo. En la entrevista que se me hizo con tal motivo, yo citaba a mi admirado Tucídides, y decía algo así como que los problemas a los que se enfrentaba el mundo, a raíz de los atentados del 11 de septiembre en los Estados Unidos y las turbulencias financieras que se adivinaban en el horizonte a causa de las hipotecas *subprime*, no eran muy diferentes de las calamidades de hacía más de dos mil quinientos años. Se avecinaba una tragedia. Era “la guerra en tiempos de paz”, y citaba al historiador: “Sólo la razón puede imponerse al caos que se avecina”. La frase le gustó tanto al periodista que la empleó en el titular como si fuera cosecha de quien hacía las declaraciones. “Un ejército bien preparado debe siempre poseer el sentido del autocontrol para poder regularse y exigirse una mayor dosis de disciplina cuando la situación lo requiere”, razonaba yo entre líneas.

El mismo articulista insertaba, a modo de comentario, un despiece de análisis del personaje entrevistado con el siguiente encabezamiento: “¿Un soñador pragmático?” Se refería a mí, claro, y, ciertamente, su punto de vista resultaba bastante laudatorio. Con cierta sorna llegué a pensar que aquel periodista estaba dotado de poderes adivinatorios. Era la primera vez que me tildaban de *soñador*, aunque por razones muy distintas de las de ahora (mi discurso como financiero resultaba a veces excesivamente crítico con el sistema, al menos en un plano teórico; pero siempre me cuidaba de guardar la ropa para no mojarme, y mucho menos con la

que estaba por caer), y eso que estaba aún muy lejos el encuentro con Ever Taube y todo lo que seguiría a continuación.

El jet privado en el que me había desplazado desde Madrid había sido pilotado por el capitán Emiliano Torres, a quien le acompañaban el piloto auxiliar Damián Vignals y la azafata de vuelo Rosana Buhigas. Mi séquito lo componían tres miembros del gabinete de presidencia, con sede en la central del Paseo de la Castellana, encabezados por Ramón Caruana, hombre de mi máxima confianza. En el Grand Hotel yo tenía reservada la suite *Gustavian*, con una hermosa vista sobre el laberinto marino de la ciudad y la isla central de Gomla Stam, a los pies del Palacio Real. Dispuse que la tripulación del jet hiciera vida independiente. Tendría que estar localizada y disponible para emprender viaje de regreso en cualquier momento. Sólo Ramón Caruana se alojó en el mismo hotel que yo. Quien más y quien menos sabía que mis órdenes eran tan impredecibles como los designios de Dios. Me sabía mal reconocerlo —a veces me agradaba; ahora lo detesto, me avergüenzo de ello—, pero mis subordinados me consideraban un dios. Ese detalle lo desconocía el periodista que me había entrevistado para *El País*.

No tuve más que descender la escalerilla que tendía Rosana desde la cabina del avión y entrar en el Volvo S-80 que aguardaba en el hangar a escasos metros. Junto a mí se sentó Ramón Caruana:

“Procura que la recepción sea lo más breve posible. No me encuentro bien. El maldito estómago”, le dije.

Había tenido un mal vuelo, ciertamente. Algo me debió sentar mal. Alguno de los zumos preparados por Rosana. Seguro que lo mezcló con unas gotas de vodka. Había sentido náuseas.

“No tengo ni idea de lo que han preparado los suecos”, repuso Ramón Caruana. “Ya sabe usted cómo son estas cosas.”

Desde las dependencias del *Cadier*, el bar del hotel, frecuentado a la hora en que llegamos por importantes hombres de negocio, medio ebrios, y mujeres elegantes, de cuerpos delgadísimos, todas parecidas a Greta Garbo, sentadas alrededor de un piano de cola, se escuchaba la melodía *Moon river* tarareada por un joven

gordinflón que se ahogaba imitando a Ray Charles, un rubio inmenso, con una coleta engominada colgándole sobre la espalda; son- reía a las mujeres de cuellos desnudos que lo observaban como serpientes encantadas.

La tarde se recostaba sobre la inmensa planicie de tejados verdes, frente al muelle. Las afiladísimas agujas de decenas de palacios e iglesias parecían practicar la acupuntura a los michelines del cielo.

El sexagenario Olaf Sturless, presidente del Congreso que iba a ser inaugurado al día siguiente por la princesa Victoria y el ministro de economía de Suecia, fue el primero en saludarme al llegar al hotel. En un perfecto español, Sturless me dijo que todo estaba saliendo de perlas. Se refería a la suerte de mi candidatura.

“Mejor de lo que yo esperaba”, dijo Sturless.

“Excelente”, contesté, medio aturdido.

Después de saludar a John Houseman, presidente del Québec Foundation Bank de Canadá, mi principal contrincante para acceder a la presidencia de la *Federation*, Olaf Sturless me agarró del brazo y me condujo hasta el recinto de la biblioteca para hablarme en tono de misterio:

“Los canadienses han retirado su candidatura; te han dejado solo. Querido Alonso, *The Federation* está en tus manos.”

En ese momento cambió el registro del pianista, y las embelesadas imitadoras de la Garbo se arrancaron a coro, al parecer repentinamente exaltadas tras escuchar las primeras estrofas de una nueva melodía:

I found you just in time

I found my way, you came just in time

A la mañana siguiente, durante la sesión inaugural del congreso *The new laws of leadership in the World*, sólo atendí las obligaciones propias del protocolo (entre ellas, hacerme la “foto de familia” con las autoridades) y aproveché los primeros vanos de las conversaciones para anunciar que regresaba al hotel porque me sentía indispuerto.

Dejé aviso en recepción de que no me molestara nadie y di instrucciones a Ramón Caruana para que revisara el primer borrador del discurso de toma de posesión. Muy de pasada, le

adelanté algunos puntos básicos que debían ser abordados: Mi preocupación por las presiones de varias compañías petrolíferas para explorar los fondos marinos más allá de las doscientas millas de las costas de Nigeria y Mauritania, al norte de Escocia y de las Islas Feroe, y en consecuencia las falsas expectativas creadas sobre yacimientos inciertos. Un bochornoso intento de especulación. El crecimiento espectacular del consumo en China e India. La alarma de crisis causada por la voracidad de los tiburones financieros americanos cuyos excesos terminarán por esquilmar los valores hipotecarios. ¡Ah, y las *subprime*! “Estoy convencido de que la hecatombe será antes de lo que nuestros colegas imaginan”, le dije a Ramón. Yo era de la opinión de que el ataque a las Torres Gemelas había sido el primer episodio bélico en el aparente remanso de paz del planeta, y que más bien pronto que tarde llegaría otro ataque contra nuestras finanzas. “Los generales que pierden las batallas, o son fanáticos, o son codiciosos.” La inteligencia de los terroristas está dominada por el fanatismo, y la de los financieros por la codicia. Yo me incluía.

Me acosté pronto, concilié el sueño muy tarde y me desperté al día siguiente al poco de amanecer. La luz entró como un río en la habitación y disuelta en millones de móviles escamas. Envuelto en el alboroz, observé, afuera, los movimientos de la gente, el brillo de los automóviles, el crepitar de las banderas del palacio.

Era un día especial, pensé, el del anuncio de mi nominación a la presidencia, pero me seguía perturbando mi lastimoso estado físico: el estómago había adquirido la forma de un cubo aristado de cemento flotando en mi interior. Tal vez no fuera sólo el estómago, pero rechacé psicoanalizarme y entrar en honduras. Una cosa era cierta: desde hacía varios años la primavera ejercía sobre mí una influencia depresiva a la que no podía sobreponerme.

Desayuné despacio y escogí un terno gris oscuro, zapatos negros, camisa azul y corbata de seda en un tono azul más claro. No había terminado de alisarme el cabello cuando sonó el teléfono. Era Ramón Caruana; me aguardaba en el vestíbulo con el primer borrador del discurso actualizado.

Antes de bajar, desplegué el periódico sobre el escritorio de la habitación. Sólo me fijé en las fotografías, entre otras cosas porque el texto estaba en sueco. Reparé con sumo interés en una centrada en la portada: la princesa heredera y el ministro de economía inaugurando el congreso. Forcé la vista para reconocer el perfil asombrado de mi rostro, con los ojos muy abiertos, empujado en un segundo plano por detrás de Olaf Sturless y junto a otros banqueros ilustres de Francia, Canadá, Islandia... Demasiado serio. Parecía asustado. Incómodo.

Ramón Caruana me acompañó hasta el centro de congresos. Durante el trayecto en coche, apenas intercambié con mi jefe de gabinete un par de frases. Le dije que hiciera un hueco en mi agenda para abordar las incidencias en las principales bolsas y de paso leer un informe sobre el estado de cuentas, al día, de la *Federation*. En los últimos meses se habían producido veinticuatro nuevas altas, casi todas ellas de empresas asiáticas.

Durante las horas iniciales de la sesión matinal, en la que se me nombró candidato único a la presidencia, me volví a sentir indispuesto. Deseaba ausentarme. Me ven- dría bien. Lo primero que hice fue ir al cuarto de baño. Estaba estreñado. “Gases”, me dije. Parecía como si en el estómago me arañara permanentemente una ganzúa. ¿Será una úlcera? Me asusté ante tal eventualidad.

En un *coffee break* levanté la vista para localizar al siempre eficiente Ramón Caruana. Hice un aparte con él y le emplacé para vernos por la noche en el restaurante. Hacía mucho tiempo que no hablábamos sosegadamente y me apetecía hacerlo. Caruana me observó cariacontecido y con una copa de Jerez en la mano. “Necesito relajarme”, le confesé. “Todo me agobia, lo siento.” Él bebió un sorbo y luego se pasó la lengua por los labios: “Ha llamado su esposa.” Su anuncio me desconcertó. “Me rogó que le dijera que se marchaba a pasar unos días a su casa de los Pirineos”, dijo, sorbiendo de la copa. “¿Alguna cosa más?”, pregunté. “Le sugiero que camine un rato por Gomla Stam”, contestó el director de mi gabinete esbozando una sonrisa amable. Agarré mi maletín: “Despídeme de Sturles; díles lo que se te ocurra”. Salí a la calle, como huyendo.

Los primeros minutos, ya dentro del taxi, los dediqué a pensar en la llamada telefónica de mi mujer. Me contrarió que Beatriz irrumpiera con sus asuntos domésticos en medio de la vorágine del congreso, pero, bien mirado, no le vendría mal a la casa de los Pirineos que alguien le dedicara un poco de atención. Y así, me dije, Beatriz se sacude la soledad que arrastra desde que nuestros hijos, Conrado y Alfredo, gemelos, iniciaron sus estudios en la universidad de Harvard. Yo estudié en la de Princeton. Hace, al menos, veinticinco años. Me sentía orgulloso de mis hijos. “Un matemático en estado puro y un chalado físico nuclear.” Eran la expresión tierna de mi *triumfo* personal. Me llegó de golpe la imagen de mi mujer, junto a los chicos, en la fotografía que veía todos los días en mi despacho del edificio Marquesas en La Castellana: montados sobre esquíes, rodeados de nieve, enfundados en gorros y anoraks, con el sol brillando por detrás de todos como una estrella de cuarzo. Me había preguntado alguna vez —muy pocas, me importunaba hacerlo— si la familia me había hecho feliz. Era una ráfaga cortante, como la del mismo flash que deslumbraba los rostros de la fotografía: la familia sólo tenía para mí el significado de la estabilidad. Un perfecto contrato de conveniencias, sin cláusulas sentimentales. Con *fair play*, proclamé en alta voz. El taxista me observó a través del retrovisor. Había sido fiel en todo momento, eso sí, a Beatriz. Ninguna vileza, ningún engaño, ninguna trampa. Sí, había sido un marido *ejemplar*. Nadie se creería a estas alturas de mi vida que nunca me acosté con otra mujer. Sólo por razones de lealtad, eso sí. Aquello era un contrato que debía cumplir a rajatabla. A veces se me encendía por dentro una frustración, cierto, una pasión ahogada en las entrañas, y cuando esto ocurría apartaba la tentación de aproximar al fuego mis alas de polilla. ¿Quemarme para liberarme? Y qué conseguiría con ello. Abrasarme vivo. La tarde era radiante y abrí la ventanilla para dejar que la brisa marina me despejara la mente.

Le había dicho al taxista que me llevara donde le apeteciera, y él reaccionó como si estuviera acostumbrado a esa clase de recomendaciones. El sol de la tarde encendía las tres coronas que remataban el Ayuntamiento de Estocolmo. Mantuve la mirada en el

carillón, que parecía un templo dorado suspendido en el aire. Después de pasar por delante de la Isla de los Caballeros, el vehículo torció a la izquierda, a la altura de la avenida de Hornsgatan, para bordear a continuación la margen oriental de Gamla Stam y detenerse frente al Palacio Real, a los pies de la estatua de Gustavo III. El taxista habló en un inglés básico, con sorna:

“Está usted en los orígenes de la capital de Suecia.”

Siempre en paralelo al mar, y después de dejar atrás la estatua de San Jorge, crucé una plaza con bancos verdes de madera y una fuente con un cántaro de piedra y esculturas de lobos endemoniados de cuyas bocas salían caños de agua. Enfrente, divisé varias fachadas de diseño holandés repintadas en colores de tonos pastel. Sus tejados silueteaban el emplazamiento de desvanes con perfiles de guitarras. Escogí en aquel laberinto de calles la más estrecha y me adentré por ella al interior del barrio.

De golpe, tras alzar la vista y leer el rótulo en una de las esquinas, supe que estaba en la plaza Järntorget, y tuve la sensación de que había llegado al final de un largo camino que me pareció corto. Como si me hubiera dejado caer desde el aire. Llegué y estaba esperándome, pero yo no sabía que era a mí a quien buscaba.

Fue allí, al bajar la mirada y detenerla en línea recta, cuando atisbé a la pequeña estatua de bronce, solitaria en su esquina. El hombrecillo de hierro —yo desconocía entonces que se trataba del rapsoda Ever Taube— parecía deslumbrado por el sol; quizá representaba a una persona ciega, deduje. Su creador le había sorprendido con una mano, la izquierda, sobre la patilla de las gafas.

Sin dejar de observar de través al solitario personaje de bronce, entré en el bar *Järntorgs Pumpe*. Escogí para sentarme un taburete alto frente a la mirada ciega del rapsoda, junto a un cenador de amplia cristalera que daba a la plaza.

Sin dejar de mirar a la estatua, quise averiguar los verdaderos motivos que habían desencadenado mi escapada del congreso. No podía evitar la querencia del analista, una especie de inercia incorregible que me obligaba a deformar los minutos más placenteros de mi vida. Aquéllos empezaban a serlo. Me molestaba

tener que contradecir las tesis de Tucídides, puesto que mi presencia en aquella placita era una consecuencia de la improvisación, la vertiente inadmisibles del estratega.

La presencia de un camarero me despertó de la ensoñación. Era un joven pecoso con el pelo revuelto por los flancos y empinado a modo de cresta en el centro de la cabeza. Llevaba un *piercing* en la oreja derecha y tenía los ojos azules. Me preguntó qué deseaba tomar. Distraído, le contesté que una cerveza negra.

Yo estaba empeñado en recabar alguna información sobre aquel personaje convertido en bronce. El camarero adivinó mis pensamientos.

“Puede preguntar a los del restaurante de al lado.”

Se refería al Gyldene Freden. Al parecer, era muy frecuentado por el poeta, que tenía allí, aun después de muerto, un rinconcito reservado con una vela encendida. Eché un vistazo a la plaza buscando aquel local. No logré localizarlo. Miré el reloj: las seis de la tarde. Sonó el móvil. Caruana se interesaba por mi estado de ánimo.

“Bien; hablo con una estatua.”

En ningún momento desvié la vista de aquel transeúnte en bronce. Su pose traslucía una misteriosa elegancia.

“Está interesado en algo que ha visto en el cielo, ¿verdad?”, pregunté al camarero, detrás de mí, atento por mi curiosidad, que seguramente estimaba excesiva.

“Nada de eso. Lo que el bueno de Evert buscaba era un taxi, y por eso levantó la mano”, dijo el camarero en tono burlón.

Sin embargo, razoné tras escuchar aquellas palabras, cualquier mortal habría llegado a la conclusión de que el creador del monumento deseaba inmortalizar al rapsoda en el instante en que creía haber descubierto un rayo de sol escapándose entre las nubes. Por eso su escultor lo paralizó hinchándolo de bronce.

Y así, durante un buen rato, ante la jarra rebosante de cerveza, estuve especulando sobre la apariencia equívoca del personaje y el universo de ambigüedad que encerraba una simple mueca de naturaleza muerta. La plaza estaba embozada con toda la luz de la primavera nórdica. Yo volvía a reconocirme extrañamente complacido y flotando en el aire como la espuma de la cerveza en el

borde de la jarra, insumergible. ¡Insumergible! Recuerdo muy bien que lo pensé, mirando a la jarra. ¡*Unsinkable!* Mis ojos empezaban a percibir el sentimiento extraño de los asuntos más banales, de los objetos más insignificantes.

Pagué al camarero y salí a la calle con ánimo de ver más de cerca la escultura.

Ya frente a ella, me aproximé cuanto pude para revisar el rostro de bronce. Tuve que doblar el cuello, pues aquel extraño transeúnte era muy bajito. Lo primero que pensé fue que el escultor había hecho un excelente trabajo. La escultura era perfecta. En su gesto se adivinaba la vida. La posición de la mano, paralizada a escasos centímetros de las gafas oscuras (habrían sido de concha, supuse), me pareció todo un visaje aristocrático. Repasé las arrugas de la frente, las cejas, los ojos al otro lado del parapeto de las lentes; el rictus de la sonrisa. En alguno de los ademanes muertos creí adivinar la expresión del sentimiento de la bondad.

Absorto por completo, alargué la mano derecha para tocar su cara, las solapas de su traje bajo la zamarra que envolvía el menudo cuerpo del poeta, los pliegues de la gorra. Posé mi mano sobre su cabeza. La sentí arder. La aleación del cobre y del estaño inventaba colores indefinibles para la chaqueta, los pantalones, la visera. Grises, ocres, amarillos. Supuse que el rescoldo aún encendido del cielo reanimaba por dentro su alma. ¿Tendría de verdad alma? Me apeteció hablarle, pero temí hacer el ridículo. Al otro lado del ventanal del bar, parapetado en la sombra, me espiaba el camarero, que había dibujado en su rostro una sonrisa maliciosa.

Le brillaba el *piercing*.

No me importó la sutileza de aquella mirada. Yo iba a lo mío. Una nueva inspección, rozando con mis ojos y dedos la superficie de bronce, me hizo reparar en una octavilla incrustada en una de las hendiduras, entre los pliegues del gabán y de la chaqueta. Alguien había abandonado con alguna intención, vaya usted a saber, aquel folleto coloreado en la pequeña grieta de la estatua. Desde luego, se había entretenido más de la cuenta en rebajar el grueso del papel afilándolo a modo de un estilete para apuntalarlo lo mejor posible en el hueco, como quien planta un injerto para hacer crecer la vida en un muerto.

Distorsionado por la perfecta arquitectura de aquella especie de pajarita de papel, aparecía impreso, en rojo, con caracteres que imitaban el alfabeto rúnico, un apellido escandinavo: Sveinsson. La ene del final no se veía, pues el pliegue se había hecho justo encima de esa letra. Era fácil deducir que se trataba de un reclamo publicitario abandonado por alguien. Pero el nombre que aparecía estampado en el folleto, tal vez por el relieve de sus letras, parecía animado por la misma magia de los cometas que algunos niños atizaban en ese momento en el aire rotulando movimientos asimétricos sobre los tejados del viejo barrio.

Así que alargué la mano para arrancar el papel de la hendidura de la estatua. No podía imaginar que, al hacerlo, estaba dando el primer paso que cambiaría mi destino.

Nunca he llegado a pensar que estoy encerrado. Aunque mis ojos se esfuerzan en alcanzar lo que parece inalcanzable, el cielo y el mar son limitados, pues limitadas son sus llanuras azules, mucho más cuando uno se reconoce encajado en esta cáscara a la deriva y sin viento, sin brújula, con las estrellas como únicas balizas alumbrando la carta de navegación desplegada en la mente de Roald. No, no tengo miedo. Más aún, tengo la sensación de que nunca he sabido lo que es el miedo.

—Aparecerá —le oigo decir. Supongo que se refiere al búho níveo.

4

SKANSEN

Dejé el maletín en el suelo de la plaza, extraje de la hendidura de la estatua el folleto, tan primorosamente doblado, y lo desplegué para leerlo. La portadilla estaba escrita en inglés; se trataba, como había imaginado, de un simple reclamo publicitario de la conferencia que iba a pronunciar una tal Freyja Sveinsson.

Me llamó la atención el título de la conferencia que aparecía debajo del nombre de ella: *“Nuevas teorías y leyendas sobre el primer Parlamento de los Hombres Libres en Islandia”*, subtítulo en sueco.

En un recuadro interior figuraba la dirección del *Edda Historiska Centrum*, lugar de celebración de la conferencia, en el parque de Skansen. Busqué en el pie de página la hora de la cita: las ocho de la tarde. Faltaba algo más de una hora. Meses más tarde averiguaría que a esa hora los sopladores de vidrio en el bosque encantado de Skansen abandonaban sus pipas sobre el rescoldo de las fraguas, y los domadores de búhos cubrían los ojos de las aves con antifaces para aislarlas del sol de medianoche, pues las rapaces parecían enloquecer cuando presentían la incierta proximidad de las auroras.

Sabía que estaba actuando dominado por un instinto ciego. Desvié la mirada para contemplar por última vez la estatua de Ever Taube, como suplicándole que me mostrara el camino a tomar en aquella encrucijada: me apetecía entrar en el Gyldene Freden y pedir el menú que solía comer el poeta convertido en bronce policromado; después regresaría al hotel —una buena sauna me sentaría bien—; pero también el hombrecillo detenido en la placita me invitaba a acudir a aquella conferencia con título de fábula. Miré a la estatua. La interrogué. La verdad es que me inquietaba saber si

lo del primer parlamento de hombres libres era de verdad. Sonaba a sarcasmo en los tiempos que corren. “Los hombres libres”, susurré. Creo que Tucídides nunca creyó en los hombres libres. Estaban demasiado pendientes de los dioses.

Pregunté al camarero si tenía alguna información sobre aquel acto, convencido de que habría oído hablar del primer parlamento de hombres libres en Escandinavia, o quizá conocía a la mujer que iba a hablar del tema, al parecer famosa.

El joven sacudió la cabeza varias veces y desorbitó los ojos. Estaba convencido, eso sí, por alguna razón que no supo explicar, de que se trataba de algo importante. Me miró a la cara, pensativo, después de leer distraídamente unas líneas del folleto: aquella mujer, me vino a decir, investigaba la existencia de cierto libro de cualidades extraordinarias. “No entiendo lo que quiere decir, pero lo he leído por alguna parte”, dijo con cierto aire enigmático y apuntando con el índice al papel que leía.

Me sugirió que subiese al autobús número 47, en la misma plaza donde está el Teatro de la Ópera. La parada estaba a poco más de cinco minutos andando del lugar donde nos encontrábamos. El vehículo me dejaría a escasos metros de un palacete de torres bizantinas... Era el Historiska Centrum.

“No tiene pérdida”, dijo, guiñando su ojo derecho.

Me despedí del joven y seguí desmenuzando el contenido del folleto, hasta donde me lo permitía la barrera del sueco. En letra menuda, debajo del mapa, aparecía una sinopsis de la trayectoria profesional de Freyja Sveinsson. *Doctor, máster, lecturer* eran vocablos que se repetían en la octavilla. Al final de la relación de títulos académicos, concedidos por las universidades de Uppsala, Trondheim, Akureyri y Reikiavik, se hacía constar que Freyja Sveinsson era en la actualidad directora de un máster sobre literatura escandinava, *eddas* y sagas islandesas que se impartía en la Universidad de Alcalá de Henares, *cerca de Madrid*, “ciudad natal de don Miguel de Cervantes”, se apostillaba en el párrafo. El descubrimiento me produjo perplejidad.

Pasé por delante del Gyldene Freden; estaba cerrado. Observé el interior a través de la ventana: una vela encendida iluminaba el

altar de una mesa con mantel blanco y bordes de puntilla. “El rincón reservado para el rapsoda, a buen seguro un soñador”, pensé. A continuación, me adentré en la espesura adoquinada de la Ciudad Vieja.

Conforme avanzaba, me asaltaban fogonazos que nunca me habían deslumbrado hasta entonces, paisajes de sueños colgados en las vitrinas de los escaparates. Algunos cencerros de ovejas resonaban a modo de campanillas agitadas por monaguillos avisando a los dueños de las tiendas cuando se abrían las puertas y se expandía el eco de las pisadas. Me sentía observado por decenas de búhos disecados, esculpidos en troncos de roble.

Todo lo que se me aparecía era distinto y portaba la irresistible capacidad de seducción del misterio.

Sólo tenía ojos para el paisaje que me salía al paso en el camino hacia el bosque adonde me dirigía: exposiciones de niños lisiados, con muletas o con el síndrome de Down, varios de ellos sentados en un banco, observando sus propios dibujos al carboncillo. Imaginé a esos niños pintando las obras que se exponían en las paredes de la sala, a la que entré: laberintos de ladrillos y tejas multicolores, orugas de coches, grandes semáforos en rojo emergiendo como periscopios por entre los hierros retorcidos de un inmenso cementerio de camiones. El mundo destruido por la fantasía pura de aquellos genios maltratados. En otra galería vi rostros asustados de niños que parecían payasos y hombres solitarios que despedían en la bocana de un puerto a un velero blanco. Figuras humanas de palo retorcidas por una gubia, excesivamente cruel. Versos apergaminados, clavados con chinchetas en las crucetas de los marcos, y textos que ensalzaban la creación del universo sobre un liviano tapiz, bajo los pies de un grupo de dioses que surgían del mar vistiendo coronas de esqueletos de peces en sus cabezas, con el canto nostálgico de la Sybila

*Jugaban y eran
felices, no tenían
necesidad de oro*

antes de anunciar su profecía de la corrupción y del caos. ¿También la Sybila, como Tucídides, tenía razón? “Corrupción y caos”, musité. Dagas de cuernos de renos enfundadas en piel de

foca. Cartas que adivinaban el futuro en el nombre de Thor, entre rayos y relámpagos, en su lucha contra los gigantes. “Cállate, pobre miserable”, leí, mientras en otra el dios del trueno —quizá por ello me sobrevino en aquel momento el recuerdo nostálgico del Capitán Trueno, mi héroe cuando era niño— sacudía con sus manos a la serpiente del mundo.

Experimentaba un agradable temblor en los nudillos de mis dedos; se destejía el capullo de seda de mi viejo mundo.

En un momento tan feliz sentí la vibración del teléfono móvil junto al pecho, como un ratoncito preso en el forro de la chaqueta. ¡Pero si lo había desconectado! También mi móvil tenía un lugar en el paraíso de la magia: revivía cuando lo creía muerto.

Me detuve a unos metros de la iglesia medieval de Saint Gertrude. Observé la aguja del campanario, pulsé el botón de conexión del móvil y escuché la voz de Carmen Agredas, mi secretaria. “¿Qué tal se encuentra?” “Hacía tiempo que no me encontraba tan bien.” “Me llamó la secretaria personal de don Claudio.” “Sí, la escucho.” “El señor presidente del BSCL quiere hablar con usted cuanto antes.”

Regresaba a mi mundo. No lo deseaba. Pero escuchaba la voz de Carmen en el vacío:

“Don Claudio desea comentar con usted las últimas novedades, en realidad quiere conocer su opinión sobre la compra del banco inglés —dijo Carmen—. No quise hacer averiguaciones.” Respondí: “Hizo bien. Es un asunto muy confidencial.” “Por supuesto, señor Bulnes.” “Yo mismo llamaré al presidente”, concluí, impostando la voz.

Por algún motivo que desconocía, quizá la necesidad de huir de aquel ratoncito redivivo, me dirigí a cobijarme en la penumbra de la nave central de Saint Gertrude. Bajé el tono de voz mientras me aproximaba a una de las columnas de las ojivas laterales. La luz se disparó en rayos multicolores a través de las vidrieras. Estaba solo. Anduve unos metros hasta flanquear el portón lateral, que chirrió bajo mis pies. “¿Carmen?”, pregunté, azorado.

Mi secretaria permanecía al otro lado a la espera de instrucciones. Su voz me anunció el envío de un email con un archivo confidencial de la oficina de Buenos Aires informándome

sobre los primeros contactos que se habían establecido en La Paz para debatir el asunto del gas boliviano... “Está pendiente el dictamen definitivo a Repsol”. “El informe está en clave.”

Escuché su leve suspiro para cambiar de registro: “Su esposa quería hablar con usted.” “Gracias, Carmen”, contesté, sin pedir explicaciones. Antes de despedirme dudé unas décimas de segundo. “Me hará un favor”, dije, resuelto. “Dígame, señor”. “Es un asunto estrictamente personal”. “Tomo nota, señor”. Sentí su dócil silencio. “¿A quién podríamos recurrir en Alcalá de Henares para que nos hiciera un pequeño favor, una simple petición de informes bancarios?”. “Entiendo, señor”. “Nada extraordinario, ni comprometedor”, dije, engolando la voz. “Déjeme que lo piense”. “Llámeme o envíame un correo”. “Tal vez el director de nuestra sucursal bancaria en la ciudad. Me consta que está muy bien relacionado”. “Bien. Lo dejo en sus manos”. “¿De qué se trata, señor?”

Titubeé. Algo se rompió dentro de mí, el castillo recién levantado de la inocencia.

“Tendría que averiguar algunos detalles profesionales sobre una ciudadana islandesa, o noruega, desconozco ese detalle, que dirige un master de filologías escandinavas en la Universidad de Alcalá”, respondí.

Aún hoy me pregunto: ¿Por qué pedí aquellos informes? No, no fue la deformación profesional lo que me indujo a hacerlo. Había algo más que una curiosidad exacerbada, carnal.

Leí en el tablón de anuncios que la iglesia medieval de Saint Gertrud von Nyvel of Brabant, en cuyo interior me encontraba, se había construido en memoria de los viajeros que buscan los caminos de la verdad.

Entre los pasquines con avisos y proclamas colgados sobre el mural de madera en el atrio, había una octavilla en la que se contaba la curiosa historia de unas cenizas: las que el viento de Islandia condujo hasta Estocolmo *por los caminos del cielo*. Fueron escupidas violentamente por el volcán Hekla hace más de un siglo, a más de dos mil kilómetros de distancia. Un manto gris, se decía, cubrió durante meses la veleta que remataba el arco de la bóveda

central de Saint Gertrude. Mis ojos descifraron el último párrafo, escrito en inglés, que el anónimo autor de la leyenda escribió a modo de plegaria. Traduje:

*De igual manera son los caminos del Señor,
que no distinguen los que elige el viento para
acarrear cenizas de furiosos volcanes de los que
emplea el hombre en su eterna búsqueda de la
bondad del corazón; de ahí la razón de ser de este
templo, que se levanta aquí, en esta ciudad, para
socorrer al peregrino con sed de paz y de prodigios.*

Estimulado por la curiosidad, seguí leyendo en el tablón que las mismas cenizas del volcán islandés se posaron sobre las cabezas y lenguas de los demonios de piedra que marcaban los cuatro puntos cardinales en el ábside del templo. Salí a la calle a comprobarlo, en la creencia infantil de que aún se verían esas cenizas. Arqué cuanto me permitieron las vértebras la cabeza hacia atrás para observar mejor las gárgolas que habían sido testigos de tan portentoso viaje, y en esa postura dirigí mis pasos hacia el bosque de Skansen.

El autobús superó la acometida del mar por el puente Djurgadsbron. Luego desembocó en un parque con inmensos robles y hayas, estatuas de personajes a caballo, viejos reyes, mariscales con guerreras y sables, parterres inundados de flores de todos los colores y grupos de violinistas en piedra templando cuerdas en los recodos de las umbrías que a esa hora aún seguían alambradas por pequeños y perfectos anillos de sol.

A una indicación del conductor, me bajé del vehículo y me adentré por una senda, ocupada por pavos reales abanicándose con sus plumas, a la que ponían música los timbres de decenas de bicicletas.

Llegué, finalmente, ante la fachada de un palacio en el que sobresalían por detrás varias pequeñas cúpulas bizantinas que parecían brotar de la espesura del bosque como enormes tulipanes amarillos. De la misma fronda surgían enredaderas que trepaban por las paredes laterales sin ocultar del todo los bajorrelieves de las aves encaladas en vuelo. Había en la fachada un reloj de esfera

blanca y agujas negras que marcaban las 19,50. Antes de entrar, recordé el título de la conferencia. ¿Qué sabía yo de Islandia? Apenas que era una tierra helada, inhabitable, con géiseres y desiertos de lava. Al único islandés que conocía —sólo de oídas— era al presidente del North Icelandic Bank, Sören Petursson, a quien daba por seguro que tendría la oportunidad de saludar en el Congreso. Sabía que Petursson apoyaba mi candidatura a la presidencia de la *Federation*.

Varias personas esperaban en la antesala del recinto. Hablaban, pero sólo me llegaba un rumor de palabras ininteligibles. Atravesé el vestíbulo y entré en el patio de butacas. Una joven azafata me entregó en la puerta un catálogo a todo color. Busqué una silla vacía. De nuevo me avergoncé por mi aspecto remilgado y fuera de lugar; creía que todo el mundo me observaba arrastrando mi maletín negro.

Tuve la suerte de encontrar una butaca vacía en la primera fila del salón, aunque algo esquinada. Desde ella se divisaba una buena panorámica del escenario en el que se había instalado una mesa rectangular cubierta por un manto de terciopelo. Por detrás de la mesa sobresalían los respaldos ovalados de cuatro butacas acolchadas. A un lado, se había desplegado una gran pantalla dispuesta para reproducir las imágenes de algún ordenador. En el centro de un gran telón gris colgaba un cuadro con las fotografías de los reyes de Suecia, Carlos Gustavo y Silvia. En la sala flotaba un silencio apenas distorsionado por el movimiento de las hojas de los catálogos al pasar y por los livianos ecos de las palabras que frotaban el aire como las alas de un tropel de mariposas en pleno vuelo. En un lateral, junto a la mesa, se habían instalado las banderas de los países escandinavos, clavadas en un pie múltiple de hormigón. Reparé al instante en que me había sentado junto a una señora de mediana edad que guardaba una compostura rígida en ángulo recto. Olía a esencia de mandarina y lucía un peinado con el alboroto acicalado de un faisán. Al girar la cabeza, nada más sentarme, me sonrió, extrañada. Lucía un maquillaje que me recordaba a las cremas y mascarillas que se aplicaba mi madre cuando la acompañaba a los conciertos en el Teatro Real de Madrid. Solía hacerlo, de niño, mientras mi padre asistía a reuniones

preparatorias de los consejos de ministros del General Franco. Siendo adolescente, mi madre me confesó que las ausencias de mi padre —un alto cargo en el Ministerio de la Vivienda— se debían a que aprovechaba la mínima oportunidad para arrojarse en brazos de su amante. Nos sentábamos en el palco que tenía asignada la familia y a mí me intrigaba observar el rostro de mi madre a la luz de las bambalinas. Desde entonces siempre relacioné los maquillajes exagerados con el significado que los mayores daban a la palabra *solemnidad*.

Levanté ligeramente el cuello para mirar hacia atrás y comprobé que un hombre —era calvo, cincuentón, gordo— me observaba impertérrito. Cruzamos las miradas como descubriéndonos sin desearlo. Me incomodé. Supe que el desconocido había estado espiando mis movimientos cuando arqueó su cuello hacia atrás intentando disimular. Al sentirse descubierto, advertí en su rostro un cierto estupor y una actitud de desfachatez que imprimía al gesto un toque de perversión. Algo extraño e insospechado ocurría, pensé, pero esquivé como pude el golpe de sospecha y me apresuré a entretener el tiempo de espera leyendo el catálogo de presentación del acto.

Freyja Sveinsson, leí, había nacido en Å, norte de Noruega, en junio de 1967. La familia de su tatarabuelo era oriunda de Islandia, desde donde se trasladó a Noruega a finales de 1870. La filóloga nunca olvidó sus orígenes, y cuando le llegó la oportunidad de ingresar en la universidad, se trasladó a su país de origen para iniciar allí los estudios que la consagrarían como *una autoridad mundial en el Medioevo Islandés*.

Por la amplia relación de sus títulos académicos daba la impresión de que se había pasado toda la vida estudiando. El máster que impartía en Alcalá de Henares lo dirigía desde hacía varios años; se trataba de un curso para postgraduados, de ámbito internacional, enmarcado en un convenio de colaboración cultural y universitaria entre Islandia y España.

En la página impar, contigua a la de la biografía, se reproducía, a modo de editorial, un texto firmado por un tal Max Osten, profesor

de literatura escandinava en la universidad de Leipzig, con el siguiente titular:

UNA FASCINANTE LÍNEA DE INVESTIGACION

El texto de Max Osten explicaba que, años atrás, Freyja Sveinsson había formado un equipo de investigación con jóvenes doctores y licenciados en física, matemáticas, filosofía, literatura y arqueología escandinavas: suecos, noruegos, islandeses, escoceses y finlandeses en su mayoría. Uno de ellos, de nombre Gustaf Almquist, astrofísico, doctor en ciencias por la universidad de Uppsala, era el presentador de la conferenciante en el acto que estaba a punto de iniciarse y lideraba el grupo de *sabios* que investigaba *la sorprendente y fascinante aplicación de las teorías fractales a la literatura mágica*.

El grupo en cuestión había iniciado varias líneas de trabajo que desarrollaban *aventuradas y hermosas hipótesis*, decía el articulista. Historias reales felizmente recuperadas *para gozo de quienes aman la joya más reluciente de las letras escandinavas: la literatura medieval islandesa*.

Me detuve en seco dispuesto a extremar mis cualidades como traductor de inglés, pues el texto se complicaba por momentos y no acertaba a entender si por el estilo academicista del autor o porque este enmarañaba el lenguaje en una deliberada oscuridad: *Freyja Sveinsson permite el acceso de los sueños a un terreno abonado desde hace siglos por la razón y el escepticismo, a sabiendas de que son muchos los que están esperando el día en que la imaginación sea coronada como reina del conocimiento*.

Para el articulista, *ese día parece haber llegado*.

Yo apenas era capaz de asimilar algo de lo que leía, por la sorpresa que entrañaba para mí la materia y por la confusión que experimentaba conforme me adentraba en aquel mundo ignorado. Cerré los ojos y los abrí de golpe para sumergirme en nuevos párrafos: *El destino final del hombre es reinsertar la vida en la pureza de sus sueños. En la hechizante y singular "Saga de los Sveinsson", que ha creado nuestra protagonista, esos sueños se hacen realidad en el LIBRO DE LAS PÁGINAS INFINITAS...*

Era la primera vez que escuchaba semejante portento y volví a tener la sensación de cruzar umbrales de nuevas metamorfosis.

No había terminado de leer el artículo cuando se abrió una de las puertas laterales del escenario y apareció la conferenciante, que precedía a dos hombres altos y delgados; uno de ellos, el de más edad, trajectado con un terno de hilo de color azul oscuro, y el otro, de aspecto aniñado, con el pelo revuelto ensortijado, vistiendo un jersey de lana fina y color rojo con cremallera, sobre una camisa a cuadros. Nada más entrar en la sala, todos los asistentes al acto se pusieron de pie. Yo lo hice con unos segundos de retraso. Las miradas se hicieron intensas y se fueron atemperando al paso de la mujer. De su cuello colgaba una almendra de ámbar del Báltico en cuyo interior brillaban impurezas grises, pero no acerté a distinguir si era por efecto de las vetas de la piedra o porque ésta cubría, a modo de broche, un camafeo dorado con una reliquia en su interior.

La circunstancia de que me sentara en una silla, junto al pasillo lateral, hizo que la comitiva pasara muy cerca de mí, lo que me permitió observar de cerca el rostro de Freyja Sveinsson y su cuerpo rozando mi dominio del aire. Sólo fue un instante. El tiempo suficiente para sentirme atrapado por una fuerza extraña, casi un deleite. Al primer golpe, aprecié en ella un aroma de ingenuidad en sus ojos y creí adivinar —esa percepción me ha acompañado siempre desde entonces— que se detuvieron ante los míos para sonreírme. Me dejé arrastrar por aquel destello y me abandoné al peso de su asombro, que me hizo doblar la cabeza ante ella. Era una mujer hermosa; su piel blanca le prestaba un aire de linaje inmemorial. La seguí observando mientras subía las escaleras laterales, siempre erguida, girando con levedad su perfil. Su pelo rubio, tensado a los lados de la cara, se recogía en una larga trenza africana que caía sobre su espalda. Había en sus movimientos una suntuosa simplicidad.

Hubo un momento de especial excitación para mí: cuando descubrí el reflejo de una luz verde en el fondo de sus pupilas, y cuando ella detuvo su mirada, también levemente alterada, ante mi rostro aturdido, al poco de llegar al estrado.

Freyja vestía un traje de chaqueta rojo y mangas anchas. Sobre las solapas y el cuello se extendían las alas puntiagudas de una camisa de seda en un desvaído color terracota con un escote muy breve donde amarilleaba el secreto encerrado en el camafeo de

ámbar. Un ligero pañuelo, también de seda, se ceñía sobre su cuello a modo de cinta. El fleco del pañuelo le caía sobre el pecho y la última de sus puntas llegaba hasta la altura del corazón. Bastaba un ligero barniz de sombra para resaltar la luz verde que llegaba del interior de sus ojos. Esa mirada la convertía en una mujer sin tiempo. Sobre su boca se dibujaban dos pliegues perfectos, y cuando la abrió, al sonreír con las primeras palabras del joven acompañante en el estrado, sus dientes brillaron como las escamas de los sargos rojos. Fue entonces cuando creí que la había visto antes de nacer.

GUNNAR

Supe de inmediato que aquella mujer se había adueñado de las voluntades de quienes la observaban. Freyja Sveinsson ofrecía un semblante mesurado y digno. Giraba con frecuencia la cabeza para observar el visor de un ordenador portátil conectado a la pantalla en la que se reproducía el título de la conferencia, en sueco y en inglés. Luego removió algunas cuartillas que había extraído de una cartera de piel. Daba la impresión de que era una mujer meticulosa. Tímida, quizá, aunque sus ojos reaccionaban con el arrebatado de las aves al ser descubiertas.

Sólo cuando el joven presentador —se llamaba Gustaf Almquist, como se anunciaba en el catálogo— dijo que se sentía orgulloso de formar parte del equipo investigador de Freyja Sveinsson en Reikiavik, esta volvió por primera vez la cabeza para sonreírle. El otro acompañante, de gesto ceremonioso, era el presidente de la Fundación que organizaba el acto. Pronto los murmullos se acallaron, y fue en medio del silencio cuando Freyja Sveinsson levantó sus brazos para descolgarse el collar en el que pendía la piedra de ámbar y elevarlo sobre su frente. Lo observó varios segundos, y ante la sorpresa de todos, sin dejar de exhibir la joya, empezó a hablar:

“Me lo regaló Roald, mi abuelo, el día en que nació. Si a ustedes se les ocurre ir por casualidad a la humilde aldea de Å, ya ven que se trata de un nombre sin ninguna complicación, podrán ver a Roald a bordo de su bacaladero, que lleva el nombre de *Ragnar II* estampado en la proa. Aún suele salir con él casi todos los días a pescar. Roald ha cumplido ya los noventa...”

Hizo una breve pausa para mostrar la joya.

“En realidad se trata de un camafeo. ¡Antes era un camafeo, desde luego!, tal como Roald lo recibió de su padre, Nunstar, y éste del suyo, Gunnar... Gunnar Sveinsson, mi tatarabuelo. No quisiera liarles con los nombres.”

La piedra giraba sobre sí misma, suspendida del collar, como dispuesta a hipnotizar a los cientos de ojos que, fascinados, seguían su movimiento pendular. Yo también me dejaba guiar por el silencioso tic-tac de aquella manecilla invisible con la que la conferenciante parecía estar marcando el tiempo que daba vida a los muertos.

“Pero a Roald se le ocurrió engastarle una piedra preciosa. Puede parecer a primera vista un poco chapucero, pero para mí es la alhaja más hermosa del mundo.”

Dejó el collar sobre la mesa y miró al público.

“Unos días antes de que yo naciera, Roald cruzó el brazo de mar desde el extremo de las Lofoten hasta tierra firme para visitar a un orfebre amigo suyo en Narvik, en el norte de Noruega. Se había empeñado en transformar el camafeo que le legó su padre en una joya preciosa... Digna de la criatura que estaba a punto de nacer... Ustedes dirán si acertó o no.”

Se levantó en la sala un leve murmullo.

“Desde luego, sí acertó en que su primer nieto sería una niña. Y no me pregunten ustedes cómo pudo averiguarlo. Yo sí que lo entiendo. Mi abuelo es un ser excepcional. Lo sabe todo.”

Volvió a fijar su mirada en la piedra preciosa.

“Lo cierto y verdad es que su amigo el joyero se comprometió a incrustar una piedra en el camafeo, como les dije, y eligió un ejemplar de ámbar porque transparentaba con más claridad lo que había en su interior: ¿Se imaginan ustedes lo que contiene?”

Alargó el brazo y elevó el collar.

“Lo que ven ustedes es una ínfima porción de ceniza, motas de la ceniza arrojada al viento por los volcanes de Islandia.”

Recogió el collar y se lo colgó del cuello.

“La historia que voy a contarles empieza aquí, en las cenizas de este collar. Yo las conservo porque forman parte de la memoria de mis antepasados. Ellos las recogieron en su país de origen, Islandia, cuando el estrépito de los volcanes, ocultos bajo el manto de los

glaciares, destruyó sus viviendas, aniquiló sus ganados y les obligó a abandonar la tierra que sus progenitores habían empezado a colonizar hacía más de once siglos...”

Freyja hablaba en el inglés perfecto de los intérpretes de Shakespeare.

“Algunas de estas cenizas se posaron en las copas de las hayas de este bosque de Skansen, tal vez a unos metros de donde ahora nos encontramos. Seguramente se desprendieron de la gigantesca nube que provocó la erupción del volcán Hekla en 1947 y que el viento arrastró en parte hasta aquí y otros lugares de Escandinavia. Muchos de ustedes conocen esa historia... ¿La recuerdan?”

Su teatral silencio no encontró eco, pues la gente lo que quería era escucharla, que no se detuviera.

“Pero dudo que sepan que una hermosa joven, de nombre Lucía, hija de un soplador de vidrio de Skansen llamado Christer Bruun, introdujo en un pequeño frasco un montoncito de esas briznas de ceniza y se lo regaló a Roald el día en que este se comprometió a hacerla su esposa. Ella murió antes de que yo naciera. Siempre entendí que lo suyo con Roald fue un arrebato de locura. Mi abuelo se había desplazado a Estocolmo para comprar un viejo barco de saldo que él transformó en el bacaladero en el que aún se atreve a navegar. Unos meses después, Roald y Lucía se casaron y se fueron a vivir a Å, donde nació mi padre, Bödvar; éste se casó con Astrid, y después nací yo. Mi madre murió unas horas después del parto. Por mis venas también corre la sangre de Skansen.”

Cada vez más, me seducía el gesto imaginado más allá de su boca y de sus ojos, y por un momento llegué a creer que había accedido al alma de la mujer y descubierto su arte de fabricar palabras, tan nuevas me parecían: las modelaba, las esculpía, las silbaba, las desvanecía, las liberaba.

Como si de un cuento se tratara, todo empezó con el regreso de Gunnar Sveinsson y su mujer, Hildur, tatarabuelos de Freyja, al villorrio de Å. Forzado regreso. Lo decidió una descomunal furia que despertó al volcán Askja, en el corazón de Islandia.

Fue durante la primavera de 1875. La violencia de aquella erupción fue de tal magnitud que obligó a Gunnar a abandonar su hogar cerca de Akureyri, en el norte del país. La familia poseía un pequeño embarcadero a los pies de las verdes colinas del fiordo de Eyja.

Gunnar no tuvo más remedio que buscar para los suyos una tierra más segura. La gigantesca caldera del volcán derritió glaciares, que vertieron sus aguas desbocadas hacia el norte de la isla, cambió el curso de los ríos, agrietó la tierra, llenó los campos de cadáveres de ovejas y caballos y convirtió pueblos y aldeas en hume- antes lagos mientras insaciables arroyos de lava se abrían paso en la tundra, y los pulmones, encharcados de fuego, del subsuelo escupían columnas de gases. Un inmenso hongo de vapor y de cenizas se elevó sobre el corazón de Islandia.

Despavoridos, Gunnar y su esposa Hildur apenas tuvieron tiempo para recoger algunas de sus pertenencias y cargarlas en un carromato tirado por un caballo enano de crines doradas. En su huida, Hildur abrazaba a sus hijos, Nunstar y Jómarr, de cinco y apenas dos años de edad, y Gunnar tiraba del animal, a quien taparon la cabeza con un saco para que no enloqueciera ante la visión del infierno.

En el camino, Nunstar llenó de cenizas, aún calientes, una botella que entregó a su padre, y éste la guardó y prometió conservarla durante el resto de su vida. Algunas de esas cenizas estaban encerradas ahora en el camafeo de Freyja.

Gunnar, Hildur y sus hijos huyeron en dirección al oeste para buscar después la línea costera del sur, en contra de lo que hizo la mayoría de los habitantes de aguardar a los barcos que zarparían desde los puertos de Akureyri o Húsavik rumbo a puertos canadienses o norteamericanos. Gunnar había decidido que solo abandonaría el país si era para regresar a Noruega, a la tierra de sus antepasados. Gunnar creía que sus familiares instalados en el sur del país —bien acomodados, con propiedades y barcos de pesca— podrían ayudarle a rehacer su vida.

Pero un acontecimiento aún más doloroso le hizo cambiar definitivamente sus planes. Tenía a la vista la torre de la iglesia de Skálholt cuando el pequeño Jómarr se despidió de la temblorosa

tierra con una sonrisa de hambre. Lo enterraron a la entrada de la ciudad, arropado por un coro de llantos, en el cementerio donde reposan los restos de varios obispos ilustres de Islandia. Ni el consuelo de sus familiares, ni el ofrecimiento de techo y de un puesto de trabajo como sacristán en la catedral, ni el silencio en el que se encerró a solas durante semanas, pudieron aliviar el dolor del abatido Gunnar.

Al despuntar un día soleado y frío del mes de septiembre, el tatarabuelo de Freyja reveló a Hildur y al pequeño Nunstar su decisión final de regresar a Noruega. De manera que convocó a sus familiares y se hincó ante ellos de rodillas para suplicarles que le permitieran llevar consigo el libro del poeta Ármordr, que su padre le entregó, y a éste el suyo, y así hasta el tiempo perdido en que las manos de Svein Pállsson, raíz de raíces y sangre de la sangre común de todos ellos, legaron a sus descendientes la custodia del venerado manuscrito.

“Es el único bien que poseo, junto a las cenizas arrojadas por el volcán que mi hijo Nunstar recogió en el camino”, dijo Gunnar a sus familiares.

“Y así, con él, me llevo la memoria de nuestro pueblo y de sus gestas, con la promesa de que mis hijos y los hijos de mis hijos la perpetuarán para honra de quienes descendemos del viejo Ragnar Cara de Búho”, imploró Gunnar, arrodillado, al tiempo que exhibía en alto el manuscrito que deseaba conservar para siempre.

Todos consintieron sin replicar, pues sabían que Gunnar, y antes sus padres, se habían asentado en el norte del país y habían guardado el legajo del poeta Ármordr como una reliquia sagrada.

A la mañana siguiente, Gunnar y Hildur viajaron con su hijo hasta el valle volcánico de Thingwellir y buscaron la Roca de la Ley desde la que los espíritus guardianes de la memoria de Islandia, por boca de sus *godar*, se dirigían a los hombres reunidos en asamblea. Allí, sobre los campos agrietados por el fuego de la tierra, elevó al pequeño Nunstar con sus brazos y lo posó en el anguloso púlpito del primer Parlamento de los Hombres Libres del mundo. “En esta misma roca se posó por primera vez el búho níveo”, proclamó Gunnar, imitando la solemnidad de sus antepasados.

Luego regresaron a Skálholt, y al día siguiente se desplazaron en carro hasta el embarcadero de Eyrarbakki. Con el dinero que obtuvieron de la familia pudieron comprar el pasaje en una goleta que les trasladó a Bergen, en la costa occidental noruega. Y desde allí, en el barco que aún hoy hace de correo, remontando los fiordos cuyas crestas empezaban a cubrirse de blanco, cruzaron el Círculo Polar Ártico y llegaron a Bödo, donde de nuevo tuvieron que cambiar de barco.

Durante la travesía desde Bödo permanecieron inmóviles en cubierta, sobrecogidos por el perfil de sierra de las islas Lofoten, cuyo paisaje, a modo del espinar de un colosal arenque, se estiraba desde la tierra gris del este y se hundía en la misma oscuridad en la que languidecía el sol del invierno.

Quisieron los ojos de Gunnar descubrir los tejados de Å sobre una ensenada de aguas transparentes, pero lo impidió la bruma del atardecer. Al identificar los gritos de las gaviotas y los dibujos de sus alas en el aire, sonrió por primera vez desde hacía tiempo. Entendía ese lenguaje. Se trataba del mismo que había aprendido de su padre, y éste del suyo, y éste a su vez de la memoria de quienes se establecieron, once siglos atrás, en la isla que acababa de abandonar. Él era esa tierra, se dijo, y le bastaba saber que en su corazón ardía el fuego de los volcanes.

“Es el mismo fuego que arde en el mío”, dijo Freyja poniéndose la mano en el pecho.

6

RAGNAR CARA DE BÚHO

Me cautivó el nuevo capítulo de la historia: “Ragnar Cara de Búho”. Y a punto estuvo de estallarme en la cara una carcajada cuando la pantalla reprodujo la hierática efigie de un hombre de semblante adusto y ojos grandes y redondos, frente ancha y nariz achatada. Dudé de si el gesto había sido sorprendido en una alucinación o concebido por un recién nacido que había aprendido a dibujar pájaros en el vientre de su madre.

La palabra y el gesto de Freyja Sveinsson se dedicaron a honrar la memoria de Ragnar, uno de aquellos vikingos, dijo, que desde las costas de Noruega se arriesgaron a navegar hacia el tenebroso oeste. A diferencia de otros que también deseaban liberarse del yugo de los reyes noruegos y en su huida prefirieron seguir la silueta de la costa en la que hallar fácil resguardo en caso de tempestad, y por eso pusieron rumbo al sur, siempre con los fiordos a la vista de las cabezas de los dragones grabadas en los extremos de los estraves de sus barcos, el temerario Ragnar y los suyos habían descubierto tiempo atrás la existencia de un gigantesco pasadizo en el mar que Freyja llamó *Hafsbotn*.

Pronunció la palabra como en un conjuro: *Hafsbotn*, repitió, y apareció el vocablo escrito en la pantalla bajo el dibujo de un puente imaginario simulando un delgado brazo de tierra que unía Bjarmaland, el norte de la actual Rusia, con el inmenso iceberg de Groenlandia. Esa especie de corriente marina orientó las velas expedicionarias de Ragnar Cara de Búho incluso con viento de proa.

Quienes los vieron zarpar creyeron que se dirigían hacia el extremo del Ártico... De hecho, sus barcos eran impulsados en esa dirección, pero al poco de perder de vista los dientes de sierra de las Lofoten, dirigían las proas al sur, hasta rebasar la línea del círculo

polar, que ellos identificaban como un anillo de ballenas grises, y luego avanzaban recto hacia la desconocida tierra de las nieves eternas, a la que llamaban Thule, la isla de los valles verdes y del fuego en sus entrañas. De esta manera, Ragnar y los suyos lograron superar la barrera del océano y hacerse pobladores de tan inhóspitas tierras.

De nuevo parpadeó la pantalla y a continuación se reprodujo un gráfico sobre *corrientes migratorias*. Se trataba de un mapa con indicadores en forma de flechas de distinto grosor y color lanzadas desde la costa norte de Noruega hacia Islandia, pero también hacia el sur, bordeando la línea costera de los fiordos. Varias de ellas alcanzaban las islas Shetlands y las Orcadas, y algunas se elevaban de nuevo buscando Islandia, y otras se curvaban sobre la cresta de Escocia, y otra, de estela más alargada, llegaba a Irlanda y luego descendía rozando la costa occidental de Francia y se adentraba por el estrecho de Gibraltar en la cueva azul del Mediterráneo hasta tropezar con la pared de Palestina.

Orgullosa, se alzó en la sala la voz de Freyja mirando al mapa: “En todas estas expediciones participaron descendientes de Ragnar Cara de Búho, es decir, antepasados míos”.

Me sorprendió que un ramal de esas flechas avanzara por la península del Sinaí y se elevase después para cruzar el desierto de Siria y llegar hasta los pies del Himalaya. La misma flecha proseguía hacia el interior de Asia, se detenía en un punto cuyo nombre no se distinguía al principio y que luego se agrandó hasta ocupar toda la pantalla desplegada en el escenario:

YUUANUNRHIM

Las once letras descansaban sobre otras tantas cumbres nevadas dibujadas con trazo infantil que simulaban una cordillera. Aquel nombre desconocido me pareció, sin embargo, envuelto en resonancias de leyendas, todas ellas relacionadas con los orígenes de su propia saga, cuya memoria pretendía recuperar con la ayuda de un mensajero excepcional: el búho níveo.

El búho blanco era, en efecto, la prodigiosa ave que había transmitido a los sucesores de Ragnar las claves de su existencia. Ragnar Cara de Búho era “el hombre del primer rumbo, en el que

todo empieza y todo acaba”, y llegó a ser elegido *godar* del Parlamento de los Hombres Libres.

Precisamente su sobrenombre le vino porque fueron sus ojos los primeros en advertir que un búho níveo, procedente de las llanuras del glaciar Langjökull, recortó su vuelo rectilíneo hasta aproximarse a las primeras grietas que demarcaban el foro natural de la asamblea, lo que hizo sin rehuir de la gente, ni del humo que levantaban las hogueras encendidas, ni del clamor de las fogosas discusiones de los congregados.

El cabeza de la saga señaló con su mano extendida la aparición de la rapaz, que planeaba sin temor sobre el valle, y profirió una exclamación de gozo en el momento en que el búho de las nieves se encaramó en lo alto de la *Roca de la Ley*, que a partir de ese momento se convirtió en uno de los más preciados símbolos del amor a Islandia.

Era la Roca de la Ley un lugar prominente y único desde el que las palabras vibraban con más fuerza en boca de los *godar* y donde el eco de sus voces se transmitía con más facilidad hasta el último recodo del valle de Thingwellir. Subidos a ese púlpito de piedra y lava, quienes tenían el honor de ser *Gran Portavoz del Parlamento* difundían las nuevas leyes y obligaciones a los ciudadanos libres.

Ragnar era hijo de Asmund el Viejo y de Eygló Piel de Escamas, a los que el miedo a una muerte inminente, puesto que eran muy ancianos, les hizo permanecer en tierras noruegas. Ragnar Cara de Búho se casó con Hilderi Leche Abundante. Tuvieron muchos hijos, de ahí el sobrenombre de la madre, entre ellos Atli Memoria de Piedra, casado con Lofhaena Ave Rosada, y Tathúr Piernas de Flecha, que contrajo matrimonio con Skur Brazo de Remo.

Poco se sabía de Tathúr y Skur, reconoció Freyja, salvo que, muchos años después, se enrolaron en una expedición hacia el sur y se instalaron en las islas escocesas de las Orcadas. Tuvieron varias hijas, y la menor de ellas, la hermosa Dylla, de sobrenombre Cabeza de Alca, por la esbeltez de su cuerpo y su cabello albino con mechones negros, se casó con Lottar Grumssor, aventurero audaz y temeroso de Dios, conocido más tarde como el de los Pies

Quemados, famoso por su expedición más allá de los desiertos de Palestina.

Atli y Lofhaena tuvieron también muchos hijos, entre ellos Faxi Rostro Perplejo, el primer hombre que circunvaló Islandia con una nave de veintitrés metros.

Faxi también descubrió una corriente marina, en el norte, a la que puso el nombre de Fristia en honor de su esposa, también conocida como Torso de Abedul. La plácida corriente lo condujo hasta una isla verde y de acantilados como cortados a cuchillo en los que anidaban miles de pájaros de picos rojos y muy torpes de vuelo *“porque apenas planeaban y sacudían las alas como expurgándose”*.

Dijo Freyja a continuación que esa isla podía ser la de Grimsey, en el norte del país, poblada por valerosos pescadores que escalaban las paredes de los acantilados hincando sus uñas y accedían luego a los nidos ocultos de las aves para recoger los huevos con los que se alimentaban. Pero también cabía que fuese la isla de Papasey, en el este, con acantilados similares. Ella dijo haber conocido a un venerable anciano llamado Thor Thorgilsson, amigo de su abuelo Roald, conocido como *El Hombre de los Pájaros*, que vivió recluido hasta hace pocos años como un anacoreta en esa isla, llamada así en honor de los primeros papas o predicadores irlandeses que iniciaron la propagación del catolicismo en Islandia.

Ragnar Cara de Búho llegó a más de cien años, como su padre, Asmund, y también todos sus hijos alcanzaron una extraordinaria longevidad, posiblemente porque ya conocían *“algún método con el que obtener el aceite de hígado de bacalao”*.

“Ustedes recordarán que fue precisamente en Å donde se construyó la primera planta industrial que comercializó, el pasado siglo, *“el grasiento líquido que reflota tras hervir el hígado de los bacalaos*, lo cual supuso, por su riqueza en vitamina D, la panacea contra la desnutrición” —dijo ella—. Ragnar y sus descendientes siguieron empleando en Islandia esas técnicas aprendidas en sus tierras de origen.”

Todas las primaveras, Ragnar y los suyos acudían a la cita ante la Roca de la Ley con sus arreos a cuestras o a lomos de caballos.

Décadas después lo seguirían haciendo expediciones que llegaban del norte y del sur de la isla, y todos formaban una gran familia, aunque manifestando sus diferencias con según los clanes a los que pertenecían.

La irrupción por los fiordos del oeste de los búhos níveos y sus vuelos hacia las llanuras templadas del norte significaba la señal que aguardaban las familias para acudir al *Parlamento de los Hombres Libres*. Por esa razón las asambleas se posponían a veces semanas enteras, pues las aves que las anunciaban aparecían unos años a mediados de mayo o avanzado el mes de junio, según el momento en que irrumpía el verano por la helada Groenlandia. También sus vuelos alertaban sobre los peligros que acechaban en el corazón volcánico de sus tierras.

Tras la muerte de su abuelo Ragnar, Faxi reveló que varias de esas aves, que muchos habitantes de las islas habían empezado a considerar mágicas, anidaban en islotes desconocidos que habían emergido del mar a causa de erupciones volcánicas. Ello venía a significar que también las rapaces eran portadoras de mensajes de amistad para con la enfurecida Madre Tierra de los islandeses. Por el contrario, la aparición de escasas parejas de búhos níveos, o el distanciamiento de sus vuelos, o su brusco regreso a las tierras de Groenlandia de donde procedían, traían malos augurios que al poco se manifestaban en forma de violentos desgarramientos de las nieves en las cimas de los glaciares.

Fueron sus antepasados quienes revelaron a Freyja Sveinsson que esta era la identidad que distinguía a la Saga del Búho Níveo del resto de familias vikingas: su capacidad para interpretar el vuelo de las aves y reconstruir la memoria del tiempo.

En efecto, desde que apareciera el primer búho níveo sobre Thingwellir y se adivinara en su vuelo la llamada a convocar el Parlamento de los Hombres Libres, todos interpretaron que los descendientes de Ragnar poseían el don de descifrar la arquitectura diseñada por los pájaros en el cielo.

Atli Memoria de Piedra, primogénito de Ragnar Cara de Búho, fue el primero en desarrollar tales habilidades basadas tanto en la contemplación del movimiento de las alas y en sus atrevidas

piruetas como en la interpretación de las voces y ululatos de los pájaros. Estas enseñanzas evolucionaron de padres a hijos a través de los siglos hasta definir lo que para algunos es en la actualidad una ciencia que permite superar, a través de la memoria que retiene las figuras de los vuelos, las barreras del tiempo y recuperar de la oscuridad las sombras de los recuerdos y las imágenes de las sombras.

Atli empezó dibujando en la arena los batidos de los pequeños pájaros y después el planeo de los más grandes descendiendo de las montañas. Descubrió también que el movimiento de las alas en el aire era muy similar al de los remos de las embarcaciones, de manera que podía medir la fuerza de los músculos que las impulsaban; supo que las plumas que hacen de remos no son fijas, que cuando las aves levantan las alas cortan el aire sin esfuerzo y que, al bajarlas, es cuando encuentran la resistencia del aire. Asimismo, adiestró a halcones para que cazaran en el aire frailecillos y gaviotas. Comprobó que el latido de sus corazones era mucho más acelerado que el de los hombres, que su tamaño era hasta cuatro veces superior en proporción a su tamaño, y que, a veces, ante el peligro de muerte, las pulsaciones eran más de setecientas, y que su memoria era tan aguda como el alcance casi infinito de sus ojos.

Ante tales maravillas, Atli empezó a creer que tan extrañas y magníficas cualidades hacían de las aves unos seres superiores a los hombres, puesto que eran capaces de ver en el horizonte lo que los hombres no alcanzaban, de memorizar rutas y corrientes no descritas en libros ni almacenadas en cerebros, de predecir acontecimientos y de conocer designios inescrutables, de la misma manera que hay hombres que desvelan los mensajes deletreados en las manos y médicos que descubren enfermedades mirando en los pequeños agujeros negros de los ojos. “La sangre de mis seres muertos reproduce imágenes que no están muertas”, dijo Freyja.

Me dejé arrastrar hasta el fondo de sus nuevas palabras. Me daba cuenta de que avanzaba en la dirección de un pensamiento diferente y de que, conforme lo hacía, también me hacía más vulnerable a su fantasía. Ella guardó silencio para proclamar a continuación algo que se hizo en mí indeleble:

“Mi abuelo es la memoria.”

¿Y si la memoria de Roald Sveinsson hubiera trazado con sus invisibles manos de artista el rumbo de este barco en el océano?

No lo descarto. Hay seres humanos capaces de inventar destinos.

La voz de Roald irrumpe desde abajo como el pensamiento que abarca todos los pensamientos:

—Existe la inmortalidad —le oigo decir mientras asoma su cabeza por la escala del bacaladero. Los sueños nos hacen inmortales. Pronto cruzaremos esa frontera.

Cuando me habla de este modo necesito ordenar mi mente. El sol de medianoche me engaña. Me alumbró a la derecha, entre el norte y el este, un anillo rojo en el que sólo encaja el silencio, y yo debo mantener el rumbo suroeste, como ordenó mi capitán, Roald, el hombre cuya memoria no se agota y que adivina todos los pensamientos.

—¿Cuándo la cruzaremos?

—Cuando se levante el viento del sol.

De entre todos los descendientes de Ragnar, Urlhe Garras de Halcón, hijo de Faxi, el del Rostro Perplejo, y de Fristia Torso de Abedul, fue el único que fue hecho prisionero por el más cruel de los tiranos: la codicia.

Urlhe se casó con Khada de las Trenzas de Mar. La osadía que caracterizó su larga vida y la fuerza de sus músculos la puso al servicio de un insaciable afán de conquista que la mayoría de las veces ensangrentó sus manos y permitió que el odio y el resentimiento anidaran en su corazón.

Al regreso de una de sus rapiñas en las islas Orcadas, con tan gran botín, ovejas y caballos incluidos, que apenas tenía cabida en los cinco barcos que componían la expedición, Urlhe mostró a solas a su anciano padre un código que había mantenido en el más absoluto secreto. No se había separado de él ni cuando dormía, y lo había preservado de todas las miradas.

Cuando se lo mostró a Faxi, tuvo que abrir primero las gruesas hebillas de oro viejo que cerraban una alforja de piel de carnero. En

su interior, el libro estaba envuelto en una talega de lienzo.

Fue tal el asombro que Faxi experimentó al verlo, que los músculos de su cara se endurecieron, de tan tensos que se tornaron, y sus labios permanecieron entreabiertos hasta el momento en que le llegó la muerte, años después. De ahí el sobrenombre de Rostro Perplejo con que sus descendientes lo recordaron.

Aquel objeto inanimado irradiaba una luz que lo envolvía todo, de modo que parecía que en su interior ocultaba una gran luciérnaga.

La sobrecogida expresión de Faxi dejó paso a una exclamación que mantuvo sus ojos como embrujados. Mucho más cuando el propio Urlhe le confesó que tenía desplegado ante él un libro que *nunca se terminaba de leer*. Tras un breve silencio, Freyja Sveinsson dijo que aquel libro que parecía hechizado era *El Libro de las Páginas Infinitas*, pues el número de sus páginas trascendía todo tipo de conocimiento humano y sobrepasaba todas las cualidades de la inteligencia y de la memoria.

Veamos si puedo precisar las palabras de Freyja ante las miradas absortas de quienes la escuchaban.

Nada más pronunciar aquellas seis palabras, *El Libro de las Páginas Infinitas*, se propagó por el patio de butacas un murmullo como de algas marinas meciéndose entre rocas.

La historia de aquel libro se remontaba a los tiempos de conquista en las islas Orcadas, durante una de aquellas violentas incursiones de Urlhe Garras de Halcón.

Freyja relató que el guerrero Urlhe se hizo con tan fantástico códice tras un ataque nocturno que cogió desprevenidos a los pacíficos habitantes de la isla de Rousey, una de las más septentrionales del archipiélago escocés. Se apropió de él tras saquear su castillo e incendiar la iglesia de la aldea de Hufanae... Urlhe se lo arrebató, tras un feroz combate de espada, a un monje misionero irlandés de nombre Freston, que sólo entregó el manuscrito cuando sintió que su cuerpo se desangraba en el suelo y el filo de la espada del despiadado vikingo hacía un surco en su cuello.

Sin embargo, Urlhe lo dejó con vida y permitió que Freston y sus monjes siguieran predicando el cristianismo en aquella isla, pero él se trajo el libro a Islandia y lo guardó en un arcón de madera de haya del que ya nunca se separó.

Nada más verlo —confesó Urlhe a su perplejo padre— supo que se trataba de un bien máspreciado que todos los rubíes y piezas de oro que adornaban la corona de los reyes de Escocia. Empezó a entenderlo así nada más terminar de combatir con Freston, porque no había conocido a nadie con tanto coraje como aquel barbudo clérigo.

Urlhe llegó a pensar que la posesión de aquel libro le haría invencible, de ahí sus desvelos para guardar el secreto, salvo a la hora de cumplir con el deber de contar a su padre cuanto había acontecido: “Este libro es la joya más valiosa de mi botín, pero tengo miedo, padre, de poseerla.

Pasaron los años en la gélida Islandia. Urlhe guardó el libro en el asentamiento que gobernaba en Jökulsárlon, lamiendo las primeras estribaciones del glaciar Vatna, en el sureste del país. Pero una erupción volcánica y la formación de devoradores ríos de lava le obligaron a él y a otros clanes que le seguían a ciegas a guarecerse en la isla de Papasey, a escasa distancia de la costa oriental.

Desconocía Urlhe que en Papasey habían desembarcado, meses antes, el misionero Freston y sus monjes irlandeses, dispuestos a evangelizar Islandia con el mismo coraje que habían demostrado en la defensa de las Orcadas.

El astuto Freston, un clérigo que esgrimía con la misma fiereza el arco con flechas que la espada y la Biblia, recibió a Urlhe, tan mermado por la fatalidad y la cólera desatada de la naturaleza, con los brazos abiertos y dispuesto a demostrarle que el desmedido furor de los volcanes y glaciares era la expresión del castigo de Dios por sus crímenes en la costa escocesa.

Sin embargo, aquella bondad disimulada no era más que un ardid del sagaz predicador, conocedor del poder sobrenatural del pergamino, para recuperarlo cuanto antes. A fin de cuentas, era a él a quien le había pertenecido.

Asolado por la pérdida de sus posesiones y convencido de que su desgracia era una venganza del dios que proclamaban aquellos

empecinados monjes, Urlhe se dejó convencer, y después de pedir clemencia a Freston, devolvió el libro a quien lo había poseído antes, tras lo cual ayudó con sus propias manos a construir una iglesia en la isla de Papasey que sirvió durante varios siglos de refugio y mausoleo al portento.

Urlhe permaneció en Papasey hasta que le llegó la muerte, y es conocido que, al menos una de sus hijas, Halldora, de indescriptible belleza, echó raíces abundantes en la isla.

Susurro al viento, emocionado:

—Halldora.

Recuerdo el instante en que los labios de Freyja pronunciaron por primera vez ese nombre en aquel escenario. Entornó los ojos y cruzó las manos bajo la barbilla. La sala al completo se dejó prender por su silencio, como deseando preservar la excitación que provocaba el nombre de la nueva criatura liberada.

Freyja y yo —lo juramos al final de una noche de amor en su buhardilla de Alcalá, días antes del accidente— tendremos una hija a la que llamaremos Halldora. Ella será la nueva madre de Islandia.

Halldora era rebelde, tenaz, prudente, fértil, exuberante, lasciva. La llamaban Halldora Cuerno de Cerveza. Cuando se emborrachaba yacía con hombres en la playa, y sus gemidos de gozo eran como los de las focas cuando se apareaban. Sus hijos dieron brillo a la estirpe del Búho Níveo, y uno de ellos fue el más grande, Vilmond, el amanuense que dejó escrito: *Descenderá de las nubes con el sol en las alas y sobrevolará las crestas del mar.*

—He oído decir que Vilmond era ciego.

Antes de responder, Roald gira el rostro hacia el horizonte púrpura.

—Como Homero, el padre de Ulises. Y como lo fueron Thor Thorgilsson y el filósofo Borges... Borges tuvo mucho que ver con la historia.

LOTTAR GRUMSSOR DE LOS PIES QUEMADOS

Tuve la impresión de que la historia se detendría en la isla de Papasey. Pero no fue así, pues, tras un breve respiro, se agitó la atmósfera del auditorio cuando Freyja pronunció el nombre de Lottar Grumssor de los Pies Quemados. Al tiempo que lo hizo se iluminó la pantalla y apareció el dibujo del circunspecto rostro de un hombre de noble expresión en los ojos, frondosa y alborotada barba y ancha mandíbula. Su cabeza la coronaba un casco con refuerzos de hierro y una extraña cruz en lo más alto.

“En las aventuras de este valeroso explorador vikingo irradia y a la vez se desvanece el misterio del Libro de las Páginas Infinitas”, dijo la conferenciante, tocada en ese instante por un raro fulgor.

Los antepasados de Lottar procedían de la costa occidental de Noruega. A diferencia de lo que hicieron Ragnar y los suyos, siguieron la línea costera, al cobijo de los fiordos, y se asentaron finalmente en las islas Orcadas. Allí coincidieron con otras familias que habían llegado de la lejana Thule, entre ellas la de Tathúr Piernas de Flecha, hijo, como ya es sabido, de Ragnar Cara de Búho, que había contraído matrimonio con Skur Brazo de Remo. Freyja Sveinsson recordó al auditorio que la hija menor de ambos, Dylla Cabeza de Alca, se casó con Lottar Grumssor.

Lottar y Dylla tuvieron dos hijos varones. Pero antes de que Ulf y Marnok, que así se llamaban, entraran a servir como escuderos a las órdenes de un Earl de las Orcadas, la hermosa Dylla murió a causa de unas extrañas y fulminantes fiebres.

Al cabo de un año de postración y ya sin ganas de vivir, Lottar encomendó el cuidado de sus hijos a los padres de Dylla, y luego decidió enrolarse en la expedición a Palestina que preparaba su señor el Conde Röngnvaldr de las Orcadas, tal vez con la idea de

encontrar en aquellas tierras lejanas un remedio para su corazón atormentado.

Lottar Grumssor puso a disposición del Conde su propio barco de treinta remos para reforzar la larga y aventurada travesía hasta Tierra Santa. El viaje fue un éxito, y el *Earl* y su fiel paladín lograron entrevistarse con el mis- mismo emperador de Constantinopla.

Sin embargo, cuando el *Earl* decidió regresar victorioso a sus tierras con todos los barcos de su flota rebosantes de abalorios, perfumes y telas preciosas, Lottar le hizo saber sus pretensiones de permanecer más días en aquel continente y de adentrarse en las tierras situadas al este de Palestina.

Y así lo hizo. Después de que zarpara Røngnvaldr, Lottar invirtió la parte que le había correspondido del botín en adquirir víveres, mulas y camellos, y tras poner a buen recaudo su barco para evitar que fuera destruido por los nativos, inició una larga travesía por desiertos, habitó en ciudades alzadas sobre colinas junto a bosques de palmeras y cruzó ríos caudalosos hasta llegar a una ciudad llamada Yuuanunrhim. Allí, desapareció.

Fue más allá, en un monasterio perdido en la aridez del paisaje, donde el valeroso caballero vikingo accedió a un libro “de hojas blancas que se cubrían de letras nada más dirigir hacia ellas los ojos, mientras las páginas discurrían sin cesar entre los dedos de las manos y no se detenían”, leyó Freyja.

La historia de la expedición de Lottar Grumssor de los Pies Quemados a lo desconocido quedó escrita en el diario de un poeta llamado Ármordr, que acompañó primero a las huestes del *Earl* a Palestina y después siguió al audaz vikingo en su incursión por el desierto.

“Sin el diario de Ármordr —explicó Freyja— nada se habría conocido de aquella aventura de Lottar, y nada, por consiguiente, habría trascendido acerca de la existencia del Libro. Fue Ármordr quien contó la historia, aunque con muchas reservas, como después explicaré.”

En primer lugar, Freyja no estaba segura de la ruta escogida por Lottar más allá de Palestina. Lo único cierto, dijo, que se desprendía del relato de Ármordr era que Lottar había estado en el desierto,

puesto que fue el propio poeta quien le puso el sobrenombre de *Pies Quemados*, en referencia a las plantas de sus pies abrasadas por las arenas.

También dudaba de que Lottar hubiera alcanzado tierras indostánicas, próximas a las cumbres del Himalaya, como indicaba el narrador en su diario.

En opinión de Freyja, Lottar se adentró en el desierto del Sinaí para después avanzar en dirección norte, hacia Siria y Mesopotamia.

El autor del diario describe el exterior del Libro de las Páginas Infinitas: “Con tapas de madera de deriva revestidas en su interior con piel de oveja y envuelto con una faja de piel de foca”, leyó Freyja.

Lo que contrariaba más a Freyja era que Ármordr no se había prodigado en la narración épica del azaroso periplo de Lottar, mientras derrochaba sensibilidad en poemas que hacían referencia a la futilidad de la vida y a la nostalgia que le provocaba el recuerdo de la lejana Islandia, de sus aguas limpias, de las aves “que trazan en el aire mensajes sobre el destino de los hombres”, y de sus glaciares “sometidos a la violencia de los volcanes”.

Por lo que él mismo contaba en su diario, se supo que Ármordr no siguió a Lottar hasta el *monasterio tibetano*. (Freyja insistió de nuevo en sus dudas sobre esa localización: “Lottar no pudo llegar tan lejos”).

Superado por el cansancio, como la mayoría de los expedicionarios, Ármordr renunció a proseguir la marcha y dejó que Lottar Grumssor, en compañía de otros tres guerreros, emprendieran “el último tramo del camino que conduce a lo ignoto, sin opción de volver”.

Durante el tiempo de espera, el poeta, seguramente impresionado por el valor de Lottar, se prestó en su diario a indagar en los orígenes del vikingo. Ármordr localizó los primeros vestigios familiares del explorador en lo que hoy sería la ciudad de Trondheim, en el norte de Noruega, y desde luego, emparentó su descendencia con la saga de Ragnar Cara de Búho, puesto que sus hijos los concibió la infortunada Dylla, nieta del cabeza de la estirpe. Así que Ármordr y quienes desistieron de proseguir hasta el final la

aventura de Lottar se instalaron en las afueras de una aldea *“envuelta en las arenas del desierto, dos días después de dejar los límites de Palestina”*.

En ese lugar se comprometieron a aguardar la vuelta de su jefe durante un tiempo no superior a setenta y tres días, y a emprender viaje de vuelta a casa si él no aparecía en ese plazo.

Lottar regresó un día antes de que venciera el tiempo convenido, y *“lo hizo con el rostro resplandeciente”*. La misma alegría se reflejaba en los ojos de quienes se habían aventurado a acompañarle hasta el Himalaya, *“cuyas frentes parecían iluminadas por un celeste resplandor”*.

A su regreso al lugar donde le esperaba el grueso de la expedición, Lottar Grumssor fue muy parco en palabras, y sólo cuando emprendieron el regreso a Islandia reveló a Ármordr lo que le aconteció *“en un monasterio de monjes rapados y con túnicas del color de las arenas del desierto”*. Fue allí donde los monjes, unos días antes de marchar, le entregaron un libro del que se cuentan maravillas tales que no pueden ser aceptadas por la razón.

Lottar Grumssor admitió ante Ármordr —y así lo transcribió éste en su diario— las cualidades de aquel libro extraordinario tras comprobar por sí mismo que cuanto veía en sus páginas o tocaba en sus gruesas tapas poseía una autenticidad sobrenatural.

En la penumbra del escenario, Freyja se atrevió a impostar la voz del legendario explorador:

“Tales cualidades parecen al principio inciertas al tratarse de un objeto aparentemente inanimado, pero no lo son, más bien todo lo contrario, ya que se trata de un libro escrito por los hombres más sabios que cabe imaginar, por hombres que han concebido teorías aritméticas para resolver el desorden universal de las cosas y transformar el caos en la quietud de un sentimiento de eternidad. De ahí que sus páginas nunca se terminen de leer, porque se suceden unas a otras de manera vertiginosa y sin que se alcance a ver el final, como si contemplásemos a nuestra tierra desde un punto muy alejado del espacio y nos acercásemos lentamente con el deseo de apreciar los detalles de sus campos, de sus playas, y hasta de un grano de arena, y después de observado éste con fervor, recogido en la palma de nuestra mano, descubriésemos que ese minúsculo

objeto, apenas accesible a la capacidad de ver de nuestros ojos, encierra la misma sensación de infinita distancia que antes advertíamos cuando observábamos el planeta entero desde las estrellas más apartadas. Y así sucesivamente; cuantas veces creíamos haber logrado vislumbrar algo, siempre aparecía ante nuestra perplejidad el principio de una nueva razón para seguir mirando y descubriendo el insondable universo de lo que al principio es insignificante en su apariencia y luego se hace inabarcable.”

Impresionado por su “*suerte de ser un elegido*”, y dispuesto a cumplir cuanto le había sido marcado por su destino, Lottar sólo puso fin a sus tribulaciones cuando, nada más regresar a las Orcadas, entregó el Libro de las Páginas Infinitas a un monje irlandés conocido por el nombre de Freston.

“El poeta Ármordr no se atrevió en su diario a conjeturar sobre las razones que impulsaron a Lottar a una donación tan desprendida —añadió Freyja—. Lo que sabemos por el propio Ármordr es que el mágico libro pasó a ser custodiado por Freston y los monjes de su orden que predicaban la fe cristiana. Aquellos misioneros lo veneraron como un icono que difundía la magnificencia de Dios. Por los acontecimientos que se sucederían más tarde, cabe deducir que nuestro caballero Lottar Grumssor abrazó en Palestina la fe de los cristianos y que regaló a Freston aquel tesoro en prueba de gratitud por la paz definitiva hallada en el desierto.”

“El diario en el que el poeta Ármordr narra las peripecias de Lottar es el bien máspreciado de mi familia —confesó Freyja—, y es, como seguramente habrán ya deducido, el mismo que mi tatarabuelo Gunnar llevó consigo cuando abandonó Islandia. Ahora lo conserva mi abuelo Roald, y es posible que algún día tenga yo la suerte de poseerlo...” Nueve siglos atrás, el peregrinaje del diario se desvanece entre sombras y luces, dudas y certezas. Ulf, primogénito de Lottar, lo recibió de manos del mismísimo Ármordr, “en testimonio de veneración a la sangre que corrió por las venas de mi adalid y mi maestro”, tal como dejó escrito el poeta en una de las últimas páginas de su diario.

Esa referencia demostraba o bien que Ármordr sobrevivió al caballero vikingo o que éste desapareció sin dejar rastro después de

regresar a Escocia, probablemente con la intención de escoger el camino de la vida monástica y separarse del mundo.

Ulf se convirtió en un respetuoso guardián del diario que relataba la experiencia de su padre y cómo se produjo el hallazgo del Libro. Sin embargo, no fue tan cauteloso a la hora de difundir aquellas hazañas, y su testimonio en la corte escocesa, donde gozó de privilegios propios de la nobleza, fue aprovechado por algunos arribistas para desvirtuar la realidad de la historia y desencadenar desmedidas ansias de búsqueda tanto del diario del poeta como del extraordinario libro que en él se mencionaba.

Freyja desgranó a continuación el errático periplo del diario de Ármordr. Dijo que fue el propio Ulf quien, tras un viaje a Islandia poco antes de morir, se lo entregó a un pariente que residía en el sur del país, probablemente cerca de Skálholt. Después perteneció a un tal Svein Pállsson, localizado en un asentamiento cerca de Selfoss hacia finales del siglo XIV. Pállsson era un importante preboste de la iglesia y tenía ancestros emparentados con un *Earl* de las islas Orcadas y el rey Malcolm de Escocia.

Los descendientes de Pállsson se multiplicaron en asentamientos en el oeste y el este de la isla, y su recuerdo perduró hasta el extremo de que su nombre, Svein, resurgió con frecuencia en las nuevas generaciones.

Muchos de quienes se llamaron Svein debieron ese honor a que sus progenitores quisieron perpetuar en ellos la memoria de quien fuera preboste de la Iglesia. Uno de los que, años después, recuperaron aquel apellido fue Thakkrad Sveinsson, obispo de Skálholt, recopilador de muchos de los manuscritos islandeses que más tarde pertenecerían al rey Federico III de Dinamarca.

Pero el obispo Thakkrad de Skálholt olvidó incluir la narración de Ármordr en sus remesas de pergaminos históricos a la corte danesa, de modo que el diario que desvelaba la epopeya de Lottar y la existencia del Libro de las Páginas Infinitas permaneció más de dos siglos en la catedral, esto es, en su propia casa.

Pasó el tiempo y nadie reparó en aquel original abandonado en los archivos del obispado. Hasta que, unos años antes de que las fuerzas desatadas de la naturaleza le obligaran a abandonar el país,

y en el transcurso de una de sus esporádicas visitas a la familia en Skálholt, Gunnar Sveinsson, tatarabuelo de Freyja, lo descubrió en un cofre precintado.

Después de pasar una noche en vela leyéndolo, se creyó en la obligación moral de hacerlo suyo y se lo llevó a sus tierras de Akureyri. Gunnar Sveinsson tuvo la clarividencia de que su propia sangre había trazado la escritura de aquel libro, al que consideró un legado excepcional. En nombre de todos sus antepasados, juró preservar aquel tesoro de la iniquidad de los hombres.

La voz de Freyja Sveinsson estaba a punto de evaporarse en el silencio de la sala. Pero aún le quedaban fuerzas para hacer una declaración sorprendente:

“Existe el libro que los monjes de las extrañas túnicas entregaron a Lottar Grumssor de los Pies Quemados. Está oculto en una isla ignota del Ártico.”

Parecía que iba a terminar, pero, tras una breve pausa, se adentró en un capítulo sorprendente: El escritor argentino Jorge Luis Borges, reveló la conferenciante en un tono que volvía a ser coloquial, escribió, en 1971, un cuento al que tituló *El Libro de Arena* y en el que narra una delirante historia sobre un libro de incontables páginas idéntico en su esencia al que los monjes del desierto entregaron a Lottar. Un misterioso vendedor de biblias, de *rasgos escandinavos* y procedente de las islas Orcadas, vende una especie de Biblia, un *Libro de Arena*, adquirido *en los confines de Bikanir, en algún lugar del Indostán*, a un deslumbrado coleccionista de Buenos Aires: las páginas de tan extraño libro *no se correspondían en numeración y brotaban de sí mismas...* Al no poder acotar su inagotable sabiduría, el avaricioso bonaerense pasó los últimos años de su vida obsesionado por desprenderse de él para así aliviar su frustración. Y dominado, finalmente, por el terror, a punto estuvo de prenderle fuego, pero temió que la combustión de un libro interminable también fuese infinita y que el humo de su hoguera sofocara al planeta.

Envueltos en su propia perplejidad, los asistentes a la conferencia también parecían dispuestos a arrojar al fuego de sus ojos los leños resecos de cientos de vagos pensamientos, de

manera que en un momento tuve la impresión de asistir a una incontenible combustión de emociones. Pero las palabras de Freyja Sveinsson, ungidas de una extraña ligereza, seguían elevándose sobre las llamas.

La creencia generalizada es que Borges se inspiraría en la experiencia de Lottar para concebir su cuento. Sin embargo, el escritor argentino nunca tuvo la oportunidad de acceder al manuscrito de *Ármordr*. Algo habría escuchado. Alguien le habría contado... Quizá con la intención de ahondar en tan fascinante leyenda, giró visita a Islandia varias veces:

“Hasta es posible que colgara su abrigo junto al del Hombre de los Pájaros en el perchero del restaurante de Hjalti. No creo que sea el momento de contarles esta historia. En Reykiavik tenía muchos amigos, poetas en su mayoría que le agasajaban como a un iluminado...”

Al pronunciar esa palabra, *iluminado*, Freyja se detuvo y esbozó una leve sonrisa. Luego negó con la cabeza varias veces, dando a entender que no compartía del todo la versión que acababa de exponer.

“No, Borges no buscaba en Islandia una fuente de inspiración para escribir un cuento”, dijo. “Borges viajó a Islandia en busca de la explicación de una verdad que le atormentaba. Quería descubrir la fuente que inculca en el hombre la más inconmensurable de sus cualidades: su portentosa capacidad para la fantasía. La que hace posible *la aleación del fuego con el hielo...*”

Giró la cabeza y aguardó a que se reprodujera en la pantalla la última frase: “La aleación del fuego con el hielo”. La leyó, elevando el tono de voz. Dejó pasar unos segundos y dijo:

“Borges es la única criatura sobre la tierra que entiende la teología como pura literatura fantástica. Él buscaba El Libro. Un libro que fuera compendio de todos los libros. Tan desesperadamente como muchos buscan a Dios. Tal vez Dios no existe. Pero el Libro sí existe. Tal vez el Libro sea Dios.”

En la superficie opaca del mar, en la que se desliza el *Ragnar II* como una ballena hipnotizada, con sus velas hinchadas, sin viento que las empuje, el telón de la noche se confunde con las veladuras

de un nuevo día, de modo que mantengo la duda de siempre: no sé si se extingue la luz o llega el alba. Yo no podría asegurar que mi cuerpo, de tan cansado, desea abandonarse al sueño o si, por el contrario, mi pensamiento descubre nuevas sensaciones para sobrevivir a la fatiga. ¿No dicen los expertos que las luces nórdicas afectan a las experiencias mentales de los hombres? Admito que la presencia lejana de esas luces despierta en mí una renovada excitación. El alma del mundo cabe en un libro...

Roald sigue atentamente el vaivén de mis pensamientos. Fija el timón con una tranca y avanza unos pasos hacia mí. Cruza los brazos sobre el pecho, alza su rostro y me habla como si se dirigiera a una multitud congregada en la llanura del mar.

—Para el poeta en el que piensas no existe la ciencia, ni la filosofía como la entienden los pensadores modernos, sino la oscuridad. Es en la oscuridad donde se forja todo y donde todo se explica.

—¿Conoció a Borges? —pregunto, intrigado.

—Conocí al Borges que no existió.

—Eso no es posible.

—Me refiero al Borges de la oscuridad, como te digo. A la sombra de Borges que se paseó por los rincones más inaccesibles del planeta en busca del Libro. Es lo que ahora hacemos nosotros. Quizá nos encontremos en el camino.

—¿Cómo está tan seguro de que existe la isla?

Antes de responder, la cabeza de Roald se ilumina como un faro en el extremo de una lejana costa:

—Los recursos del destino son aún más poderosos que los de la imaginación. Lo desconocido existe, Alonso Bulnes. ¿Por qué, si no, estás aquí? ¿Por qué renunciaste a tu poder y elegiste el camino de la isla donde se esconde el Libro? ¿Por qué crees en él sin haberlo visto?

La gente la animaba con sus miradas a que siguiera hablando. Pero había empezado a crecer en su expresión el ensueño que precede a las despedidas. Aspiró hondo y cerró los ojos antes de abrir sus labios de nuevo. Me pareció que su voz se adelgazaba como el último reflejo del sol en la punta de lanza de un chopo.

“Era yo muy pequeña cuando mi abuelo me llevó de la mano ante el lugar donde guardaba celosamente el diario del poeta Ármordr. Me permitió acariciar sus tapas. Yo había recibido ya algunas lecciones sobre el lenguaje de las aves. Empezaba a comprender que sus vuelos tenían que ver con sombras que debían ser recuperadas. Busquen en sus sombras y hallarán las quimeras.”

Estuve atento al gesto de Freyja Sveinsson como quien escucha el gorgoteo de un nevero en pleno deshielo. Todos se pusieron en pie, y para mí que aguardaron a que su voz se propagara de nuevo. Sólo aplaudieron cuando su mirada se deshizo en un leve crepúsculo invernal.

RAMÓN CARUANA

Erguida en el escenario, seguí observándola un rato, recreándome en su cansancio. Ella parecía elevarse sobre las tablas del escenario. Evanesciente. Cuando cesaron los aplausos, se sentó de nuevo y ordenó las cuartillas, la libreta, que introdujo en un portafolios de piel. Sólo sus brazos se movían, a cámara lenta. Se alargaban hacia la botella de agua. Bebió. Un trago. Muy breve. Sonrió al joven investigador, a su derecha, que la miraba como a una imagen encerrada en su hornacina de cristal. Desde el otro extremo, el anfitrión se acercó a saludarla. La besó en las mejillas. Acarició sus manos. Ella no se movió. Cerró los ojos. El resto de su cuerpo no la obedecía. Me levanté de mi asiento instantes después de que ella lo hiciera. Sin dejar de observarla, agarrando mi pesado maletín, me acerqué hasta el límite del escenario. Y allí, ante ella, a la que habían dejado sola, milagrosamente, eso me pareció, me detuve, con la mente en blanco, pendiente de que reparara en mi presencia, abajo. Por fin, lo hizo. Yo incliné levemente la cabeza. A ella le complació mi gesto: sonrió y dio un paso al frente. Creí ver en su movimiento la duda del que cree reconocer a alguien pero no está seguro. Quizá un ligero rubor la obligó a detenerse. Le hice una señal con el rostro, torciéndolo hacia la derecha, y dirigí mi mano hacia el lugar de la esquina donde había estado sentado. Asintió con la cabeza. Entendía lo que quería decirle. Alargué la mano, pero no podía alcanzar la suya. Ella ni lo intentó. Inclinó la cabeza: lo lamentaba. Yo también, le dije, y levanté los hombros. Me dio la espalda y se perdió entre corros de personas que la felicitaban y la besaban. Desde abajo me pareció mucho más alta y esbelta. Tal vez debí subir las escaleras laterales y hacer lo que los otros. Pero no me atreví. Además, no habría sabido qué decirle. Mejor así. Verla.

Aguardé a que girase de nuevo la cabeza por si volvía a fijarse en mí, pendiente de su rostro licuado por un foco de luz que se apagaba lentamente, mientras ofrecía sus mejillas a los besos de los demás. Pero hubo un momento, sí, otro *momento*, el que yo buscaba, en que ella los dirigió hacia el patio de butacas y me encontró en la penumbra de la primera fila al tiempo que levantó la mano para saludar a alguien a lo lejos y, entonces, me saludó nuevamente a mí y cruzamos las miradas. Un instante sin hueco, infinito. Un golpe de fortuna. Las seis letras de su nombre se multiplicaron en mi mente como las páginas de aquel Libro del que había contado tantas maravillas.

Me retiré hasta el fondo de la sala para observar mejor una última perspectiva de Freyja. Me hice el propósito de volver a verla. Tenía que volver a verla. Una perseverante alucinación empezaba a empaparme como en una lluvia interior. Cerré los ojos para apoyarme mejor en las paredes, buscando la salida. Arriba, ella seguía avanzando entre pasillos de gente que aplaudía tímidamente y pretendía rozarla con sus manos. Y así bajó las escaleras laterales del escenario. Miró hacia la última de las filas de butacas. Tal vez vio, o quiso ver, mi silueta reflejada por alguna luz indirecta. No podía verla. Me detuve en la última fila, tras una cortina de oscuridad. Oculto, la veía mejor. Los focos del escenario se apagaron. Y entonces, desapareció.

Me quedé solo.

Todas mis facultades se concentraron en la búsqueda de una explicación de las razones que me habían hecho sucumbir, desplomarme, ante su presencia. El impacto inicial fue el de un incontrolable sentimiento estético.

Cuando salí al pasillo, ella ya había abandonado el local. La vi cruzar la calle, cogida del brazo del anfitrión, y subir a un taxi que aguardaba en la puerta. Tenía que verla de nuevo, me dije otra vez en voz alta. Esta noche. ¿Dónde? Se apagaron todas las luces. Salí al parque Seguían resonando, a mis espaldas, los ecos de aquellos nombres liberados por su conjuro mágico. Lottar. Halldora. Ragnar. Dylla. Me sentía capaz de reproducir cada una de sus palabras, de imitar sus gestos y movimientos, de imaginar sus escenarios creados en la tierra incombustible de Islandia. Sus sombras. Y más

allá, las quimeras. Deseaba ver más, saber más, imaginar el límite de sus sueños.

Caminaba tan absorto en mis pensamientos que sólo supe que había llegado al hotel cuando el gigantón que hacía guardia en la portería se tocó con la mano derecha su gorra de plato. Sonaba en el Cadier la voz ronca del cantante. Tuve la impresión de que no había pasado el tiempo. Era la misma canción que había escuchado al entrar la primera noche en el hotel. Traduje maquinalmente al español las palabras que arrastraban las teclas del piano:

*Me has encontrado justo a
tiempo y cambiaste mis
noches solitarias Justo a
tiempo te encontré*

No había ningún mensaje escrito en mi casillero de recepción. Todavía el sol se deshacía en partículas de día y noche en las cristaleras de la terraza frente al mar. Quedé prendido en aquel calidoscopio. *Just in time*, escuché.

Meses después supe que la autora de esa canción, Jule Styne, la había compuesto el año en que yo nací. Tuvo que haber sido así. “Especialmente dedicada a Alonso Bulnes cuarenta y nueve años después”, pensé en mis adentros. Aquel año, mi padre había terminado la obra de una inmensa torre de decenas de pisos en el centro de la capital de España, inaugurada por el Generalísimo Franco. Cuando yo era niño mi padre aprovechaba la más mínima ocasión para recordármelo. “El Caudillo me felicitó efusivamente aquel día.” “¿Por el edificio tan alto, el más alto, que levantaste?” “No, chaval, por ti, porque naciste tú...” *Just in time*. “Justo a tiempo te encontré.” Pero aquel día, hace 49 años, no sabía que era por Freyja Sveinsson.

El malestar físico me había desaparecido. Sólo deseaba devorar el rastro de aquella mujer, oler su perfume. Así que me revolví hacia la recepcionista que me inspiraba más confianza y le pregunté si existía alguna biblioteca cercana a la que podía acudir. Le dije que deseaba hacer una consulta sobre Jorge Luis Borges. Ahora puedo precisar algunos detalles más de aquel encuentro. Pregunté: “¿Ha leído usted *El Libro de Arena*?” Creo que fue así. La recepcionista

negó con la cabeza. Me acompañó hasta la librería y abrió con una llave plateada uno de los armarios acristalados con estantes de marquetería. “Lo siento; no hay nada de Borges.” Intenté disimular: “En realidad, lo que realmente busco es una enciclopedia sobre leyendas escandinavas.” Aproveché su desconcierto: “Y otra cosa, ¿habría alguna forma en Estocolmo de saber en qué hotel se hospeda una mujer?” La reacción de la recepcionista me pareció esquiva: “Vaya usted a la policía, señor.”

Unos segundos después tenía en mis manos un lujoso volumen encuadernado. Tomé asiento en un sillón de piel, bajo una lámpara con tulipa, y recogido en su cono de luz como un feto en el útero, leí que Freyja se pasó media vida llorando a causa de la tristeza que le había causado el abandono de su esposo, Od, y que siempre que le sobreviniera la añoranza del amante, no podía evitar que sus lágrimas se convirtieran en oro, *y hasta tal extremo llegó su desconsuelo que los dioses intercedieron para que de su corazón dolorido brotara, de forma permanente, el manantial de calor que provocaba el deshielo de sus párpados.* La diosa del amor...

Crucé los brazos sobre el estómago y me dejé llevar por una placidez que me arrastró hacia el gran ventanal por donde asomaban las luces de Estocolmo. Recuperé en la distancia bronce y dorada de los tejados los recuerdos de las últimas horas: “Nada es imaginado”, y giré la cabeza hacia lo alto buscando el resplandor de los muelles. La busqué, pero no estaba. Tal vez la encuentre en la calle. La buscaré. Dejé el libro en el estante y me encaminé a recepción con ánimo de subir a mi habitación. “La buscaré”, me dije mientras el ascensor me elevaba sobre el resto de los humanos...

Nada más entrar en la suite me detuve ante la pantalla del televisor, que parpadeó un mensaje. Con el mando en la mano, pulsé los botones que me ordenaban los indicadores del monitor. Una paloma virtual inmovilizó el vuelo en el vértice del visor. Segundos después, las leyes de la informática transformaron al ave en un sobre blanco que se balanceó de izquierda a derecha, después a la inversa: un contorno seguramente inspirado en el de una danzarina oriental. En décimas de segundo, la diáspora de luz se convirtió en una lluvia de letras —inicialmente parecían los signos

de una partitura— que descendían lentamente y se fundían para formar un mensaje en inglés. Lo leí de un solo vistazo y traduje:

El Presidente del Congreso Bianual NEW LAWS OF LEADERSHIP IN THE WORLD le comunica oficialmente que ha sido propuesto, por iniciativa de su organización, con sede central en Londres, y el respaldo de las delegaciones de la FEDERAL BUREAU ON ECONOMICS AND STRATEGICS en Singapore, Reino Unido, Japón, Corea del Norte, Australia, Suecia, España, Holanda, Italia, Islandia y Finlandia, para ocupar la presidencia de dicha INSTITUCION, al tiempo que le hace saber que la candidatura encabezada por usted, representando a España, ha sido la única presentada, y admitida por tanto, para proceder a la renovación del CONSEJO DE GOBIERNO, investidura que tendrá lugar mañana por la tarde en una sesión extraordinaria previa a la Clausura del Congreso.

Tumbado en la cama, con el mensaje detenido frente a mis ojos, pensé que se trataba de una complacencia inoportuna. El nombramiento, tan deseado por otra parte, me encumbraba como uno de los banqueros europeos más poderosos del momento, pero también me abría las puertas a un sueño deslumbrante. Ante aquel mensaje en la pantalla del televisor, convertida en el sorprendente plató de un torneo entre caballeros —nada de justas imaginarias—, el poder y el sueño se enfrentaban por primera vez ante mis narices en un duelo a muerte. Yo era el juez y el verdugo. Me vino a la mente el canto de la Sybilla que leí en una tienda de Gomla Stam, tras el encuentro con Ever Taube: *Jugaban y eran felices; no tenían necesidad de oro*. Por primera vez en muchos años, tal vez por primera vez en mi vida, comprendí que un sueño, en este caso el sueño de Freyja, era mucho más real que el trono de la Federación. Todo cuanto había ambicionado en los últimos años me resultaba incomprensible y, por el contrario, todo lo que había identificado como falso por ser ilusorio cobraba el brillo de lo verdadero.

Ciertamente, en medio de esos extremos bullían los éxitos que habían transformado mi vida. No podía lamentar que hubiera sido así, pero ahora me resultaba indiferente. *Eso no era lo importante.* Lo único que merecía la pena era ser feliz, me repetía. Y verla de nuevo, descubrir su mente, poseer su cuerpo. Me disponía a ser investido para dirigir la *gran reacción que debía evitar el desmoronamiento del sistema.* Ése era el órdago en el que pretendía convertir mi discurso de investidura a la presidencia. Pero me apetecía mucho más dejarme seducir por la utopía de Freyja Sveinsson. Como banquero, sabía que no era suficiente ganar, que para ganar hace falta que otros pierdan.

Yo estaba dispuesto a perder para poder luego ganar. Estaba dispuesto a perder mi trono para ganar un lugar bajo el sol de sus ojos verdes.

Un impulso casi brutal me levantó del asiento frente al ordenador y me condujo ante el grifo del lavabo. Me duché con agua fría. Me afeité. Luego me peiné hacia atrás, como gustaba, alisándome el cabello; respiré hondo, aliviado, ante el espejo. Me pellizqué las mejillas hasta hacerme daño y verlas enrojecidas, como si mi sangre se hubiera salido por una cañería bajo la piel. Estaba más vivo que nunca. Pero, a pesar de mis esfuerzos por entender lo que estaba ocurriendo en mi mente, la razón de aquella batalla que se libraba en mi corazón, necesitaba saber quién era en realidad, si el dueño y señor de mi fortaleza en La Castellana de Madrid o el hombre reducido a una letra que multiplicaba mágicamente sus esperanzas en las páginas infinitas del Libro. Estaba obligado a elegir. Tuve miedo de hacerlo en ese momento.

Pero tenía que seguir avanzando en mis dudas. Saber en quién creía, si en la diosa Freyja o en el dios de los negocios del mundo.

No fue difícil localizar a Ramón Caruana en el *Grand Verandan*, sentado a una mesa del velador frente a los muelles de Estocolmo. Las luces indirectas y los velones encendidos en las mesas, iluminando las servilletas en forma de pajaritas, daban al restaurante esa transparente intimidad, tan pulcra y femenina, que parece exclusiva de los países escandinavos. Afuera, la luz de medianoche confundía a los peces, que hacían gárgaras sobre el espejo del

Strömmen, y a las estatuas, sobre cuyas pieles aún relucía el tinte rosado del atardecer.

Ramón Caruana no había empezado a comer, pero uno de sus platos estaba lleno de migajas de pan. Sin más, me dio el primer parte de noticias: Nadie me había echado en falta. Algunos congresistas le adelantaron la felicitación que me habría correspondido recibir a mí. Poca cosa más.

“La única duda es sobre su salud.”

“Mi salud es excelente”, contesté.

“Lo celebro. Tiene buen aspecto.”

Decidimos compartir el típico Smörgasbord sueco y pedimos cerveza con aquavit. Puntualicé al camarero que tra- jera una botella de *Grand Aquavit 1874*. Era el capricho que me salía al paso, y que siempre atendía, cuando estaba en Esto- colmo. Mucho más en esta ocasión. Debía celebrar “el milagro de mi metamorfosis”. No sé por qué, pero el nombre de esa bebida, única al parecer, estaba relacionado con mi soledad.

Le dije a Ramón que había estado en una conferencia. Una hermosa mujer habló sobre el primer Parlamento de los Hombres Libres.

Durante un buen rato, Ramón apenas reaccionó, influenciado por el impacto de tan sorprendente noticia, así que, mientras observaba su rostro por el rabillo del ojo, empecé a leer las instrucciones para la ceremonia gastronómica que nos disponíamos a officiar. Me entusiasmaba aquella especie de banquete ilustrado: todo el mar, toda la tierra, todos los dulces y las salsas de la vida meticulosamente dispuestos por imperativo de los jugos gástricos, ordenados por el olfato, vestidos por un modisto de alta costura. Ramón no terminaba de salir de su ensimismamiento:

“Ese parlamento de hombres libres está en Islandia.”

Era evidente que mi jefe de gabinete conocía la historia del parlamento medieval islandés, lo cual no me extrañó. Ramón era un hombre culto que solía desinhibirse a la hora de abordar temas insólitos. En estos casos incluso perdía su compostura habitualmente comedida; quiero decir que aprovechaba la oportunidad que se le brindaba para comportarse con una cierta superioridad, lo cual era bueno para ambas partes: a mí me bajaba

los humos y él recuperaba su autoestima. Nunca le di importancia a sus alardes, y menos en aquella ocasión.

“Tengo entendido que el actual parlamento del país conserva el nombre del antiguo: Althing. Y que existe un valle con un nombre muy parecido.”

“¡Thingwellir!”, exclamé, adelantándome,

Pero, a pesar de todo, era él quien ponía las tildes, y a mí me encantaba que lo hiciera: un valle volcánico, con la tierra agrietada, humeante, junto a un lago, con fumarolas elevándose al cielo como incensarios. Allí mismo se debatían las leyes, un milenio atrás. Más de un milenio, corrigió. Pero ¿de dónde había extraído él toda la información?

Mientras llenaba mi plato de arenques, patatas hervidas y una porción de *Swedish cheese*, le observé a mi lado, ante el mostrador rebosante de viandas, y me sentí especialmente complacido de compartir con él aquel momento tan especial. Era una suerte tener a Ramón Caruana como amigo, y lamenté que nunca había sido plenamente consciente de ello, aunque en el fondo existiera una estima que cada uno entendía a su manera. Aquella noche, en aquel instante, la relación con Ramón Caruana me parecía distinta.

Quizá era la única persona conocida, instalada en mi entorno más íntimo, que fuera capaz de entender lo que me estaba ocurriendo y sin tener que dar demasiadas explicaciones. Más aún, estaba convencido de que podía convertirse en el cómplice a quien confesar mi osadía de cuestionar los hasta entonces valores inmutables de mi vida. Repasé fugazmente los años que habíamos pasado juntos, más de una década, y me di cuenta de que no habían servido de mucho. Ramón era un excelente profesional. Pero yo nunca había reparado en que, más allá de su trabajo impecable y de su trato respetuoso, existían razones ocultas y nunca abordadas con sinceridad que a la postre eran las que me habían inducido a hacerle mi hombre de confianza, y que entre esas razones brillaban algunas cualidades que habían pasado inadvertidas hasta entonces para mí: su sensibilidad, camuflada bajo la apariencia de su timidez; y su lealtad, condenada a manifestarse en silencio. Había llegado el momento de recuperar el tiempo perdido con aquel hombre en quien, a pesar de los tratos afables que le dispensaba, nunca había

depositado una confianza total y verdadera, la de mi corazón. Yo mismo había intervenido en la decisión de seleccionarle para ocupar un puesto de periodista en el departamento de comunicación del banco. Me entrevisté con él varias veces antes de hacer oficial su nombramiento. Estaba abrumado. Era un hombre introvertido, prudente. Con un currículum intachable. Una de las preguntas que le hice en la primera de las entrevistas fue si era de izquierdas. No supo reaccionar. Para mí que lo era. Yo también lo fui cuando era joven, siendo estudiante, comenté con ánimo de sonsacarle algo, en un tono amistoso. Un bolchevique. De lo más pijo, desde luego. No le arranqué ni una palabra, salvo que admiraba a Olof Palme y a Willy Brandt. Un socialdemócrata, pensé entonces.

Recuerdo que estábamos comiendo en un restaurante italiano, muy cerca del edificio Marquesas, sentados uno frente al otro; todo era muy diferente a como es ahora. Entonces, yo pretendía llegar al tuétano de su personalidad. Y ahora, por el contrario, sólo deseo transmitirle los cambios que se están operando en la mía. Justo al llegar a ese extremo de mi reflexión, mientras él daba cuenta del salmón marinado y sorbía un trago de aquavit, impulsando de golpe el vaso con la mano, chasqueando la lengua con levedad, y me miraba, atento, convencido de que yo no estaba en este mundo, sentí un súbito ataque de vergüenza: aquel hombre, a quien yo me disponía a elegir para ser testigo de mis renunciaciones, seguía tratándome de usted. Era inadmisibile.

“Ya va siendo hora de que me tutees. Te lo ruego.”

Ramón sonrió y alargó su cuello hacia atrás en un movimiento espontáneo que quería, más o menos, decir: A mi jefe le ocurre algo grave, pero me gusta que sea así. Luego asintió, moviendo la cabeza varias veces, parecía haberse atragantado, y regresó a la conversación sobre Islandia. En sus palabras iniciales detecté un tono nostálgico.

“Alguien me contó esa historia, la del parlamento”, recordó.

“¿Alguien?”

“Una hermosa mujer. Yo también conocí hace tiempo a una islandesa. Se llamaba Sigrún Mathiasdottir. Sus padres tenían una casa en la costa levantina, muy cerca de Torre Vieja, y mi familia alquilaba todos los veranos un pequeño apartamento en un precioso

lugar que se llama La Dehesa de Campoamor. Compartíamos pandilla, playas, fiestas y algunas complicidades maravillosas. Era espectacular, rubia, con una melena que le llegaba hasta la cintura.

“Y la dejaste marchar.”

“Éramos muy jóvenes. Un par de años después, mis padres cambiaron el apartamento en Campoamor por otro en Santander, y aunque seguimos carteándonos durante varios meses, las relaciones se enfriaron. Y hubo un momento en que Sigrún, su imagen delicada y jovial, se esfumó en el tiempo, como si la hubiera arrasado uno de los volcanes de su tierra...”

“Imagino que fue ella la que te habló de ese parlamento.”

“Me hablaba apasionadamente de su tierra. En la playa, por las noches, después de hacer el amor. Los islandeses se sienten muy orgullosos de lo que han sido y de lo que son. Les encanta evocar historias y leyendas sobre sus orígenes. Sus sagas son cuentos maravillosos. No hay familia que no tenga escrita la suya propia.”

“¡Sigrún! Un nombre precioso. Me recuerda a Sigrid, la heroína del cómic. ¿Tú también estabas enganchado a las aventuras del Capitán Trueno?”

“Todos hemos sido alguna vez el Capitán Trueno y nos hemos enamorado de la hermosa Sigrid, envuelta en la niebla de la lejana isla de Thule.”

“Thule.”

“Creo que estuve enamorado de Sigrún. Supongo que fue mi primer amor. Y usted, quiero decir tú, Alonso. No me digas que te has enamorado de la mujer que dio la conferencia...”

Nunca había sospechado que los nombres de Trueno, Sigrid y Thule se incorporaran a mi acerbo emocional como criaturas relevantes. Lo supe a raíz de aquella conversación con Ramón Caruana en el Verandan del Grand Hotel de Estocolmo. Algunos meses después, cuando los acontecimientos se desbocaron y dispuse mi propia abdicación, le hablé a Ramón Caruana del otro trueno con el que irrumpen en la vida los héroes que nunca cesan de esgrimir sus espadas: Beogulf, Amadís, Tirant, Don Quijote de La Mancha, Ragnar Cara de Búho, Lottar Grumssor de los Pies Quemados, y ahora Roald Sveinsson, el capitán del barco que se

abre paso en la soledad del Ártico, mientras ella duerme abajo, horadada su frente por la luz cenital de Islandia.

“He decidido ir a Islandia”, dije.

“¿Cuándo?”, preguntó Ramón.

“Nada más terminar el congreso”.

“Eso implica que mantienes en firme tu candidatura a la presidencia.”

“Supongo que sí.”

Sobrevino un silencio largo. Me reservé aquellos segundos para cavilar. Era evidente que mi entusiasmo por *The Federation* se había casi extinguido. Desarbolada la vanidad, ya no existía ningún clamor por alcanzar el éxito.

Pero debía dejarme aconsejar por la prudencia. Una renuncia al puesto sería en esos momentos un escándalo. No me atreví a pensar en las reacciones de los demás: quienes me habían aupado a la presidencia, los miembros de mi consejo de administración, la prensa. Me descuartizarían. Tenía que ganar tiempo para combatir dudas e impacencias, trazar con sosiego la estrategia adecuada. Tenía que actuar como si nada hubiera sucedido. En realidad, todo seguía siendo igual afuera. Y aunque lo que me apetecía en ese momento era romper la inercia de esa normalidad que empezaba a atosigarme y hablar con Ramón Caruana sobre la conferencia que había pronunciado Freyja Sveinsson, y sobre los héroes liberados por su palabra en el auditorio de Skansen, o descubrir mis emociones al amigo e implorar su ayuda y consejo, había otras prioridades que debía afrontar.

“Te voy a pedir un favor.”

“Cuenta con ello si está en mi mano.”

“Serás tú quien vaya a Londres con el resto de la gente.”

“Eso no es un favor; es una encerrona.”

“Sé que lo harás. Gracias.”

“¿Y qué hago yo en Londres mientras tú te paseas por los glaciares de Islandia?”

“Tomar posesión del puesto en nombre del presidente, conocer al personal de la sede, mantener alguna reunión informal, sembrar expectativas de cambio, esas cosas... El presidente se repone de la

fatiga del congreso. Ha decidido aislarse unos días. ¿Qué hay de malo en todo ello?

“De acuerdo.”

“Me prestas el avión.”

“Es el tuyo.”

“Muy pronto serás tú quien mande.”

“No me asustes.”

“Ve haciéndote a la idea.”

A Ramón se le iluminó la alerta en el rostro y esquivó el tema. Dobló la servilleta y ladeó la cabeza hacia el Strömmen. Todavía por los tejados asomaba alguna resistencia de luz. Nos levantamos de la mesa y acudimos de nuevo al mostrador de la comida. Llenamos los platos con trozos de tartas de todos los colores y sabores. De regreso a la mesa, Ramón me dijo:

“Por cierto, he visto en el Congreso al presidente del North Icelandic Bank. Un tal Sören Petursson. Quería saludarte. Su interés me pareció desmedido.”

“No le conozco muy bien, creo que he hablado con él un par de ocasiones, o me ha escrito... Tú verás lo que haces.”

“¿Y si desea entrevistarse contigo?”

“Le dices que me he perdido por su país... Visita privada.”

Ramón sacó del bolsillo de su americana un bloc de notas y un bolígrafo. Los dejó sobre la mesa y esperó a que yo me sacudiera el polvo de aquel desconcierto que calaba mis huesos. Sonrió un par de veces y se atrevió a posar su mano sobre mi hombro. Le agradecí el gesto. Después de que nos trajeran el café, se decidió a tomar las riendas de la conversación:

“¿De qué hablamos, entonces: de Freyja Sveinsson o de tu discurso de investidura?”

“Quiero un discurso humanista, con mínimas referencias al mundo bursátil y de los negocios. El hombre al desnudo en este momento especialmente dramático.”

“Dramático?”

“Sí.”

“No crees que es excesivo?”

“En absoluto. Sé adónde quiero llegar; y me preocupa que lo sepas tú.”

“Puedo adivinar tus intenciones.”

“Lo sé. Nos precipitamos a una debacle financiera, lo sabes. Estamos en guerra.”

“Tucídides *dixit*...”

“Más o menos. Tucídides casi siempre tiene razón. Millones de seres humanos están en guerra. Solos. Como espigas de trigo expuestas a un ciclón. Todos los días se levantan en pie de guerra. No comen y declaran la guerra a quienes les privan de la comida. No trabajan y declaran la guerra a quienes no les dan trabajo. No son felices y declaran la guerra a quienes los vejan a diario. No son guerras declaradas, pero son tan reales como la bomba atómica que cayó sobre Hiroshima. Y todo ocurre porque el mundo es más injusto ahora que nunca.”

Por su gesto, sorprendido y a la vez contrariado, supe que Ramón Caruana no daba crédito a lo que estaba escuchando. Me observó varios segundos con estupor. Yo era consciente de mi propia enajenación, pero no me importaba. Levanté los hombros.

“Cayeron los muros del comunismo y hemos levantado otros más altos. Los insensatos de turno están plenamente confiados, como si nada fuera a ocurrir.”

Ramón Caruana empezó a tomar nota.

“No escribas; podrían meterme en la cárcel por agitador, quién sabe si por terrorista.”

“Todo cuanto me dices no guarda relación con el primer borrador”, respondió Ramón, más desconcertado que nunca.

“Así es. Escucha con atención. Tucídides desdeñaba a Herodoto. No lo soportaba.”

“¿Y qué tiene que ver Tucídides con todo esto?”, preguntó Caruana.

“En la cosmogonía de Herodoto, el otro gran historiador de la época, todo estaba supeditado a los dioses. Ellos regían los destinos de los hombres. Por el contrario, el maestro Tucídides era un intelectual escrupuloso y un militar que rechazaba los instrumentos manejados por la divinidad. Para él, el centro del universo sólo debía estar ocupado por el desventurado hombre, de ahí su rotundo rechazo al intervencionismo de los dioses. Por eso escribía sobre las guerras. Para mostrarnos la desolación del

hombre, su angustia ante la pasividad de los gobernantes. Seguramente te estás preguntando adónde quiero ir a parar.”

“No tengo la más remota idea.”

“No creas que desvarío.”

“Confieso que estoy completamente desorientado.”

“Lo que quiero decir es que Tucídides era un tipo leal a los hombres con principios. Lo que ahora interesa de verdad es decidir si mantenemos o no los principios que han hecho del mundo lo que es hoy. Quienes dominan o pretenden dominarnos lo hacen en nombre de un dios que ilumina sus pensamientos. Tenemos que librarnos de estos falsos redentores. Pero ¿cómo lo hacemos?, te preguntarás. Recuperando la raza de los hombres con principios. La misma por la que clamaba Tucídides hace dos mil años. Ésa es la gran exigencia intelectual de nuestro tiempo. Nada de lo que hemos hecho nos sirve. Hay que cambiar.”

“Nunca sospeché que llegaras a manifestarte así.”

“Freyja Sveinsson tiene razón.”

“Tu diosa del amor.”

“Me arrebató. Tendrías que haberla escuchado. Sus palabras reanimaban a los héroes muertos de su saga, la del Búho Níveo. Por un momento creí conocerlos a todos. Soñadores incorruptos. Veladores de una verdad encerrada en un Libro de Páginas Infinitas. Lo desconocido existe, Ramón. Algún día te contaré al detalle la increíble experiencia de Lottar Grumssor. Le llamaban el de los Pies Quemados. Se adentró en un desierto en busca de los adoradores de la paz...”

La última vez que me vi con Ramón Caruana fue para planificar lo que yo iba a hacer con mi vida. Unos días antes de partir de Madrid, en la habitación del hospital donde Freyja Sveinsson se recuperaba de su crisis. Mirando el rostro inerte y leal de mi amigo, le confesé que dedicaría el resto de mi vida a acompañarla en esta aventura por los mares del Ártico. Era también mi aventura y mi guerra personal. Fue entonces, al recordar nuestra conversación en Estocolmo, cuando le completé el relato de la hazaña de Lottar Grumssor. “Los hombres que pertenecen a la raza de los principios”, le dije. Creo que empezó a entenderlo en aquella cena en Estocolmo cuando, envuelto en la capa de perplejidad que le tendía

mi inquietante discurso, intentaba aproximarse al desorden que reinaba en mi interior. Aquella otra noche, un año después, en el hospital de Madrid, hablamos largo y tendido del linaje de los héroes que debíamos recuperar. De vez en cuando desviábamos nuestras miradas y las deteníamos en el perfil ajado, pero todavía hermoso, de Freyja, tumbada en la cama, dormida profundamente. “Yo quiero pertenecer a esa raza”, le confesé, ante ella por testigo, con los ojos empañados. Noté que a los ojos de Ramón Caruana, mi amigo, el único que había tenido, sin saberlo, se asomó el mismo asombro que transfiguró su semblante ante las copitas del *Grand Aquavit 1874*. Parecía haber descubierto a un ser prehistórico que surgía del fondo de un lago. “Eres un soñador”, fueron sus palabras en la habitación. “Lo sé, lo sé”, balbuceé. Años atrás, habría interpretado sus palabras como un insulto. Pero entonces me agradó que me llamara así ante el cuerpo desfallecido de Freyja. ¿Se puede ser algo mejor que un soñador? Recuerdo que, después, abrió un portafolios negro y sacó de su interior varias carpetas. Sin hacer preguntas, fui firmando, uno a uno, los documentos que él me ofrecía en silencio y que le hacían albacea testamentario de mis bienes. El liquidador de mi imperio.

Roald ha cerrado los ojos y yo me apresuro a agarrar el timón que, pese a la fatiga, no quiere soltar. No dice palabra, pero creo adivinar que asiente con la mirada. Me da la espalda y recorre con lentitud los metros que le separan de la escandalosa. La niebla desciende sobre su pelo blanco y hace crujir la textura del impermeable amarillo. Aún permanecerá un rato más en cubierta mirando a las primeras estrellas que se despliegan al otro lado de la ribera oceánica. Cuando el cielo vuelve a estar tintado de rosa, gira su rostro hacia mí:

—Rumbo suroeste, y no te dejes engañar por el sol que nunca se oculta ni por las auroras boreales que empiezan a moverse en el horizonte. Justo en el momento en que empiece a soplar el viento del sol, viraremos al norte. Al final del norte...

—¿Y cómo sabré que sopla ese extraño viento?

—La luz se oye. Es como un leve aullido de lobos.

Tras lo cual, sale de la cabina y desaparece por la escotilla. Rechinan las paredes de la carlinga cuando retumba de nuevo su voz:

—Si el búho níveo apareciera con la aurora, me lo haces saber al instante. Voy a dormir un poco.

A través de la madera, lisa y gastada, del timón, siento las palpitations del mar, y cuanto más retengo las guías entre las manos, la brisa del sur trae cientos de pensamientos e historias y todo a mi alrededor me ofrece la solidez de lo indestructible. Seguiré aguardando su despertar.

OPERAKÄLLAREN

Le rogué a Ramón Caruana que me disculpara. Me acosaba una ansiedad desmedida. A él, por el contrario, le agradaba ser testigo de mi extraño comportamiento. Parecía tranquilizarle que no hubiera en mí ningún signo externo de agitación. No podía explicarle que un minuto nuevo de vida tenía para mí tanto valor como un año transcurrido.

Abandoné el restaurante y salí a la calle dispuesto a buscarla, aun sabiendo que era imposible. En el muelle frente al hotel sólo se escuchaba el roce de las quillas en el agua amansada. El interior de los buques estaba iluminado y en algunos aparecían camareros con chalecos cortos y pajaritas. Anduve un par de cientos de metros dejándome embadurnar por la noche entre velones. En la plaza de Carlos XII, los parterres estaban rebosantes de flores y dos jóvenes se besaban en un recodo de penumbra traspasada por rayos despedidos por los cristales de las ventanas. Ella levantó la mano a mi paso mientras se dejaba besar el cuello por los labios apresurados del hombre. Las luces de la ciudad brillaban en las cabezas y hombros de las estatuas y serpenteaban sobre la quietud del puerto.

Me sabía portador de un secreto único. Miré a lo alto, localicé los cabos de la Vía Láctea. Con las manos en los bolsillos, hipnotizado por el tintineo de los faroles, crucé los semáforos que me separaban del Palacio de la Ópera. Entré en uno de los cenadores circulares que daban al parque. Aquel rincón del Operakällaren era mi lugar favorito en Estocolmo. No era la primera vez que me refugiaba en él. Tan privilegiado enclave estaba reservado en exclusiva a los clientes del restaurante, situado en un espacio contiguo al teatro. Un camarero me salió al paso y supongo que me anunció en su idioma

que no podía permanecer en el lugar. Pareció mofarse de mi ignorancia.

“No, no me apetece entrar en el restaurante”, le dije en español.

Tras lo cual me hice el sueco (“Nunca mejor dicho”, pensé entonces), me senté a una de las mesas con faldones de terciopelo, junto a las cristaleras, y le rogué que llamara al chef.

“¿Monsieur Henry?”, preguntó el camarero.

“Oui, Monsieur Henry Chevalier”, respondí.

Un tanto impresionado, el camarero desapareció. Al poco rato llegó acompañado de un señor de mediana edad y estatura, de porte atildado, vestido con un elegante chaleco corto de color azul marino y camisa blanca con puntillas en las mangas. Me levanté y Monsieur Chevalier me abrazó efusivamente. La visita a su santuario gastronómico era una de mis citas obligadas cada vez que recalaba en Estocolmo, y él lo sabía. Habíamos coincidido por primera vez en París, en el restaurante “L’Auberge”, poco antes de que Henry fuera propuesto para dirigir el Operakällaren, uno de los más lujosos restaurantes de Europa. Desde entonces, creció entre nosotros una cortés amistad, muy sincera a pesar de su funcionalidad. Yo siempre aprovechaba la estancia en la capital de Suecia para degustar los menús del gran gourmet, que en realidad se llamaba Enrique Caballero y había nacido en Hellín, provincia de Albacete, España.

Henry guardaba bajo llave una botella de una cosecha especial de *Aquavit 1874* para uso exclusivo de su amigo Alonso Bulnes. Él mismo se encargó de traer la botella y de escanciar su líquido sobre una copa de cristal de Bohemia. Después escribió la fecha de la degustación en una etiqueta pegada al dorso de la botella. Dejó la botella a mi vista y volvió a darme un abrazo.

Cuando Henry se despidió, me di cuenta de que estaba solo en el recinto, con candelabros encendidos en las mesas que se confundían con las luces del exterior reflejadas en el mar. El salón se sustentaba sobre pilastras de esculturas en bajorrelieve que simulaban cabezas de gamos y jabalíes. En los enormes cuadros de las paredes se sucedían escenas de mujeres con los torsos desnudos y de hombres coronados con guirnaldas y coronas de laurel rozando con sus manos las pieles sonrosadas de ellas, de

cuerpos exuberantes y miradas sensuales. Afuera, se silueteaba el perfil de una estatua desnuda. De manera inesperada, la ráfaga de una sombra reveló la presencia de un hombre con gabardina blanca. Tuve la corazonada de haberlo visto antes, tal vez se trataba del mismo hombre que me espiaba en la sala de conferencias del bosque de Skansen. No le presté más atención, pero una sospecha se instaló en mi frente durante los segundos en que el hombre mantuvo su silenciosa rigidez. Al verse sorprendido, se perdió en el claroscuro del parque.

Sólo el comedor, al fondo, estaba habitado, pero yo no podía ver los rostros de quienes a esa hora cenaban. Escuchaba sus voces mezcladas con alguna risotada estridente y un minué de Mozart que era incapaz de identificar. Se deshacía una tertulia; chocaban los cristales de las copas. Alguien aireaba un par de frases. Con el vaso de licor en la mano y los efluvios del alcohol trepando como los de un jazminero, me deleitaba en aquellas voces que parecían dispuestas a deshacer el insomnio de mis nuevas incertidumbres. Aún no había tenido tiempo de pensar en ella en los últimos minutos...

Hubo un instante de especial excitación. Al detenerse en los altavoces el minué de Mozart, creí adivinar la voz de Freyja entre aquellos últimos murmullos. Me revolví hacia el interior del local. Uno de los grupos de comensales se había levantado de la mesa y oficiaba los honores de la despedida.

No me equivoqué. La trenza africana de Freyja Sveinsson, de espaldas al velador, se agitó levemente en medio de la conversación entre palabras y risas, bajo el dintel de la puerta del gran comedor. No dudé al reconocerla, ni siquiera cuando el contraluz emborronó su rostro entre las dos atmósferas de luces. Vi cómo la luna salía rebotada del techo de una nube.

Vestía el mismo traje que durante la conferencia, y uno de los acompañantes, que identifiqué como el de más edad en el estrado del Edda Historiska Centrum, la ayudó a encajarse sobre los hombros un gabán de ante. Ella se llevó las manos al cuello para comprobar que el nudo del pañuelo estaba en su sitio. Se enderezó el camafeo. Cubría su cabeza con un sombrero de fieltro de color

negro y ala ancha. No pude evitarlo: un resorte oculto me puso de pie. Sin saber por qué, ni detenerme a pensar un segundo en lo que hacía, abandoné el cenador y me dirigí resueltamente hacia aquel grupo de personas. Sólo me fijé en ella, con el sombrero ligeramente inclinado hacia la izquierda, los labios húmedos y los ojos atentos al movimiento del hombre que se le aproximaba de frente. Al verme, supo que me había visto antes. Daba la impresión de que sabía dónde, en qué silla me había sentado en el patio de butacas, que era el hombre que se levantó y se dirigió lentamente hacia ella, aún sentada, y le tendió la mano. Aquel hombre de rostro serio, que arrastraba un pesado maletín. Pensé en la suerte de que me hubiera reconocido. Cruzamos una mirada y ella quiso disimular, desorientada, pues se llevó la mano al cuello para remover el pañuelo y ajustarlo de nuevo. Yo mantuve impassible el rostro, aparentemente frío, encendido desde dentro por una llama que crecía y crecía, y dejé que las primeras palabras fluyeran sin acento, con la mano tendida, trémula, hacia ella.

“La escuché esta tarde, en la conferencia.”

Freyja dejó su mano a merced de la mía.

“Le he reconocido. Parecía muy interesado.”

“Sí.”

“Quise saludarla, al final.”

“Lo recuerdo.”

“Estaba muy ocupada.”

Había ladeado la cabeza y su mirada buscaba formas oblicuas en las que poder evadirse. Recogió el bolso que le tendía un camarero y se lo colgó al hombro. Reprimió el ademán de marcharse cuando alguien de su grupo levantó la mano.

“¿Le gustó?”, preguntó.

“Mucho.”

“Me agrada saberlo. ¿Es usted inglés?”

“Soy español.”

Ella se llevó la mano derecha a la boca en un gesto de asombro.

“¡Yo trabajo en España!”

“En Alcalá de Henares. Lo sé.”

“¡Claro! Figura en el catálogo de la conferencia.”

Se apresuró en mi gesto un destello de júbilo, pero de nuevo me dominó la timidez.

“Creía que nunca más la volvería a ver”, dije.

“¿No dicen ustedes que el mundo es un pañuelo?”

“Deseaba hablarle.”

“Ya lo hace”.

“A solas”.

“Me temo que ahora es imposible.”

Uno de sus acompañantes se acercó para indicarle que aguardaba un taxi. Ella movió la cabeza y yo pensé que tenía que inventarme algo para ganar tiempo:

“Me gustaría hablar con usted sobre sus investigaciones.”

“Ahora debo marcharme. Me esperan. Ya lo ve.”

“Claro. Otro día.”

“¿Es usted filólogo, escritor, tal vez historiador?”

“Nada de eso.”

“¿Entonces?”

“Me dedico a las finanzas.”

“De veras que estoy impresionada.”

“Disculpe.”

“No tiene por qué disculparse. Soy yo quien no comprende las razones de su interés, señor...”

“Bulnes. Alonso Bulnes.”

“¡Oh!”

“Eso es.”

“Bulnes... Me suena. ¿No es el nombre de una montaña famosa en su país?”

“Sí.”

“En Asturias, ¿no es así?”

“Eso es. El Naranjo de Bulnes.”

Ladeó la cabeza, enigmática. Respiró hondo y estiró el asa del bolso que le colgaba del hombro. Yo sabía que deseaba quedarse. Lo sabía porque mi afán de convencerla era tan sincero que no podía negarme unos minutos de su tiempo. Tenía que aprovechar cada segundo. Sin pensar, la miré a los ojos:

“Tenía que decirle algo...”

“Me temo que no tiene tiempo.”

“Perdone.”

“Le escucho.”

“Quería decirle que cuando la vi por primera vez, en el momento en que entró en el patio de butacas...”

“Sí...”

“Creía que la había visto en otro lugar.”

“No lo creo.”

“Y hace mucho tiempo. No pude recordar cuándo. Pero estoy seguro. La había visto antes.”

Ella guardó silencio y bajó la vista.

“Es muy extraño. ¿Bromea?”

“Lo siento. Tal vez resulte ridículo. No tome a mal lo que le digo. Le hablo muy en serio.”

“No tiene importancia.”

“Cuando usted habló del Libro...”

Ella empalideció. Se agitó su respiración.

“Sé a lo que se refiere.”

“Creo... La vi en las páginas de ese libro al que usted aludió en su conferencia y que yo creí, en ese instante, haber leído. Como quien descubre que tiene una segunda memoria.”

“Quizá podamos hablar de ello en otro momento.”

“Se lo ruego.”

“Me temo que va a ser complicado, sin embargo.”

“Estoy a su disposición.”

“En España, a mi regreso. ¿Le parece?”

“¿Y por qué no mañana?”

“Imposible, ya le digo.”

“¿Y eso?”

“En las próximas horas comienzo una gira por varias ciudades del norte de Escandinavia.”

“¿Y después?”

“Bueno...”

“Disculpe. No quisiera parecer impertinente.”

“Mi intención era permanecer una semana en Islandia, en casa de mi hermano. Tengo que dar una conferencia en Akureyri, al norte del país. No recuerdo exactamente el día. Además, tengo cosas que hacer en Reikiavik. Quisiera corresponder a su amabilidad, pero ya

ve que me va a ser muy difícil complacerle. A no ser que espere a que regrese a su país, como le sugiero. Pienso que es lo mejor.”

“Tengo que estar en Reikiavik dentro de unos días, invitado por unos banqueros”, mentí.

Nada más pronunciar las últimas palabras, ella me miró con intensidad, casi con fiereza, como si, de repente, le importunara una sospecha y quisiera llegar al fondo de mis pensamientos. Llegué a ver en sus labios el rictus de una repulsa, pero en ningún momento abandonó el tono cordial.

“Estupendo. Si coincidimos...”

“Haré por verla.”

“Está bien”, respondió, vencida no supe muy bien si por su repentina incomodidad o por mi tozudez.

“¿Tiene usted muchos amigos banqueros en Islandia, señor Bulnes?”

“Algunos.”

“Está bien.”

“¿Dónde podré localizarla?”

“Mi hermano trabaja en el diario *Segulljós*. Se llama Jónas.”

“De acuerdo. Llamaré a Jónas. Y estaré al tanto de su llegada a Reikiavik. Gracias.”

“No puedo asegurarle que pueda atenderle. Ya le dije que dispongo de muy poco tiempo.”

“Yo también. Sentiría no poder verla en Islandia.”

Ella se apartó unos metros y me tendió su brazo largo y delgado. Yo recogí su mano, incliné levemente la cabeza y posé mis labios sobre su piel. Cerré los ojos creyendo que así prolongaba el momento, pero cuando los abrí ella me observaba a través de la ventanilla del taxi como desde lo alto de una montaña.

Varias horas después de aquel encuentro, seguía preso de una inquietud que sólo se apaciguaba cuando podía fijar su imagen en un punto de mi memoria. “Mi segunda memoria.” Anduve ausente por los solitarios muelles hasta bien entrada la madrugada. En cada uno de los faroles junto al mar refulgían los ojos de Freyja Sveinsson. Había olvidado la morfología del amor y ahora se revolvía en mi mente como un relámpago incesante. Me desconcertó un pensamiento ingenuo: nunca, al menos en los

últimos veinte años, me había planteado el hecho de ser feliz o infeliz. Yo estaba en el mundo para cumplir con otros objetivos, y ése, precisamente ése, no figuraba entre mis prioridades.

Vencido por la desazón, opté por regresar al hotel y subir a la habitación. Desnudo sobre la cama, imaginé el cuerpo de ella, tal como la vi en el Operakällaren, plegándose sobre el mío. Apenas pude dormir. Eran las cuatro de la madrugada. En todas las percepciones se aparecía ella. No era sólo su belleza lo que me estremecía.

Bajé, a primera hora de la mañana, a desayunar al restaurante, que olía a rosas frescas. Todas las camareras me recordaron a Freyja. Todas eran rubias, hermosas, delgadas. Freyja estaba en todos los rostros.

Nada más salir del hotel, subí a un taxi y le dije al taxista que me llevara hasta el Edda Historiska Centrum. Aproveché el viaje para telefonar al capitán Torres. Le dije que tuviera preparado el avión para salir en cualquier momento de las próximas 72 horas. Le extrañó que el destino fuese Islandia: “Viajaré solo”, puntalicé. No hizo comentarios.

Ya en las oficinas del centro, pregunté por alguien que pudiera informarme sobre la gira prevista para la conferenciante noruega de la noche anterior. Una joven uniformada me apuntó en un papel el nombre de Ingrid Türlho. Minutos después me hallaba en un despacho de decoración minimalista. Las dos manos de Ingrid Türlho descansaban sobre la mesa como dos estatuillas yacentes y sus ojos me miraban con impaciencia. Sentado frente a ella, sexagenaria y cordial, de gesto refinado y cabellos grises, me interesé por la ruta que seguiría Freyja Sveinsson en su gira de conferencias, e intenté transmitirle con vehemencia mi interés por conocer cualquier mínimo detalle sobre aquel viaje que yo pretendía hacer “siguiendo la misma ruta, si es posible”. Türlho permaneció receptora durante el rato en que estuve hablando y luego echó mano de un programa de mano y leyó en voz alta el itinerario de la gira: la primera de las conferencias estaba previsto que la pronunciara en Kiruna, en el norte de Suecia, esa misma tarde. Freyja cruzaría después la frontera con Noruega, probablemente utilizando el tren, para atender otra cita cultural en Narvik, pasado

mañana. Se trasladaría inmediatamente a Oslo, donde hablaría al día siguiente, y desde la capital noruega emprendería viaje a Islandia. Allí daría una charla, unos días después, en Akureyri, al norte del país.

La tristeza de mi semblante tuvo que afectar a la complaciente Ingrid Türhlo, pues, sin mediar insinuación por mi parte, extremó su interés en la consulta del catálogo y calculó que mediaban cinco días entre las conferencias previstas en Oslo y Akureyri. Me pareció que el rostro de Türhlo se transformó por el descubrimiento. Después de hurgar entre sus papeles y de abrir varias carpetas y archivadores, me dijo estar convencida de que la conferenciante aprovecharía uno de esos días libres para desplazarse a su aldea natal en las islas Lofoten y pasar unos días con su familia.

La lectura por Ingrid Türhlo del nombre de aquel pueblecito perdido en el mapa volvió a causarme el impacto de la primera vez que lo escuché: Å. Yo leí "A", aunque divisaba la coronilla sobre el ángulo superior de la mayúscula, pero la señora Türhlo se llevó el índice a la boca y me corrigió: aquella vocal se pronunciaba como una "O". Freyja había nacido en el pueblo que figuraba en primer lugar de la larga lista de enclaves geográficos del planeta.

Confundido por el contratiempo, decidí regresar cuanto antes al centro donde se celebraban las sesiones del Congreso. Tenía que asistir a su clausura y pronunciar el discurso de investidura. Después, quedaría libre. A lo sumo, tendría que atender media docena de entrevistas con colegas de la Systems Dynamics Consortio de Nueva York y del Asian Management and Bussines de Singapore.

Eran compromisos ineludibles. Llamaría a mi secretaria para aplazar la entrevista con don Claudio. Definitivamente, la compra del banco inglés podía esperar. Pospondría también el informe sobre el gas boliviano. Le diría a Carmen que estaría ausente unos días. Necesitaba descansar. No, no le revelaría que me disponía a viajar a Islandia. Ése era mi secreto.

Llegué al Congress Center coincidiendo con los primeros instantes de un break. Mientras degustaba un canapé de arenque, auguraba el momento en que vería nuevamente su rostro. La

asamblea para el nombramiento del presidente se aproximaba con celeridad. Los congresistas parecían impacientes y me sonreían. No, no podía volverme atrás. Y bien que lo pensé mientras saludaba a Sturless, tan atento y jovial como siempre, y otros colegas me adelantaban sus felicitaciones.

Creo recordar que, entre las manos que se tendieron ante las mías, estaban las del presidente del North Icelandic Bank. Lo sé porque Sturless fue muy hábil a la hora de abortar su intento de apartarme del pasillo para hablar a solas conmigo. “Es el entrometido de Petursson”, me dijo Sturless, convencido de que me había hecho un favor.

Mientras avanzaba entre pasillos de caras sonrientes, algunas efusivas, me decía a mí mismo que estaba mintiéndome. Que pronto todo volvería a ser como antes. Se acumularían las llamadas telefónicas en el contestador de mi móvil, los avisos, los correos desde Madrid, las confidencias de decenas de gurúes para quienes seguía siendo un ser imprescindible. Las notas de socorro de Carmen, mi secretaria. Se me aparecieron las frías mejillas de mi mujer y las de mis hijos recién regresados de los Estados Unidos, con sus planes de futuro abiertos a mi implacable análisis de padre y protector de sus intereses. Imaginé el gesto desesperado — abandonado a su incierto destino— de Ramón Caruana en su viaje de inspección a Londres. Le debía un gran favor. Se cruzó conmigo e intercambiamos sonrisas de complicidad. Adiviné en sus ojos el asombro de quien ha descubierto mis secretos y le satisface compartirlos. Me entregó el portafolios con el discurso. No hablamos de otros asuntos porque un sexto sentido nos advertía de que no había nada más que contar.

Sören Petursson volvió de nuevo a la carga. Logró estrecharme la mano. Debía ausentarme, lo siento. De veras que lo siento, después del congreso, después...

Levanté el portafolios para que me dejaran pasar. Necesitaba recluirme en un espacio cerrado para dar los últimos toques al discurso que no había leído. Un bedel uniformado me condujo a un despacho desde el que se dominaba una perspectiva de Estocolmo. “Una obra de arte sobre el mar”, me dije ante el paisaje. Pero era a ella a quien presentía en cada una de las pinceladas del cuadro.

Cuanto más percibía cada uno de los detalles de aquel lienzo en vivo, más profunda era la sensación de que la estaba buscando. La veía en todos los reflejos del mar sobre las cúpulas de la ciudad, que parecía un inmenso juego de pequeñas pagodas de porcelana.

ISLANDIA

La voz de Emiliano Torres sonó por el circuito interior de la aeronave de manera distinta a como se escuchaba en viajes oficiales. Era algo más templada, pero mantenía la tirantez formal del protocolo.

Al otro lado de la ventanilla del avión, el cielo y el mar se entrelazaban en una nube que parecía de polen. Arriba, una lámina de polvo acerado cubría la esfera polar. El cuerpo de la nada en su perfil más plano, pensé mientras observaba el vacío. Mis ojos abarcaban horizontes nunca imaginados, tal como lo hacía el espadón del jet al adentrarse en el aire gélido de Islandia.

También el zumbido del reactor adormecía la cavidad de mi oído. Un carraspeo del telefonillo interior de la cabina volvió a interrumpir la levitación de mi conciencia. “¿A que es una belleza?”, insistió el capitán. Sus palabras hicieron que me recreara aún más en la visión del exterior: la nube de polen, el perfil plano de la nada. Un inmenso cachalote de piedra emergía en ese momento del océano y se inmovilizaba entre paredes verticales de nubes.

Más allá de donde alcanzaba la vista, parecía arder un páramo helado. Era el ardor blanco de un glaciar que subía en forma de espiral.

Me reconfortaba reconocer que estaba solo. Me sentía más dueño de mí mismo que nunca. Estaba pervirtiendo mi propio orden. Era un placer hacerlo. Contemplé, sobre la bandeja, el vaso de güisqui de malta, ya vacío, que me había servido Rosana al principio del viaje. Eché un vistazo al reloj. Freyja Sveinsson viajaría a esa hora en ferry hasta su aldea del fin del mundo. O tal vez todavía permanecía en Oslo. La imaginaba mirando por la ventanilla del avión. Sobrevolaría los fiordos aun nevados. Me había dejado llevar por la impresión de que abandonar Estocolmo cuanto antes

precipitaría el encuentro. Y así debía de ser. “¿Está bien, don Alonso?”, preguntó, desde la cabina, el capitán Torres. Asentí como si Emiliano Torres me estuviese observando y repetí el gesto ante Rosana, que se había acercado para comprobar que llevaba atado el cinturón de seguridad. “¿Le apetece otra copa?” Sólo me apetecía mirar por la ventanilla e imaginar que ella era Islandia.

El capitán me anunció por el telefonillo interior que estábamos a punto de cruzar un banco de nubes. Sentiría las tarascadas del avión. La temperatura exterior era de catorce grados en el aeropuerto de Keflavik, a poco más de cuarenta kilómetros de Reikiavik. Si me aproximaba a la ventanilla, me sugirió Torres, y torcía el cuello, podría ver, a mi derecha, en la lejanía, el huevo negro achatado de la isla de Surtsey, surgida del fondo del océano hacía solo treinta años. “Es la del cráter en el mismísimo espinazo”, dijo el capitán. Divisé un hilo de humo saliendo de una boca negra en medio del océano. “El polo gravitatorio de ella, sus ojos”, pensé. Cuándo me quemaría al tocarla... La voz del piloto se detuvo un instante para inflarse: “Sólo había mar. Pero, de repente, la tarde oscureció y el mar empezó a vomitar fuego y a escupir lava y ceniza. No se cansó de hacerlo durante más de un año.”

De nuevo sobrevino un silencio en el que creí adivinar la excitación del piloto ante el paisaje. También yo me sentía excitado por dentro. En las entrañas de aquella tierra crepitaba el fuego. “La destrucción del mundo para conformar otro nuevo”, pensé. La voz del capitán sonó enaltecida: “Pero ahí donde la ve, esa isla, surgida del mar por un capricho de la naturaleza, es fuente de vida. En sus playas brotan minúsculas flores y ya anidan decenas de especies de pájaros. Parece increíble, ¿verdad? Nadie puede pisarla, sólo unos cuantos científicos lo hacen. Y los pájaros ya plantan sus nidos en las playas de ceniza.”

“Los pájaros cuyos vuelos ella interpreta”, pensé en mis adentros. Me recreé en la observación de la silueta cónica de la isla con su falda gris tendida sobre el mar. Un brasero descomunal derramando sus ascuas. La isla era redonda, perfecta, limpia. Escuché de nuevo la voz del piloto: “Hay decenas de islas como ésta a lo largo de la costa. Cuando el fondo del mar no aguanta más y

revienta, otras nuevas brotan como tulipanes negros. Así ha sido desde hace cientos de años.”

Yo flotaba en el aire. Como Freyja haría en ese momento. Alargaba mi mano en el espacio y la tocaba. Ardía su pecho, como el corazón de Surtsey. Ella era Islandia, repetía en silencio, con los ojos cerrados. Atravesamos durante varios minutos bancos de nubes entre oscuridades súbitas. Al descender encarando lentamente los acantilados, mis ojos se desorbitaron ante la mole del gigantesco cetáceo fosilizado por un cataclismo.

“Ahora, abajo. Despunta su cabeza.”

“Islandia...”

La voz de Torres me obligó a fijar aún más la atención en el escenario que se abría abajo. Durante varios minutos observé, paralizado, los espolones grises de la tierra sobre la que planeaba el avión, y así me mantuve hasta que las ruedas del jet rechinaron sobre el asfalto de la pista.

“Tucídides no supo entender la vida como el soplo de una emoción”, reflexioné.

El pensamiento me llegó como si hubiera descubierto la ley universal que resucita a los muertos. Seguí barruntando que la verdad del hombre siempre se manifiesta desnuda como su soledad, sin dioses ni oráculos. Estaba de acuerdo con el sabio. Pero ahora me separaba de él la certeza de que el sentimiento de la emoción era el latido del corazón que sobrevive a la muerte. “Le faltó emocionarse; no sabía cómo hacerlo. No experimentó con la belleza de las cosas. Un imperdonable error.”

“Emocionarse”, murmuré mientras advertía, a través de la ventanilla del avión, que las nubes nacían de la tierra y adoptaban formas de columnas azuladas de gas. “Son las emociones las que llevan al descubrimiento de lo esencial.”

En la sala VIP del aeropuerto de Keflavik me esperaba un hombre que decía llamarse Haraldur. Vestía uniforme gris y era el conductor de un lujoso Mercedes. Algo de ello me había adelantado Ramón Caruana en Estocolmo antes de partir, en un último intercambio de planes e impresiones. La propia Rosana me comentó

que el hotel donde me alojaría pondría a mi disposición un automóvil con conductor.

También Rosana se había encargado de los trámites del equipaje, apilado en una carretilla junto al vehículo, y fue ella misma quien entregó a Haraldur mi maletín con el tesoro del ordenador personal. Varios asuntos agitaban la memoria de aquel cerebro artificial. Un par de correos de Carmen sobre cotizaciones de bolsa; un informe del corresponsal bursátil en Nueva York; otro acerca de la repercusión que había tenido un artículo aparecido en *El País* sobre las escaramuzas de la banca española para hacerse con el control de algunas entidades financieras en Brasil (mi grupo estaba involucrado, y el medio me citaba); algún fichero sobre recortes de prensa, nombramientos en la cúpula del BSCH, y una carta en la que mi discreta secretaria me ponía al corriente de sus gestiones en Alcalá de Henares rastreando las señas de identidad sobre Freyja Sveinsson. Ahora me avergonzaba de habérselo ordenado. Era una nota que casi había aprendido de memoria:

“Lamento comunicarle que mis primeras averiguaciones sobre la señorita Sveinsson han sido escasas. Nuestra sucursal bancaria en la localidad carece de informes sobre ella, si bien su director, el señor Marugán, me aseguró que estaba en ello. Quedé en llamarle. A través de mi amiga Mercedes Retuerta, que trabaja en el Instituto Cervantes y está muy bien relacionada con el Rectorado de la Universidad, pude saber que la persona en cuestión reside en Alcalá desde septiembre de 2001, suele viajar con frecuencia al extranjero, su dominio del español es absoluto y pasa por ser una persona culta y muy independiente. Es soltera. Sus familiares residen en Islandia y en Noruega. Le tendré al corriente de las averiguaciones que pueda facilitarme el señor Marugán, quien está avisado sobre el carácter confidencial de la investigación. Saludos.”

En el exterior todo era gris. Decenas de colinas se sucedían sobre planicies de lava. Las nubes corrían muy deprisa. Llovía a ráfagas. Alguien calentaba en el llano de piedras quemadas un hornillo de agua. El aire se impregnó de repente de olor a hortalizas

y tubérculos. Cocinaban col y patatas. Me agradaba participar de aquella desolación. De la tierra surgían fuentes de vapor de las que emergían nubes de columnas quebradas y luego se deshacían en el aire. Olía a podrido. “Azufre, señor”, puntualizó Haraldur.

El gas se manifestaba de manera engañosa, vencido de costado en forma de fumarola o a modo de nubes deshilachadas que se enganchaban en las rocas y luego se desgarraban. El humo improvisaba puentes en las carreteras y colinas.

“Arde la tierra, señor.”

Todo me resultaba tan irreal y fantasmagórico que hubo un instante en que creí que me encontraba en otro planeta.

A través del retrovisor, Haraldur exploraba la expresión de mi rostro. Era la propia tierra la que, en plena descomposición, vomitaba toda la escoria imaginable sobre el valle ante mis ojos. Asistía al espectáculo de la derrota de los colores: desteñidos el amarillo y el azul, destruido el verde, corrompido el rojo. No cabía mayor decrepitud y nada podía equipararse mejor a lo que parecía ser una evolución del infierno, de manera que empecé a dudar sobre si cuanto se ofrecía ante mis ojos no era más que una nueva y desconcertante señal de la belleza. Porque todo, pese a la apariencia surgida de las tinieblas, resultaba hermoso. La tierra se humillaba a sí misma y al tiempo se engrandecía. El espectáculo de tanta extenuación parecía representar la senectud del mundo, pero las columnas humeantes, la perfecta simetría de las piedras de lava, los estanques azules y amansados, las muecas casi humanas de las nubes, elevaban al cielo una sinfonía de paz, y en medio de aquella especie de eternidad ahogada palpitaba el corazón de Islandia...

Reaccioné ante aquella devastación recordando que debía llamar cuanto antes al *Segulljós*, el periódico donde trabajaba el hermano de Freyja. Pedí a la telefonista del periódico que me pusiera con el señor Sveinsson. Jónas Sveinsson, recordé. Al cabo de unos segundos, alguien me habló desde el otro lado mientras el Mercedes seguía avanzando entre las nubes que soltaban las rendijas de la tierra.

“Puedo hablar su idioma.”

Su tono me pareció seco y dejaba entrever que era un hombre tímido. Se expresaba en un español correcto. Lo hacía con lentitud, remachando las sílabas finales. Explicó que había aprendido el idioma porque había pasado varias temporadas en España. Era evidente que estaba esperando mi llamada y que Freyja le había puesto al corriente de mis intenciones.

“¿A qué empresa pertenece, señor Bulnes?”

Me desconcertó la pregunta. Comprendí que el comportamiento de Jónas Sveinsson respondía a un guión preconcebido que ni él mismo había tenido tiempo de revisar. Aquello me obligó a ser cauto. Había marcado en mi móvil el número del diario sin encomendarme ni a Dios ni al diablo. Me avergonzó mi imprevisión. Pensé: “¿Qué le habrá comentado Freyja a su hermano?” En mi osadía de cruzar los cielos del Atlántico norte para hablar con una mujer, no había previsto afrontar momentos que me hacían quedar en ridículo ante mí mismo.

“¿Está ahí?”

“Sí, señor Sveinsson.”

La incomodidad empezó a aflorar en las palabras de Jónas Sveinsson conforme se le iban acabando los recursos. Se había empeñado en destacar asuntos intrascendentes, tal vez para obligarme a que no le planteara cuestiones que él no sabría responder, o por un afán indagatorio que resultaba por su parte demasiado ingenuo. Caí en la cuenta de que sus titubeos no eran achacables a sus esfuerzos por hablar en un idioma que no era el suyo, ni obedecían a la incomodidad que le causaba hablar con un desconocido *importante*, lo cual también le impresionaba. La misma Freyja se lo habría advertido, deduje. Pero había algo más en sus cautelas y en la opaca cordialidad que transmitía la distancia que nos separaba.

“Freyja me comentó que es usted economista.”

“Banquero.”

“Es muy extraño. ¿No le parece?”

“¿Extraño?”

“Su interés.”

“Responde a razones personales.”

“Siempre se esgrime ese tipo de razones.”

“¿Cómo dice?”

“Pero después no es así.”

No lograba entender lo que pretendía insinuar y él parecía percatarse de ello. Le recordé que estaba siguiendo las sugerencias de su hermana cuando nos vimos en Estocolmo y que sólo deseaba saber su dirección y su número de teléfono. “Nada más”, remaché. Me contestó que Freyja no llegaría a Reikiavik hasta pasado mañana. Luego guardó silencio y me preguntó, sin tapujos:

“¿Qué asuntos le traen a Islandia, señor Bulnes?”

Empezaba a resultarme irritante, pero me contuvo la convicción de que debía tratarse de un equívoco, así que dejé que transcurrieran unos segundos para que se disipara mi perplejidad. Jónas también la detectó, pues enseguida cambió de registro:

“Tal vez lo mejor sea que nos veamos. ¿Le parece bien que pase a recogerle mañana?”

No tuve tiempo de reaccionar. Preguntó por el hotel en que me hospedaba y se lo dije:

“Hotel Borg”.

“Disculpe”, respondió, sin más.

A medida que el Mercedes se acercaba a la capital de Islandia, el sol empezó a hacerse notar con fuerza pese a la hora, ya avanzada, de la tarde. Las sirenas de los barcos parecían festejar la llegada de un cortejo importante, tal vez la definitiva entrada de la primavera. La luz, impulsada con fuerza desde el oeste, pintaba los tejados. Me elevé cuanto pude sobre el asiento para explicarme aquel milagro. Haraldur lo explicó:

“Es la única ciudad del mundo que tiene pintados los tejados de sus casas. Dicen que es el cielo quien lo hace con los colores del fuego que manan del centro de la tierra”.

El hotel Borg estaba emplazado en el centro de Reikiavik, en una plaza rodeada de bares con terrazas, junto a un austero edificio que es sede del parlamento islandés, el Althing, y una pequeña iglesia, la catedral, que parecía haber sido arrancada de la cresta de una gran tarta de crema tostada. Hacía buen tiempo y la gente, jóvenes en su mayoría, se apiñaba en los veladores de las cafeterías y en pequeñas mesas sobre las aceras y hablaba ante enormes jarras de

cerveza. En el centro de la plaza se habían instalado grandes paneles con fotografías de paisajes de la isla. Varios pequeños reflectores se habían confundido de hora y mezclaban sus artificiales rayos de luz con los últimos de la tarde. Así, cobraban vida las playas desnudas, sus arrecifes, las planicies de los glaciares, los desiertos de lava, los surtidores de las ballenas en el mar, el maquillaje de los frailecillos con trazos rojos en picos y patillas, las humildes casas de techos de pizarra, sus paredes repintadas de grana intenso, y decenas de primeros planos de rostros agrietados por la vejez o de niños mofletudos y de cabellos claros a lomos de caballos islandeses con las crines al viento.

Sin abrir la maleta, me dejé caer sobre la cama y entorné los ojos. Al poco tiempo quedé profundamente dormido. Me despertó el reflejo del sol que doraba los tejados de la plaza Austurvöllur. Frente a la cama, apareció el rostro de una anciana. Creí que se trataba de una alucinación. Recogía su cabello sedoso en una especie de cofia. Pasó por delante de mí de puntillas para evitar que despertara del todo. Cuando intenté incorporarme, ella se giró sobre sí misma y abandonó la habitación. Antes de salir juntó las manos y apoyó en ellas su mejilla, luego me invitó con sus ojos a un nuevo sueño. Me levanté cuando se cerró la puerta y advertí que la anciana de piel rosada y pelo blanco me había traído, junto con un juego de toallas, el desayuno. Iba a mirar el reloj de pulsera cuando sonaron siete campanadas en la plaza. Me aproximé a la ventana: alguien abrió las puertas de la vieja iglesia. En todas las fachadas colgaban flores. Y junto a la entrada del primer Parlamento de Hombres Libres, el Althing, una mujer de largos cabellos rubios interpretaba *Let it be* al violín.

JÓNAS

Jónas Sveinsson aguardaba desde primeras horas en la plaza, con un pie en el estribo de su coche, para llevarme a los pies del glaciar Langjökull. Al verme aparecer, me dio la mano y preguntó: “¿Conoce usted Thingwellir?” Le dije que no, aunque el nombre me resultaba familiar.

¿Se lo había escuchado a Freyja en el auditorio? Jónas se había empeñado en mostrarme primero ese lugar sagrado. Supuse que tendría razones para hacerlo. No me importaba averiguarlas. Sólo aguardaba el momento de ver a Freyja y quizá Jónas era portador de nuevas noticias sobre su hermana.

Nunca había visto un modelo de coche igual al que había aparcado Jónas Sveinsson en las afueras del hotel. Al primer golpe de vista, parecía un prototipo a estrenar en una expedición a la superficie de Marte —lo de Marte me viene a la cabeza por lo que sucedió después—. Ocupaba el espacio de un camión y los refuerzos en ventanas y bajos le prestaban un aire de barcaza de desembarco. Del techo surgían, como plumíferos metálicos, varias antenas que se arqueaban hasta la parte trasera como cañas de pesca tensadas por voraces peces. J

Jónas era un joven alto y de largas melenas rubias en tonos casi albinos. Un bigote ralo y del color del heno casi le cubría la boca. El color de sus ojos era un misterio, pero en esa cavidad se ocultaba una disposición innata a la timidez. Los movimientos de sus manos y brazos eran enérgicos y resolutivos, todo lo contrario de la lentitud que imprimía a los músculos del cuello y de la cara. Vestía una cazadora de serraje engrasada en los codos, pantalón de pana gruesa y botas militares. Creí que me invitaba a explorar un campo de minas. Sonrió cuando me arranqué de la manga de mi cazadora la etiqueta de una famosa marca italiana. Se metió la mano en el

bolsillo, sacó una cinta de color azul y se la encajó en la cabeza. Después extrajo una goma con la que se recogió la cola de caballo que le caía sobre la espalda.

“¿Necesitaré ropa de abrigo?”, le pregunté.

Jónas supervisó mi cazadora de tafilete y la camisa de Sir Bonser, recién estrenadas.

“En la parte trasera llevo varios plumíferos y gorros de montaña. También encontrará dentro del maletero alguna manta. Nadie sabe lo que puede ocurrir más allá de Thingwelir.

“¿Habló de nuevo con Freyja?”, inquirí.

“Esta misma mañana. Le comenté mis planes para pasar el día y le parecieron bien. No quiero líos.”

“¿Líos?”

“Equívocos, más bien.”

Jónas Sveinsson torció el cuello y me miró en el momento de girar la llave que accionaba el motor del vehículo, como pensando: “¿Habré metido de nuevo la pata?” El tráfico en la autopista era escaso. Algunos vehículos exhibían extras más espectaculares que el de Jónas. Me explicó que tales alardes eran habituales en Islandia.

“La máxima distracción de un islandés es disfrutar de la naturaleza de su país. Y para ello necesita un buen coche con el que pueda llegar hasta las entrañas de un volcán si es preciso.”

Cambió bruscamente de marcha y el coche protestó con una tarascada. Volvió a meter la quinta y dijo algo en islandés, algo que no quiso que entendiera. Inesperadamente, despuntó en sus modos un evidente malestar, una mirada intempestiva. Opté por ser prudente. Jónas giró sus ojos hacia las montañas nevadas del fondo. Se extendía de norte a sur un lago muy delgado. Al llegar a un cruce de caminos, el todoterreno tomó la dirección que apuntaba al embudo del volcán Hekla.

“Lamentablemente, sólo nos queda la alternativa de sospechar de todas las cosas que se mueven”, dijo.

“No logro entender lo que insinúa.”

“Tal vez no sea éste su caso, pero lo parece, como tantos otros. Perdone que sea tan franco...”

Se detuvo. Le hice una seña con la mano para que siguiera hablando. Era el primer interesado en saber adónde quería ir a parar.

“Continúe, por favor.”

“Sabemos lo que pasa al final. Hay quien se encasqueta la imagen romántica de la cultura vikinga y así disimulan lo que pueden. Pero no nos engañan. Sabemos que sólo les alienta el pulso del negocio. Nosotros pretendemos evitar a toda costa que esto ocurra. El trabajo de Freyja no puede ser corrompido.”

Sus palabras me aturdieron. Guardé silencio y al rato reaccioné haciendo una pregunta que no era más que el eco de mi propio desconcierto.

“¿Habla usted de dinero?”

La respuesta de Jónas Sveinsson, con los ojos puestos en el volante, me pareció sarcástica:

“No me diga que no entiende ese lenguaje. Le hablo de bancos y empresas que cotizan en Wall Street.”

Giré la cabeza para ver el paisaje de la tundra. Desde que hablé por teléfono con Jónas la tarde anterior, recordé, supe que algo había empezado a chirriar. Una pieza se había desencajado, y no precisamente del motor del coche. Pronto empecé a entender que aquellos exabruptos del hermano de Freyja no iban conmigo. Tenía mis dudas, desde luego. Lo que escuché a continuación logró tranquilizarme.

“No lo digo por usted. Lo que quería decir es que no nos gustan los mercenarios que profanan nuestra historia, nuestra cultura. Es intocable...”

Reavivé en la memoria la imagen de Freyja en el Operakälaren; su alerta ante una vaga sospecha que se cruzó de improviso en la conversación. Justo cuando pronuncié la palabra banqueros. Jónas parecía más preciso.

Seguí mirando por la ventana, en espera de nuevos acontecimientos. El paisaje de Thingwellir es el de una tierra sin pecado original. El Nissan se detuvo en un aparcamiento al aire libre. Desde el asiento, leí un cartel que aludía al enclave: “En este lugar de noble e inmarcesible memoria se constituyó el primer Parlamento de Hombres Libres del Mundo”. En el mapa se

reproducía una perspectiva de la llanura y del lago. Había una pequeña iglesia y cinco barracones de tejados pintados de rojo y azul. Enfrente, un cementerio con una docena de cruces y varias lápidas ovaladas.

Bajamos del coche dispuestos a caminar. Soplaban una suave brisa que levantaba la piel del musgo en las piedras de la planicie. La tierra se abría en grietas de medio metro de ancho.

Le hice una pregunta, como un turista a su guía:

“¿Por qué se eligió este sitio para celebrar asambleas?”

“Posee agua para beber, fuego para calentar los cuerpos, prados para el ganado y muros naturales con unas condiciones acústicas que ya las quisieran tener los mejores escenarios de ópera del mundo. Cuando Ragnar Cara de Búho hablaba desde esta atalaya de piedra, el eco de sus palabras llegaba a todos los congregados y hasta arrullaba las barbas del Hekla.”

“Pero es peligroso, ¿no?”

“Hace un par de años se movió la tierra y cayeron piedras del cielo. Fue un terremoto que sacudió a media Islandia. Estamos en el epicentro de uno de los lugares con más actividad sísmica del planeta.”

Algunas rocas espiraban un vaho tan denso que parecían hierro fundiéndose. Avanzamos por un desfiladero de paredes altas y cortadas a pico. Al borde de una de las enormes cicatrices de la tierra, Jónas se acordó de repente de un nombre que parecía haber estado rumiando largo rato. Se detuvo en seco para observarme con cierto descaro y forzó una frase en un inglés académico:

“Multifractals and Physics Pygmalion Group.”

Le seguí la corriente, sin saber muy bien a qué se refería, e imité cuanto pude su acento.

“Multifractals.”

“Tiene su sede central en Silicon Valley, California, y se dedica en exclusiva a la investigación experimental sobre radares.”

“¿Radares? No oí hablar de ella en mi vida.”

“¿De veras?”

“Absolutamente.”

“¿No oyó hablar del programa *“Mars Express”*?”

“Nunca.”

“Las tareas en *Multifractals* se orientaron inicialmente a analizar la densidad y estructura de la corteza de Marte, de manera especial su ionosfera. Y le diré algo más: detrás de esas palabras se articula una red de empresas de alto valor estratégico para los Estados Unidos, casi todas vinculadas a la industria armamentística y controladas por la Secretaría de Defensa del Gobierno de George Bush.”

No pude contener un gesto de asombro.

“¿Adónde quiere ir a parar, Jónas?”

Jónas se detuvo y me miró como si deseara interrogarme ante un tribunal. Reinaba una paz absoluta en Thingwellir.

“*Multifractals* es sólo la punta visible del gran iceberg. De sus investigaciones se nutren otras empresas para elaborar programas innovadores que hacen más eficaces las defensas del ejército norteamericano. Se trata de un prototipo de radar que supera al instalado en sus poderosos aviones de combate y navíos de guerra.”

“Lo siento. Sigo sin entender lo que pretende decirme, Jónas. Y la verdad es que sus palabras empiezan a abrumarme. Sin duda que me confunde usted con otra persona, y le ruego que revele cuanto antes sus cartas para que yo pueda obrar en consecuencia: seguir visitando estas sobrecogedoras ruinas de la tierra o regresar al hotel y olvidarme de que le he conocido. En este último supuesto, le agradecería que me diera el teléfono de su hermana. Le recuerdo que he venido a Islandia solamente para verla.”

Jónas zarandó la cabeza, mantuvo un largo silencio y, finalmente, dejó escapar una levísima sonrisa.

“Tiene razón. Le pido disculpas. Creo que le debo una explicación. Prometo hacerlo. Pero, antes, suba hasta el extremo de la senda y deténgase en lo alto de la roca.”

Obedecí, contrariado, y me encaramé al penacho. Di una vuelta sobre mí mismo y me sentí envuelto por la brisa húmeda del sur. Tenía al alcance de la vista todos los elementos que obran el milagro de la vida: el fuego, la tierra, el aire, el agua. Desde abajo, Jónas alzó la vista y me dijo:

“Ahora puede gritar.”

Hinché de aire mis pulmones y grité:

“¡Freyyyyjaaaaaaa!”

Jónas levantó su brazo derecho para alertarme de algo misterioso. Paralicé todos mis músculos y aguardé. El silencio se deslizó en el aire de Thingwellir como el vuelo de un águila y se rompió después de que mi alarido cruzara el espacio que me separaba del cementerio, junto al llano mercurial del lago. Tuve la impresión de que mi voz golpeaba las campanas de la ermita.

“Ya le dije que no hay lugar en el mundo donde se expanda mejor el sonido”, reaccionó Jónas, orgulloso.

Escuché el débil redoble de campanas como el niño que descubre el sonido de un cascabel. Jónas me habló desde abajo acompañando de solemnidad sus palabras.

“En ese mismo lugar donde se encuentra, miles de islandeses vocearon gozosamente su libertad. Entre ellos, Ragnar Cara de Búho. Subido a esa roca, mi tatarabuelo Gunnar levantó en brazos a su hijo Nunstar antes de abandonar para siempre esta tierra. Ofreció su vida y la de su hijo a este paisaje y ante el testigo del Langjökull, el glaciar que aparece al fondo de las montañas... Al norte. Aquel que yace como una ballena blanca. Le voy a llevar a su presencia.”

“De acuerdo.”

“También allí, en esa misma roca, se posó por primera vez el búho níveo. ¿Conoce usted la historia?”

“Se la escuché a Freyja en Estocolmo.”

El paso acelerado de unas nubes tendió sobre Thingwellir una sombra siniestra que saltaba sobre las cicatrices del terreno. Jónas miró a lo alto y descubrió el vuelo de un ave.

“Es un gerifalco. Habrá visto a algún lagópedo, su presa favorita.”

“Hermoso”, respondí, observando las evoluciones del imponente pájaro.

“Nada, sin embargo, comparable al vuelo del búho níveo. Hace unos días apareció por el oeste un hermoso ejemplar. ¿Lo sabía?”

“No.”

“Hace más de cincuenta años que no se veía en Islandia uno de su especie. Escribí sobre ello un artículo en el periódico.”

“Muy interesante.”

“En realidad yo soy biólogo. Pero colaboro en el periódico *Segulljós* como asesor en materias medioambientales. Con frecuencia les envío artículos desde alta mar. A veces me paso hasta tres meses en un barco. En los últimos años, mi vida transcurrió a salto de mata entre los laboratorios de un buque oceanográfico y la redacción del periódico. Anote usted un paréntesis de exilio voluntario en una isla. Una especie de retiro del alma...”

“¿En una isla, dice?”

“También estuve en Papasey.”

“Escuché varias veces ese nombre...”

“No pude resistir su soledad.”

Jónas se emocionó al pronunciar el nombre de la isla. Le costó algún tiempo salir del pozo de recuerdos en el que parecía estar ahogándose. Luego reaccionó con brusquedad:

“Como biólogo, mi especialidad es la ecología del mar. El estudio de los fondos marinos. Pero mi verdadera pasión son las aves. A Freyja le ocurre lo mismo. Los búhos níveos son aves mágicas. Para los indios americanos, el búho níveo es el *Norte* de la tierra, el viento del norte, el principio de todo. Yo también lo creo.”

Metió la marcha atrás y el coche viró en redondo hasta encararse al glaciar que asomaba por la línea de montañas.

“Me hablaba de empresas que investigan radares de última generación”, dije.

“Para uso militar...”

“Absolutamente legítimo. ¿No le parece?”

“Lo sería si no fuera porque *Multifractals* está haciendo lo mismo que el equipo de investigación de Freyja Sveinsson.”

“¿Me está usted diciendo que esa empresa está copiando los experimentos que dirige Freyja?”

“No estamos seguros del todo. Pero la información que disponemos asegura que nuestros planteamientos iniciales están siendo tenidos en cuenta por sus investigadores, concretamente en los trabajos sobre radares de la misión al planeta Marte. También nos consta que los siguen otras empresas que utilizan métodos muy similares a los nuestros para perfeccionar los radares en aviones y navíos de guerra.”

Yo miraba obsesivamente el norte. Me costaba creer cuanto estaba escuchando. Pero no quería parecer desconsiderado con mi anfitrión:

“¿Están convencidos de que son las mismas fórmulas?”

Jónas Sveinsson arrugó la frente y sujetó con fuerza el volante; el coche había entrado en un ondulante camino de grava. Antes de hablar, meditó lo que tenía que decir:

“El equipo de Freyja busca una respuesta al fenómeno, aparentemente sobrenatural, de un libro cuyas páginas se repiten de manera ininterrumpida. Páginas incontables, infinitas. ¿No es eso?”

“Correcto.”

“Bien. Nuestros investigadores evolucionan hacia ese mundo de la complejidad constante y de la combinatoria a partir del conocimiento de fórmulas fractales ya inventadas e implementadas en distintos procesos. Hay otros muchos aspectos que también tienen en cuenta, claro está: la filosofía presocrática, la nemotecnia en sus orígenes... La física cuántica. Las teorías de Mandelbrot... Nuestro campo es muy abierto y novedoso. ¿Le molesta el traqueteo?”

“Un poco.”

“No ha empezado lo mejor.”

“Es apasionante cuanto dice, pero difícil de entender.”

“Desde luego. Una de las conclusiones a la que ha llegado nuestro grupo es que cabe hacer el recorrido de buscar una explicación de la complejidad combinatoria pero a la inversa, es decir, aplicando las mismas pautas en sentido contrario. Si llegamos a lo innumerable partiendo de lo que se ve, también podemos acceder a lo intrascendente desde el infinito. Algo así como explicar por qué una mota de polvo encierra un universo y por qué ese universo puede integrarse en un límite conocido... En el cabello de un niño, por ejemplo.”

“¿Y en el caso concreto de los radares?”

“No soy un experto en geometría fractal. Pero todo está relacionado. Las explicaciones tienen la misma base. Las páginas del famoso Libro se repiten de manera continua hasta crear la realidad de una sucesión que no tiene fin. La geometría y la aritmética fractales explican la raíz de ese fenómeno. De hecho,

para que éste se produzca tendríamos que admitir que existe la simplificación total... De la misma manera que los números se repiten hasta el infinito también cabe pensar que ese infinito puede quedar reducido a la nada. Llegamos a lo innumerable porque partimos del uno, es decir, alcanzamos lo infinito porque en el principio existe la nada. Es lo que quieren conseguir los científicos y estrategias militares: reducir lo innumerable a lo que ni tan siquiera puede verse, y amplificar la nada hasta hacerla visible...”

“Fantástico.”

“Lo es, sin duda. Los números lo explican todo. ¿Cómo cree usted que se ha logrado traspasar el misterio de la ionosfera de Marte? ¿Con un microscopio de largo alcance? ¡Con números! Con superposiciones de imágenes geométricas. Aplicando teorías fractales.

“No lo pongo en duda...”

“Nuestro objetivo es demostrar que el Libro de Lottar Grumssor posee un espacio visible por el hombre. Y otro posible. Repito, otro *posible*. ¡Invisible! Existe un manuscrito original, ¡naturalmente!, pero también existe otro, el posible, que es una superposición de planos *ad infinitum*. Un manuscrito incorrupto. Su razón de ser está en los números y en sus ilimitadas combinaciones. Supongamos que en esa búsqueda de lo ilimitado revertimos las predicciones y congelamos la presencia de cuerpos que no se ven. Avancemos un paso más: supongamos que, además de ondas eléctricas como en los sistemas tradicionales de detección de objetos, aplicamos fórmulas matemáticas urdidas en el caos. Todo ello inspirándonos en la obtención de datos procedentes del infinito mundo de la combinatoria. Pues bien, ¡esto ya es posible! ¡Lo hemos demostrado nosotros! Y ellos lo saben...”

“¿Está seguro de lo que dice?”

“Tanto, que hasta puedo decir que hoy en día conocemos mejor la corteza del planeta Marte gracias a las exploraciones que se han hecho empleando nuestros métodos.”

Dentro de mí trepidó una gran inquietud.

“¿Y cómo lograron esas empresas acceder a la información de vuestros investigadores?”

“Islandia es un pañuelo. La noticia de que Freyja Sveinsson había formado un equipo de científicos para hallar una explicación al fenómeno del Libro aterrizó en los despachos del North Icelandic Bank y despertó la curiosidad de financieros y empresarios. De hecho, el North Icelandic Bank estuvo subvencionando durante algún tiempo las investigaciones de Freyja y su gente...”

“¿Entonces?”

“El dinero lo corrompe todo. Pronto el interés meramente científico dejó paso a las múltiples opciones de negocio que se derivarían de aplicar las nuevas fórmulas y descubrimientos. En ese riesgo estamos. Todo sería distinto si viviéramos en un mundo en el que se castigara la mezquindad y el oportunismo de los poderosos con la misma contundencia que el pillaje al que se obligan los débiles por pura necesidad. Pero ese mundo no existe.”

La lengua del glaciar Langjökull, al norte del valle de Thingvellir, se extendía como un horizonte trazado por la mano de un artista superior. Crestas de colinas de lava lo devoraban por los lados. En sus bloques de ceniza compacta se exhibían las huellas de gases escupidos por la tierra: una extraña epidemia de viruela en las piedras.

La brújula del coche seguía apuntando en la buena dirección. Soplaba un viento huracanado que embestía desde el glaciar y convertía el paisaje en una guarida de lobos aullando. Mis manos estaban heladas. Avanzábamos en medio de una llanura gris con pequeños ríos cuyas corrientes serpenteaban. Uno de ellos era tan ancho que no veíamos las orillas.

Jónas, con su mirada en la lejanía, estaba dispuesto a remachar el último clavo de sus teorías. Disparaba ráfagas de pensamientos deslavazados. Eran los efectos de una especie de droga que lo mantenía fijo al volante. Yo había enmudecido.

“¿Sabía usted que hay fórmulas fractales que determinan la existencia de turbulencias dinámicas en una unidad de combate?”

Puse cara de póquer. Jónas prosiguió:

“Me sorprende que no conozca usted los experimentos sobre fractales con batallones de combate de la Segunda Guerra Mundial. ¡Se llevaban a cabo para convertir la natural inercia del batallón

hacia el desorden, cuando a los soldados les entra el pánico, en el más riguroso nivel de mando! ¡Le digo que es matemáticamente viable! ¡El resultado final se obtenía estudiando el comportamiento caótico de los soldados ante las primeras andanadas del enemigo! ¡Nosotros pretendemos demostrar que la complejidad nos conduce al punto de partida! ¡Ellos, que nada debe impedir el avance del poder! ¡Ésa es la diferencia!

Agarró el volante con fuerza, giró la cabeza y siguió gritando, como si deseara expulsar algo que le quemaba:

“¡Freyja pensó que usted era uno de *ellos*!”

Mi cuerpo se agitó en el interior de la cabina. No fui capaz de soltar palabra. Él siguió explicando:

“¿Entiende ahora lo que ocurrió?”

Yo asentí con la cabeza, perplejo.

“Siento el malentendido. Comprenda que había precedentes. *Ellos* son personas como usted, banqueros respetables, ingenieros, empresarios. En ocasiones detectives. Se presentan de improviso en nuestro laboratorio para intentar persuadirnos de que colaboremos con ellos. Pero siempre rechazamos sus tentadoras ofertas. ¡Freyja me contó lo de su encuentro en Estocolmo! Me pidió que intentara averiguar cuáles eran sus intenciones.

Seguía hundido en mi perplejidad.

Jónas seguía hablando, desbocado.

“Mucha gente sabe que el manuscrito que sacó de Islandia nuestro antepasado Gunnar nos pertenece. Para algunos eruditos se trata del más importante de cuantos quedan pendientes de restituir al acervo cultural de Islandia. ¡Sin olvidar los códigos de Vilmond! Como supongo que sabrá, están en poder de Thor Thorgilsson. Personal contratado por el North Icelandic Bank estuvo husmeando durante mucho tiempo la pista de esos manuscritos únicos e incorruptos. Encontraron varias hojas sueltas en una fosa de Papasey. Algunos de esos expertos, también detectives, incluso afamados criptólogos, llegaron incluso a desplazarse a esa isla para hablar con *El Hombre de los Pájaros*.

“*El hombre de los Pájaros*”, susurré.

“En Å pretendieron hacer lo mismo con Roald Sveinsson. Me consta que intentaron sobornarle con dinero. En paralelo a esa

búsqueda fue en aumento la obsesión de otros científicos y empresarios. La carrera por llegar el primero se hizo inevitable. Todos querían averiguar si era o no posible el prodigio del Libro, sobre todo cuando se filtró la información de que Freyja y un grupo de jóvenes chiflados habían empezado a desarrollar con éxito fórmulas fractales. Lo que le dije. A buen seguro que el cruce de tantas informaciones generó un cúmulo de curiosidades, y estas se amontonaron en una trastienda de intereses bastardos.”

Jónas miró a su alrededor, confuso:

“Temo que nos hemos perdido”, dijo.

Su propia voz de alarma lo puso en máxima tensión. Yo seguía apretando la mandíbula. Nos desviamos para atacar desfiladeros y barrancos vírgenes. Nada era capaz de desajustar la tracción del todoterreno que lo imantaba a la tierra, ni su capacidad de plegarse como una gigantesca ventosa al suelo. La indestructible oruga cabeceó antes de acceder a un valle por donde menudeaba el cauce de un nuevo río deshilachado en decenas de torrenteras. Fue tal el impulso del Nissan al entrar en terreno llano, que el agua saltó sobre el parabrisas y oscureció el interior del coche. Fue entonces cuando él dijo:

“Volvemos al buen camino.”

El parachoques acometió las corrientes que le salían al paso como si se tratara de una lancha encarando los rápidos de un río. Al salir de aquel cauce, empezamos a rodar en círculos concéntricos sobre una meseta. Afuera, el viento ululaba.

“¿Por qué tanto interés en llegar al glaciar?”,

“El búho blanco lo sobrevoló.”

Bordeando la rompiente, el Nissan descendió con la reductora puesta. Crujieron las traviesas interiores de la cabina. Se retorcieron los neumáticos sobre las piedras. Por fin, al llegar a lo alto de una nueva rampa de cenizas, apareció, deslumbrante, el cuerpo del dinosaurio blanco, el glaciar Langjökull. Su osamenta yacía a lo largo y ancho de una montaña plana elegida como su tumba desde la eternidad.

“Los orígenes del mundo”, pensé.

Descendí del coche con los huesos magullados. Jónas parecía fresco como una orquídea de invernadero. Su cara rebosaba

felicidad y se le había dibujado una leve sonrisa en sus ojos, deslumbrados por el destello del fondo. Dejó reposar su mano sobre mi hombro y sentí sus palmadas de ánimo. El viento helado que llegaba del glaciar nos golpeó en frentes y mejillas. Me desplomé sobre el suelo y detuve mis ojos en la mole de aquel cíclope de nieve postrado a mis pies, mientras Jónas dejaba caer una manta sobre mis hombros.

Tras desprenderse de la cinta en la cabeza, extrajo del fondo de la guantera del coche unos prismáticos y oteó con ellos el horizonte.

“Es imposible”, dijo.

“El qué”, pregunté.

“Habría sido tan hermoso descubrir su vuelo...”

Se recostó sobre el suelo y dejó que una ráfaga huracanada de viento revoloteara sobre su cabellera vikinga.

“Es como una gran ballena helada a los pies de Odín.”

Pensé que era el único lugar sobre la tierra en el que se podían contar historias como las que acababa de escuchar.

La imagen majestuosa del Langjökull y las sorprendentes revelaciones de Jónas me acompañaron en todo el viaje de regreso. Con un pie en el estribo del coche, el guía me anunció algo que se había reservado para el final: Freyja le había anunciado, antes de recogerme por la mañana, que, *si todo marchaba bien*, acudiría al día siguiente a la plaza del Parlamento.

Me dirigía a la conserjería del hotel para comprobar si había recibido algún aviso, cuando la recepcionista apuntó con sus desorbitados ojos a un rincón del vestíbulo donde me aguardaba, de pie, un hombre uniformado y con gorra de plato que se acercó para entregarme un pequeño sobre. Con delicadeza, me dijo que lo abriera, y así lo hice, delante de él. La pequeña cartulina malva que había en su interior reproducía el membrete del North Icelandic Bank y transmitía el siguiente mensaje escrito a mano:

Estimado colega:

Bienvenido a mi país. Recuerdo con halago su cordial saludo hace unos días en Estocolmo. Mi más sincera felicitación por su nombramiento. Al enterarme de que se encuentra en Reikiavik me he permitido la libertad de

*localizarle con el propósito de brindarle la hospitalidad de la institución que presido. Es un honor del que no puedo privarme. Lamentablemente, parto mañana a primera hora de viaje y le tendría que recibir esta misma tarde. Le ruego que disponga de unos minutos de su tiempo libre para poder compartir mi pequeño homenaje. Le espero. Atentamente,
Sören Petursson*

Nada más leer la nota, lo primero que pensé es que alguien había usurpado mi derecho a viajar de incógnito. La misma reflexión me condujo a la hipótesis de que la indiscreción era obra de una de las dos únicas personas que estaban al corriente de mi viaje: Freyja Sveinsson o Ramón Caruana. No le di más importancia. Apenas tuve que esforzarme por recordar el nombre que venía estampado en la cartulina. Era uno de los seiscientos *gurúes* que acudieron al Congreso de Estocolmo. Lo único que sabía del tal Petursson era que intentó varias veces hablar conmigo, y que lo hizo en un momento de agobio. Intercambiamos un par de palabras. No logré precisar sus facciones.

Eran las 6,30 de la tarde. Le dije al emisario que aguardara unos minutos. Estaba agotado después de la aventura al glaciar, pero dispuesto a apurar mis últimas energías. Subí a la habitación y me metí en la ducha, me vestí con la máxima celeridad y bajé por las escaleras. Durante todo ese tiempo sólo me obsesionó la idea de que la cita pudiera ser una emboscada de colegas de la banca. Las aún frescas revelaciones de Jónas me pusieron en guardia, pero también despertaron en mí una curiosidad malsana. Tenía la corazonada de que no debía perderme aquella cita. Después de razonar que no corría ningún riesgo, admití que lo lógico era salir de dudas.

Mi mente en blanco cruzó el centro de Reikiavik en un lujoso automóvil de ventanillas tintadas. El viaje fue rápido, quince minutos escasos. Al abrirme el chófer la puerta, me impresionó la fachada de un moderno edificio de mármol y cristal con un pequeño lago a sus pies.

SÖREN PETURSSON

Sören Petursson me conocía. Tanto, que en algún momento de la conversación llegué a sentir ante él la turbación de un cazador cazado. Tal vez Ramón Caruana le habló sobre mis planes inmediatos en Esto- colmo, pero resultaba evidente que poseía otras fuentes informativas de mayor consistencia.

Recostado en un sillón *chester* ante un mural fotográfico de las cataratas de Gulfoss, el presidente del North Icelandic Bank me pareció un hombre elegante y refinado, de gesto preciso con las manos. Apenas movía los músculos de la cara, su frente era una plancha de acero. Daba la impresión de que se había sometido recientemente a una operación de cirugía estética para estirarse la piel del rostro.

Empezamos a hablar de cosas banales. Sobre las incidencias del congreso y mis planes inmediatos en *The Federation*. Le impactó mi discurso de toma de posesión. No le creí. “Humanista y sincero”, calificó, sin inmutarse. “Un discurso a recordar por todos, trascendente para nuestra institución”, añadió. Luego matizó: “Algo romántico.”

Le había causado cierta consternación que el presidente de una organización como la *Federal Bureau* se permitiera juicios de valor tan atrevidos sobre la economía mundial, “tan punzantes y al mismo tiempo tan directos al corazón de todos”. Creo que ésas fueron exactamente sus palabras. “No quiero decir con esto que no fuesen certeros”, añadió con ánimo de equilibrar la balanza.

Me ofreció un brandy y brindamos por mi futuro. Después se levantó y extrajo un libro de uno de los estantes de la lujosa biblioteca que ocupaba una de las paredes de la estancia. “Es para usted; un humilde regalo”. El libro, lujosamente encuadernado, versaba sobre unas recientes excavaciones arqueológicas en la isla

de Papasey y había sido editado por su banco. Aquello me sonaba. Tenía muy frescas en la memoria las palabras de Jónas ante la imponente mole del glaciar. Me hice el propósito de hablar lo menos posible, sólo lo indispensable.

El libro se titulaba “*New secrets in Papasey*”. Estaba dedicado: “Para mi amigo y presidente Alonso Bulnes, convencido de que los banqueros también somos algo románticos. Sören.”

“Gracias.”

“De nada.”

Estuve hojeando el libro unos segundos.

“Interesante”, dije.

Me llamaron la atención varias ilustraciones de códices antiguos localizados en la isla. Imposible descifrar su mensaje. Al *Chairman* le agradó mi interés.

“Gaélico”, me aclaró Petursson enseguida.

“No entiendo nada.”

“No se preocupe; los textos están traducidos al inglés.”

Pronto me di cuenta de que el regalo del libro formaba parte de un plan trazado con sagacidad por mi anfitrión. Los gráficos que se reproducían en él eran páginas sueltas pertenecientes a un manuscrito que encontró, *por casualidad*, un “anciano medio loco” residente en la isla. Su nombre, que Petursson pregonó con un tinte de desprecio, me resultaba familiar porque lo había escuchado varias veces en labios de Freyja y de su hermano: Thor Thorgilsson.

El Hombre de los Pájaros, evoqué en mis adentros.

“En realidad, fueron nuestros arqueólogos quienes encontraron esas páginas sueltas. El anciano poseía algunas más. Y, desde luego, tenía en su poder los códices originales, escritos por un antiquísimo historiador de nombre Vilmond. Los guardaba en un lugar desconocido de la isla.”

Petursson me confesó a continuación que ni siquiera los criptólogos contratados por su banco lograron descifrar las claves de esas hojas arrancadas a códices tan preciados. Mantuve un silencio escrupuloso. Algo había oído hablar acerca de Vilmond, pero no me atreví ni a pronunciar su nombre.

“¿Conocía usted la existencia de esos códices, señor Bulnes?”

“Nunca oí hablar de ellos”.

“Nosotros estamos convencidos de que Freyja Sveinsson es la única persona, en estos momentos, capaz de desentrañar sus mensajes”, dijo el banquero.

El hecho de que pronunciara el nombre de Freyja para involucrarla en asuntos que no alcanzaba a entender extremó mi alerta. El banquero aguardó unos segundos, pero yo no abrí la boca. Mi silencio sembró en su mirada una gran duda: no lograba entender a qué se debía mi cautela. Así que, a partir de ese momento, inició un largo monólogo que sólo me atreví a interrumpir de manera esporádica.

También la institución que presidía Petursson alardeaba de tener *proyectos tan ambiciosos* como el de la *señorita Sveinsson*. ¿A qué proyectos se refería? ¿A los que me había revelado Jónas en la travesía al glaciar?

“Aunque nuestro país es pequeño e irrelevante en el concierto internacional de naciones, posee una gran tradición cultural que hace a sus habitantes especialmente sensibles a cualquier incidencia, sea del tipo que fuese”, añadió, fijando su mirada en mi perplejidad.

De improviso, sin que tuviera relación con las elucubraciones en las que se había enfangado sobre códigos perdidos e irrecuperables, me preguntó mi opinión sobre el Libro de las Páginas Infinitas.

Fue tan brusco su cambio de discurso que sólo pude reaccionar con un gesto de pasmoso asentimiento. Él se apercibió de que empezaba a incomodarme.

Petursson daba por sentado que yo estaba al corriente de la existencia del Libro. La conocía, desde luego, por lo que le escuché a Freyja en la conferencia de Estocolmo, pero no se lo dije. Saqué la conclusión de que Sören Petursson había sido oportunamente informado de mi presencia en el Edda Historiska Centrum. No podía haber otra explicación. Así que seguí encerrado en mi burbuja de prudencia, mucho más después de que él, ante mi hermetismo, se atreviera a preguntarme:

“¿Usted cree que el Libro de las Páginas Infinitas existe; es posible tal fenómeno?”

Le respondí con frialdad:

“Si no fuera posible, usted no me habría hecho la pregunta.”

Le gustó mi respuesta. Entonces, empezó a hablar con entusiasmo de aquel libro que tanto parecía obsesionarle. Me dijo que la institución que presidía, a través de fondos económicos destinados al fomento de la cultura islandesa, se había gastado ingentes cantidades de dinero en investigaciones acerca del Libro, intentando recabar fundamentos que demostrasen la realidad de un hecho tan fantástico en apariencia. “Dimos los primeros pasos con pies de plomo”, me dijo. “Ni deseábamos precipitarnos en proyectos de dudosa validez ni crear falsas expectativas a nuestros accionistas y a los ciudadanos de nuestro país.”

De manera que, siguió explicando, personas de reconocido prestigio intelectual y expertos pertenecientes a multinacionales europeas y americanas intervinieron para hacer una primera aproximación, con rigor científico, al misterio del código. “Los primeros indicios fueron positivos”, dijo.

Ante ello, el banco, “siempre con pies de plomo”, desplegó sus influencias para acceder a todo tipo de información que pudiera ayudar al esclarecimiento del fenómeno. En varios países del mundo se llevaron a cabo pesquisas sobre paraderos de libros similares que pudieran orientar en la búsqueda del verdadero. Se rastrearon pistas. Se hurgó en fondos bibliográficos de monasterios y órdenes religiosas contemplativas de Irlanda y Escocia. Y fueron contratados servicios de detectives especializados, de filólogos de fama mundial, de arqueólogos y criptólogos.

Algunos de estos criptoanalistas incluso llegaron a girar visitas a bibliotecas del Tíbet y adquirieron ejemplares únicos en los mercados de antigüedades de Chiang Mai, en Tailandia, y en otros de Katmandú y de villorrios al norte de Cachemira, escudriñando indicios que pudieran respaldar el supuesto origen indostánico del manuscrito, tal como mantenía Borges en su *Libro de arena*.

También alguno de esos expertos contratados inter- cambió opiniones con María Kodama, viuda de Jorge Luis Borges, por si podía facilitar algún testimonio útil sobre la documentación previa que recogió el escritor argentino antes de concebir sus historias sobre *La Biblioteca de Babel* y *El Libro de Arena*, y con amigos islandeses y escoceses del poeta a quienes, presumiblemente, el

autor confió sus dudas y anhelos por hallar explicación a tan fascinantes historias recreadas después por su fantasía.

“Nada pudo sacarse en claro, todos nuestros esfuerzos resultaron baldíos”, dijo Petursson, desencantado.

Mientras él hablaba, deduje que lo que Petursson y su banco pretendían era encontrar pistas reales sobre el paradero de los códigos de Vilmond y los manuscritos del diario de Ármordr. Era evidente la razón última de esas pesquisas, infructuosas por el momento: sólo ellas podrían llevarlos a la localización del Libro de las Páginas Infinitas...

“Las hojas sueltas encontradas en Papasey son el embrión de un gran misterio”, agregó Petursson, demostrándome que mis sospechas eran ciertas.

Esas hojas sueltas encontradas en la isla les conducirían a los originales, deduje. Formaban parte de la principal pista que rastreaban los sabuesos del *Chairman*.

La imposibilidad de acceder a los portentos verdaderos, a los *árboles originarios*, le tenía ofuscado. Me daba la impresión de que Petursson y los suyos lo que en realidad estaban haciendo era dar vueltas a una noria intentando encontrar algo que tenían al alcance de su mano, lo cual les exasperaba aún más. Roald Sveinsson y *El Hombre de los Pájaros* les impedían traspasar las fronteras del misterio. “Conocemos a quienes se niegan a ayudarnos y no logramos entender los oscuros motivos de su rechazo a nuestras suculentas ofertas”, acertó a decir Petursson.

No citó nombres. Me miró con cierta ansiedad, casi con fiereza, seguramente aguardando a que yo le preguntara por la identidad de esas personas. Pero no caí en la trampa. Entonces, empecé a sospechar que no sólo eran Roald Sveinsson y Thor Thorgilsson los causantes de su disgusto y contrariedad.

“Les hemos ofrecido dinero, mucho dinero, junto a la promesa, como propietarios que son de las *joyas*, de reservar para ellos el honor y la gloria de haber sido sus heroicos guardianes durante siglos, puesto que sólo ellos son merecedores del aplauso de todos los islandeses”, dijo con una tilde de cinismo al final.

Sorbió un trago de Brandy y preguntó:

“¿Qué más pueden desear?”

Era evidente que mi hermetismo le obligaba a ser más explícito, a quitarse de una vez la careta. Consciente de mi oposición a entrar en su dialéctica, Petursson empezó a espaciar las palabras para hallar una frase feliz que fuera capaz de demoler mi resistencia:

“Todos estamos perdiendo una gran oportunidad”, dijo, finalmente, con cierto aire de decepción.

Creo que era sincero. Pero no tardó en volver al engolamiento:

“Me refiero a todos los que tenemos medios y poder para desentrañar un misterio del que podemos extraer múltiples utilidades para la sociedad a la que servimos. Para el mundo al que pretendemos dominar.”

“¿Utilidades?”

“Activos reales.”

“Activos”, murmuré.

“Activos bancarios. Nuevos fondos de inversión. Aumentar nuestros activos bancarios enriquecerá a nuestra sociedad.”

Al llegar a ese extremo, me habló de lo mucho que supondría para su organización, para él, personalmente, y para los miles de accionistas de la institución la posesión del manuscrito que ahora pertenecía a la familia Sveinsson y del código de Vilmond en poder de Thor Thorgilsson.

“También para la nación islandesa, y para las empresas que han depositado su confianza en la culminación de tan altruistas y generosas tareas.”

Sören Petursson olió el Brandy y paladeó en su boca un nuevo trago antes de hablar con un énfasis no empleado hasta entonces:

“Sería beneficioso para todos y cada uno de nosotros.

Para usted también, y para todo el mundo.”

Embozado en el sillón, me dejé impactar por la referencia directa a mi persona. Le rogué una explicación. Afiné cuanto pude el tono de mis palabras para que la impostura de la voz no revelara mi intención de parecer ingenuo.

“Perdóneme, pero no logro entender la relación que existe entre sus investigaciones, al parecer todavía en curso, los activos bancarios y los beneficios personales que me asigna...”

“Lo entenderá, lo entenderá...”

“Estoy seguro.”

“Estamos convencidos de que poseer esos manuscritos nos abriría nuevas pistas para hallar el Libro de las Páginas Infinitas. Antes me vino a decir que *creía* en ese libro. Disponer de él nos permitiría avanzar en un camino que a buen seguro está lleno de sorpresas para la ciencia. Es el primer objetivo. Poseerlo. A la ciencia no se le puede resistir ese misterio, pero necesitamos esos códices. Ellos nos conducirán al Libro. Eso esperamos... Nosotros no creemos en el Libro de las Páginas Infinitas como tal fenómeno. Me imagino que en eso coincidimos... No creemos en la magia. Sólo imaginamos el poder sobrenatural de Dios. Sí creemos, por el contrario, en la inteligencia del hombre, en su poder para desenmascarar el sentido oculto de las cosas y demostrar que nada se le resiste a su condición de líder de la humanidad.”

»Rechazamos la teoría de que el Libro de las Páginas Infinitas constituye un prodigio inexplicable. Sin embargo, sí entrevemos en todo este asunto aspectos de sumo interés científico de los que, como antes le decía, se puedan extraer enseñanzas prácticas al servicio del hombre. Me refiero a aplicaciones en diversos campos que pueden ser objeto de explotación por parte de empresas avanzadas e innovadoras. Y todo, al final, en beneficio del hombre, de su dominio sobre las cosas.”

»Usted es un hombre poderoso, quizá más poderoso de lo que imagina. Líder de una banca emergente. La banca española goza de un gran prestigio en el mundo. Por si fuera poco, ha sido elegido presidente de nuestra querida institución, *The Federation*... El destino de su gloria personal se vería reforzado si la organización que preside, y por supuesto las entidades financieras de las que usted es socio, se decidieran a intervenir en la misión de encontrar esas claves ocultas que pueden cambiar la faz del mundo. Participar en la búsqueda de esos misterios a desvelar por la ciencia para beneficio del hombre. Y de quienes velamos por sus intereses. Su ayuda para acceder a esos códices sería inestimable, amigo mío. ¿Se ha detenido a pensar en el reconocimiento que le dispensaría la humanidad si se decide a liderar la aventura de descubrir las bases de una nueva ciencia?”

Yo le escuchaba atónito, pero con resignado aplomo. Sus palabras parecían traspasadas por una mezcla de lucidez y

desvarío. No eran las argumentaciones de un banquero sino las de un visionario de la riqueza absoluta, del poder omnímodo. Apuró su copa, chasqueó la lengua y se incorporó levemente sobre el sillón, animándome, con una sonrisa contagiada por los efluvios del Brandy, a ser su cómplice. Y cuando más cerca estaba de lograr su propósito de convencerme, cometió el error de pronunciar el nombre de Freyja por segunda vez:

“Usted ha conocido a Freyja Sveinsson, con la que comparte, me consta, una estrecha y sincera amistad; quizá pueda convencerla... Me consta que ella ha empezado a investigar las bases científicas de ese misterio. Ella es una de las claves, amigo Bulnes.”

Creí que había llegado el momento de terminar. Lo primero que me hizo reaccionar fue que pronunciara con tanta impunidad y desvergüenza el nombre de Freyja.

Me levanté, cuidando de mantenerme sereno. Desde su sillón, Petursson, alterado, me preguntó el motivo de tan repentina indisposición:

“Lo siento, no me agrada lo que está insinuando”, le dije.

“No pretendía molestarle, señor Bulnes...”

“El nombre de Freyja Sveinsson es demasiado limpio para que lo mezcle en un asunto de negocios turbios.”

“Lo siento.”

Dejé la copa de brandy sobre la mesa de centro, le tendí la mano y me dispuse a dar por concluido aquel encuentro:

“Le ruego que tenga a bien respetar mi decisión de rechazar su oferta de la misma manera que acepté, sin más, acudir a su protocolaria y gentil llamada”.

Siguió mis pasos hasta la puerta. Él se detuvo, perplejo, sin saber lo que hacer con las manos. Volví la cabeza: sus ojos presagiaban una catástrofe, pero los dejó arder en un mar de frialdad. Yo controlé los últimos impulsos, los que pretendían expresar la contrariedad que se constreñía en mi gesto. Le di la espalda y salí.

No había avanzado veinte metros en el pasillo cuando me percaté de la presencia, al final del corredor, de un hombre gordo de piel grasienta, calvo, de nariz achatada, parecía un boxeador,

enfundado en una gabardina de color beige. Seguramente, deduje, acudía a una cita con Petursson, tal vez a la misma de la que yo salía. Al vernos, ralentizamos nuestros pasos. Yo había visto aquel hombre en algún lugar, me dije al instante. En Estocolmo, no lo pensé dos veces. La primera vez fue en el patio de butacas del Edda Historiska Centrum, y más tarde en la oscuridad de los jardines que rodean el Operakälaren. Recuperé su ceño en alerta: me observaba como a una presa acorralada. Ahora lo entendía. Me estaba espiando. Era él, sin duda. No había olvidado su descaro. Era evidente que alguien le había ordenado que siguiera mis movimientos. No resultaba fácil adivinar quién había sido. Iluminado por aquel fogonazo, deduje que aquel hombre era uno de los detectives de los que Petursson me había estado hablando. No tenía pinta de criptólogo, desde luego. Es posible que fuese él quien interviniera en organizar mi encuentro con su jefe. Habría informado a Petursson de mi presencia en el auditorio, de mi primera conversación con Freyja en el restaurante de la ópera. Me habría localizado en el hotel. Conforme ahondaba en mis cavilaciones, crecía la certeza de que era a Freyja a quien vigilaba. Y me encontró a mí. ¿Qué hacía tan elegante caballero del maletín escuchando las fantasías de la doctora Sveinsson?

De repente, el hombre se precipitó en dirección al despacho del *Chairman* Petursson como si le urgiera averiguar la causa de mi precipitado abandono de la reunión. Al llegar al lugar donde me encontraba, apoyó uno de sus enormes brazos en la pared para impedirme el paso y me miró de arriba abajo, olfateándome como una hiena. Escuché, a mis espaldas, el golpeteo de unos nudillos en la puerta que había dejado atrás y que seguía abierta. Era Petursson: con un simple gesto de la cabeza ordenó a su detective que me dejara ir. Retuve el desprecio de sus ojos cuando reparó en el libro que portaba en la mano. Se encaró conmigo y contuve la asfixia de su aliento:

“Es usted el primer banquero que conozco que cree a ciegas en el Libro de las Páginas Infinitas”, dijo con despecho.

Era ya muy tarde, pero el sol aún mantenía un ángulo de inclinación alto que le permitía iluminar toda la plaza del Althing.

Como daba de cara, encendía los paneles al aire libre de la exposición; los rostros de las personas fotografiadas cobraban tal realismo que hasta se les podía ver el fondo azul de los ojos a los niños y los surcos de las frentes a los más ancianos.

Me senté en uno de los sillones del vestíbulo y hojeé con interés el libro que tan interesadamente me había regalado Sören Petursson. Me detuve en las reproducciones de los pergaminos, en el hermoso trazo de las capitulares, de estilo gótico, que encabezaban el texto. Leí las primeras líneas de uno de los párrafos:

“Do shléacht géillsineach cróga an Iarla go talamh ós cóir an Dé nua, é lán de lúcháir agus d’achainí, agus an leabhar draíochta ina lámha creathacha.”

La traducción se transcribía a pie de página:

“El valeroso súbdito del Earl lleno de gozo y suplicante se había postrado ante el nuevo dios del libro mágico entre sus manos temblorosas.”

“Estas eran algunas de las palabras que llevaban de cabeza a los criptoanalistas de Petursson”, pensé. Un ligero vahído me nubló la vista y detuve en seco la lectura. Subí a la habitación. Estaba tan agotado que rechazar la idea de bajar a cenar fue una liberación. Durante varios minutos estuve observando, desde la ventana, la plaza del Parlamento. ¿Qué parte de mi vida se estaba desintegrando?

Me dejé caer en la cama vencido por la gravedad de mi conciencia. La percepción de que estaba a punto de volver a ver a Freyja se adueñó por completo de mí, y me dispuse a creer a ciegas en la fortuna de un día por llegar que tenía que ser diferente. Enseguida me sentí arrastrado por el convencimiento de que nada volvería a ser como antes y de que las razones que insistían en rebuscar culpas y debilidades del pasado pronto servirían para dar vigor a nuevas y próximas certezas.

Me levanté muy temprano, y antes de entrar en el baño pedí que me subieran el desayuno a la habitación. Estaba hambriento. Mientras aguardaba, encendí el ordenador y me conecté a Internet.

Tenía almacenados decenas de mensajes. Hice una primera criba y sólo dejé dos, que leí por este orden:

“De Carmen Agredas. Asunto: Reservado.

Don Alonso, le adjunto un fichero aparte remitido por el señor Marugán, director de la sucursal bancaria del BICI en Alcalá de Henares, relativo a los informes que le solicité sobre la señorita Sveinsson, siguiendo sus instrucciones.

Me ha vuelto a llamar don Claudio y me insiste en la conveniencia de entrevistarse con usted cuanto antes por el asunto de la adquisición del banco británico. Me he permitido adelantarle que, tan pronto como usted regrese de viaje, le volveré a llamar para que queden a comer. Le ha parecido muy bien. Es posible que él mismo se ponga en contacto con usted.”

Abrí luego el fichero “Informe reservado”.

Decía así:

“Relativo a la solicitud de informes sobre Freyja Sveinsson. La señora en cuestión no mantiene relación alguna con el Banco Industrial y Comercial Ibérico. Se han efectuado controles rutinarios en listados de morosidad, sin que en ningún caso se tenga constancia de su nombre o se refleje alguna nota u observación marginal de terceras partes que pudiera inducir a la apertura de una investigación. De otro lado, informaciones recabadas a TÍTULO PERSONAL y con carácter confidencial en otras entidades financieras revelan que la oficina central del Chase Manhattan Bank, de Nueva York, y la sede del North Icelandic Bank, en Reykjavik, solicitaron hace poco más de un año informes financieros sobre Freyja Sveinsson a la central en España del BSCH, y ésta a su vez cursó la petición a su sucursal de Alcalá de Henares. Desconozco por qué no llegó a nosotros esa petición, cuando nuestra cuota de mercado en la zona es superior. El interés de las citadas entidades sobre la señora Sveinsson fue tan notorio y causó tal extrañeza que el asunto trascendió del ámbito de la banca local, aunque siempre en un tono de prudencia y sin más interés que el

de la pura anécdota comentada entre colegas no habituados a este tipo de requerimientos. A mí me informó del hecho el director de la citada sucursal, buen amigo. Ruego, por tanto, la máxima discreción.

Atentamente, Norberto Marugán Lasa”

A continuación, abrí el de Ramón Caruana:

“De Ramón Caruana. Asunto, Sören Petursson.

No he tenido más remedio que revelar tu paradero al presidente del North Icelandic Bank. Su insistencia en hablar contigo me pareció tan desmedida que no pude negarme. Supongo que es irrelevante. Si no, entono el mea culpa. Lo hice convencido de que obraba bien.”

Me subió el desayuno la anciana de la angelical sonrisa. Devoré toda la comida que me dejó en la mesita y decidí bajar al vestíbulo. Sentado en uno de los butacones, junto a una de las ventanas que daba a la plaza, no perdí detalle de las personas que entraban o salían del hotel, por si aparecía Freyja. Al poco rato salí a la calle. Los ladrillos rojos de la fachada del Althing me recordaron el punzante brillo de mica de los acantilados antes de llegar al glaciar. Se habían instalado en el centro de la plaza varios puestos de flores. Compré un ramo de musgo de Islandia, con brotes rojos, verdes y azules, y me senté en una de las terrazas junto al hotel.

Coloqué el ramo sobre la mesa y pedí a un camarero que me trajera una jarra con agua. En el momento en que desenredaba los tallos, el rostro de Freyja se reflejó en el cristal entre las sombras de las flores que se agitaban como abejas sobrevolando un panal.

MUSGO DE ISLANDIA

Me levanté, indeciso, con el improvisado jarrón de musgo de Islandia en la mano. Los tallos eran delicados, como cabellos de niño, y sus flores tan diminutas que por momentos parecía que se iban a diluir en el aire. Ella se arqueó ligeramente para olerlas. Dijo que era la flor más hermosa porque era la más humilde. “Pueden ser transportadas por el viento, como las cenizas de los volcanes.”

No supe lo que contestar. Vestía un traje de chaqueta de color gris oscuro, con un jersey negro de cuello alto del que pendía su inseparable camafeo. Se había estirado aún más el pelo hacia atrás, de manera que exhibía una frente más ancha, y la cascada de la trenza africana se derramaba hasta la mitad de su espalda. Nos dimos las manos como dos adolescentes en su primera fiesta. Ella se sentó al otro lado de la mesa y yo arranqué del florero uno de los tallos. Se lo acercó a la cara y olió con fuerza su aroma. Mientras lo hacía, me observó por encima del ramo. Me turbó un impertinente pudor.

Levantó la mano y pidió al camarero un capuchino. Yo la imité. Dejamos que nos envolviera el silencio y, durante un rato, cruzamos nuestras miradas ya sosegadas, y después de que el camarero colocara las dos tazas, rematadas de nata, sobre la mesa, ella volvió a observarme con un breve apunte de ansiedad en los ojos. Bajo el paraguas del sol que cubría la plaza, sus labios lucían un toque artificial en rojo, como el estampado en el pico de los frailecillos.

“Hablé con Jónas esta mañana. Me contó la travesía que hicieron juntos al glaciar. ¿Le gustó?”

“Mucho. Aunque fue agotador.”

“Viajar con Jónas al interior de la isla resulta siempre agotador.”

Me pareció un despropósito que me hablara de usted, pero no podía ser de otra manera. Luego me hizo un gesto abierto en el que intervinieron todos los músculos de la frente y de los labios, como diciendo: “Bueno, aquí me tienes, ¿y ahora qué?”. Espoleado por su naturalidad, se me rieron los huesos. Claro, tenía razón. Y ahora qué...

La tenía frente a mí y yo no sabía cómo empezar. Además, me parecía increíble que la mujer a la que había perseguido como a una estrella fugaz estuviera frente a mí esperando a que le hablara. Las manos me ardían. Yo era, en efecto, quien tenía que dar el primer paso. Sólo se me ocurrió decir:

“Le agradezco que haya accedido a esta cita...”

“Yo también tenía interés por conocerle, sobre todo después de escuchar lo que dijo la otra noche en el restaurante de Estocolmo. Le he dado muchas vueltas.”

“Lo del Libro...”

“Sí.”

“Quería expresarle un sentimiento y no sabía cómo. Decirle que la había visto desde el principio, no sé ¿Me entiende? Y se me ocurrió lo del Libro.”

“Fue muy sincero.”

“Es lo que pretendía.”

“Bien, aquí me tiene.”

“Tal vez le he robado un precioso tiempo que tenía previsto dedicar a preparar su próxima conferencia.”

“Estaba obligada a disculparme ante usted.”

“¿Disculparse?”

“¡Le confundí con un impostor! Con un acólito de esos empresarios acosadores que no me dejan vivir...”

“Jónas me despejó el malentendido.”

“Lo lamento.”

“¿De verdad que la siguen acosando?”

“Preferiría no hablar de este asunto. No creo que sea el momento. Perdería su encanto. ¿No le parece?”

“Desde luego”.

“A no ser que sea realmente uno de ellos...”

Me reí. Sorbí un trago de café y la miré de nuevo por encima del borde de la taza. Pensaba que así la controlaba mejor. Era una mujer tímida.”

“Le puedo asegurar que no.”

Tenía reciente el encuentro con Sören Petursson y estuve a punto de contárselo, así que dudé un momento antes de formular la siguiente pregunta. La hice a sabiendas de que corría el riesgo de hacer el ridículo.

“¿No la aguarda nadie que la haya estado echando de menos durante todo este tiempo?”

Ella respondió como si hubiera estado esperando la pregunta. Imagino que decepcionada, por tanto. Suspiró hondo, exageradamente, y admití que, en efecto, había hecho el ridículo. Luego dijo, dejando que las palabras silbaran al salir:

“Ya que le interesa saberlo, le diré que no tengo compromisos de ese tipo. Y si los tuviera, habría merecido la pena posponerlos para acudir a la cita con alguien que ha eludido los suyos, seguramente más importantes que los míos.”

“Simple curiosidad.”

“Soy yo quien tiene motivos para mostrarse curiosa. Y, sin embargo, no le hago esa clase de preguntas. ¿O sí desea que lo haga?”

“Puede hacerlas.”

“Creo que no le conviene.”

“Inténtelo.”

“¿Qué prefiere que le pregunte: si es tan poderoso como aparenta; si está casado, si tiene hijos; qué hace un señor como usted perdido en la ignota Islandia? ¿O qué fuentes le inspiraron cuando se dirigió a mí creyendo que me había visto en una de las infinitas páginas del Libro de Lottar Grumssor?”

Esta vez contuve el rubor. Hubo una pausa y luego su mirada se hizo de repente inquisitiva, pero no me asustó.

“¿Aún desea conocer más sobre la historia del viejo Ragnar y la de ese Libro que despierta tanta codicia en sus colegas?”

“Deseo saber tantas cosas que no imagino...”

“Tengo entendido que es usted un banquero al que han nombrado presidente de una institución muy importante...”

“Es cierto.”

“Sinceramente, no me explico qué hace usted en Islandia.”

“También yo me hago esa pregunta.”

“¿Entonces?”

Antes de responder, traté de hallar la mejor forma de expresar la doble intención que pretendía dar a mis palabras. ¿Cómo demostrarle que era sincero?

“Si me lo permite, recurriré a términos financieros. No crea que se trata de un ardid.”

“Adelante, señor Bulnes.”

“Mi pretensión es actuar como un banquero muy especial. Pretendo hacer una buena inversión...”

Creo que ella logró entender el significado de aquella primera escaramuza porque respondió sin vacilar:

“A la hora de hacer una inversión, un hombre de negocios como usted nunca lo duda.”

“Le puedo asegurar que no lo hice.”

“Aquí sólo se invierte en pesca o en sueños.”

“Interesante disyuntiva.”

“Seguro que no le interesan los arenques.”

“No.”

“Y mucho me temo que a un pragmático banquero tampoco le puedan interesar los sueños.”

“Me interesan, si tengo la oportunidad de compartirlos con usted.”

No esperaba esa respuesta y esquivó la mirada con cierta brusquedad. Los movimientos indecisos de sus manos revelaron una cierta alteración, como si hubiera detectado un peligro inminente. Recogió el ramillete de musgo de Islandia y aspiró con fuerza su aroma sin dejar de observar por encima de las diminutas flores mi rostro inmóvil, mis ojos sólo atentos a su mirada. El resplandor de uno de los cristales, en la plaza, la cegó fugazmente. Cortó con los dientes uno de los tallos y se lo encajó en el ojal de la chaqueta, tal vez haciendo tiempo para buscar la respuesta que se le resistía...

“Depende del tipo de sueño”, susurró, ganando unos segundos de tiempo. “Invertir en sueños es un negocio nefasto. Inadmisible en

el mundo en que vivimos.”

“No la creo.”

“Tengo la impresión de que la conversación con Jónas le ha dado a usted una cierta ventaja.”

“En estos casos, tener información fiable es de vital importancia. Sus sueños son convincentes. Valores sólidos.”

“Todo lo que dice me confirma que juega con ventaja. Yo apenas le conozco. Sólo un par de apreciaciones personales sin duda inconsistentes. Si lo prefiere, intuiciones superficiales de una mujer que observa con curiosidad a un hombre instalado en la primera fila del patio de butacas, trajeado elegantemente, bien parecido, latino, tal vez, me dije... Sí, no le oculto que usted era una referencia interesante del auditorio, mucho más cuando me pregunté, al principio y en un par de ocasiones que desvié la mirada hacia la silla de la esquina que usted ocupaba, qué tipo de interés despertaría en un ser tan distinguido la fantástica historia de Ragnar Cara de Búho y sus descendientes. Una persona tan atractiva no podía dejarse seducir por mis historias. Imposible. Seguro que muchas mujeres se habrían dejado seducir por la inquietante originalidad de su presencia. No es mi caso. Aunque, en el fondo, todas las mujeres nos parezcamos un poco. No hay nada tan irresistible para nosotras como la duda por un destello insignificante. Después supe algo más sobre usted. En realidad, lo que sucedió fue que confirmé todas mis sospechas. Un hombre con dinero, poderoso e influyente, que viajaba en avión propio, a quien le seguía una cohorte de subordinados. Pocas cosas podían resistírsele. Me sentí atrapada por el acento de sus palabras cuando me confesó lo del Libro. Creí, en ese instante, que era sincero. De todas formas, rotundamente, creo que se equivoca. Y lamento ser tan franca. Ni mi persona, ni mis sueños son convertibles en activos financieros, señor Bulnes.”

“Decepcionante.”

“Sólo una cortés advertencia.”

“Mi sinceridad me pone a salvo de sus sospechas. La sinceridad. Creo que es la única baza que me queda por jugar. Y puesto que usted admite que fui sincero. Lo soy, Freyja. Creo en los sueños de Lottar Grumssor. En el Libro de incontables páginas. En su lucha.

En tu batalla personal, permítame el tuteo, por demostrar al mundo que es posible... Creo en esos sueños.”

Ella se humedeció los labios y agravó el tono.

“Perdone que insista, pero es difícil admitir que éstos sean los motivos por los que está usted sentado tranquilamente frente a mí. Sólo porque acudió a una de mis conferencias, se interesó por cuanto dije y decidió seguirme hasta el límite del círculo polar ártico para sacar algo en claro. No es suficiente. No es eso, señor Bulnes. Detrás de lo que usted pide, o imagina, hay montañas de objeciones y reparos. Valores que prevalecen sobre las nimiedades. Mi impresión personal es que usted los desconoce, o no los ha tenido en cuenta. Me siento intrigada, de veras, porque no logro entender cómo un hombre como usted se ha dejado guiar por un altruismo tan, permítame, primario, tal juvenil y entusiasta, si lo prefiere. Tal vez sea usted un ingenuo, pero me inclino por creer que su actitud es más bien superficial y veleidosa...”

—Se equivoca.

—Lo siento. No es un reproche.

—Es cierto que la he perseguido. Reconozcamos que yo soy el responsable de este encuentro, en su país. Sin embargo, permítame, no, permítame... decirte que tú también interviniste para hacerlo posible. Y que enviaste a tu hermano para disipar dudas. Y que una vez despejadas las sospechas, aceptaste esta cita. Había en tu corazón algo más que curiosidad. Nada más lejos de mi intención que parecer presuntuoso. Te dejaste guiar por un sexto sentido inexplicable...

“Le debía una disculpa.”

“Sí, claro.”

“Reconozco que es usted diferente a los demás banqueros que conozco. Es educado. Su mirada limpia. Quizá mis conclusiones fueron precipitadas. Sí, tal vez me equivoqué. Otra vez le digo: lo siento...”

“Gracias.”

“Pero ahora, después de pedirle disculpas... Su oferta me resulta frívola... Cuando me habla de esos sueños, usted no tiene ninguna credibilidad. Todo esto me parece ridículo. No puedo tomarme en serio sus palabras porque no creo en usted. Entre otras razones,

porque no le conozco. Me ha regalado un ramo de musgo de Islandia. Es un detalle maravilloso. Hace un día espléndido y creo que es usted un hombre sensible y preocupado por la suerte del mundo en el que vive. Pero nada más. Con todos mis respetos, usted no sabe lo que dice.”

“Se equivoca.”

Freyja frunció la piel blanca Miro hacia el lugar donde aún se eleva el gran rebelde. Hace más de cuarenta años, nos hablaba con verbo de bronce incendiario. No lo entendíamos, pero nos iluminaba. de su frente y sacudió ligeramente su trenza. Estaba molesta. También agobiada. Susurró, cuidando de no parecer despectiva:

“Invertir en sueños...”

“Te he hablado en el mismo lenguaje que tú empleaste en la conferencia de Estocolmo. Nunca había escuchado a alguien hablar así. Tu lenguaje y tus gestos iluminaron mis sentidos. Despertaron en mí mucho más que una inquietud. Mis pensamientos fueron dulcificándose conforme hablabas y terminé declinando la tentación de admitir que cuanto escuchaba pertenecía a un mundo que en nada tenía que ver con el mío. Te creí.

“¿De veras?”

Me miró con una sinceridad perturbadora, como si mis palabras hubieran anestesiado su resistencia.

“Mi oferta se reduce a dos palabras: invertir y sueños. El único equívoco posible radicaría en la prioridad que se otorgue a cada uno. Para un banquero, lo importante es invertir. Para mí, lo importante es acceder a tus sueños. Estoy aquí, tan lejos de mi país, de mi mundo, porque, repito, quería verte y escucharte de nuevo para hacerte la propuesta más sincera y altruista que he hecho en mi vida. Y te diré también que hay algo más, algo más íntimo y profundo que puede esperar...”

Sentí que me había liberado de un gran peso. Mis ojos saltaron los paneles de la plaza, pero enseguida regresé a los suyos. Estaba impaciente por escuchar su respuesta.

“Me siento halagada...”

Freyja estaba aturdida.

“En algún momento de la vida, soñar puede ser la inversión más rentable para un hombre. Este podría ser uno de esos momentos. Me siento humilde, como uno de esos personajes que has rescatado de la oscuridad...”

Alargué el brazo para cubrir con mi mano la suya. Ella no la rechazó. Me observó unas décimas de segundo y luego, después de girar la cabeza hacia el cafetín más cercano, volvió a fijar su mirada en mis ojos exigiéndome una demostración de lealtad. Sentí el calor de su sangre y su pulso acelerado. Volvió a suspirar y retiró lentamente la mano de debajo de la mía.

“Me sorprende esta situación, señor...”

“Alonso.”

“De acuerdo, Alonso.”

“¿Me permites que te cuente una historia?”

“Por supuesto.”

“Una vez quise eliminar de la lista de productos derivados del petróleo que elaboraban mis empresas la fabricación de plásticos. El empeño era ambicioso y útil para la humanidad...”

“¿Eras ya banquero?”

“Sí, fue hace poco tiempo. Un par de años. Invertí una gran fortuna en la investigación de un tipo de polímeros autodegradables. Todo fue porque un buen día un joven sabio que se aburría en cierta universidad española se presentó en mi despacho con un proyecto, muy avanzado, sobre plásticos que desaparecían. Sí, se desintegraban al entrar en contacto con el agua del mar. Allí mismo, sobre la mesa de reuniones del consejo, me demostró que no era un sueño. Se había traído una bañera y un bidón con varios litros de agua de mar. Arrojó ésta a la bañera. Depositó en ella una botella de plástico, de las normales, vacía, y me dijo que aguardara unas horas. Bajamos al bar de la empresa; tomamos un café... Cuando regresamos a mi despacho, la botella de la bañera había empezado a descomponerse. Al día siguiente estaba agujereada. Una semana después, había desaparecido...”

“¿Y el joven?”

“Lo contraté, desde luego; a él y a su equipo.”

“¿Y luego?”

“Habilité un laboratorio. Aquel equipo de jóvenes trabajó sin descanso y con gran efectividad. Finalmente, se ultimó el proceso de investigación. Ofrecí los resultados a una de las empresas petrolíferas más poderosas del mundo. Las primeras reacciones fueron eufóricas. La gran noticia apareció en los medios de comunicación: “La desintegración del plástico.” Casi nada... Un producto ecológico, salvador. Mis empresas se frotaban las manos. Por fin existía un producto que sustituía al petróleo en la fabricación de plásticos y combatía eficazmente la contaminación. Ellas también creyeron al principio que no era un sueño. Pero, al final, se impuso la cordura de quienes viven sólo para estar despiertos. Los dirigentes de la OPEP enloquecieron cuando llegó a sus oídos la noticia. Si los plásticos desaparecían, ¿qué sentido tenía que pudieran seguir fabricándose en todo el mundo empleando componentes de crudo? Naturalmente, aquel proyecto fue rechazado, y sepultado. La única solución era que las empresas reciclasen sus sistemas de producción para poder fabricar esos polímeros autodegradables. Pero la reconversión de sus estructuras suponía una costosísima inversión, y además, ¿qué se hacía con el petróleo que se empleaba para fabricar los plásticos? Aquella idea maravillosa propiciaría el desplome de los precios del crudo. No hubo más remedio que olvidarse del remedio salvador, que volvió a reencarnarse en el mundo de los sueños irrealizables.”

“¿Qué pasó con los jóvenes investigadores?”

“Les indemniqué. Era lo mínimo que podía hacer por ellos. Creo que el sabio loco que se presentó en mi despacho anda ahora montando plantas potabilizadoras en Israel.”

“¿Y por qué sigues enrolado en el batallón de los hombres más despiertos? Y encima te nombran presidente...”

“¿Quieres que te diga la verdad?”

“Por supuesto.”

“Seguramente en otras circunstancias estaría muy orgulloso de haber vencido, como tantas otras veces ha ocurrido en mi vida. Pero he cruzado la meta de un nuevo éxito y, por primera vez en muchos años, me he dado cuenta de que no me gustan los aplausos. Ni entiendo mi empeño de batir un récord de poder. No sabe a nada. Ahora, no sé lo que voy a hacer. Los principios que sostienen el

poder son tan inútiles como los que justifican la pobreza. Mis viejos valores han sido eclipsados por una fuerza que no acierto del todo a comprender de dónde ha salido, cómo ha llegado hasta mí y de qué manera me ha tambaleado. El cúmulo de sensaciones enfrentadas me impide ver con claridad el horizonte al que me dirijo. Pero en medio de esa tormenta desatada en mi interior existe un convencimiento: El mundo no me gusta. Desde que te conocí en aquel escenario de Estocolmo, todo es distinto. No veas en mis palabras segundas intenciones. Los cambios que estamos haciendo no nos sirven. Es imprescindible soñar. Tenemos que arrojar las botellas de plástico al mar y hacerlas desaparecer. Tenemos que hacer nuestros sueños insumergibles. ¿Me entiendes?”

“Creo que sí...”

“Me entiendes porque hablo en tu mismo lenguaje.”

“Sí.”

“Por eso llegué hasta aquí, para verte. Quería estar seguro.”

“¿Y ahora?”

“Te digo lo de antes: quiero invertir en sueños.”

“De acuerdo.”

“Quizá tenga que descender a un terreno práctico para explicarte lo que eso significa. Estoy dispuesto a prestarte la ayuda que necesites para avanzar en tus experimentos. Sin ningún ánimo de lucro. Pero no quisiera que mi propuesta fuera interpretada de manera mezquina... “Ya salió el dinero a relucir”, podrías pensar. Sería decepcionante. No pido nada a cambio. Sólo deseo que comprendas el sentido de mi ofrecimiento y de mis palabras, que obedecen al dictado de mis sentimientos...”

“Creo que lo entiendo.”

“¿Me permites que te confiese otro secreto?”

“Claro que sí.”

“El último de esos sueños lo tuve hace unas pocas horas.”

“¿Dónde?”

Su pregunta me transmitió una excitación infantil. Volví a deslizar mi mano sobre la superficie de la mesa hasta tocar la suya. Ahora sí, Freyja mantuvo la mirada sin parpadear. Respondí como si volviera a hincar las rodillas ante el glaciar Langjökull:

“En Estocolmo. Fue nada más revisar mi discurso de toma de posesión como presidente de la *Federation*. Al día siguiente de escucharte en el bosque de Skansen. Estuve en vela durante casi toda la noche, pensando en lo que dijiste. Tus palabras, tu mirada, se mantenían fijas en mi mente y me seguían en todas las direcciones de la oscuridad. Finalmente, creo que logré dormir un par de horas. Al despertar, me propuse introducir cambios en el texto. Sabía que era un buen discurso. Mi equipo había seguido a la perfección mis indicaciones. Pero, después de releerlo, supe que le faltaba un toque especial. Volví a pensar en ti y recuperé tu gesto mostrando al auditorio el camafeo con las cenizas del Hekla y del Askja. Tu entusiasmo por la historia del antepasado con cara de búho níveo. El misterio del vuelo de las aves que tú sabes desentrañar. Los espíritus guardianes de la Roca de la Ley. La increíble aventura del de los Pies Quemados. Su Libro de las Páginas Infinitas. Me dije: “Termina el discurso como ella lo hubiera hecho.” Lo imaginé, y así lo hice.

“¿Cómo lo terminaste?”

“*La esperanza está en lo desconocido*”.

“¿Eso dijiste a tus *gurús*?”

“Sí. Aquel pensamiento me pareció una luz de gas en la penumbra en la que el mundo avanza a tientas. Tan convencido estaba, que me incorporé de nuevo sobre la mesa y escribí con mi estilográfica: “*Lo desconocido existe. La esperanza consiste en llegar a él.*” Durante los segundos que siguieron, sólo escuché el crepitar de los folios que yo ordenaba a ciegas sobre la mesa. Pero, después, todo el auditorio se puso de pie. Aplaudieron con entusiasmo. Te aplaudían a ti. Tú habías empezado a inspirar mi vida.”

URO

Freyja tenía una cita en el Instituto Islandés de Estudios Rúnicos, en la universidad de Reikiavik. Al recordarlo, miró su reloj y se levantó como si le faltara tiempo. Yo también me levanté sin vacilar, y no fue necesario que le propusiera acompañarla. Ella lo hizo con tal naturalidad que pensé que lo tenía previsto. “Así conocerás a mis sabios soñadores, aunque no sé si están todos”, dijo. Acepté, complacido, y recogí el ramo de musgo de Islandia. “Lo dejaremos en el laboratorio.”

Durante el trayecto a pie, ella me estuvo contando que, después de las conferencias en Suecia y Noruega, pasó un par de días en Å. Le pregunté por su abuelo Roald. Me dijo que habían estado navegando en el viejo bacaladero y que lo había encontrado más preocupado que otras veces, suponía que por la información que le había hecho llegar Jónas unos días antes sobre un búho níveo avistado en Islandia. La presencia del pájaro fue interpretada por Roald como una señal trascendente y le habría gustado comentar su aparición con *El Hombre de los Pájaros*, pero su viejo amigo estaba ilocalizable, al parecer en casa de su bisnieto Hjalti, que poseía un famoso restaurante en el centro de Reikiavik al que llamaban “Los Tres Abrigos en Casa de Hjalti”. Me hizo gracia el nombre. “Si tenemos ocasión, iremos a saludarle, y, de paso, conocerás al *Hombre de los Pájaros*.” Le dije que me parecía una excelente idea, pero me guardé de revelarle la excitación infantil que había empezado a apoderarse de mí.

Aunque había oído hablar mucho de él, especialmente a su abuelo Roald, Freyja apenas conocía al *Hombre de los Pájaros*. Lo había visto, me dijo, un par de veces en casa Hjalti, cuando estudiaba en la universidad de Reikiavik. Hjalti se comportó como un padre con ella cuando era adolescente y se trasladó a Islandia a

estudiar. Incluso llegó a vivir una larga temporada en su casa. (Meses después, estando ya en Madrid, evocaría en su buhardilla de Alcalá, desnudos nuestros cuerpos, la mano de aquel hombre que, siendo ella una niña, había acariciado su frente cuando estaba enferma y la había conducido por las callejuelas de Skálholt en busca de las huellas de sus antepasados.)

La honorable ancianidad de Thor era una de las cosas que más la habían impresionado en su vida. Me confesó un dato que me pareció increíble: Si viviera, tendría ahora más de ciento veinte años, tal vez muchos más...

“¿Acaso dudas de que esté vivo?”

“No estoy segura. De ahí mi interés por visitar a Hjalti, su bisnieto. Mi abuelo cree que sólo Hjalti puede conocer su paradero. Durante prácticamente toda su vida residió en la isla de Papasey, pero al llegar a una edad tan avanzada pidió cobijo en casa de su bisnieto... Creo que ya estaba ciego por entonces...”

De repente, su discurso dio un salto en el tiempo. Tras guardar unos segundos de silencio, me reveló que el proyecto de investigación que dirigía pasaba por dificultades financieras. Fue la primera vez que se sinceró conmigo.

“Y no creas que lo hago por lo de tu oferta de invertir en sueños”, dijo.

Algunas instituciones escandinavas y la Unión Europea habían recortado las subvenciones durante el último año, agregó. El dinero que ella destinaba al centro para atender los gastos de la organización era insuficiente. Supe que los ingresos provenientes de sus conferencias iban a parar a las maltrechas arcas del Instituto. Sólo las ayudas de la Fundación de Estudios Escandinavos de Estocolmo y las del Gaelic Research Circle de Edimburgo mantenían una cierta regularidad. Estaba preocupada. La crisis se había agudizado a raíz de que el North Icelandic Bank, que inicialmente había apoyado el programa de investigación, retirase las ayudas después de que Freyja acusara a algunos de sus cargos de encubrir intereses oscuros.

Su cuerpo delgado se deslizaba junto al lago Tjörninn como un velero sin apenas viento. Un golpe de euforia sacudió su interior: estaba ilusionada por una iniciativa de la Fundación de Estudios

Escandinavos de Estocolmo que pretendía hacer a la Fundación Ragnar beneficiaria directa de los denominados Programas Marco de Investigación de la Unión Europea. La propuesta no había madurado, pero ella tenía muchas esperanzas de que saliera adelante.

Los patos sobrevolaban las aguas dormidas del lago. La humedad que desprendía el estanque, el silencio de los campanarios, el vertido de colores desde los tejados a dos aguas de las casas, caían sobre nuestros hombros a modo de una lluvia transparente. Avanzábamos poseídos por un júbilo que brillaba en nuestros ojos.

Entonces, dispuesto como estaba a descifrar todas las cuestiones pendientes, le hice saber que Sören Petursson me había regalado un libro que me había parecido interesante y curioso, y le pregunté si conocía aquellos textos en gaélico reproducidos en sus páginas. Mi sorpresa fue mayúscula cuando recordé cómo empezaba uno de los párrafos, que había leído antes, y ella, sin más, lo recitó entero: *“El valeroso súbdito del Earl lleno de gozo...”* Supuse que también se sabía de memoria otros párrafos, y así me lo confirmó:

“Son hojas sueltas extraídas de libros que pertenecen a Thor Thorgilsson”, me dijo, con semblante serio.

“Es lo que me dijo Petursson.”

“Las encontraron algunos arqueólogos durante sus excavaciones en la isla de Papasey, pero no pudieron dar con el grueso del texto, con los códices originarios, ni tampoco convencer a Thor para que los cediera. Thor Thorgilsson posee esos códices. Los códices de Vilmond.”

Asentí. Todo encajaba.

“¿Por qué no los citaste en tu conferencia de Esto- colmo?”

“Desconozco más cosas de las que puedes imaginar”, respondió, con aire de misterio.

Aceleramos el paso y entramos en los jardines de acceso al Instituto. En los parterres centrales se levantaban rosaledas. Cientos de tulipanes de todos los colores se agrupaban en un cercado lateral, apretados como si asistieran a un concierto de música country. Una estatua de bronce presidía la entrada del edificio.

Un hombre alto y de extrema delgadez se adelantó para tenderme su mano y besar a Freyja. Se llamaba Aki Samuelsson y era el presidente del Instituto de Estudios Rúnicos. Portaba unas gafas negras de concha y tenía una mirada profunda bajo unas pobladas cejas grises. Le acompañaba una mujer cincuentona, de nombre Helen, que parecía especialmente conmovida. Helen había sido la tutora de Freyja durante sus años de estudiante en la universidad de Reikiavik.

Nos invitaron a tomar café en una salita en la que había varias personas vestidas de manera informal. Hablaban sin levantar la voz y con una tranquilidad trazada en la atmósfera por un diseñador de cadencias. Uno de los hombres fumaba en pipa, un poco apartado del resto. Cuando le llegó el turno de hablar, movió ligeramente la cabeza y soltó un par de palabras sin dejar de morder la cánula de la pipa, de cuya cazoleta se estiraba una nubecilla de humo. Al ver aparecer al presidente del Instituto, uno de ellos, el que hablaba en esos momentos, lo saludó en islandés. Tuvo que ser gracioso lo que dijo porque los demás rieron y el que fumaba en pipa tuvo un ataque de tos, lo que le obligó a sacudir con su mano derecha las volutas de humo que había exhalado su boca. Una de las mujeres abandonó el grupo y se acercó para dar un beso a Freyja y luego la abrazó.

Al cabo de un rato, subimos en ascensor hasta el último piso del edificio y salimos a un gran pasillo que comunicaba con el laboratorio de la Fundación Ragnar.

Nunca comenté con Freyja la gran decepción que experimenté cuando accedí por primera vez a las dependencias de la Fundación que ella dirigía, aunque supongo que lo advirtió enseguida.

Las instalaciones donde trabajaba el equipo de *soñadores* del que tanto me había hablado tenían más que ver con una sala para juegos de un psiquiátrico que con las dependencias de un equipo de científicos. Era una especie de aula con varias mesas de madera de pino, un par de armarios y otra mesa redonda con cuatro sillas de respaldo metálico junto a una ventana que daba a un patio interior. Sobre las mesas había varios ordenadores encendidos que me parecieron de última generación.

Pero lo que más llamó mi atención fue la pared del fondo, cubierta, de parte a parte, por una pizarra de piso verde oscuro rebosante de cifras y fórmulas interminables e ininteligibles que se extendían como un ejército de hormigas camufladas en el escenario y lo transformaban en un gigantesco panel de signos crípticos. Aquello era un galimatías ahogado en su propia efervescencia de números y signos.

En una de las esquinas se disimulaba una puerta también repintada de verde. Fue Gustaf Almquist, que estaba esperándonos e hizo de anfitrión, quien abrió esa puerta.

De la misma manera que a los números se les suponía un rigor, las mezclas de tizas y rotuladores, esparcidas sobre las mesas o en la repisa de la pizarra; los papeles garabateados con nuevas fórmulas dispuestos sobre las paredes, o arrojados al suelo; las ristas de cuartillas colgadas desde el techo con simulaciones de movimientos de alas de pájaros (en cadencias de mayor a menor y siguiendo una estructura fractal; es lo que supuse); las copias de vetustos pergaminos sujetos en las paredes con chinchetas; los dibujos de colores sobre las pantallas de los ordenadores; las amebas virtuales que empleaba en sus experimentos el matemático Benoit Mandelbrot; las fórmulas originales del genio polaco recuadradas: *“La ecuación recurrente es una constante real e imaginaria, la secuencia es ZN”*; el plano, al detalle, de las localidades de un teatro bajo el rótulo, en rojo, de *“The big theater of Memory”*... Todo se confundía en una mezcla explosiva. Y todos los signos proclamaban el lenguaje del caos cuando éste (concebí, de repente, esa hipótesis) descubre el reverso de la oscuridad y estalla de júbilo.

Creí por un momento que empezaba a ser víctima de un deslumbramiento. Mis ojos en blanco se deslizaron por aquel escenario surrealista en un intento de escrutar de cerca cuanto se nos ofrecía.

En una lámina, se asomaba el rostro de la estatua de Giordano Bruno, *“Maestro de la Memoria”*, en la Plaza de las Flores de Roma. Alguien había dibujado sobre su cabeza, envuelta por su hábito de monje proscrito, una corona de espinas: *“They crucified him for believing in infinite worlds.”*

Einstein, asomándose a una gran fotografía, recordaba: *“Imagination is before than knowledge.”* Alguien había escrito: “Se detuvo en la física cuántica, y el mundo se paralizó.” Otra fotografía de Borges, con un dibujo disparatado de su “Biblioteca de Babel”, sobre un castillo con almenas simulando gigantescos estantes con miles de libros cubriendo el horizonte, el cual se curvaba por los bordes como si fuera la corteza terrestre. Dibujos, a todo color, de vórtices —uno espectacular del Maelstrom—, alternándose en imágenes sucesivas que se movían accionadas por un extraño artilugio. *“Homero saw them, despite to be blind.”* La nave “Viking” sobrevolando la gran mancha roja de Saturno, cuyos círculos concéntricos se repetían, a modo de imágenes fractales, hasta un supuesto infinito. Tres dibujos fantasmagóricos de islas en medio de un mar tenebroso: *“Gorgonas”*. La cabeza simétrica, perfecta, sus ojos observando el alma del mundo, de un búho níveo, con la inscripción, abajo: *“The old woman of the night.”*

El sentirme incapaz de entender lo que veía me causó un desánimo interior próximo al terror. La cabeza me daba vueltas. En plena caída, su voz me salvó: “O están locos o han descubierto el origen de la inocencia, pero son así”, dijo Freyja.

Tan absorbido estaba en lo que observaba, o intentaba interpretar, que no reparé en la presencia de dos jóvenes que, al verme entrar con los demás, se habían levantado de una de las mesas. Daba la impresión de que estaban esperándome desde hacía tiempo. Vestían pantalones vaqueros y chalecos de lana con cremalleras, usaban gafas y eran rubios, pero sus fisonomías contrastaban por sus estilos diferentes. Uno de ellos, con pecas en la cara y ojos saltones, era más bien de baja estatura y rechoncho. Al otro, alto y fornido, le crecía en la parte delantera de su prominente cráneo un mechón de pelo blanco que le caía sobre la frente. El más bajo de aquellos sabios se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón y sonrió tímidamente. El otro dijo algo así como “Hola”, en español, y me tendió la mano para presentarse. Era evidente que les venía muy cuesta arriba atender cuestiones de protocolo. Cuando Freyja se dirigió a ellos para presentarme y explicarles el motivo de la visita, los dos jóvenes sonrieron complacidos pero sin dejar de observar los números de la pizarra,

como si mi presencia les hubiera interrumpido el proceso hacia una nueva fórmula magistral.

Recuerdo las palabras del más alto:

“Si borramos la pizarra nos quedamos a oscuras. Mi nombre es Uro; soy finlandés. Nací en un pueblecito de Laponia. Me ahorro pronunciar su nombre, que es más complicado que una de estas fórmulas. Encantado de conocerle.”

“¿Has dicho que nos íbamos a quedar a oscuras?”, pregunté.

Uro se rascó la cabeza y contestó con cara de circunstancias:

“Es una forma de pedir disculpas por este desorden.”

“No hay por qué disculparse, si acaso nosotros, por irrumpir en vuestro templo de esta manera”, dije.

“Ellos no se enteran, ni nos reprenden”, dijo Uro.

“¿Ellos?”, pregunté.

Uro hizo un gesto de fastidio, como pensando: “Qué poco sentido del humor tiene esta gente...”

“Me refiero a los números; si los borramos, nos perdemos.”

El más gordo salió en su ayuda.

“Si la pizarra fuese más grande, aún habría más fórmulas escritas. Y si esto fuese el palacio de Buckingham, ni les cuento. Mi nombre es Sean y soy escocés. De Inverness, Highlands. Qué tal.”

Uro levantó la mano, como pidiendo permiso para hablar:

“Kurt me ha rogado que le disculpen. Ha tenido que ausentarse. Creo que ha ido al aeropuerto. Llegaban de Berlín unos amigos.”

Por fin, el sonriente Gustaf terció:

“Es el matemático en estado puro cien por cien. Kurt es el autor de todas estas fórmulas en la pizarra.”

“Sólo de algunas”, bromeó Uro.

“Intentamos crear un lenguaje artificial”, terció Sean mirando a la pizarra, como escrutando el alma de los números.

“No es tan artificial”, replicó Uro con gesto grave.

Sean meneó la cabeza. Como no estaba del todo convencido, dijo:

“Bueno, no es tan artificial, por supuesto. Lo digo así para que ustedes me comprendan mejor. Se trata de un metalenguaje que sólo puede asimilarse matemáticamente. Un lenguaje críptico. Para nosotros lo es. Digamos que estamos inventando una nueva manera

de expresarnos. Einstein sabía tanto que se perdió. En realidad, lo perdió la física cuántica. Nosotros queremos también perdernos en lo que sabemos, en lo poco que sabemos y en lo mucho que imaginamos. Cuanto más imaginemos, más posibilidades tendremos de saber... y de perdernos. Si nos perdemos, lo importante es saber regresar. Es como más y mejor se aprende...

Sonrió y miró, satisfecho, a su compañero:

“Es así, ¿verdad?”

La pregunta se la hizo a su compañero Uro, que tomó el testigo con la sincronización de un corredor en una carrera de relevos.

“No crea usted que estamos locos. Lo que acaba de escuchar es muy cuerdo, aunque le cueste creerlo. Cuanto ve aquí, o lee en estas paredes, entraña una gran simplicidad, por eso resulta tan complejo. Son los problemas que se derivan de entender la realidad como un mundo imaginario, y luego, a la inversa, el mundo imaginario como un hecho real que no admite discusión. En ésas estamos. Freyja y todos nosotros no sabemos muy bien en qué mundo vivimos.”

Yo asentí, envuelto en mi perplejidad. Uro continuó.

“La verdad es que nadie lo sabe. Pretendemos aproximarnos a ese mundo. Para ser exactos, desconocemos la frontera que separa la realidad de lo imaginario. Nosotros pretendemos trazar los límites de esa frontera, y lo hacemos... *simplemente*... con números. Es la única manera de poseer una idea clara y precisa de dónde estamos. Hay otros que concibieron esa dualidad desde otras perspectivas..., más fantásticas, si se quiere. Mediante planteamientos filosóficos o literarios. El gran Giordano Bruno, por ejemplo. El gran maestro de la memoria. ¿Sabían ustedes que estuvo en la luna? Sí, créanselo. Sócrates. Platón. Borges, sin ir más lejos. Otro que tal. Seguro que ustedes conocen su cuento sobre “*La biblioteca de Babel*.” Él describe una biblioteca enorme en la que se almacenan todos los libros del universo. En esa biblioteca existe un libro, un simple tomo, de algo más de cuatrocientas páginas, con treinta y cuatro renglones cada una, y unas sesenta letras por renglón... Bueno, tal vez no sea exactamente así. Es lo de menos. Imaginemos que se trata de calcular el número de combinaciones posibles de letras teniendo en cuenta todas las que contiene ese libro. Para saberlo,

conozcamos inicialmente las combinaciones que puede hacer una sola letra con el resto. A partir de ahí calculemos las que se pueden hacer entre todas ellas. Matemáticamente, es posible un resultado. Infinito. Insospechable. Lo verdaderamente difícil es imaginar que ese resultado, que aparentemente escapa a nuestra imaginación, sea tan real como un libro mismo, el de la biblioteca de Borges por ejemplo... O el libro de nuestras mentes prodigiosas. *El Libro de las Páginas Infinitas...*

Ante mi silencio, Gustaf habló con ánimo de concluir:

“Lo que dice Uro supone sólo el fleco de una de las muchas teorías que estamos desarrollando entre estas cuatro paredes. Pretendemos aproximarnos al conocimiento de lo inmenso. O, si ustedes lo prefieren, a la abstracción de la divinidad.”

Cuando abandonamos el lugar, Freyja me confesó que, con excepción de Gustaf, que había estudiado en la universidad de Uppsala, los otros tres investigadores, incluyendo al ausente Kurt, procedían de las aulas de Oxford, donde coincidieron en los últimos años de sus doctorados. Todos habían decidido seguir sus pasos después de escucharla en conferencias y asistir a sus seminarios sobre el Medioevo en Islandia, que impartió hace algún tiempo en la universidad británica.

“Les entiendo; a mí me ocurrió lo mismo cuando te vi, y creo que empiezo a estar tan loco como ellos”, dije, aún impresionado.

Subimos a un taxi. Freyja pareció emocionarse mientras elogiaba la lealtad de su *equipo de soñadores*, y como si tuviera que ver con un homenaje a ellos y a su caótico imperio, empezó a recitar de memoria fragmentos de los manuscritos reproducidos en el libro que me había regalado Sören Petursson.

La miré con ojos de asombro cuando dijo que en uno de esos párrafos se citaba a una rapaz.

Recitó el verso:

“Sobrevolará el mar en dirección al norte”.

Me volví a sentir perdido. Ella prosiguió su recital, entornando los ojos y con voz ensoñadora:

“Enterraron la luz bajo el altar y depositaron sobre la tumba en la que el libro yacía una cruz de hierro.”

El cristal de la ventanilla, al avanzar, podaba las copas de los árboles como un cuchillo invisible, mientras el coche cruzaba el puente sobre el lago que habíamos recorrido antes. No me atrevía a hablar. Seguían rondando demasiados nombres en mi cabeza. De improviso, Freyja me rodeó el hombro con su brazo y me humedeció los labios con los suyos, rojos. Sentí un nudo en la aorta, pero ella no quiso observar mi reacción. Ladeó la cabeza hacia el exterior y volvió a acariciar el alma de aquellos versos:

“Descenderá de las nubes con el sol en las alas y sobrevolará las crestas del mar...”

Yo le susurré:

“Qué hermoso...”

Ella se reclinó sobre mi hombro:

“Sí.”

“Te estás refiriendo a una rapaz, a un búho níveo”, dije.

Ella movió la cabeza sobre mi hombro y abrió dulcemente sus labios: “

“La rapaz reinó sobre la roca de la gran llanura donde duermen los volcanes”.

Inició un largo silencio. Respiró hondo. Yo alargué mi brazo sobre su trenza. Impasible, me miró para recitar de nuevo:

“Y no será necesario que se anuncie el nombre de la isla perdida donde se posará puesto que ellos conocerán el destino final y el lugar donde se ubica la oquedad en el altar más inaccesible del mar, en el momento del alba del tercer milenio...”

“Es como una profecía”, dije.

“Habrá una hermosa alba”, respondió Freyja.

“¿Quiénes son ellos?”, pregunté.

“Los criptólogos de Sören Petursson no lo saben, pero seguro que tú ya eres capaz de averiguarlo”, respondió.

No me fue difícil hacerlo. Imaginé sus nombres, pero no me atreví a pronunciarlos.

El taxista aminoró la velocidad y detuvo el coche en el acceso a una calle adoquinada y de casas antiguas con las fachadas pintadas de ocre. Unos segundos después, estábamos ante la puerta acristalada de una casa de grandes ventanas y marcos azules. Al otro lado de la fachada, tras los visillos corridos, se alineaban varias

mesas con manteles blancos, velones apagados y centros de mesa con flores.

Sobre la puerta principal de acceso al local pendía un cartelón de madera, que simulaba flotar en el aire, con una inscripción en islandés y el dibujo, en el ángulo superior izquierdo, de un perchero con tres ganchos en forma de arpones para colgar la ropa. En el otro extremo se reproducían tres prendas de abrigo a modo de tres fantasmas sin cabeza.

Nada más cruzar el umbral de la puerta y acceder a la oscura cancela, vislumbré, en uno de los muros de piedra interiores, un perchero idéntico al del dibujo, pero en esta ocasión con tres abrigos de verdad ensartados en sus ganchos.

A primera vista, podía parecer que se trataba de prendas que los clientes habían colgado allí, sin más, pero al poco reparé en que las telas de los abrigos estaban raídas y olían a naftalina. Al ver la expresión de extrañeza en mi rostro, Freyja dijo:

“Hemos llegado a los “Tres Abrigos en Casa de Hjalti”. Así se llama esta tasca en la que se come la mejor carne de ballena de Islandia.”

Embebido en la visión de aquel extraño perchero, apenas presté atención a sus palabras. Freyja también fijó sus ojos en aquellas prendas, que me parecieron de piel de foca:

“Algunos aseguran que quienes cuelgan sus abrigos en esas perchas se hacen inmortales.”

HJALTI

Los tres abrigos en el perchero del restaurante tenían su explicación. Habían pertenecido a hombres emparentados con Thor Thorgilsson, el anciano al que llamaban *El Hombre de los Pájaros*. El propio HjalTI daba por seguro que uno de esos abrigos llegó a enfundárselo su abuelo, Eyvindur, y otro era de Roald Sveinsson; el del centro perteneció a Thor, su bisabuelo. El eco de las últimas palabras de Freyja siguió retumbando en mi mente un buen rato: *Los abrigos de los inmortales*.

Como si de una superstición se tratase, era habitual que los clientes de la casa, antes de sentarse a las mesas para comer, posaran sus manos sobre aquellas prendas o las rozaran con sus dedos, convencidos de que su acción les traería fortuna y salud. Cada cual entendía el destino de manera desigual, desde luego, pero la teoría más extendida auguraba a quien lo hacía una vida larga, tal como la que había gozado el mismísimo Thor, a quien nadie había visto jamás, a excepción de los miembros de la familia de HjalTI.

Sobre Thor Thorgilsson se narraban enigmáticas historias que en su mayoría tenían que ver con los prodigios que le tocó vivir en su interminable existencia. Ni siquiera HjalTI se atrevía a pronunciarse acerca de la edad de su bisabuelo, pero quienes fantaseaban sobre su leyenda aseguraban que Thor Thorgilsson había rebasado los ciento treinta y tres años. Y algo había de verdad en ello, pues Roald había revelado en cierta ocasión a Freyja que *El Hombre de los Pájaros* llegó a conocer en vida a Gunnar Sveinsson...

En contra de lo que cabía imaginar, Thor Thorgilsson no tenía nada que ver con aquel modesto restaurante, salvo que lo regentaba su bisnieto HjalTI Gudreksson. HjalTI estaba casado con Vigdis. El matrimonio tenía dos hijos, Runolf y Herdis. Todos ellos

trabajaban en el local y participaban de los beneficios de un negocio floreciente.

Nada más llegar, Freyja preguntó a un joven, parapetado tras el mostrador de la entrada, por Hjalti, y enseguida una camarera con delantal nos acompañó hasta el despacho donde se encontraba el dueño después de subir por una escalera de caracol y acceder al estrecho pasillo que conducía a una buhardilla. La mujer dio tres golpes suaves con los nudillos de su mano en el madero y, desde dentro, respondió una voz seca y fragosa cuyo tono se hizo amable y cordial cuando se abrió la puerta. Hjalti hizo un extraño con los ojos al comprobar que alguien acompañaba a Freyja. La besó en las mejillas y en la frente y la retuvo abrazada sobre su pecho varios segundos.

Había rebasado los cincuenta y era un hombre de aspecto saludable; vestía en mangas de camisa y llevaba tatuado en su brazo derecho, entre el codo y la muñeca, el dibujo de un pájaro que me pareció, al primer vistazo, que era un búho. En su cara, de pómulos rosados, sobresalía una gran nariz con una cicatriz sobre el hueso. El pelo, en el que se mezclaban mechones rubios y de color ceniza, le caía a ambos lados de la cabeza y tapaba sus orejas. Sus ojos eran grises y miraba entornándolos aún más, como si tuviera un defecto en la vista, pero cuando hablaba los abría de forma desmesurada, y entonces se advertía en ellos una mirada que parecía ocultar una permanente tristeza.

Hjalti empezó a hablar en islandés, pero a una indicación de Freyja lo hizo en un fluido inglés. Ante mi sorpresa, le explicó que trabajó varios años para una naviera inglesa con sede en Aberdeen.

Convencida de que el anciano al que buscaba vivía con ellos, por razones de edad, lo primero que hizo Freyja fue preguntarle por Thor. Cuando Hjalti contestó que su bisabuelo hacía dos años que les había abandonado, ella no pudo reprimir un gesto de decepción, que me trasladó con su mirada.

Hjalti levantó los hombros. Una delgada lámina acuosa se instaló en sus ojos. Al percatarse de ello, Freyja acercó su mano a la del hombre y la acarició con ternura. Él bajó la cabeza tanto que sólo se le veían las cejas.

Cuando se enderezó de nuevo, pareció esforzarse para que en su mirada luciese el brillo de la dignidad. Daba la impresión de que la marcha de Thor le había apenado mucho y que recordar esos momentos aún le turbaba más. Siempre que hablaba de su bisabuelo lo hacía pronunciando su nombre al completo, Thor Thorgilsson, en una especie de ritual revestido de cierta pomposidad, de modo que parecía que hablaba de un ser superior del que se sentía orgulloso. A veces, la inflexión de su voz al pronunciar el nombre la hacía acompañándose de una ligera inclinación de la cabeza, por lo que daba la impresión de que hablaba de Dios, o de que Dios estaba presente y él lo veía.

Thor Thorgilsson había vivido en su casa durante los últimos diez años, desde el mismo día en que murió Gudrek, padre de Hjalti. A raíz de esa desgracia —Gudrek murió en el naufragio de la embarcación que patroneaba cuando ésta faenaba en los bancos de arenques del norte del país—, Thor Thorgilsson decidió abandonar la isla de Papasey, en donde había vivido desde que nació, para integrarse en la vida familiar de su bisnieto, dispuesto a entregarle a él y a sus hijos, tataranietos, los años que le quedaban de vida.

“Lo recibimos como a un aparecido —recordó Hjalti—, con una mezcla de gozo en nuestros corazones y de temblor en las manos.”

Y para demostrarlo, enseñó las manos: el vello de sus brazos, junto al tatuaje del búho, se erizó como un maizal.

“De él sólo poseíamos un vago recuerdo y su abrigo de piel de foca que cuelga de una de las perchas. También fu él quien trajo un abrigo, aún más raído si cabe, del que dijo que había pertenecido a su hermano Roald Sveinsson. Fue a mi hijo Runolf a quien se le ocurrió la idea de colgar esas dos prendas en el perchero de la entrada, a las que añadió un viejo abrigo de su bisabuelo Eyvindur, desaparecido en extrañas circunstancias, y así llamó al restaurante, “Los Tres Abrigos en Casa de Hjalti”.

Pronto el local se hizo famoso en Reykjavik; Hjalti no sabía si por el propio nombre o por la leyenda que lo acompañaba.

“Pero un día, de manera inesperada —siguió relatando Hjalti—, Thor Thorgilsson madrugó más de lo que en él era habitual, recogió sus bártulos y aguardó a que todos los miembros de la familia hubieran terminado el desayuno para decirnos que regresaba a la

isla y que le perdonáramos. No podía vivir sin hablar con los pájaros.”

Hjalti volvió a mirarse las manos y bajó la cabeza.

Freyja le preguntó sobre las razones de tan impre- vista decisión, siendo Thor tan anciano y estando, como le habían asegurado, medio ciego. Hjalti tardó un largo rato en responder. Se sentó al otro lado de la mesa y esperó a que lo hiciéramos nosotros. Por el hueco de la chimenea llegaba el calor de los fogones. Miró hacia la oscuridad del pasillo y empezó a hablar con suma lentitud.

“Al poco tiempo de instalarse en mi casa, ocurrieron cosas muy extrañas. Corrió como un viento huracanado la noticia de que el anciano, al que muchos veían como un mago, había abandonado su isla...”

Sacaba sus pensamientos de un pozo negro.

Dijo que un día aparecieron por su casa “los señores de la administración”. Hjalti los recordaba vestidos de oscuro y con corbata. “Tal vez fuesen funcionarios de la banca.”

“Portaban maletines negros.”

Fue el único momento en que su rostro cobró vida, enrojeciéndose.

“Aquellos hombres llegaron a ofrecerle dinero. Mucho dinero.”

“¿Dinero?”, pregunté, extrañado.

Freyja me hizo una señal para que no lo interrumpiera.

“Después llegó un grupo de hombres que decían ser científicos”, añadió Hjalti. “Extranjeros. Pretendían desenredar las raíces de la historia.”

Miró al fondo del pasillo:

“Al principio, Thor Thorgilsson los atendió, pero después se negó a acompañarlos. Los desconocidos pretendían someterle a pruebas y análisis en un hospital en Suiza. Investigaban el origen de ciertas enfermedades y mutaciones genéticas en moléculas.”

Hjalti repitió varias veces la frase, como si la hubiera estado repitiendo durante mucho tiempo para poder aprenderla de memoria.

“La verdad es que yo no les entendía muy bien.”

“¿Qué pasó después, Hjalti?”, le animó Freyja.

“Lo que ellos pretendían era que Thor Thorgilsson les ayudase a construir el castillo genético y genealógico de todos los islandeses. El castillo de nuestra sangre. Se habían hecho ya excavaciones en Papasey. Aquellos hombres querían saber si Thor Thorgilsson tenía que ver con los huesos de los muertos desenterrados en la isla. Querían hacer más excavaciones.”

Entornó los ojos y levantó unos centímetros su mano derecha sobre el tablero de la mesa.

“Así que un buen día”, prosiguió Hjalti, como si se levantara después de una gran borrachera, “el viejo Thor Thorgilsson nos dijo que regresaba al lugar que nunca debió abandonar. Cuando los desconocidos volvieron a mi casa, les dijimos que el anciano había regresado a Papasey, a vivir con los pájaros... Su regreso a la isla les contrarió.”

Nunca más vio Hjalti a su bisabuelo, y sólo supo de él por las noticias que le daba su hijo Runolf.

“Somos nosotros quienes le necesitamos a él.”

Al llegar a este punto de la narración, la voz de Hjalti empezó a tornarse más sombría y sus ojos a empañarse constantemente. Fue entonces cuando Freyja y yo descubrimos las verdaderas razones de la tristeza enquistada en su mirada.

“En el viaje de regreso a la isla le acompañó mi hijo Runolf. Necesitaba que alguien le ayudara.”

Hizo una pausa y tragó saliva.

“Se había quedado completamente ciego... Y aun así, se empeñó en marchar. Era muy tozudo. Así que mi hijo Runolf se fue con él.”

Hjalti sacudió varias veces la cabeza. Se le hizo un nudo en la garganta. Freyja se compadeció de él, pero no se atrevió a hablar.

“Thor Thorgilsson había deslumbrado a Runolf”, se lamentó Hjalti. “Sus relatos despertaron en él una enfermiza curiosidad. Yo entendí desde el principio las fantasías y los sueños de mi hijo, pues hubo un tiempo en que también corrieron por mi sangre, pero nunca sospeché que llegaran a hacerle cambiar el rumbo de su vida y a abandonar a sus padres y a su hermana. Unos días después, me hizo saber que había decidido quedarse con Thor Thorgilsson para siempre en la isla. Intenté en vano hacerle ver que podía visitar al

anciano cuando quisiera. Y así lo hizo durante algún tiempo. Pero yo sabía que nunca regresaría. Es lo que ocurrió.”

Hjalti alzó la cabeza y miró a Freyja para darle a entender que mantenía firme su entereza.

“Nos abandonó cuando empezaba el último otoño.”

“¿No habéis sabido nada de él desde entonces?”, se decidió Freyja a preguntar.

—Un amigo que vive en una aldea cerca de Höfn le visita muy de tarde en tarde —respondió Hjalti—. Nos envía correos electrónicos a la dirección del restaurante. Por él sabemos que Runolf y el anciano están bien.”

“Las condiciones de vida tienen que ser extenuantes”, —comenté, desconcertado por el relato.

“A veces me dije: “No podrá resistir más que unos días, como le ocurrió a Jónas.” Pero me equivoqué.”

Freyja estaba tan sobrecogida que no tuvo reflejos para preguntar. Sabía, eso sí, que su hermano Jónas también estuvo tentado de aislarse del mundo junto al Hombre de los Pájaros. Pero nunca habló con él de lo que Jónas llamaba su derrota en Papasey...

“Viven en el centro de la isla”, prosiguió Hjalti, “en una cabaña levantada sobre ruinas de un antiguo asentamiento. Poseen un pequeño huerto de hortalizas y un pozo de agua abandonado.”

Hjalti amagó un movimiento con la mano, dudando de si levantarse de la mesa o proseguir. Freyja y yo seguíamos pendientes de sus gestos.

“Hay algo más”, dijo Hjalti, respirando hondo.

“¿A qué te refieres?”, inquirió Freyja.

“Los hombres de negro siguieron rastreando su pista y dieron con él.”

“¿En la isla?”, pregunté.

“Sí.”

La luz del mediodía entró por algún resquicio de la ventana y cegó unos segundos los ojos de Freyja, que parecieron relampaguear bajo el techo abuhardillado.

“Son hombres poderosos”, dijo Hjalti. “Disponen de medios y llegan hasta los lugares más inaccesibles. Emplearon un helicóptero

para desplazarse a la isla. Me lo confesó Runolf en una de sus esporádicas visitas. Aterrizaron junto a la cabaña. Volvieron a ofrecerle al anciano mucho dinero. Lo internarían en una lujosa residencia geriátrica, atendido por especialistas. Velarían por él como si fuera un tesoro, el eslabón perdido de una saga islandesa apenas identificada. Otros hombres hicieron excavaciones. Pero no encontraron lo que ellos pretendían.”

Aquellas palabras tocaron el corazón de Freyja:

“Nuestra saga...”

“Ellos piensan —dijo Hjalti, sin dejar de observarla— que el cuerpo de Thor Thorgilsson, al igual que el de sus progenitores y descendientes, posee una sustancia química que permite la inmortalidad de las células. Les oí decir que Thor Thorgilsson era el espíritu de la eternidad.”

“Asombroso”, murmuré.

Freyja Sveinsson se tapó la cara con sus manos.

“Para los hombres de negro, las células de Thor Thorgilsson son más resistentes que las del resto de los mortales y se hallan capacitadas para reaccionar ante la tentación del suicidio”, dijo Hjalti.

“¿Suicidio de las células?”, pregunté.

“También las células se habían de vivir”, admitió Freyja saliendo de su letargo.

“Runolf me lo explicó. Los científicos creen que las de Thor Thorgilsson soportan mucho mejor que las del resto de humanos la violencia de las enfermedades conforme el cuerpo envejece.”

Freyja Sveinsson observaba a Hjalti desde sus deslumbrados ojos. Al cabo, dijo:

“Ese misterio tiene su explicación. Existe una sustancia enzimática muy especial que se comporta de manera extraña. Hace unos años asistí, en la universidad de Edimburgo, a un seminario sobre el principio básico de la vida. Buscaba razones que explicasen la longevidad de Ragnar Cara de Búho y de sus descendientes. No era sólo por ingerir aceite de hígado de bacalao. Una de las ponencias versaba sobre el comportamiento de las enzimas, y en concreto de una denominada telomerasa. Algunos investigadores quisieron llegar al fondo de la relación entre la telomerasa y los

casos de supervivencia extraordinaria en el ser humano. A algunos ratones sometidos a este tipo de experimentos se les ha llegado a prolongar la vida hasta seis veces más que su ciclo normal. Eso sí, a cambio de espantosas contrapartidas. Los roedores pasaban los últimos años sumidos en una postración calamitosa, soportando cánceres terribles. No creo que sea éste el caso de Thor Thorgilsson. Su ceguera tendría que considerarse como una trágica privación.

»Quizá nos hallemos ante un crucial accidente en el proceso de la genética evolutiva. Thor sería una primera señal. El principio de la mutación que supera el límite inexorable de la edad. Y la victoria final del espíritu sobre la materia. Todo es posible. El hombre modifica de forma inapreciable sus condiciones de vida para así prolongar su existencia. Se empieza por resistir el dolor y se concluye con que su respuesta a la adversidad alarga su vida de manera asombrosa.”

“Pero ¿por qué precisamente él?”, quise averiguar.

Las palabras de Freyja adquirieron un tono grave:

“El origen de la vida está en el mar. Las condiciones de humedad y temperatura, la presión, la luz ultravioleta, hasta la propia salinidad de las aguas, son los accidentes que promueven el desarrollo de las sustancias imprescindibles para vivir. El mar forma parte de la vida de Thor Thorgilsson. Ha convivido con los peces, con las aves marinas, se ha alimentado de lo que ellos comen. Sus células son una síntesis de las que hacen posible la vida en el mar.”

Hjalti se levantó y se miró el reloj.

Sin dejar de observarme, Freyja movió con suavidad la cabeza y olió el tallo del musgo de Islandia en el ojal de la chaqueta.

“Quiero conocer a Thor Thorgilsson”, reaccioné.

Hjalti y Freyja se miraron, extrañados.

“Desplazarse hasta la isla requiere tiempo y planificación”, respondió Hjalti. “Hay que ir al otro extremo del país, pernoctar en alguna de las poblaciones costeras y embarcar al día siguiente. Imposible que os pueda acompañar.”

Me limité a observar, impaciente, los labios de Freyja.

“Sabes que tengo que dar una conferencia en Akureyri, en poco más de 48 horas”, contestó, mirándome con fijeza.

“No debes preocuparte”, contesté.

Debía aprovecharme de que aún disponía de un avión y de una tripulación que aguardaba a cumplir mis instrucciones al instante.

Mientras bajaba por la escalera de caracol hasta la planta del restaurante, envuelto en la ameba de sombra que se filtraba por la chimenea de paredes empedradas, pensé que descendía a la otra parte inexplorada del mundo.

Las sensaciones variaban a golpe de corazón. No, no había superado todavía la fase del asombro. Sólo me importaba seguir caminando junto a aquella mujer que convertía el misterio en llama de ardientes impacencias.

Hjalti nos acompañó hasta una mesa junto al velador que daba a la calle. Se disculpó y nos dejó a solas. Unos minutos después regresó con una fuente que contenía un trozo de pastel de carne de ballena. Llevaba puesto un delantal sin peto que le llegaba hasta los tobillos. Hendió con la hoja de un cuchillo el trozo de hojaldre, que se descamó como si fuera un cocodrilo de arena, y abrió el vientre del pastel; luego troceó la carne untuosa.

Nada más terminar, el bisnieto de Thor limpió el cuchillo con el delantal y desapareció en dirección a la cocina del restaurante.

Freyja parecía estar deshaciendo el significado de cuanto había estado escuchando. Le brillaban los ojos cuando se decidió a hablar:

“Poco después de que se dieran por desaparecidas del planeta las últimas alcas imperiales, hace de ello más de un siglo, algunas regresaron para quedarse junto a él en una de las grutas de Papasey”,

“¿Alcas imperiales?”

“Unas aves de cola larga, majestuosas y elegantes pero incapaces de volar, con un lejano parecido a los pingüinos. Los últimos ejemplares fueron abatidos precisamente en Islandia, pero algunos naturalistas aseguran haberlas visto años más tarde en Papasey, en el acantilado en el que vivía un hombre de barba muy larga y canosa que vestía andrajos de foca, como la del abrigo que has visto colgado en el perchero. Lo que yo desconocía es que uno de esos abrigos perteneció a mi abuelo Roald...”

Y giramos al mismo tiempo nuestras cabezas para ver las prendas ensartadas en aquellos garfios de madera de abedul.

THOR THORGILSSON

Freyja siguió hablando como en una ensoñación. Las imágenes se sucedían en su memoria de manera vertiginosa. Envolvía sus ojos un halo grisáceo desde el que evocaba la existencia de Thor Thorgilsson, y bastaba la visión de la áspera prenda colgada del perchero para creer a ciegas que *El Hombre de los Pájaros* y gobernador de las tormentas en Papasey se había escapado de su isla. Cuando hablaba de Thor, parecía enfrentarse a un enigma, y esa evidencia agigantaba su imaginación a la par que su prudencia. Su voz y sus ojos se elevaban para observar desde el aire lo que ella no se atrevía a ver desde la tierra.

“Hubo un tiempo en que Thor Thorgilsson fue un esforzado pescador y padre de familia”, dijo Freyja. Hablaba con lentitud, como si le costara hilvanar las palabras que meses después me confesaría que había escuchado en boca de su abuelo.

“Son muchos los que creen que en su vida no existe un antes y un después. Algunos pescadores hablaban de él muy de tarde en tarde. Decían haber visto, desde el mar, su huesudo perfil en el centro de un gran agujero rocoso, rodeado de araos aliblanco.”

Al llegar a extremos de detalle, Freyja entraba en una especie de fase de silencio de duelo, pues se empeñaba en reconstruir con exactitud frases de Roald. Por ejemplo, cuando me habló de la gruta en la que el anciano había vivido durante décadas:

“La gruta era inaccesible desde el batiente mar: un nido en la cepa del despeñadero.”

No fue el único momento en que ella pareció transfigurarse.

Thor Thorgilsson, dijo, se alimentaba de los huevos de las aves que arrancaba de los nidos ocultos en los muros del barranco. Con un pequeño saco colgado al hombro, escalaba las paredes, “las arañaba”, precisó, valiéndose de una rudimentaria polea que

instalaba en la cima y de la que pendía una cuerda que se anudaba a la cintura. Thor empleaba sus dedos como garfios, que se aferraban a los salientes del muro y a los agujeros que antes habían horadado los picos de las gaviotas para esconder sus nidos. Los huevos y las crías de aves saqueados los introducía en el zurrón...

Tras lograr su objetivo, reptaba por la vertical golpeada por las olas. Unas veces, descendía hasta la gruta donde vivía; otras, subía hasta la cornisa de la tundra, arriba del todo, al aire libre donde planeaban las rapaces. Las fauces del mar le mordían el cuerpo, y la lluvia y el viento cegaban sus ojos. Se pasaba horas enteras colgado del acantilado, enganchado a la roca como un crustáceo, en espera del momento propicio para seguir avanzando, mientras lo observaban, impávidos, abajo o desde el aire, sus vecinos los pájaros, alcas y araos en su mayoría, con sus capirotos negros mojados por el oleaje, algún que otro colimbo, siempre de paso, decenas de retraídos frailecillos asomándose desde las calvas de arena. Y, espiando en el llano de la tundra, un halcón gerifalco al acecho del botín que escondía en el saco.

Las gorjeantes aves aguardaban a que terminara su trabajo para compartir con él el manjar de los huevos aún calientes. Siempre se comportaba de la misma manera, y los halcones gerifalcos se lo agradecían alzándose en prodigiosos vuelos y luego girando en redondo sobre su cabeza.

Thor Thorgilsson había construido, partiendo de la cima del gran peñasco en cuyo vientre vivía, un pasadizo de escalones bordeando el acantilado. Nadie se atrevía a acceder a él desde el mar, ni siquiera cuando la pleamar lamía los estribos de la galería. Tampoco a descender desde la tundra hasta el escondite utilizando la escarpada senda que se asomaba al abismo del rugiente mar. De manera que las dificultades orográficas lo mantuvieron durante muchos años a salvo del resto de los hombres en su isla de Papasey.

“Y así fue como se aisló del mundo”, dijo Freyja.

Abrió un paréntesis para engullir un trozo de pastel de ballena y luego prosiguió su relato.

“Él se opuso con todas sus fuerzas al éxodo en masa de los habitantes de Papasey. Eran tiempos sin esperanza y una gran

mayoría deseaba emigrar a la isla madre de Islandia. Hasta claudicó el monje luterano Audun, su amigo y maestro, el hombre que le enseñó gaélico y de quien había recibido la lección de que el primer deber del hombre es ser fiel a su tierra.”

Papasey quedó deshabitada, perdida en el océano como una gaviota muerta. Sólo él resistió.

Thor se había casado dos veces. Siendo muy joven, lo hizo con Hildigunna. Con ella tuvo dos hijos, Gjukis y Eyvindur. Uno de los hijos de éste, Gudrek, es el padre de Hjalti. Con la segunda esposa, de nombre Menja, tuvo dos varones, Randver y Fridleif, y una hembra, Bodvild. En cierta ocasión, Thor confesó a Roald que su hijo Randver emigró a los Estados Unidos. Tanto Hildigunna como Menja murieron en Papasey y fueron enterradas en el cementerio junto a la ermita que levantaron hace siglos los monjes irlandeses. Fridleif y Bodvild permanecieron en la isla hasta la desbandada final de sus últimos pobladores. Thor Thorgilsson desoyó sus voces implorándole que los acompañase.

Su hijo Eyvindur, cuyo abrigo de foca estaba colgado en el perchero de la casa de Hjalti, desapareció en el mar sin dejar rastro, rumbo al norte desconocido. Thor Thorgilsson siempre mantuvo un respetuoso silencio sobre el paradero de Eyvindur.

Las fuerzas de la naturaleza se habían aliado con Thor Thorgilsson. Es difícil calcular qué edad tendría entonces, cuando se produjo el masivo éxodo de Papasey. Quizá cuarenta, cincuenta años, calculaba Freyja. Su cuerpo era musculoso como el de un pulpo y su corazón tan grande como el de una ballena. Cuando se quedó solo decidió rehacer su vida. Lo primero que hizo fue explorar los lindes de su oscuridad. Se convenció de que sólo el cielo, el mar y el viento podían limitar sus movimientos, y se dispuso a conocer sus sensaciones y olores. Liberó toda la fuerza de la imaginación para construir el castillo de su memoria.

“Sólo Roald Sveinsson consiguió acceder a él.”

Cuando el viento del sur y el deshielo anunciaban la primavera, abandonaba la gruta de la gran barranca y regresaba a su cabaña en el llano de la meseta, junto a las ruinas de la ermita. Dedicaba los días a faenar en una pequeña barca de pesca con la que se

proporcionaba el sustento. En días de bonanza se adentraba en el mar y llegó a explorar horizontes ignotos y embravecidos por las olas. Fue un buen navegante. Pero esa inclinación natural por el océano no mermó su querencia por la tierra que le vio nacer. Al contrario, se obsesionó por conocer la identidad de sus entrañas, pues sabía, por su maestro Audun, que la isla había sido regada con sangre de celtas y noruegos, de predicadores irlandeses, de piratas berberiscos, de saqueadores vascos y náufragos que durante siglos fueron vomitados por el mar y cuyos cuerpos vagaron errantes hasta encontrar la muerte en sus playas y ensenadas.

También sabía que en la desolación de aquella tierra aún podía escucharse el eco de las oraciones en gaélico que los monjes elevaban al cielo y que sus antecesores habían dejado escritas en obras alumbradas por las estrellas. Así que pronto se acostumbró a hurgar con sus manos en el subsuelo de los poblados y a descifrar el significado de las huellas en playas y pedernales.

Pronto pudo acumular tesoros recuperados tras años de excavaciones: calaveras y huesos de las más diversas especies de animales, de hombres, mujeres y niños, cráneos de diferentes simetrías, herrumbrosos cascos de guerreros, martillos de madera, espadas de hierro, cruces de insólitas traviesas, arpilleras, vasijas de barro cocido, pequeñas esculturas de diorita, cuchillos de cuerno de alces, collares de piedras pulimentadas y toda clase de utensilios a cuál de ellos más extraño y valioso para los arqueólogos.

De entre todos los objetos que Thor Thorgilsson logró desenterrar en Papasey, fueron varios manuscritos los que desbocaron su pasión por conocer la historia de la isla y le abrieron los laberínticos caminos de sus costas. Estaban encuadernados en piel de oveja, tan endurecida que parecía fosilizada, por lo que tuvo que ingeniárselas para desovillar las páginas y desenredar las cuerdas que las habían mantenido apelmazadas durante siglos. Eran códigos ocultos bajo el ara de las iglesias derruidas. Y también encontró páginas sueltas, arrancadas por una mano de hierro, como hojas acartonadas, que el paso del tiempo había transformado en un delicado material parecido a las alas disecadas de las mariposas.

Freyja elevó su mirada, como si hubiera visto un ave planeando:
“Los códigos de Vilmond...”

“Lo imaginaba”, respondí, abducido por el relato.

“En esos códices se sucedían las páginas muertas de la historia que aún no se sabía.”

Sin embargo, a pesar del aislamiento, no transcurrió mucho tiempo para que se difundiera la noticia de que, en Papasey, se habían descubierto importantes yacimientos arqueológicos.

“Aún hoy nadie logra explicar”, dijo Freyja, “cómo pudo propagarse la información; puede que por comentarios de pescadores que suelen fondear en los remansos de la isla, o por testimonios de naturalistas atraídos por las colonias de pájaros que anidan en sus costas.”

Al cabo de un cierto tiempo, las autoridades administrativas de Islandia conocieron los secretos del asceta, y pronto se sucedieron las visitas al islote. Primero, en grupos de inspección y más tarde con orden de levantar actas de las excavaciones efectuadas y de inventariar los objetos de interés que se habían encontrado. Todo debía ser incautado. Incluso el secreto de la longevidad de aquel ser extraordinario que hablaba a los pájaros y conocía los más recónditos secretos de la tierra.

Hubo, en consecuencia, un final penoso en aquella historia: el día en que Thor Thorgilsson se vio forzado a entregar a las autoridades islandesas las reliquias que él había extraído de la tierra con sus propias manos, además de someterse a pruebas médicas.

Después, volvió a recluirse en la gruta. Allí, en una cueva del gran acantilado al que sólo él podía acceder, ocultó las piezas que él había estimado como las más valiosas y que había guardado para sí. Entre ellas estaban los códices de Vilmond.

Durante años, los códices de Vilmond custodiados por pájaros cuyos graznidos atormentaban el aire del islote, tanto como duró la presencia de los hombres “*vestidos de negro*” en la meseta... Esos hombres nunca se atrevieron a escalar hasta la gruta del gran acantilado.

Pasaron los años. Thor siguió leyendo aquellos códices y ahondando en sus conocimientos, de modo que en la fortaleza de su mente siguieron creciendo las torres de su memoria. Aquellos tesoros le abrieron el camino a la sabiduría esencial y sembraron en

su mente la semilla de una nueva visión del mundo. La pequeña isla de Papasey adquirió en él la dimensión de un continente inabarcable. “Fue toda una revelación”, dijo Freyja.

“¿Una revelación?” pregunté.

En el hielo de sus ojos verdes se petrificó de repente, como una luminosa perla, el descubrimiento de una emoción ineluctable. Freyja no se atrevía a cruzar las fronteras interiores de aquel dominador de tormentas. Ciertamente, sus recursos parecían inagotables cuando hablaba de él, pero siempre había un trance que la obligaba a detenerse: cuando se aproximaba a la verdad única sobre su vida, a la visión de lo esencial.

“Desconozco esa revelación”, dijo con expresión desolada.

Sólo Roald Sveinsson había superado aquellos límites infranqueables, me confesó a continuación. Su abuelo le había descubierto secretos extraordinarios acerca de la vida de aquel misterioso hombre, y hasta aspectos que venían a demostrar sus intensas y fraternas relaciones. Se conocieron en alta mar:

“Un encuentro asombroso, a principios de siglo. Navegaron hacia el norte inexplorado. Descubrieron islas perdidas. Nunca, sin embargo, pude adentrarme en las tinieblas que compartieron.”

Empecé a comprender. Serían esas dudas, pensé, las que detenían el avance de Freyja en la reconstrucción de su saga. De ahí su cautelosa prudencia sobre Thor en la conferencia de Estocolmo.

“Sólo pondré fin a mi obra cuando conozca la última verdad sobre *El Hombre de los Pájaros*. Tengo la certeza de que él es la otra orilla del océano que deslumbró a Ragnar.”

“¿Quieres decir que las raíces de Thor Thorgilsson se entrelazan con las de Ragnar Cara de Búho?”, pregunté.

“Quiero decir que sus descendientes comparten el enigma del Libro de las Páginas Infinitas. Pero esa visión de lo esencial se escapa a mis conocimientos.”

VILMOND

En esas tinieblas a las que Freyja se refería siempre reaparecían las páginas de los códices en poder de Thor Thorgilsson. “Son como las aguas turbulentas de un río de origen desconocido en cuyas orillas se alzan frondosos bosques que impiden ver tierra adentro.”

Fueron escritos por un monje de origen celta que vivió en Papasey entre los siglos XIII y XIV. Se llamaba Vilmond y era escocés, probablemente oriundo de las Orcadas, y estaba ciego. “Al menos lo estuvo al final de sus días”, dijo Freyja.

Las siete letras de su nombre aparecían estampadas en la última página de uno de los libros. Roald Sveinsson le había confesado a su nieta que eran tres los manuscritos, todos escritos en gaélico. Uno de ellos, voluminoso y compacto. A dos de ellos le faltaban algunas hojas que habían sido desencajadas de sus lomos. Deduje que algunas de ellas serían las fotografiadas en el libro que me regaló Petursson.

El relato incompleto de Freyja me adentró en el santuario de Papasey. La minúscula isla, pegada a la costa oriental de Islandia como el pez parásito que nunca se despega de la aleta dorsal de un tiburón, adquirió para mí la dimensión de un continente poblado por gigantes.

Durante un largo rato escuché su testimonio sin pestañear. A veces se detenía, como perdida. Yo posaba mi mano sobre la suya. No le costaba regresar al camino porque se ayudaba, me lo dijo, de la memoria de su abuelo cuando le hablaba de Vilmond en el embarcadero del fin del mundo.

“Vilmond poseía la virtud de la elegancia”, empezó Freyja, dispuesta a iniciar un largo relato. Su caligrafía es espigada, rectilínea, ligeramente hinchada en las curvas. En su escritura se

emplearon diversas plumas de aves. Roald creía que la mayoría de ellas pertenecían a frailecillos, cuyas membranas son más delgadas y versátiles. Es una obra rara y de exuberante magnificencia, con un tono inequívocamente épico. Su lenguaje parece el de un iniciado...

En realidad, Vilmond es el testigo excepcional de una epopeya que empieza cuando Urlhe Garras de Halcón, hijo de Ragnar, desembarca en Papasey. A Urlhe le persiguen las nubes de cenizas del Hekla y las aguas desbocadas del glaciar Vatna. Lleva consigo el Libro de las Páginas Infinitas. Restituido a la congregación religiosa que gobierna el rocoso Freston, el Libro se convierte en una especie de icono que enseguida es venerado por los habitantes de la isla. El propio Urlhe y sus guerreros ayudan a construir el altar que lo protege.

Las múltiples referencias de Vilmond al Libro no se parecen en nada a las que hace el poeta Ármodr en su crónica del viaje de Lottar al desierto, aclaró Freyja.

Ármodr es mucho más prudente. Más lírico. Vilmond, por el contrario, se muestra más próximo a su pueblo. Relata la construcción de la iglesia en el centro de la isla, el fervor de las gentes por el tesoro que guardan como una reliquia sagrada. Teje los hilos de sus vidas. Descubre sus pasiones. Escucha los latidos del corazón de la isla, donde se cruzan caminos que llegan de lugares distantes y arterias de razas que se mezclan, los vientos que impulsan los barcos de marinos audaces que recalán en sus costas. Describe sangrientas matanzas, saqueos de piratas, heroicas resistencias, historias de amor. Viajes fantásticos, regresos, victorias y muertes.

La mirada de Freyja se perdió en busca de aquel tiempo.

Es una mujer, Halldora, primogénita de Urlhe, la que perpetúa en Papasey la estirpe de la saga.

Vilmond la describe como una mujer muy hermosa y de extraordinaria sensualidad. Levanta su imagen sobre la roca del mito: Halldora es la madre que muchos han perdido en el origen más remoto y por ello la recupera envuelta en una luz cegadora. Su aparición resulta contradictoria: primitiva, salvaje, pero auténtica. En ningún momento la despoja de su papel de heroína. La convierte en paradigma de vicios y virtudes, siempre la observa como una

montaña de luz. La trata con delicadeza. Tal vez porque creía que era su bisabuela. Y, a veces, con admiración, incluso después de difundir su pro- miscuidad: Halldora se entregó a varios amantes, entre ellos el cura Freston, con el que tuvo varios hijos.

“¿El fraile irlandés?”, pregunté, perplejo.

“El misionero, en efecto.”

El cronista celta despoja al misionero de sus hábitos y lo transforma en un hombre atormentado por la lujuria que anida en su cuerpo desde que vio a Halldora bañándose desnuda en el mar. Freston observa el cuerpo desnudo de la mujer postrado en la arena, expuesto a las caricias del sol. Desea tocarla con las mismas manos que han rozado las páginas del Libro que nunca se termina de leer, quiere poseerla. Hincado de rodillas, suplica a la mujer que comprenda la tribulación de su deseo y le pide yacer con ella.

Halldora está dotada de una gran inteligencia. Es rebelde ante su padre, no acata las normas impuestas por la comunidad. Su fama como bebedora de cerveza —de ahí el sobrenombre por el que se la conoce: Ola del Cuerno— sólo es comparable a la de su propensión a retozar con varones. Las mujeres la odian, los hombres la adoran. Une a esas condiciones un temperamento de mujer dominadora y tenaz. Pare a sus hijos sin ayuda de nadie, en el mar. Nunca revela el nombre de sus amantes. Sólo cuando sabe que Freston está a punto de morir a causa de unas fiebres malignas decide revelar su gran secreto. Reúne a varios vecinos ante el lecho del moribundo para que sean testigos del reconocimiento de su paternidad. Bajo amenazas de conjurar a todos los demonios del mundo, le obliga a confesar que es padre de sus dos hijos. Freston muere después de señalar con la mano a las dos criaturas, mientras ruega desesperadamente que le dejen morir abrazado a una cruz. Pero no le permiten ver por última vez, como había pedido, el Libro de las Páginas Infinitas.

También Halldora sabe distinguir las siluetas en vuelo de los pájaros y es una imitadora de los más diversos gorjeos y trinos. Memoriza sus fantásticas geometrías en el vacío de los acantilados y amaestra a una pareja de halcones gerifalcos.

Su influencia sobre los habitantes de la isla se extiende como la sombra dominadora del árbol de la vida. Tras la muerte de Freston,

se casa con un monje de origen español a quien Vilmond considera descendiente de los llamados Hijos de Mill de España, antiguos conquistadores de Irlanda. Petrus, que así se llama el fraile, abandona los hábitos y se deja llevar ciegamente por su pasión, a la que ella corresponde guardándole fidelidad durante el resto de su vida. A los dos hijos que Halldora tuvo con Freston se suman otros cuatro que nacen de su matrimonio con el culto Petrus, que domina varios idiomas, entre ellos el gaélico y el latín.

Hacia mediados del siglo XIII, cuando Vilmond concluye sus manuscritos, la población del islote rebasa la cifra de seiscientos habitantes...

La hija de Urlhe es el enigma del que se nutren todas las criaturas que han visto la luz del mundo en Papasey, y se convierte en referente de sus orígenes. Thor Thorgilsson no es una excepción.

“Ni el propio Vilmond puede sustraerse a su influencia”, dijo Freyja.

En la isla se mezclan orígenes, culturas y religiones, de oriente y occidente, porque los monjes de la congregación trasladan a sus fieles el espíritu ancestral de los padres del desierto de Mesopotamia. Las leyes genéticas se manifiestan con rotundidad: a los habitantes del islote les delata su propensión a interpretar el lenguaje de las aves. No en balde Halldora es nieta de Atli Memoria de Piedra, el hombre que empezó a dibujar en la arena los vuelos de los pájaros.

Y hasta es posible, por lo que cuenta Vilmond en su epopeya, que los hijos, o tal vez los nietos, de Lottar Grumssor de los Pies Quemados y Dylla Cabeza de Alca recalaran en la isla.

Vilmond describe en un pasaje la aparición en sus costas de apuestos caballeros procedentes de la corte de Escocia en busca de Los Espadas de Luz, de fornido cuerpo y largos cabellos dorados como el trigo, luciendo en sus cabezas yelmos rematados por la diminuta escultura de *una ballena que se muerde la cola...*

El fantástico narrador los denomina Lottars...

“¿Acaso los hijos de Lottar Grumssor no habían recalado antes en el sur de Islandia?”, se preguntó Freyja, convencida de que los hijos del caballero de las Orcadas se desplazaron, en los albores del

milenio, desde el norte de Escocia buscando el rastro de sus antepasados en Islandia.

De ser así, y el testimonio de Vilmond es inequívoco al respecto, la sangre de la vieja rama escocesa emparentada con Ragnar Cara de Búho (Dylla era hija de Táthur Piernas de Flecha y Skur Brazo de Remo) se fundiría con la de los descendientes de Halldora.

Yo recordaba haber escuchado a Freyja, en el Edda Histórica Centrum de Estcolmo, que el primero de sus antepasados conocidos era de origen escocés, un tal Svein Palsson, y que precisamente del nombre de éste arrancaba la tradición del apellido Sveinsson. Los progenitores de Palsson llegaron a emparentarse con nobles provenientes de la corte del rey Malcolm de Escocia, asentados en Islandia.

“¿No fue en esa corte donde se educaron los hijos del de los Pies Quemados?”

“Cierto”, asintió Freyja.

“No es descabellado, pues, pensar que por tus venas corre la sangre de aquel explorador del desierto de Siria y Mesopotamia...”

“Desde luego que no”, dijo Freyja.

Para mí, sin embargo, en las orillas negras de aquellos códices seguían alzándose nuevas sospechas.

“¿Quiénes eran los *Espadas de la Luz*?”

Freyja no respondió.

Parecía abatida. Pero al poco volvió a imaginarse a Roald sumergido en la lectura de aquel manuscrito que un tiempo atrás le mostrara Thor Thorgilsson.

“El Libro desapareció de la isla con el mismo misterio que portaban sus infinitas páginas”, respondió, dispuesta a desovillar nuevos recuerdos enredados en la memoria de su abuelo.

“Posiblemente tras un despiadado y brutal saqueo al que fue sometida la isla por los piratas.”

Se quedó unos segundos pensativa y dijo:

Como ya es sabido, el Libro estuvo durante un largo tiempo custodiado por monjes irlandeses de la congregación a la que pertenecía Freston, bajo los cimientos de la ermita de la isla. Vilmond asegura que estaba envuelto en piel de ballena y atado

cuidadosamente con cuerdas de piel de cordero. Por aquellas décadas se sucedieron desgracias y tragedias. La isla fue sacudida por feroces tempestades y saqueada por piratas procedentes de las costas de Noruega y por berberiscos de los mares del sur de Europa.

Una de las hipótesis barajadas es que el preciado tesoro cayó en manos de bandas de corsarios que ensangrentaron la isla con espadas de *ancha media luna* y escaparon después sin dejar rastro. La ermita fue incendiada varias veces y *arrasada hasta quedar reducida a cenizas*. Algunos restos de naufragios de naves, de maderos y jarcias, y de *astillas de mascarones que aparecen en las playas embistiendo los acantilados rocosos*, hicieron temer al principio que el Libro se había perdido en el fondo del océano...

Sin embargo, en capítulos posteriores el narrador escocés vierte su opinión, que fundamenta en trabajos de investigación, de que el Libro pudo haber sido transportado por alguno de los supervivientes de aquellas tragedias a una isla próxima a Papasey, o escupido por las olas sobre los fiordos del norte, o abandonado a la fatalidad en un islote por entonces desconocido al no estar incluido en la relación de islas que inventarió Faxi Rostro Perplejo, hijo de Ragnar, durante el viaje que hizo circunvalando Islandia.

Todos los habitantes de la isla, especialmente los monjes de la congregación de Freston, se movilizaron en búsqueda del icono. Se organizaron grupos de exploradores que rastrearon sin cesar las playas y los acantilados. Se formaron expediciones a los fiordos del norte. Decenas de embarcaciones vagaron sin rumbo durante semanas por el mar. Unas bordearon la costa de Islandia por el norte y llegaron hasta una isla que se supone, por las descripciones de Vilmond, de *paredes escarpadas*, que es la que hoy se conoce con el nombre de Grimsey. Otras se dirigieron al sur e inspeccionaron los arrecifes de Höfn, y, siempre en paralelo a la costa, se detuvieron en islotes de arenas aún calientes recién surgidos de las entrañas del mar.

Por aquellas fechas, cuenta Vilmond en uno de los pasajes más deslumbrantes, aparece, en una playa de Papasey, el cuerpo, exhausto, pero aún con vida, de un náufrago de tez morena y larga

barba que asegura entre convulsiones haber escapado de un golpe de mar en el transcurso de una gran tormenta que echó a pique su barco, a más de un día de navegación. Su nave se estrelló contra el *abismo humeante y misterioso de una isla sin árboles ni montañas* y de pequeñas dimensiones puesto que él mismo pudo divisar su contorno al completo, ondulado en los bordes y muy arbolado, cuando se lo permitió un rayo en pleno auge de la tempestad. Apenas fue consciente de aquel soplo de vida que lo orientaba hacia la luz, pues al instante sintió un golpe en la cabeza que lo dejó sin sentido, justo en el momento en que se agarraba con fuerza al madero que lo condujo a la playa en la que, ya moribundo, pidió perdón a quienes fueron a prestarle auxilio y les imploró clemencia...

“Tal vez el Libro está en esa isla”, especulé, mientras fijaba los ojos de tal manera en los de Freyja que parecía estar dispuesto a dejarme hipnotizar.

No era ésa la única referencia al naufrago que Vilmond recoge en su diario. Impresionado por la alusión del moribundo al *abismo humeante*, el iniciado narrador insiste en el suceso más adelante. Y así, menciona otra isla surgida del fondo del mar tras una impetuosa erupción volcánica, la cual duró *muchos cambios de luna, muchas noches de invierno y muchas auroras*, por lo que cabe deducir que la formación del islote había sido obra de una violenta emisión de cenizas y otras materias sólidas lanzadas desde el subsuelo marino durante décadas. Vilmond localiza la emersión de esa isla muy al norte de Papasey, *donde Islandia se curva como un arco que tensa su flecha en busca del Polo Norte*.

“En el transcurso de las últimas décadas no digamos siglos”, recordó Freyja, “han irrumpido en los mares de Islandia decenas de islas sin nombre”.

Me sentía atrapado por un cándido entusiasmo.

“¿Es posible que exista una isla en la que el hombre no ha puesto todavía sus pies?”, pregunté.

Freyja respondió con un brillo dominador en sus ojos. “Es impensable, pero no inverosímil. Tendría que tratarse de un pequeño islote, inaccesible desde el mar, surgido después del siglo

XII, o en el transcurso del XIII a lo sumo, que se hundió y luego, años después, emergió.”

“HALLDORA”

Thor Thorgilsson y Roald Sveinsson se conocieron en el verano de 1922 en alta mar, a unas treinta millas al este de la punta Funtur, en el extremo de la península de Langanes, longitud catorce grados, sobre la misma línea del Círculo Polar Ártico. “Seguramente el destino lo había dispuesto así”, dijo Freyja.

Cada uno de ellos iba al mando de su pequeño barco de pesca. Las despensas estaban semivacías, con algún arenque en la del arrastrero de Thor y de bacalao en la del palangrero de Roald. El viento del sur había impulsado al primero, ciñéndose siempre a la costa, hasta latitudes poco habituales para un velero que no alcanzaba los siete metros de eslora.

Por su parte, la embarcación de Roald, más pesada y robusta, con dos tripulantes más a bordo y provista de un motor auxiliar que constituía toda una novedad para la época, se había atrevido a abandonar la plataforma continental de Noruega y a adentrarse en el mar de Islandia desde el extremo más occidental de las islas Lofoten, esto es, desde la costa de Å.

No era la primera vez que ambos se atrevían a este tipo de incursiones, tan lejos de sus fondeaderos y ensenadas de origen. Cuando el tiempo era bueno se dejaban guiar por su instinto de buenos conocedores del mar en busca de islas remotas e ignoradas, sin que les importara la distancia ni el temor a que en ellas se despertaran volcanes dormidos.

Thor había llegado a rebasar, muchas veces, la línea del Círculo Polar Ártico, sobre la cornisa insular del norte y en dirección al oeste; hasta en una ocasión llegó a divisar la meseta en alto de la isla de Grimsey. Por su parte, Roald, guiado por el mismo afán explorador, había rastreado el brazo de mar entre las islas Lofoten y el este de Islandia, siempre aprovechando sus largas jornadas de

pesca, pero nunca había llegado tan lejos de la costa noruega como en esa ocasión en la que oteó, en el horizonte, la estela del barco de Thor.

Corría el mes de julio, los días se hacían eternos y los vientos cálidos del sur habían barrido las nubes del océano. Cuando Roald divisó el barco de Thor, con todas sus velas desplegadas, ligeramente escorado a estribor, calculó que le separaba de él casi una milla. A través del catalejo, le llamó la atención su destreza navegando de bolina, para escamotear la oposición del viento, y que hubiera largado el aparejo. Desconocía que para Thor la pesca tenía sólo un valor relativo, por no decir que no le importaba regresar sin un solo arenque en la despensa de su arrastrero. Los arenques eran el sustento de su cuerpo, pero las salidas al mar le alimentaban la esperanza de encontrar la isla de la que hablaba el manuscrito de Vilmond que ahora era suyo.

Esa búsqueda se había convertido en su obsesión desde hacía muchos años. La llevaba en la sangre. A Roald le sucedía lo mismo. No le dejaba indiferente la pesca del bacalao, por cuanto que, gracias a ella, podía mantener a su familia en Å, pero era el misterio del mar, el lenguaje de las aves que lo cruzaban, lo que llenaba su vida de nuevos sueños. Esa fuerza dominadora fue la que le estimuló a agudizar la visión ante aquel velero que navegaba con la ligereza de una pluma provista de voluntad e inteligencia: un impermeable amarillo cubría el cuerpo del hombre, de larga barba, que manejaba el timón, en cuya proa se divisaba, a modo de una escultura tatuada sobre el mismísimo foque hinchado por el viento, la silueta blanca, con manchas negras, de un ave de gran tamaño que, inicialmente, le pareció un pingüino. Imposible que fuera un pingüino, pensó. ¿Sería la cabeza de un pájaro esculpido en el mascarón de proa? Pronto saldría de dudas. Roald centró aún más el cristal de aumento, y tras varios segundos de atenta observación, se atrevió a identificar al ave como un ejemplar de alca imperial, pero de inmediato le sobrevino una gran duda, pues sabía, como experto ornitólogo que era, que las alcas imperiales habían desaparecido del planeta hacía años, y que precisamente fue en Islandia donde pudieron verse los últimos ejemplares de la ya extinta especie.

Su doble convicción de que no se había equivocado en el diagnóstico de su golpe de vista, ni sobre la fatal suerte de aquellas hermosas aves marinas, le hizo poner rumbo al velero hasta situar su embarcación a tan sólo unos metros a babor de la de Thor Thorgilsson, y tanto se aproximó que éste, sorprendido por la temeraria maniobra — llegó a sospechar que se trataba de una acción de abordaje en toda regla—, agitó su brazo y luego bramó contra el aire de cara preguntando al intruso navegante qué ocurría, qué estaba haciendo, al borde de la ira.

Al ver la reacción de protesta del diestro pescador, Roald cedió el timón a uno de los tripulantes y se encaramó sobre una de las traviesas del puente del palangrero para hacerse escuchar mejor:

“¡Sólo quiero saber si es un alca imperial!”

A pesar de la escasa distancia que los separaba, su voz se escuchó al otro lado varios segundos después, como si entre ambas embarcaciones se hubiera interpuesto un muro invisible. Thor Thorgilsson cambió de semblante y asintió de manera aparatosa mientras soltaba lentamente el cabo de las relingas. El viento palmoteó en el trinquete y el velero cabeceó entre los rizos del mar como un caballo tras una galopada. Con el barco casi detenido y a merced de la suave zozobra de las olas, Thor Thorgilsson se llevó a la boca la mano libre del timón y liberó un cortante y largo silbido en dirección a la proa de su barco: el bello álcido movió el cuello; una fina lluvia des- pedida por la lona de la vela empapó el lunar ovalado junto a su pico; sacudió la cabeza; luego, abandonó su puesto de vigía en proa y se dirigió con torpeza a popa hasta situarse junto al patrón para dejarse acariciar por él.

Con su mano izquierda sobre la testuz del orgulloso pájaro, Thor dirigió sus ojos hacia la posición de Roald, que lo observaba atónito desde el puente del palangrero, y gritó con orgullo:

“¡Se llama “Halldora!”

Los dos barcos se rozaron de costado. Los dos hombres se observaron desde las cubiertas zarandeados levemente por las olas.

Desde ese momento, las embarcaciones de Thor Thorgilsson y de Roald Sveinsson siguieron el mismo rumbo hacia el sur, y cuando el sol de medianoche barnizó el cielo con tintes violetas y anaranjados, Roald abordó al velero de Thor, subió a bordo y le hizo

a éste compañía durante el resto de la travesía. Ambos se acomodaron junto al timón, turnándose en el mando varias veces. Y así estuvieron largo rato, admirando sus respectivas perplejidades, como si hubieran estado aguardando, desde hacía mucho tiempo, su aparición. Durante los días que siguieron no dejaron de hablar. Las palabras que intercambiaban removían rocas del fondo del mar, iluminaban estrellas ocultas, se desintegraban en la noche como meteoritos y resurgían como estrellas recién descubiertas.

Al amanecer, divisaron los acantilados de Papasey. Después de amarrar sus barcos en los restos del embarcadero más al norte que había en la isla, en la hendidura de un puerto natural, Thor invitó a Roald y a los otros dos pescadores del palangrero a comer y a pasar el día en su cabaña de las ruinas junto a la iglesia. Al día siguiente, y después de salar y enhielar la escasa carga de bacalao almacenada en la despensa, los dos tripulantes emprendieron viaje de regreso a las islas Lofoten. Antes de partir convinieron con Roald en que regresarían cuarenta días después para recogerlo, pues él había decidido permanecer ese tiempo junto al hombre que había amaestrado a la última alca imperial del planeta y era portador de grandes secretos que deseaba conocer.

Hacía pocos meses que Roald había cumplido los veinte años. Thor había rebasado los cincuenta.

“Mi abuelo me contó esta historia cuando yo era niña”, dijo Freyja.

“Es asombrosa”, respondí.

“Resulta increíble, sí —dijo Freyja—. No había año que no me la contara de nuevo. Y conforme crecía, le hacía cada vez más preguntas sobre su estancia en la isla. Cuanto más sabía, más deseaba averiguar sobre aquella amistad con el hombre que llevaba de timonel un alca, como supongo que ahora te sucede a ti.”

“¿Permaneció en la isla esos cuarenta días?”

“No fue la única vez que Thor y Roald se vieron en la isla. Lo hicieron muchas veces desde entonces y sólo espaciaron sus encuentros cuando el paso de los años mermó sus energías y se vieron forzados a abandonar sus salidas al mar, quiero decir sus largas travesías... Incluso lograron verse durante la Segunda Guerra Mundial, pese al cerco de la marina de guerra alemana. Las

Lofoten quedan muy cerca de Narvik, el puerto que empleaban los alemanes para transportar el hierro que se extraía de las minas de Kiruna, en el norte de Suecia, y los nazis extremaron la vigilancia costera. Pues bien: aun así pudo mi abuelo apañárselas para verse con Thor en alta mar...”

“¿Visitó alguna vez Thor a tu abuelo?”

“¿En Å?”

“¿Dónde, si no?”

“Lo hizo al menos un par de veces. Lo recuerdo como un hombre muy austero y tímido. Con una barba que le llegaba casi a la cintura. Su presencia me causaba, al principio, temor, sobre todo cuando me sentaba sobre sus rodillas y me acariciaba la cara con sus manos agrietadas y sus dedos largos como espadones. Un día me contó la historia de “Halldora”.

“¿La hija de Urlhe?”

“También. Pero a la niña de entonces le interesaba más la historia de la última alca imperial. Cuando “Halldora”, el alca, murió, Thor Thorgilsson desplumó su cuerpo y arrojó al mar, una a una, sus plumas, y de cada una de ellas creció un alca, la cual, a diferencia de las aves de su especie, sabía volar, y todas ellas se unieron en un punto del horizonte, y cuando parecía que se habían perdido en la distancia, surgió en el aire un gran búho níveo que planeó sobre el mar y se posó sobre una isla en la que acababa de nevar y en la que miles de alcas festejaban con sus graznidos que pudieran volar con la destreza de los halcones...”

“¿Y de qué hablaban durante todo ese tiempo?”

“Puedes imaginarlo. Cada uno de ellos guarda un manuscrito que demuestra la existencia del otro. Se conocieron y se descubrieron como pertenecientes a una gran saga familiar cuyos orígenes coinciden con los del nacimiento de Islandia. Los dos poseen el mismo instinto que los hace sabios. Algunas veces he pensado que Roald y Thor son la misma persona, la misma mente que guarda los secretos más recónditos.”

Un leve movimiento de mis párpados hizo que Freyja detuviera su discurso. Crecía mi estupor y necesitaba respirar.

“Lo siento...”

“Son los últimos supremos sacerdotes de un mundo ya extinguido. Sus encuentros eran ceremonias que se prolongaban en los silencios de sus soledades. En la gruta del acantilado y en el espigón de Å... Para ellos no existe la distancia que separa esos dos extremos. Son una misma conciencia. Cuando interpretan las palabras de los libros que poseen, esperan la aparición de señales reveladoras. Sus voluntades persiguen un único afán, una especie de objetivo sobrenatural.”

“*El Libro de las Páginas Infinitas.*”

“Hallar el Libro y restaurar las leyes de la naturaleza y sus misterios accesibles. Pero les coarta el temor.”

“¿Miedo?”

“Al instinto depredador de los poderosos. Ya conoces algunos de sus rostros. Todo lo que hay detrás de sus argumentos, tan razonables a simple vista, incluso de sus gestos aparentemente altruistas, no son más que amenazas. Pretenden incautarse del último legado de misterio que aún pertenece a los sueños del hombre. Si lo consiguieran, la vida no tendría ya valor. Se habría acabado la utopía...”

“Deduzco en lo que me dices una contradicción.”

“¿Una contradicción?”

“Tus conferencias. Tus investigaciones...”

“Entiendo lo que quieres decir.”

“Tu generosa dedicación a esclarecer ese enigma lo que hace en realidad es ayudar a difundirlo. Así es como se despiertan las ambiciones de los demás...”

“Roald me lo ha reprochado en alguna ocasión. Estoy convencida de que hago lo que tengo que hacer. No quiero vivir en una gruta en compañía de alcas imperiales que mueren porque no saben volar. Mi primera obligación es demostrar que el *Libro de las Páginas Infinitas* no es una utopía. Mis antepasados creyeron que era un milagro porque desconocían las teorías que lo explican. Ellos eligieron el camino de la soledad y del sufrimiento. A mí no me asusta el mundo. Sé que los otros acechan, pero yo les impediré...”

“¿Los otros?”

“Los amos. Los ambiciosos. La insaciable codicia de los bancos y de las multinacionales. La arrolladora seducción que la ciencia

provoca en el dinero. La naturaleza ha dejado de imponer su ley al hombre; ahora es el hombre quien pretende dominar a toda costa la naturaleza.”

Todos los gestos de Freyja me parecían incruentos. Todas sus palabras estaban traspasadas de benignidad. El mundo era tal como ella lo imaginaba.

“¿Crees que veremos algún día el Libro?”

Freyja volvió a sembrar en su sonrisa nuevas impaciencias.

“Tendría que ser el propio Thor Thorgilsson quien responda a tu pregunta.”

DJÚPIVOGUR

Mis instrucciones al capitán Torres fueron precisas. Le había llamado por el móvil, antes de abandonar el restaurante de Hjalti, y le ordené que tuviera el avión dispuesto para emprender vuelo esa misma tarde.

Nuestro destino era Egilsstadir, en la costa oriental de Islandia. “Me acompaña una persona”, le informé. Le dije también que avisara a Rosana y que esta gestionara en mi nombre el alquiler de un todoterreno para disponer de él en el mismo aeropuerto.

“No creo que mi regreso a Egilsstadir se demore más de veinticuatro horas; me esperaréis, pues, y volaremos a Akureyri, donde dejaremos a la persona que me acompaña, y luego regresaremos a Reikiavik.”

Torres me preguntó si había decidido el día en que regresaría a casa, y le contesté que dispusiera todo lo necesario para volar a Madrid nada más concluir el viaje que le proponía. Me esforcé por emplear un tono afectuoso; supongo que a él le pareció todo muy sorprendente.

Me disponía a guardar el móvil cuando Freyja me lo pidió para llamar a su hermano.

“Tendrá que ser él quien prepare mi equipaje”, dijo, contrariada.

Marcó de memoria el número y aguardó. Hablaron en islandés. Estaba agobiada.

“No te preocupes; el avión no sale hasta que yo llegue”, le dije.

Mientras hablaba, reparé que no habíamos reservado hotel, y le sugerí que le dijese a su hermano que se encargara de hacerlo: “La localidad costera más cercana a la isla de Papasey es Djúpivógur”, comentó. Yo carecía de información al respecto. Cuando terminó de hablar, me dijo:

“Jónas se encargará de buscar hotel; por cierto, me ha dicho que hará lo imposible por vernos mañana por la mañana en el puerto de Djúpivogur. Intentará llegar en coche. Tendrá que conducir toda la noche. Si lo consigue, nos acompañará en la visita a la isla. Está deseando hablar con Thor Thorgilsson sobre el avistamiento del búho níveo.”

El hotel Borg quedaba cerca de “Los Tres Abrigos en Casa de Hjalti”, así que decidimos caminar. Lo hicimos en silencio y yo la sujeté del brazo. Fue la primera vez que ella admitió mi atrevimiento con toda naturalidad. Hjalti nos vio marchar a lo largo de la calle vacía y protegida por un sol que se derretía en los cristales de las ventanas como si fuera mantequilla en estado semilíquido.

En la plaza Austurvöllur seguía sonando el violín que tocaba la mujer invisible de cabellos rubios. Escuchar aquella música me causó la impresión de que no había pasado el tiempo. En realidad, sólo habían transcurrido unas horas. Y, sin embargo, tenía la sensación de haber salido de un pozo en el que había estado atrapado toda la vida.

Ya en el hotel, subí a la habitación, improvisé un equipaje de mano y bajé por las escaleras para encontrarme de nuevo con Freyja, que aguardaba junto a un taxi.

La estuve observando camino del aeropuerto: no se movía ni un solo músculo de su rostro, pero seguro que en su interior se agolpaban sensaciones a las que no quería atender. De haberlo hecho habría considerado seguramente que se había precipitado en su decisión de viajar a Papasey con un margen de tiempo tan exiguo que ponía en riesgo su comparecencia en la universidad de Akureyri. Le dije que no se preocupara, que llegaría a tiempo de dar la conferencia.

Creo que estuvo a punto de revolverse contra mí para anunciarme que desistía, pero la identificación de la silueta de Jónas, a menos de doscientos metros, en la fachada principal del aeropuerto, con un maletín en la mano que ella reconoció como el suyo, dispersó su pensamiento de arrojar la toalla. Apenas pudo intercambiar un par de frases con Jónas, entre otras razones porque yo me ajusté a un premeditado y riguroso intercambio de saludos

con el biólogo; sabía que un segundo de más podía dar pie a que Freyja cambiara de opinión sobre el viaje, así que fui al grano, sin preámbulos: le pregunté a Jónas si había encontrado hotel frente a las costas de Papasey, me tomé nota del nombre (“Hotel Sandvik, a poco más de cincuenta kiló- metros de Egilsstadir”), y lo empecé a vernos de nuevo al día siguiente en el embarcadero de Djúpivogur.

“Me encantaría que acudieras”, dije.

Mientras, de pie, Freyja comprobaba que llevaba todo lo que necesitaba dentro del maletín que Jónas le había entregado.

Supe que el tiempo estaba de nuestra parte cuando descubrí a Emiliano Torres y a Rosana Buhigas junto a una gran puerta de cristales. Freyja también levantó la cabeza y cayó en la cuenta de que no podían ser más que el piloto y la azafata. En realidad, no tuvo tiempo para pensar en otra cosa, pues la agarré con fuerza del brazo y pegué un tirón. Emiliano leía con desigual interés varios folios enganchados con una pinza a una carpeta. Rosana, uniformada con un traje de chaqueta rojo, agitaba en el aire dos cartulinas de plástico.

Les presenté a Freyja como “la doctora Sveinsson”, sin más explicación. No hubo ninguna pregunta, ni gestos equívocos, salvo en el momento en que el Capitán Torres se quitó la gorra y recogió entre sus manos la de la recién llegada para besarla. Fue un acto de cortesía ritual, muy a la española, mientras me observaba de reojo. Meses más tarde Freyja me confesaría en Madrid: “Creí adivinar una ráfaga de picardía en los ojos del capitán.”

No le di tiempo para indagar en las intenciones del piloto, pues, sin pensarlo, la atraje hacia mí, como si fuera la pieza exclusiva de un museo al que sólo yo tenía acceso, y la besé en los labios. Una sombra gélida paralizó el semblante de Freyja, pero su perplejidad se diluyó cuando mis ojos se empañaron: quería convertir aquel arrebato en una súplica de perdón.

Como si nada hubiera ocurrido, el Capitán Torres giró la vista hacia el hangar donde estaba estacionado el avión que se disponía a pilotar hasta Egilsstadir.

Afuera, rugían los motores del Falcon.

Al pie de la escalerilla esperaba Damián Vignals, el piloto auxiliar. Al abrir la puerta que daba acceso al exterior, Rosana se

llevó las manos a los oídos, sin poder evitar una sonrisa. Yo adiviné en sus ojos un escorzo malicioso, pero mi respuesta gestual fue tajante: nada de lo que había visto, o escuchado, debía incluirse en la agenda de sus mil horas de vuelo atendiendo a uno de los más poderosos banqueros españoles.

Freyja y yo nos sentamos en la cabina del avión uno frente al otro, y nada más hacerlo nos observamos con expresiones de impaciencia controlada. Nuestras miradas se rozaban como las de dos seres invisibles que no se reconocen y se interrogan: qué sabían el uno del otro, qué hacían allí; quiénes eran en realidad y por qué se mostraban tan aparentemente impasibles. No éramos dos extraños, sin embargo. Nuestros cuerpos no eran diferentes a los demás y estaban dotados de una sustancia especial que los hacía hipersensibles y únicos. Desde el momento en que nos conocimos, habíamos sabido que existiría un instante que nos confinaría en un círculo cerrado y a solas, ante espejos dominadores y llenos de dudas. Ese instante había llegado.

Al cabo de un rato, vencida ya la inercia que nos hacía volátiles, giramos las cabezas en busca del espacio plano, hacia el otro lado de las ventanas ovaladas de la aeronave, como dos gatos huraños que están dispuestos a dejarse someter siempre y cuando ellos decidan el lugar y el momento.

A velocidad vertiginosa, nuevos pensamientos se estaban instalando en nuestras mentes. Con el estruendo inicial del reactor se había activado en nosotros un tipo de perplejidades que en nada se parecían a las de los relatos de la Saga del Búho Níveo. Pausas ensoñadoras, abrumadas por una incitación a lo abstracto, al instinto, al deseo de poseernos para conocernos mejor en el único terreno en el que el hombre y la mujer son infalibles.

No nos hablamos durante varios minutos, sólo huíamos de nuestros mínimos asaltos. Y fue bastante después de que el avión despegara cuando creímos que entrábamos en un universo diferente que tenía que ver con nuestros cuerpos y sentidos. De improviso, sin ningún gendarme a la vista, cruzamos la frontera que transforma a los hombres y mujeres en criaturas a merced de sí mismas, y nos agradó verificar el cambio del paisaje: el nuevo era más material y más salvaje, y al fondo, entre bosques de árboles de

copas rizosas, se abrían recónditos golfos de playas cálidas y lechos de arena amarilla.

Nuestros poros se habían abierto sin saber cómo ni por qué, y a nuestras pieles les había bastado el roce de los tejidos —el del pliegue de mi pantalón con el dobladillo de la falda de ella, las puntas de los zapatos al tropezar en el suelo— para detectar en el otro una súbita agitación, algo parecido al chasquido de las hojas del otoño bajo los pies: la emoción vieja y eterna del deseo había sido felizmente hallada en la gélida tundra del aire de Islandia.

Era inútil que Freyja intentara ocultar el levísimo temblor que empezaba a latirle en el pecho, y que yo me metiera las manos en los bolsillos para evitar sentir el despunte del cambio que empezó a bullir en la Ciudad Vieja de Estocolmo; aquel imperceptible fragor en las yemas de los dedos. Nos había llegado la oportunidad de descansar en playas solitarias, de sentirnos frágiles uno frente al otro, adolescentes.

El avión zumbaba en el aire como un gigantesco catamarán a merced del viento. Rosana, la azafata, había descorchado una botella de cava. Levanté mi copa ante los ojos de Freyja, cuyo rostro, aún vacilante, apenas podía contener los pensamientos de reconocerse, felizmente, atrapada de nuevo. Cruzaba el cielo de Islandia en el avión de alguien que la contemplaba como a una diosa. Todo conato de resistencia era inútil. A estas alturas del lance sólo le cabía convertir su imprudencia en un irresponsable optimismo. Yo me había subido las mangas de la camisa, mi pelo se había desgredado; me sonrió abiertamente. El descaro que despuntaba en sus ojos anunciaba que no quería renunciar a los momentos inciertos que anunciaba la interminable anochecida.

Nuestros pensamientos se detuvieron cuando sobrevolamos la llanura del glaciar Vatna, que parecía arrastrarse bajo las alas del avión como una gran medusa blanca surcada por cientos de cicatrices grises. Discurrieron unos minutos de plena lasitud que nos envolvió el cuerpo a modo de una tela de seda. Y sólo cuando la visión del glaciar dio paso a la de los acantilados de la costa y a la de decenas de nubes móviles de frailecillos que oscurecían la rocosa línea de las playas, salpimentándolas con el rojo de sus

picos y el negro electrizante de las alas, Freyja creyó que había llegado el momento de tocar con los dedos y su voz el último vestigio de la realidad que habíamos abandonado. Así que hizo un esfuerzo para orillar los restos de su aturdimiento y, clavando sus ojos en los míos, me habló como si me interrogara ante un juez, recelosa y altiva.

“¿Qué sucederá después?”

No esperaba su pregunta, y menos en ese tono.

“¿Después?”

“Cuando todo esto termine. Cuando concluya la visita a Thor y tu avión me deje en Akureyri, y tú regreses a España.”

“Después...”

“¿Acaso no habías pensado en que todo esto tiene que terminar?”

“No.”

“¿De veras que no lo has pensado?”

“Para mí, todavía no ha empezado.”

“Todo habrá terminado mañana.”

“Bien... Pero no lo creo.”

A Freyja le temblaba la voz. Me incorporé del asiento e hice cuanto pude por aproximarme a ella, alargando mis manos para posarlas sobre las suyas, frías. Rocé después sus brazos, sus mejillas, en las que el sol había depositado dos huevecillos, como de codorniz, de color rosado.

“Vuelvo a preguntarme...”

“Qué.”

“Lo que sucederá después.” “Te buscaré.”

“¿Me buscarás? ¿Dónde?”

“En Madrid. En Å. En Akureyri o en Groenlandia. En cualquier lugar del mundo en que te encuentres. Me conducirá mi avión o vagaré en solitario hasta descubrirte.”

“¿Estás seguro de lo que dices?”

“Aunque desaparezcas en el océano sin fin, te encontraré.”

El avión empezaba a planear. El paso de algunas nubes turbó el resplandor del cielo, pero pronto volvió todo a la normalidad.

Cuando escuchamos la voz de Emiliano Torres, por el telefonillo interior, anunciando que se disponía a aterrizar, Freyja suspiró

hondo. Desde la meseta del glaciar, el reflejo anaranjado del atardecer la deslumbró y prestó a su rostro el lustre de las porcelanas chinas. Basculó el cuello hacia el interior de la cabina porque esta vez sí quería someterse a la prueba de adivinar lo que a mí me pasaba por la cabeza.

Empezaba a estar segura de todo lo que yo era capaz de imaginar con tal de estar junto a ella. Tal vez le asustaban mi propia audacia y mi convencimiento de que seguiría su estela dondequiera que fuese, hasta *encontrarla*. “En el fondo, estaba conmovida”, me confesó en cierta ocasión, en su apartamento de Alcalá: nuestros cuerpos desnudos, fatigados, sobre la alfombra roja, junto a la chimenea encendida.

Tomamos tierra cuando el sol arañaba de costado la gran meseta helada. El contacto del astro con la superficie del glaciar desprendía una chispa alargada que luego se desvanecía sobre el hangar del aeropuerto de Egilsstadir.

Nada más bajar del avión, el empleado de una empresa de alquiler de coches nos acompañó hasta un Toyota estacionado junto a la puerta de cristales que accedía a la gran nave de la Terminal.

Me sentí un extraño cuando me puse al volante del vehículo. No recordaba el tiempo que hacía que no conducía. A Freyja le resultaron torpes mis primeros movimientos, mis dudas acerca del rumbo a tomar en aquel páramo surcado por la cicatriz de la carretera. Fue ella quien me orientó en los primeros kilómetros. Yo había memorizado el nombre del hotel que me dio Jónas. Freyja echó un vistazo a un mapa que estaba en la guantera del coche: “Hotel Sandvik, a la derecha y después todo recto”.

Me sobrecogió la devastación del paisaje. Ella me observaba con una extraña fijeza. Alargó su mano hasta rozar mi frente. Luego me acarició la nuca con los nudillos de sus dedos. Me tranquilicé. La carretera era muy estrecha, con tramos de tierra. Después de subir por un empinado terraplén entre paredes cortadas a pico, como en un desfiladero, el coche se adentró en un llano que parecía no tener fin. Conforme avanzaba, la soledad envolvió el paisaje hasta el extremo de convertirlo en un desierto de piedras negras y grises, sin un solo accidente en el terreno, sin casas ni señales de vida, sin aliento, casi sin aire. Ni un vehículo, salvo el que yo conducía, ni un

ruido, ni un pájaro, ni un árbol. La misma sensación de indefensión que en la travesía del Langjökull. Estábamos solos. Encerrados en una inmensa caja de paredes azules y llena de una luz tibia, sorprendidos por el anillo del sol, de perfil cada vez más rotundo y anaranjado, que empezaba a rozar la línea del horizonte. Nunca había experimentado una sensación tan pletórica. Sólo se escuchaba el ronroneo del motor. Bajé la ventanilla. Ella seguía acariciando mi nuca, con la mirada puesta en mis labios, en mi nariz, en mis ojos, atenta a mis reacciones mínimas. Yo sentía el movimiento lento de sus dedos sobre mi piel, en el cuello, en la muñeca. La intensidad de su respiración. De repente, aminoré la velocidad del coche, pulsé el mando del techo corredizo y le dije a ella que sujetara el volante:

“¡No lo sueltes!”, grité.

Me estiré cuanto pude hasta sacar la cabeza por el hueco del techo. El viento alborotó mi pelo y la luz helada que llegaba del lejano glaciar Vatna bañó mi cara con un barniz de hielo fundido.

“¡Ahhhhhhhhhh!” —aullé en medio del vacío.

Mantuve un rato la cara al viento, gritando, hasta que el coche, sin la presión de mi pie sobre el acelerador, se detuvo. Ya exhausto, recuperé la posición junto al volante, inspiré hondo varias veces y dije, mirando a Freyja:

“Nunca fui más feliz en mi vida.”

Entré en el coche y la besé. Sus labios húmedos. Su lengua grácil. Volví a pisar el acelerador y a seguir la línea recta del asfalto que parecía conducir a ninguna parte. Creía que nos habíamos perdido.

Casi una hora después, esa misma fue la impresión que tuvo el director del hotel Sandvik.

“Pero ¿dónde se han metido?”, vociferó al vernos aparecer con las maletas, la cabeza de Freyja descansando en mi hombro, yo abrazando su cintura.

“Siempre estuvimos localizables, señor”, dije. “¿Dónde?”, insistió el director, aún más excitado.

“En el espacio.”

Y simulé el vuelo de un avión.

El director del hotel forzó un gesto de abatimiento. Permaneció callado unos segundos, nos observó con meticulosidad y a renglón seguido explicó con cierto pesar que intentó localizarnos en vano durante todo el día para anunciarnos que la reserva estaba anulada.

“¿Anulada?” —pregunté, tenso.

“¡Ohhh!”, se quejó el director echándose las manos a la cabeza. “Cuando la empleada habló con un tal Jónas Sveinsson, en el momento de formalizar la reserva, creyó que quedaba libre una habitación doble, pero en realidad el hotel estaba completo... Lo siento.”

“Lamento el error de su empleada, pero nosotros no nos hemos perdido”, intervine.

“Intentamos localizarles... Hablamos primero con el señor Sveinsson. Telefoneamos a todos los hoteles conocidos en cien kilómetros a la redonda preguntando por el señor Bulnes. Usted, imagino. A la oficina de turismo del parque de Skaftafell, por si el nombre aparecía en el listado de alguna excursión a los glaciares. En ningún sitio supieron darnos razón de ustedes.”

“¿Entonces?”

“No puedo dejarlos en plena tundra, desde luego.”

“Usted verá.”

Freyja sonreía. Su rostro flotaba ingrávido.

“Aguarden un momento”, dijo el director.

Se agachó y removió el interior de algún estante bajo el mostrador del que extrajo un juego de llaves que inspeccionó con atención. Las arrojó sobre el madero y las observó como si fueran joyas de bisutería.

“No puedo fallarles”, repitió, condescendiente. “Así que les ofrezco para pasar la noche una cabaña de mi propiedad que se encuentra a unos cuatro kilómetros del hotel. No les puedo servir allí la cena, ni el desayuno; tampoco hay comida en el frigorífico. Les podemos preparar algo de fruta, si lo desean. Y si les apetece cenar en nuestro restaurante, tendrán que desplazarse... La cabaña es muy confortable y está muy cerca. Algo solitaria, eso sí. No hay una vivienda en cuatro kilómetros a la redonda. A cambio, gozarán ustedes de un paisaje único, sobre el fiordo. Y, a sus espaldas, verán el sol de medianoche.”

Después de aprovisionarnos de abundante fruta y agua, emprendimos la marcha. Seguimos las indicaciones del director del Sandvik y pronto descubrimos, sobre una colina achatada, la cabaña de madera, como una corona sobre la barriga de un oso dormido. Había una claridad a dos luces enfrentadas que se fundían justo en el camino por donde avanzaba el Toyota. Una llamarada ciega llegaba del mar. Desde la parte opuesta, el anillo del sol soltaba pompas de color violeta que no se rompían y hacían brillar los cantos negros de las piedras. Encendí la luz larga del vehículo. Saltaron, histéricas, varias docenas de gaviotas. Junto al camino, se alineaban matorros de flores amarillas, pequeñas como abejas. Los ojos deslumbrados de un zorro quedaron impresionados unos segundos sobre el parabrisas. Al fondo, un fiordo recogía su faldón de agua negra. En una de sus laderas empezó a moverse, al final del haz de luz, la piel de la tierra. Sobrecogido, aminoré la velocidad.

“Los faros del coche han despertado a las focas”, dijo Freyja. “Arrastran su pelaje sobre las rocas. Están muy lejos, al otro lado del fiordo. Son las mismas que retozan en Papasey. A veces cruzan el canal...”

Sentí su aliento en mi frente. Nuestros cuerpos parecían flotar dentro del habitáculo del coche. De vez en cuando, torcíamos los cuellos para buscarnos con los labios entreabiertos. En uno de esos movimientos, Freyja empezó a deshacer con lentitud su trenza. Respiró hondo, dobló hacia atrás el cuello. Entonces, la imaginé desnuda y creí que mi cuerpo se deshacía en su propia ligereza.

Entramos en la cabaña abrazados y, sin encender las luces, nos besamos en el pasillo iluminado por el sol de medianoche. Ella desapareció tras de mí, mientras yo abría la puerta que daba al porche desde el que se divisaba el vientre del fiordo, con el mar remansándose en el último destello del sol que reptaba por las colinas como un ciempiés transformado en una niebla sedosa. La busqué en el interior de la cabaña y vi su escorzo desnudo en un espejo.

Anduve unos pasos a lo largo de la barandilla: toda la naturaleza se había recogido en un silencio hechizante. El temblor que, de repente, me recorrió el cuerpo no me llegó de la tierra, ni de la luz

de la noche, ni del mar. Sobrevino al contemplarme a mí mismo en las aguas del piélago que se extendía más allá del fiordo.

Cuando más deseaba buscar mi propia sombra entre las texturas del paisaje, entregado a la nueva tierra, sentí la mano de Freyja en mi hombro. Me volví y la vi desnuda, con el pelo suelto, larguísimo, flotando como un mar de algas doradas en el fondo del espejo. Un batín blanco, perfumado de sándalo, se había deslizado por su espalda hasta enrollarse a sus pies. Hubo un eclipse de luz cuando rozamos los cuerpos.

Ella, impasible como el mar amansado en el fiordo, empezó a desnudarme. Desabrochó mi camisa, buscó con sus manos mi pecho palpitante, lo rozó con sus labios. Sus dedos buscaron mi sexo. Toda la emoción de la vida me llegó de golpe.

El mar penetraba la tierra hasta el anillo del sol que reproducía la luz de los diamantes, y nuestros cuerpos se mecieron en la marea que no cesó en toda la noche de subir y de bajar siguiendo los deseos de un dios oculto que pretendía imitar el movimiento de los amantes.

Yo dormía y ella despertó, o tal vez fue al revés. Su piel blanca y suave se separó de la mía. Se incorporó sobre la cama y me dijo con acento dulce y evocador:

“Cuando dos amantes se aman, cambia el mundo. Todo cambia, porque son ellos los que cambian.” C

Cerré los ojos y sentí que sus palabras se abrían paso dentro de mí y se perdían para reaparecer después. La abracé. La luz se había detenido en el marco de la ventana como un charco de leche helada.

“Creía que nunca iba a llegar este momento”, dije.

“¿Por qué?”

“Me avergonzaba como un adolescente cuando pensaba en ello. Pero lo deseaba con toda mi alma.”

“Conseguiste lo que querías, una vez más.”

“Ahora es cuando realmente lo sé.”

“Unas horas antes de marcharte.”

“Lo importante no es saber que te vas, sino que estás a punto de regresar.”

Freyja ladeó su cabeza para besarme. Posó sus manos sobre mi frente y me acarició el pelo revuelto.

“¿Nos veremos de nuevo?”

“En Madrid.”

“¿Cuándo?”

“El mismo día que vuelvas a España.”

“¿Dentro de una semana?”

“En una semana.”

“Tal vez sean diez días.”

“Diez días. Resistiré.”

“¿Sigues interesado en invertir en sueños?”

“Más que nunca. En los tuyos.”

“¿Y de veras crees que todo esto tiene sentido para un hombre como tú?”

“Tu vida es la que tiene sentido para la mía.”

“¿Estás seguro?”

“He vuelto a nacer.”

“¿No será una locura?”

“También es una locura.”

“Me da miedo que lo sea.”

“A mí no.”

“No sé ni los años que tienes.”

“¿Te importa?”

“No sé nada de ti, Alonso. Déjame ver el otro lado de tu sombra... Creer que soy tan audaz como tú. Quiero saberte de memoria...”

“Cinco días.”

“¿Cinco días?”

“Nací en el momento de verte.”

“No puedo evitar las dudas. Las emociones de este momento pueden dar paso a los días de siempre, y todo habrá concluido.”

“No temas. Mi tiempo empieza ahora.”

“Estás tan convencido de lo que dices...”

“Tanto como de amarte.”

Habíamos dejado las ventanas de la cabaña abiertas para que entrara el nuevo día. Aún abrazados, el sol de medianoche seguía cubriendo nuestros cuerpos con un velo pálido. De nuevo el mar y el

cielo se soldaron en una aleación química perfecta. Nuestros pensamientos vagaban dentro y fuera de la cabaña, envolvían la colosal y afligida tierra. Nada se movía, ni la brisa. Sólo nuestros alientos propagaban la vida e impregnaban nuestra piel de electricidad. A lo lejos, las manchas grises de las focas se arrastraban, tal vez también se apareaban.

RUNOLF

La niebla impedía ver las fauces del fiordo tragándose el mar. Todos esperábamos que emergiera de nuevo la isla de Papasey, a la que ya habíamos avistado a lo lejos, pero desapareció y nos sobresaltó un golpe de inquietud. Nada más iniciar la travesía en el *Keflavik II*, el patrón del barco nos ofreció una manta a cada uno. El mar estaba en calma y la brisa sorprendía de tan helada que llegaba desde el muro de la bruma.

Jónas rehusó utilizar la manta, pero Freyja y yo sí usamos las nuestras; nos sentamos en una de las bancadas, junto al puente, y nos cubrimos las rodillas, entrelazando las manos por debajo. Cuando nos mirábamos creíamos ver en nuestros ojos todas las auroras y crepúsculos de la tierra.

Yo había alquilado el arrastrero en el puerto de Djúpivogur esa misma mañana, a primera hora. Era un barco de pesca de bajura, de unos doce metros de eslora, convertido en nave turística, con asientos barnizados y mesas en cubierta para poder comer. Su capitán se había presentado a sí mismo poco antes de zarpar. Se llamaba Einar y llevaba en el oficio desde hacía más de veinte años. En realidad, se había pasado toda la vida en el mar.

Su padre era pescador de arenques y él también lo fue, “pero era muy duro aquello, demasiado duro”, explicó antes de desaparecer en el interior del puente para poner en marcha el motor de la embarcación. Había sobrepasado los sesenta y tenía una cicatriz vertical en la frente que disimulaba bajo la visera de una gorra de lana. Tras las maniobras de desatraque, abrió la portezuela de la cabina y nos preguntó: “¿No serán ustedes del gobierno?”

Todos nos extrañamos por la pregunta, sobre todo Jónas, que se puso de pie y se aproximó al puente:

“No, no somos del gobierno; ¿sucede algo?”, inquirió en un tono de voz que infundía respeto.

Einar se rio:

“Perdonen; pero lo pregunto porque en los últimos años han pasado cosas muy extrañas en la isla.”

Einar parecía un tipo extrovertido y a su rostro se asomaba permanentemente una sonrisa estereotipada. Hizo una pausa, puso el piloto automático, probablemente para comprobar que funcionaba, y dejó el motor al ralentí mientras el barco enfilaba la salida de la dársena:

“Con todos los respetos, a veces pienso que este barco es como aquél que prestaba servicios en la laguna Estigia. ¿Conocen ustedes la historia?”

No fue necesario que contestáramos, pues prosiguió sin importarle que su relato despertara o no nuestro interés: “Un tal Caronte, que algo tendría que ver, digo yo, con los dioses de la época, transportaba en barco a los muertos hasta una laguna que así se llamaba, Estigia. Cuando llegaban al lugar, los muertos, que es un decir, no lo digo por ustedes, se bañaban en las aguas de la laguna para hacerse como ellas, invulnerables.”

Hizo una pausa y nos observó, uno a uno, varios segundos, esperando nuestra reacción:

“Me identifico con el trabajo del tal Caronte, y en alguna ocasión he llegado a pensar que mis viajeros desean bañarse en estas aguas para hacerse inmortales. Bañarse en las aguas de la inmortalidad. Suena bien. Cuando lleguemos a la isla descubrirán una ensenada tan cerrada sobre tierra que parece una laguna; ya la verán. Se preguntarán: ¿Qué tiene que ver lo que nos dice este hombre con su sospecha de que éramos funcionarios del gobierno?” Volvió a carcajearse y se metió en la cabina. “Las cosas raras que pasan, solamente por eso”, dijo desde dentro.

Volvió a salir y se acercó lo más que pudo al lugar donde nos encontrábamos:

“Los del gobierno vinieron un par de veces para entrevistarse con *El Hombre de los Pájaros*. Yo les hice el servicio. ¿No les parece ya extraño? También a ellos les conté la historia de Caronte, como suelo hacer de vez en cuando. Presta una cierta amenidad a

la travesía, ¿verdad? Entonces uno de los funcionarios me dijo, muy serio: “Pues de eso se trata, de hallar las fuentes de la inmortalidad.”

Einar sacudió la cabeza, como rechazando entrar en más honduras. Freyja, Jónas y yo guardamos silencio.

Poco antes de que el arrastrero saliera a mar abierto, Einar volvió a hacer una pregunta inocente, en tono coloquial:

“¿Conocen ustedes al *Hombre de los Pájaros*?”

Como quiera que nadie contestó, él murmuró muy pensativo tocándose con la mano la barba rala que le crecía:

“Yo tampoco.”

Hizo una pequeña pausa, se metió en la cabina y gritó:

“¡A quien sí conozco es al joven que vive con él; se llama Runolf!”

Sólo Jónas hizo un gesto que expresaba cierta aquiescencia. Einar abrió de nuevo la portezuela y se cuadró ante nosotros. Luego se metió la mano en uno de los bolsillos de la cazadora de piel y sacó una bolsa en cuyo interior guardaba una pipa y un paquete de tabaco. Se llevó su tiempo preparando la pipa, que encendió en el interior de la cabina. Todos le miramos expectantes. Cruzó los brazos sobre el pecho, con la cabeza enhiesta, desafiante. Aspiró la pipa, de cuya cazoleta se elevaron volutas de humo deshilachadas por la brisa. El aroma del tabaco se prendió en las paredes de humedad que se levantaban del mar. Respiró hondo y dijo, como si empezara a contar una larga historia:

“El aspecto físico del joven Runolf podría confundirse con el de un elfo, por su apariencia espectral y silenciosa y su físico extenuado. Hemos conversado en más de una ocasión y siempre me impresionaron sus reflexiones. Profundas. No hablaba como un joven de su edad. Sus palabras traslucían un mensaje que yo no lograba entender. Un día me dijo: “Vivimos en la oscuridad del mundo.”

»Hizo varias veces la travesía hasta Djúpivogur en mi barco. Siempre aprovechaba algún viaje contratado por turistas o por gente especial. Era muy educado y tímido, y pedía permiso para subir a bordo al jefe del grupo, o a mí mismo. “Lo que digan ellos, por mi parte no tengo inconveniente”, le decía yo cuando se dirigía a mí. Así, no pagaba el trayecto. El pobre se había quedado más de una

vez en tierra, en Djúpivogur, al no coincidir con un viaje de ida y vuelta. Era evidente que se desplazaba con el fin de comprar víveres. En uno de los viajes, y sin yo preguntar, me dijo que se llamaba Runolf...

»Su sola presencia me causaba tristeza, no podía remediarlo. Por su aspecto desvalido, supongo. Y por su bondad. Un hombre tan joven, me decía, y condenado a la soledad de aquel peñasco, acompañando a un viejo excéntrico, del que se asegura que había regresado a la isla en la que nació para morir en paz consigo mismo. Sí, resultaba inevitable recordar de vez en cuando a aquella pareja de seres que vivían apartados del mundo, en la oscuridad, como decía Runolf, y era un consuelo imaginar que aún sobrevivían, aunque fuese en compañía de los duendes que pueblan las paredes rocosas de los barrancos y saltan por las almenas de un castillo derruido que perteneció a un monje irlandés, sabio y temeroso de Dios, y muy valiente, que se enfrentó a los vikingos hace siglos. Más que en la oscuridad, yo diría que *El Hombre de los Pájaros* y su fiel escudero viven en el corazón de Islandia. Ellos son el corazón de nuestra patria.»

Ya en mar abierto se hizo un gran silencio.

Sólo percibíamos el susurrante avance de la quilla del barco y el chasquido de la marea al embestir contra el acantilado. Entre cortinas de niebla vimos a las focas arrastrándose, bramando como agonizantes titanes al paso de la pequeña embarcación a motor. Las observábamos desde cubierta; sus ojos enrojecidos. La humedad era tal que dibujaba en la ropa pequeñas estrellas de sal.

Giré la cabeza hacia Freyja intentando averiguar sus pensamientos. A ella le sorprendió la ansiedad de mi mirada, que parecía interpelarla. Se me había aparecido una sombra y quise que ella me la apartara.

“Es realmente un iniciado?”

“Un ser invisible, aunque no lo parezca”, respondió Freyja.

Con la brisa que llegaba de la isla arremolinándose en su pelo, Jónas, desde proa, estaba muy atento. Se había pasado toda la noche conduciendo su todoterreno y tenía los ojos desorbitados por la fatiga. Llegó con el tiempo justo para saltar por la borda y

embarcar con nosotros en el *Keflavik II*. Se aproximó a la bancada en la que nos acurrucábamos y dijo:

“Lo que para nosotros es un gran misterio, para Thor no lo es. ¿No lo entendéis?”

Sentí una inesperada desazón y apreté las manos de Freyja bajo la manta. Jónas estaba inquieto. La historia que Einar acababa de relatar parecía haberle trastornado.

Las razones de aquella perturbación, deduje, tenían mucho que ver con la confesión que me hizo Freyja sobre su hermano antes de embarcar.

Jónas era una de las pocas personas que podía dar fe de la increíble experiencia de Thor Thorgilsson y Runolf en ese rincón de la *oscuridad del mundo*. Los había visitado en la isla hacía más de un año, a los pocos meses de que Runolf decidiese abandonar el hogar familiar de Hjalti para seguir los pasos del anciano, su tatarabuelo, a quien consagraría su vida...

Jónas y Runolf se habían conocido años atrás en la universidad de Reikiavik, donde habían cursado estudios de biología. Luego hicieron prácticas a bordo de un buque oceanográfico, el *Eifur Leiríksson*, con la finalidad de especializarse en ecología marina. Cierta día, Jónas quiso averiguar las razones que habían inducido a su amigo a dejar el hogar de sus padres. Así que viajó hasta Papasey resuelto a cambiar el rumbo de su vida si fuera menester. Su viaje lo mantuvo en el mayor de los secretos.

Una vez en Papasey, Jónas descubrió que lo que realmente pretendía Runolf era alcanzar el conocimiento de los misterios que anidaban en la mente de Thor Thorgilsson, lo que significaba renunciar al mundo que conocía. Así que quiso demostrarse a sí mismo que era capaz de emular el coraje de su amigo y emprender junto a él un camino que sólo podían recorrer unos cuantos elegidos. Pero Jónas Sveinsson no resistió el aislamiento ni la extrema dureza de las condiciones de vida en la isla. Al cabo de unos días, regresó a Reykjavik, decepcionado y abatido. “Las noches eran interminables y no me acostumbé a vivir en la oscuridad”, confesó a Freyja días después de su amarga experiencia. “Creía que me estaba volviendo loco. Nada calmaba mi sufrimiento, ni siquiera el convencimiento de que algún día lograría

ser como ellos.” “Yo quería imitar a Runolf, disponer de su fuerza, de su lealtad a los principios de la tierra. ¿Por qué el mundo se ensombrecía para mí cuando para Runolf era fuente de luz?”

Y así se martirizaba.

Sin embargo, a pesar de las torturas físicas que no pudo superar, Jónas sacó provecho de su corta estancia en Papasey. Durante esos días pudo comprobar por sí mismo que Thor Thorgilsson conocía el camino que llegaba a la luz desde las tinieblas de la soledad.

“También por Jónas”, me había confesado Freyja, “sabemos que es Runolf quien guía los pasos del anciano en la isla. Ve a través de sus ojos, habla por él y lee sus pensamientos como si fueran los suyos propios. Thor Thorgilsson sólo posee clarividencia, y a la vigilante sagacidad de Runolf le cumple explorar las señales que vibran en cada una de las células de su memoria, de modo que puede captar las intenciones del anciano hasta en los más recónditos rincones de su cerebro. Así es como transforma las sombras en palabras y los silencios en gestos.”

Como no hacía viento, las volutas de humo que soltaba la pipa de Einar se desplazaban de popa a proa y se mezclaban con la niebla que llegaba a jirones del este y se apelmazaba sobre el puente del pequeño navío. La mole afilada de un acantilado cortó la pared de bruma en dos mitades, y por en medio se filtró un tibio rayo de sol que alumbró la línea de una playa y un espigón rocoso con islotes rebosantes de musgo. El barco viró a estribor y se ciñó a la costa para enfilarse después la bocana de una ensenada, cerrada a la manera de un lago y recogida en un silencio abisal.

Entre los restos de la niebla surgió la osamenta de un embarcadero levantado sobre una docena de zancos y con una base de traviesas mordidas por la humedad y troncos de árbol hincados en la arena a modo de muletas. Parecía el paisaje de un cementerio abandonado por los muertos. En los extremos de los troncos se apostaban varias gaviotas, alertas, que batieron sus alas, como expurgándose, nada más despuntar la proa de la nave. Sus alaridos levantaron en la lejanía la protesta de las focas.

El capitán fijó el amarre a uno de esos postes carcomidos, y los tres viajeros pusimos pie sobre el piso falso del embarcadero

cuidando de no introducir nuestros zapatos en los huecos de las traviesas, lo cual nos habría precipitado sin remisión al mar. Por fortuna, la tierra firme estaba a pocos metros, así que los tres pudimos vencer los obstáculos y emprender la marcha, en suave pendiente, hacia el interior del islote, después de atravesar el dique de niebla.

Desde abajo, Einar no se perdió detalle de nuestros movimientos. Nos vio subir con lentitud por la senda ajustada a la colina más próxima al espigón que se hendía en el mar, y en ningún momento dejó su rostro de expresar una cierta preocupación por la suerte de aquellos tres viajeros tan extraños a punto de desaparecer tras la bruma que separaba la laguna azul de la cima que nos haría, muy pronto, invisibles.

De forma inesperada, Jónas empezó a emitir sonidos delirantes que pronunciaba de manera inconexa. A solas con aquellos pensamientos que le aturdían, se había retrasado unos metros y miraba la pedregosa senda que habíamos dejado atrás. El inminente encuentro con Runolf y Thor Thorgilsson parecía estar desbordando su resistencia física y el control de su mente. Freyja se detuvo y descendió hasta el lugar donde estaba su hermano. Al joven se le había dibujado en el rostro una mueca próxima al horror.

“¿Necesitas ayuda?”, pregunté desde mi posición adelantada.

“Estoy bien, no os preocupéis”, respondió él.

Sí nos preocupó su estado de postración, sin embargo, pues, de manera inesperada, Jónas extremó su inicial excitación y empezó a hablar en voz cada vez más alta, como enloquecido, sin importarle las dificultades del terreno por donde avanzábamos en fila.

Para prevenir problemas, le dejamos pasar para que fuera él quien abriera la marcha, lo que hizo con la cabeza agachada y murmurando palabras ininteligibles. Al poco tiempo, su monólogo se hizo claro hasta el extremo de convertirse en la referencia que nos guiaba en la ascensión.

Estábamos convencidos de que Jónas sufría una especie de alucinación, una alteración nerviosa que crecía por momentos.

Freyja se detuvo de nuevo y volvió a mirarme, sin saber lo que hacer. Le dije que cuanto le sucedía a su hermano era a causa del cansancio que acumulaba, por lo que lo mejor que podíamos hacer era acelerar la marcha para que pudiera llegar cuanto antes al lugar y descansar. Además, ahora su voluntad se negaba a claudicar y forzaba en sus ojos una expresión casi paroxística de falsa euforia y sedienta energía.

“Es la primera ocasión que tengo de hablar con Thor Thorgilsson sobre la aparición del búho níveo”, dijo Jónas, agitando la voz; miró abajo y descompuso el gesto. Observó fijamente los rostros de las nubes que corrían sobre nuestras cabezas y casi arañaban nuestras frentes, y estiró los brazos con violencia. “¡Aunque tal vez lo haya averiguado por otros procedimientos! ¿No es maravilloso que las predicciones se vayan cumpliendo? Puede que estemos ante el vaticinio anunciado en los códigos. ¡El lenguaje que nunca entenderán las multinacionales, ni los gobiernos, ni el dinero! ¡Si hasta las luciérnagas temen la oscuridad, qué no harán ellos para evitarla!

»Sin embargo, no puede descartarse que la irrupción del búho níveo sea sólo un indicio irrelevante. ¡Un acontecimiento casual! Pero, aun siendo así, tendría su significado. Veamos: ¿Es acaso normal que un búho níveo cruce el espacio aéreo islandés después de medio siglo de no aparecer ningún ejemplar de su especie? ¿Y que lo haga de oeste a este? ¡Lo normal en estos casos es que hubiera rozado la costa occidental y escogido la diagonal rumbo al Polo Norte!

»¡Entiendo que no seáis capaces de complacer mis pensamientos con un mínimo de comprensión y afecto! ¡Atendedme! Lo que quiero decir es que las historias que a primera vista parecen simples alegorías pertenecen al mundo de los enigmas sin resolver. ¡Mensajes crípticos, tal vez! Chissst. Se registran en la pantalla de un magnetograma. Los fractales pueden tener cualquier dimensión, incluso números no enteros. Por ejemplo, la dimensión uno punto cinco... ¡Como un copo de nieve! ¡Lo incomprendible no tiene por qué ser irrelevante! ¿Habéis oído hablar del fenómeno de la recursividad? Todo lo que se repite de manera incesante tiende a explicar el infinito. ¡No es un truco! Yo sé que el profesor Uro

practica este método en el laboratorio de la Fundación Ragnar. ¡A sus compañeros les encanta aplicar tablas de probabilidades sobre estos sucesos! Pero no todo tiene una explicación matemática... No, no... Veamos de nuevo: un búho níveo vuela hacia una isla misteriosa donde conoce a una hembra. Se aparean, ¡parecen tan felices mientras copulan! Engendran un búho níveo, que vuela después en busca de otra isla misteriosa... en la que encuentra a una hembra... que copulará y engendrará un nuevo búho níveo... que regresará a la primera de las islas para volver más tarde, tal vez empleando el mismo camino, o trazando uno nuevo que parezca idéntico a aquél... Se conoce tan bien la ruta... ¡Él es la ruta! El viaje interminable nos demuestra que no son los seres y las cosas los que perduran en el tiempo, sino sus acciones, que son un fin en sí mismas. La de volar, cruzar el espacio, copular en la fría tundra, ¡o entre nubes en el espacio!, engendrar, regresar y volver a volar, nunca se acaba, porque cada vez que parece que algo termina lo que ocurre en realidad es que comienza. Aunque en esta ocasión haya tardado nuestro búho níveo cincuenta años en reaparecer, lo que su vuelo nos demuestra es que la energía de la naturaleza no tiene fin. ¡El vuelo no cesa nunca! ¿No os percatáis de ello? Lo importante, por consiguiente, es lo que hay detrás de ese ciclo que se repite hasta la extenuación, la memoria que se alimenta de nuevas imágenes, el impulso que desconocemos y que propicia todos los vuelos de la vida. ¡El seguimiento de esa estela llega a producir hipnosis, y quien se ejercita en ello puede abarcar todo el conocimiento del mundo!

»Aunque lo parezca, ¡no creáis que deliro! ¿Estáis cansados? Nos acercamos al final. Durante varias semanas de convivencia con Thor y Runolf en la isla intenté en vano aproximarme a esa ciencia adivinatoria. ¿Por qué no se me permitió acceder a la verdad del misterio? Por eso abandoné, hastiado de mis propias limitaciones. Os confieso un secreto: ¡Son dioses! Cuando mueran, sus espíritus vagarán por el espacio sideral a lomos de los lobos nórdicos y descenderán al suelo de los mortales en barcas remolcadas por el viento del sol, sobre el lomo de las ballenas que se muerden las colas. Sus abrigo se convertirán en espectros vivientes cuando se cuelguen en el perchero del restaurante de Hjalti. ¡Son inmortales!

¡Yo también quiero colgar mi abrigo en ese perchero! ¿Y vosotros, Alonso y Freyja? ¿Colgaréis vuestros abrigos? Os digo que ellos son seres únicos pertenecientes a una raza de hombres melancólicos de ojos eternamente grises. ¡El magnetograma suministra información sobre disturbios en el espacio, pero no en el alma! Sería interesante atisbar el tropel de nubes ardientes que se acumulan en el espacio. ¿Y en mi universo? ¿Qué reacción experimenta mi campo magnético ante la agresión de tanta sabiduría que no puedo almacenar? Desvarío, queridos, sí... ¡Ésta es la prueba de mi ignorancia! Lo siento de veras. ¡Girad la cabeza! Ahí abajo, mirad. Ahora se aprecia mejor la pared del precipicio. En los agujeros entre rocas abandonan las aves sus nidos. Y hasta en lugares tan inaccesibles se ensartaron los dedos de Thor Thorgilsson para coger los huevos que fueron durante años su sustento. Yo intenté una vez subir. Subir... ¡Subir!”

Por fin, llegamos a una planicie volcánica en la que se erizaban perfiles de ruinosos muros de piedra, adobe y madera. Despuntaban varios abedules. El sol se enhebraba por entre las nubes que yacían sobre el vientre de la laguna, como si se filtrara a través de un gigantesco sedal. Y más abajo aún, la bruma cubría el barco de Einar, que parecía flotar en las antípodas.

Si contemplase, desde arriba, al *Ragnar II*, tendría la misma impresión, me digo sin despegar los labios. Y me pregunto a continuación: ¿Estoy en las antípodas de mi vida, o me observo desde las antípodas de lo que fui? Oigo mi voz reproducida en un eco interior que retumba en mis paredes. Ni Freyja ni yo colgamos nuestros abrigos en el perchero de Hjalti. Los colgaremos. Los colgaremos...

ANKHUS

Thor Thorgilsson estaba sentado en una silla de madera carcomida, bajo la cochambre de una cabaña construida con gruesos troncos y argamasa de barro e incrustaciones de cemento. La vivienda estaba cercada por un pequeño bosque de árboles, en su mayoría abedules, de cortezas descarnadas, y viejas hayas. De pie, junto a Thor Thorgilsson, la figura de Runolf parecía la estatua de piedra de un perro guardián, de expresión bondadosa, que se transformaba de vez en cuando en un ser de carne y hueso. Su rostro se dulcificó del todo cuando aparecimos a lo lejos y se tornó jubiloso en el momento en que accedíamos al llano.

Yo decidí rezagarme, dispuesto a permanecer en un segundo plano. Quería observar a distancia la escena y me detuve cuando Runolf se adelantó unos metros para abrazar a Jónas y besar a Freyja. Detrás, confuso por los ruidos y las palabras, el anciano alzó la cabeza desde su asiento. Daba la impresión de que nos estaba esperando. Quiso levantarse, pero no pudo.

Su mano derecha recorrió la frente de Jónas cuando éste dobló su cuerpo ante él. Con sus manos tendidas, esperó a que se acercara Freyja, a la que acarició las mejillas y la cabeza con mucha lentitud, como si quisiera tomar medidas de sus facciones para esculpirlas. Cuando terminó, rompió su aparente rigidez: un turbio brillo se asomó a sus ojos, seguramente porque pretendía recobrar la imagen viva que él tenía de la mujer, su cabello sedoso, su cuerpo de niña, cuando la vio por primera vez en la casa de Roald Sveinsson, y la atrajo sobre su pecho para abrazarla. Ahora también lo hacía, sonriendo como una ballena cuando se asoma al aire.

Al verlo de cerca por primera vez, creí que los ojos de Thor Thorgilsson, eran capaces de acumular toda la soledad del mundo, de tan vacíos que parecían. Una barba blanca le cubría casi todo el

rostro y se afilaba hasta mitad del pecho. Llevaba puesto, de cualquier manera, un jersey deshilachado y pantalones negros de pana parcheados en las rodillas. Por los huecos de unas viejas sandalias asomaban los dedos de sus pies, amoratados y ulcerosos. Por el contrario, la piel de su frente era de una sorprendente textura, como de sepia, y el pelo que se alisaba, hacia atrás, desde su frente, conformaba un racimo de tensas escarpas parecidas a las crines de un caballo viejo pero sano.

Junto a esa primera impresión, la fragilidad que gravitaba sobre su cabeza contrastaba con su aparente dignidad de hierro, y en el azul mortecino de sus ojos brillaba un astro errante que se movía constantemente alrededor del cerco anular de sus pupilas. El derrumbe físico adquiría el vigor de un árbol milenario y su gesto hierático estaba revestido de solemne melancolía. Desde sus ojos ciegos atendía movimientos y escudriñaba intenciones, sereno y a la vez vigilante. Un rayo de luz se posó en su cara y, como si hubiera sido una mosca o una mariposa, le obligó a mover, de manera imperceptible, los labios: “Pequeña Freyja”, articuló con dulzura, esforzándose hasta el agotamiento. Su lengua apareció una décima de segundo, como la cabeza de una serpiente domesticada, por un hueco de la barba y humedeció los labios resecaos.

Luego, volvió a hacer del silencio un ritual. Los músculos de sus cejas y de su frente parecieron emocionarse como los de una momia resucitada por una simple caricia del sol: el beso de Freyja, que volvía a arrodillarse junto a él para dejarse acariciar por sus temblorosas manos. Ella las miró, intentando reconocerlas; el Hombre de los Pájaros tenía unas manos grandes y aún poderosas, con lunares negros y azules, atravesadas por un laberinto de venas que se enredaban en sus muñecas y palmas, tan hinchadas que daba la impresión de estar a punto de reventar.

Fue Freyja quien me presentó. Lo hizo en islandés y me pareció que empleaba las palabras justas con mucha timidez. Thor Thorgilsson asintió varias veces moviendo con parsimonia la cabeza. Runolf sólo estaba pendiente de él. En realidad, era él quien interpretaba los ademanes del anciano y adivinaba sus pensamientos con la prontitud de las aves pescadoras.

Pronto reconocí que era cierto cuanto había adelantado Jónas: Thor Thorgilsson veía a través de los ojos de Runolf y hablaba por la boca de éste. Había en esa dependencia algo de magia, al menos lo parecía. A ambos les bastaba con mirarse o mover las manos para actuar como una sola persona. La voluntad de uno se transmitía al otro con agilidad febril. A veces incluso daba la impresión de que Runolf forzaba en su dicción una cierta impostura intentando reproducir los más ocultos matices de los pensamientos del anciano. Cuando esto sucedía, a Thor Thorgilsson se alegraba de escucharse a sí mismo en la voz del otro.

Al poco rato de llegar entramos en la cabaña. Thor Thorgilsson se apoyó en el brazo de Runolf, arrastrando los pies. La estancia rozaba la indigencia total. Tomamos asiento en sillas alrededor de un tablón de roble. El sillón desde el que Thor parecía observarnos apenas dejaba ver el fuego que ardía en una enorme chimenea de obra, con una ancha repisa de madera ennegrecida sobre la que se alineaban varios marcos con fotos de aspecto muy antiguo, por la excesiva solemnidad de quienes en ellas posaban y su color amarillento. Esas fotos eran los únicos elementos decorativos a la vista.

Las paredes sólo ofrecían la cara vieja y tiznada del cemento, y los techos y el suelo los cubría una lámina de madera agrietada por cuyos intersticios se izaban tallos de plantas rebeldes. En la penumbra del fondo relucían varias cacerolas y sartenes colgadas con cuerdas de las paredes. No había más, salvo las cortinas que hacían las veces de puerta que comunicaba con una habitación en la que, cabía imaginar, se hallaban dos catres. El resto sólo podía dar más pistas sobre la pobreza de quienes habitaban la cabaña. Un intenso olor a incienso llegaba del fogón.

Todos guardaron silencio hasta que, de improvisto, Runolf miró al anciano y éste le hizo una señal. Levantó el anular de su mano derecha, trémulo. Entonces, el hijo de Hjalti habló solemnemente. Cuando empezó, el Hombre de los Pájaros levantó la cabeza. Encontré cierta similitud con el gesto de Jorge Luis Borges en alguna fotografía del escritor antes de morir.

“Recuerdo la primera vez que te sentaste a mis rodillas en casa de Roald, mi *hermano*. Te impresionó tanto mi barba, pequeña Freyja... No cesaste de acariciarla durante todo el rato. Tu abuelo me hablaba mucho de ti. Decía que eras una niña muy inteligente y que pronto aprenderías los secretos del arte de la memoria. Tengo entendido que has llegado muy lejos en tu búsqueda de los orígenes de la saga de Ragnar y que varios jóvenes científicos te ayudan en tus investigaciones.”

“Así es, Thor Thorgilsson”, dijo Freyja.

“Ahora te acompaña un caballero. ¿También tiene que ver con tu trabajo?”

Freyja alargó su mano para posarla sobre la rodilla de Thor.

“Alonso Bulnes es un amigo que se siente atraído por nuestro mundo. Tengo plena confianza en él. Deseo que él mismo saque sus propias conclusiones sobre lo que escucha y lo que ve.”

Thor Thorgilsson giró la cabeza en busca de la posición donde me encontraba. Hizo una breve pausa y volvió a hablar por boca de Runolf.

“¿A qué se dedica usted, señor Bulnes?”

“Soy banquero”, contesté, turbado, pues me llegó de repente un golpe de vergüenza a la sien.

“No quisiera parecerle descortés, señor Bulnes, pero, ¿qué le ha traído hasta este lugar apartado del planeta?”

“También yo me hago esa pregunta”, ironicé

“No se subestime, señor Bulnes. Estoy convencido de que usted sabe muy bien las razones que lo han conducido hasta aquí.”

“Conocí a una mujer extraordinaria y me dispuse a seguirla hasta el último rincón del mundo. No podía imaginar que en ese confín, como digo, surgiera esta isla y que en ella me encontrara con un hombre tan poco común como usted...”

“Prosiga, se lo ruego.”

“Aunque quisiera, no podría manifestarme de otra manera. Me siento un extraño, Thor Thorgilsson. No tengo palabras. ¿Qué puedo decir sino que estoy abrumado por sentimientos que me desbordan?”

“Valoro mucho su sinceridad, señor Bulnes.”

“Antes de aterrizar en su país, experimenté una sensación muy parecida a la de ahora. Asombrado por cuanto veía, no pude más que abandonarme a una impetuosa aflicción interior que enseguida interpreté como una emoción que no era capaz de controlar. Pensé entonces que hacía muchos años que no me emocionaba. Quizá fuese cierto; puede que nunca me hubiera emocionado de verdad. Cuando le escuchaba, hace unos momentos, pronunciar el nombre de Freyja creía que me estaba asomando a la ventanilla del avión y veía una isla que acababa de emerger del fondo del mar, con sus playas de ceniza virgen. Fue la más salvaje y al mismo tiempo la más limpia de todas las visiones que tuve en mi vida. Pero no sólo me conmovió el paisaje. También la convicción profunda de que me estaba haciendo un hombre distinto. Ahora, lo soy.”

Thor Thorgilsson movió la cabeza de arriba abajo y abrió ligeramente los labios. Su lengua apareció de nuevo fugazmente entre la maraña de la barba.

“El encuentro con Alonso Bulnes fue puramente accidental”, terció Freyja.

“¿Accidental?”, preguntó el Hombre de los Pájaros

“Nos encontramos en Estocolmo”, contestó Freyja. “Acudió a una de mis conferencias y mostró sumo interés por conocer las vicisitudes por las que pasaron los descendientes de Ragnar...”

“Todos nos enredamos en esas raíces.”

“También por la historia del Libro de las Páginas Infinitas.”

“¿Cree usted en la existencia de ese Libro, señor Bulnes?”

“Sí.”

Thor Thorgilsson tardó unos segundos en reaccionar. Runolf lo miró, esperando su señal para hablar. Lo hizo de nuevo cuando el anciano estiró el cuello, como si aspirara hondo sin llegar del todo al final, venciendo el cansancio. Cuando concluyó, hizo un gesto extraño con su frente, frunciéndola en una sacudida, y a continuación dejó escapar una mueca que pretendía ser una sonrisa.

“Entonces no es accidental su encuentro con Freyja”, dijo.

“Tal vez no fue tan casual”, asentí, observando con más curiosidad si cabe al anciano.

Jónas se miró las manos, sobre sus rodillas, y cerró los ojos.

“¿Por qué acudió usted a la conferencia, señor Bulnes?”, insistió el anciano por boca de Runolf.

“Encontré un folleto publicitario que la anunciaba y me pareció interesante el tema. Nunca había oído hablar del primer Parlamento de los Hombres Libres. No tenía nada mejor que hacer. Creí que podía ser una charla ilustrativa.”

“Un hombre importante como usted no acude a una conferencia sobre sagas medievales a las primeras de cambio. ¿No lo crees así, Freyja?”

“Desde luego”, admitió Freyja.

“¿Dónde encontró usted el señuelo, señor Bulnes?”, preguntó Thor.

“Bueno... En realidad, fue en una pequeña plaza de la ciudad vieja de Estocolmo. Me senté a tomar una cerveza. Muy cerca se erigía la pequeña estatua de un rapsoda famoso. Enganchado en las solapas de su gabán de bronce, estaba el reclamo publicitario.”

“¿Por casualidad se trataba de la estatua de Ever Taube?”

“Sí”, contesté, sorprendido.

“¡Conozco a Ever Taube!”, exclamó Thor Thorgilsson. Un resplandor de ingenuidad encendió su rostro. “Es un compositor de canciones muy hermosas. Una vez estuve en Estocolmo, con tu abuelo Roald.” Movi6 la cabeza, orientándola hacia Freyja. “Me habían invitado a una exposición de pájaros organizada por un grupo de amaestradores de aves del bosque de Skansen. Amaestraban búhos. Interesante, ¿verdad? Fue sólo un par de días. Las grandes ciudades me agobian. Fui a Estocolmo porque alguien se puso en contacto con vuestro abuelo Roald, como experto en aves que es, y él se las apañó, la verdad es que no sé cómo, para hacerme llegar la información. Costó mucho arrancarme de mi isla, pero, finalmente, acepté. Creo que lo hice porque se me brindaba una oportunidad de ver a Roald Sveinsson y de hablar con él... Siempre teníamos cosas pendientes que decirnos. Nada me seduce más que el misterio que encierran las aves. Hace de ello muchos años. Fue la primera vez que viajé en avión. Yo me encontraba aún muy fuerte.”

»Después de girar visita a la exposición, me agasajaron y me invitaron a cenar a un restaurante que se llamaba *Gyldene Freden*,

“La paz dorada”, ¡qué nombre más hermoso!, por eso me acuerdo del lugar. Ever Taube escribía sus canciones en una mesa, apartado del murmullo de los comensales, a la luz de una pequeña lámpara de sobremesa que apenas iluminaba una de las esquinas del local. Estaba tomando café. Escribía... Alguien nos presentó. Y él tuvo la amabilidad de improvisar allí mismo unos versos dedicados a los pájaros, en una servilleta. Me los dedicó. Roald llegó a escucharlos en la melodía de una canción, pero yo no tuve oportunidad... Hacían referencia a los pájaros que sobrevuelan dentro de nuestras cabezas, los cuales son la fuente de nuestras fantasías; cuando dejan de volar, ellos mueren, y nosotros también...”

“Una bonita historia”, dije.

“¿A que ya no crees, querida Freyja, que el encuentro con el señor Bulnes fuese casual? La luz llega, tarde o temprano, a todos los rincones difusos.”

“Desde luego, cuanto me acaba de revelar me induce a cambiar de opinión”, dijo Freyja, mirándome.

Yo sentía arder el entusiasmo en mis entrañas.

“¿Cree usted, Thor Thorgilsson, que todo cuanto ocurre obedece a causas ya determinadas?”, pregunté.

El anciano tragó saliva y alzó con sumo esfuerzo el brazo, como si deseara advertir a Runolf sobre su respuesta.

“Lo que pretendo decir es que todos formamos parte de la misma tierra. Pertenece al mismo espacio donde se recrea la vida. Lo que usted hace o piensa está en usted y en todos; también está en mí y en Freyja. Lo que yo pienso está también en usted. La emoción es universal. A veces la inteligencia provoca alguna distorsión, cierto. Sobretudo cuando se empeña en prevalecer sobre la imaginación. Lo imaginario es sublime. La inteligencia sólo puede aspirar a una discreta perfección.”

El cuerpo de Runolf se dobló sobre la cabeza de Thor y le dijo algo al oído. El anciano hizo un gesto negativo y tendió su mano para acariciar la de su discípulo. Todos interpretamos de la misma manera la voluntad del maestro: “No estaba cansado y era feliz...”

Runolf sonrió y miró a su amigo Jónas, sentado en el suelo, quien parecía haber accedido a un estado próximo al éxtasis. Freyja

se preocupó. Su hermano se rendía al cansancio. “Me encuentro bien”, murmuró al sentirse observado.

“¿Cuáles son vuestros planes, Freyja?”, prosiguió Runolf. Sus labios se abrieron coincidiendo con un leve movimiento de la cabeza del anciano, que asintió complacido.

“Debemos regresar cuanto antes”, respondió Freyja. “Yo pronuncio mañana una conferencia en Akureyri. Alonso regresa a su país. Y Jónas, a su casa, a sus ocupaciones.”

“¿Cómo está vuestro abuelo?”

“Estuve con él hace unos días”, dijo Freyja; “puede que vuelva a visitarlo antes de reincorporarme a mi trabajo en España. Me agradecería contarle este encuentro con usted y decirle que su salud es buena. Me insistió en que lo viera.”

Thor Thorgilsson movió la cabeza, dubitativo.

“Sabía que estabas en España. Me lo dijo Jónas cuando estuvo por aquí.”

“Sí”, admitió Jónas desde su rincón.

“Su salud es excelente”, precisó Freyja.

“Sólo me angustia la idea de no poder verle nunca más. Todo termina, para que todo vuelva a empezar. ¿Sabéis si sigue saliendo al mar?”

“Muy de vez en cuando. Nunca se aleja más de un par de millas de la costa.”

“¿Solo?”

“La mayoría de las veces.”

“Recuerdo cuando navegábamos juntos. El día en que llegamos a una isla... Era la isla.”

Runolf dio a su voz un tono más pausado y solemne. Al escucharlo, las pestañas de Thor Thorgilsson se batieron como las alas de un insecto al levantar el vuelo.

“Nosotros la llamamos *La Isla al Norte de Á...*”

“¿Por algún motivo?”, pregunté.

“No...”

“Tal vez atendiendo a su localización”, terció Freyja, curiosa.

“El nombre se le ocurrió a tu abuelo”, respondió Thor en la voz de Runolf. Hizo una breve pausa y su pronunciada nuez se movió de arriba abajo en la garganta. “Puede resultar ambiguo, lo sé...”

Pero, para nosotros, *al norte de Á* significa todo lo que habíamos sido capaces de imaginar en esos años de búsqueda.”

“¿Y cómo supieron que ésa era la isla?”, quise indagar.

“Vagaba por los mares. ¡Se movía, sí! Por tal motivo no podía ser divisada. Ése era el misterio que la hacía diferente a todas las demás. Parecía anclada en un punto del fondo marino, pero en realidad la movían las corrientes cálidas procedentes del centro de la tierra. Aparecía y desaparecía. Se trataba de una de esas islas a las que nunca se puede llegar, como afirmaban los antiguos navegantes que acompañaron a San Brendano en sus viajes por los océanos procelosos.”

El anciano se llevó la mano a la boca y esbozó una sonrisa que hizo aún más transparente el velo de sus ojos. Osciló lentamente la cabeza hacia Runolf y siguió su relato mirando hacia arriba:

“Nosotros llegamos...”

“Pese a que nadie podía llegar”, susurró Jónas.

“Sí... Requirió un gran esfuerzo físico y una meditada y larga preparación mental. Al principio, mis viajes por el mar duraban muchos meses, incluso años, sin que consiguiera llegar al destino añorado. Me alejaba de la costa, pero regresaba una y otra vez a ella. Seguía las orientaciones que el náufrago berberisco le hizo a Vilmond, según relata éste en su libro. Era mi única pista. Con frecuencia nos empeñamos en seguir las instrucciones más fáciles... Y no es así, no. Cuando el fuego de la tierra crepitaba en la boca de los volcanes, me alejaba de la costa sin perder de vista las columnas de humo. Y cuando no era la lluvia de fuego y cenizas, me guiaba por los juegos de las ballenas bajo la barca, pues cuando las cenizas no me dejaban ver, eran ellas las que me anunciaban que me había separado demasiado de la costa y debía ceñirme de nuevo a los acantilados.

»Nunca me atreví a adentrarme demasiado en el mar, por temor a lo desconocido y porque estaba convencido de que era cierto cuanto pregonaba Vilmond en el manuscrito que sólo yo poseía. Roald me había aconsejado que abriera mi mente a otras posibilidades. Él lo había hecho. Había trazado una ruta no descrita por nadie...” Hizo una breve pausa para descansar; Freyja y yo nos miramos, exaltados. “Todo empezó, pues, a cambiar cuando vuestro

abuelo Roald Sveinsson me enseñó el arte de navegar en medio del océano. Tenía que hacerlo a solas, luchando conmigo mismo. Nos pasamos una noche en vela, en la gruta de las alcas, y al amanecer, nos echamos a la mar hasta alcanzar el cabo más septentrional al este de Islandia, y luego enfilamos la proa del barco hacia el Polo Norte. Él decía “*al norte de Á*”, siempre afirmaba lo mismo. Era como un conjuro. Cerraba los ojos. Yo le imitaba. *Al norte...* Avanzábamos envueltos en agua, como los embriones que crecen en el útero materno y sólo necesitan del líquido amniótico para sobrevivir. Era nuestra travesía hacia el origen del mundo. Así fue como logramos alcanzar la isla a la que los antiguos decían que era imposible llegar.”

“¿Cómo era esa isla?”, pregunté, extasiado.

“Sólo se percibía en ella el silencio de un ser superior. Yo creía, en un principio, que era una gran piedra volcánica, un iceberg gris, de tan obsesionado que estaba con la isla emergida de los abismos del mar y moldeada por tempestades de ceniza, tal como se la había imaginado Vilmond en su libro. Pero cuando pusimos pie a tierra, todo resultó muy distinto. Estaba a punto de llegar el invierno, mas en la isla estallaba por doquier la primavera. Toda la paz de la tierra se recreaba en el aire. Un inmenso puente del arco iris la surcaba de norte a sur. Los árboles habían florecido y los lobos nórdicos retozaban en los bosques sin temor a ser descubiertos. Había un río de aguas claras que la dividía en dos mitades. Los peces saltaban en el aire, junto a la desembocadura llena de flores. Y nadie habitaba aquel paraíso que se movía por voluntad del fuego de la tierra.

»Sin embargo, las aves que sobrevolaban nuestras cabezas parecían estar acostumbradas a la presencia del hombre. *La Isla al Norte de Á* era impredecible. Florecían rosas y orquídeas gigantescas a pocos metros de la playa, y daba la impresión de que se movía en el agua como un carro tirado por corrientes sobrenaturales.”

“¿Realmente existe esa isla?”, pregunté, intrigado.

“Existe. Hasta tal extremo era real, que nosotros la podíamos mover, y el invisible carro que la arrastraba nos obedecía. Ya sé que

es difícil que admitáis estos prodigios, pero os digo que son ciertos. Mis ojos los vieron y mis manos los tocaron.”

“Así pues, la isla de la que habla no es la que menciona Vilmond en su código”, razonó Freyja, también embelesada. “Me refiero a la que cita el naufrago en su testimonio.”

“En efecto, la isla descrita en el código no es la que tan afanosamente pretendía Vilmond encontrar.”

“¿Qué explicación tiene, entonces, la visión del berberisco rescatado en la playa sin apenas aliento?”, insistió Freyja.

“Los ojos de aquel hombre, arrastrado por la tempestad, quizá pudieron contemplar, alucinados por la sed y el hambre, la Isla al Norte de Å. Pero poco importa que fuese o no así; el paisaje volcánico del que habla no corresponde al de la isla que nosotros descubrimos. Tal vez Vilmond creyó que sólo en plena enajenación, como la que sufría aquel hombre, cabía admitir la existencia de la isla donde se hallaba el Libro de las Páginas Infinitas.

»Estaba en lo cierto. Y hasta es posible que, influenciado por la opinión de que nadie podía llegar a ella, la imaginara como el destino final de un viaje de purificación. La suya personal. Vilmond era un iniciado, sí. Nadie, salvo Roald Sveinsson, conoce esta faceta suya. Fue, asimismo, un precursor del nomram, un género literario islandés que relata los viajes, por los océanos del miedo, a las islas imaginarias del más allá. En el transcurso de su épica narración, Vilmond revela la existencia de La Isla del Alba Permanente y también de La Isla de las Rosas Heladas. Entelequias forjadas por su fantasía. Lamentablemente, nunca pudo trascenderlas, y esa frustración lo sumió en un profundo desamparo. Pensaba que no podía alcanzar sus paraísos porque estaba pendiente de reconciliarse consigo mismo. El miedo le impidió hacer realidad la utopía de su corazón. Sus códigos no sólo revelan la historia de un pueblo; también penetran en las sombras de la historia. Era un iniciado, sí, porque había tenido un gran maestro al que veneraba en su memoria: Ankhus...”

“¿Quién es Ankhus?”, preguntó Freyja, absorta.

“El último hombre que buscó en los páramos helados del norte el lugar de la tierra libre y en paz.”

El nombre de Ankhush irrumpió en la lóbrega estancia como un relámpago. Por sus reacciones de asombro, era evidente que ninguno de nosotros conocía la identidad de aquel hombre cuya existencia se alargaba en el tiempo como una delgada nube cuando se hiende en el horizonte crepuscular del sol. Fijé mis ojos para ver la reacción de Freyja, pendiente a su vez del rostro de Thor Thorgilsson: el movimiento de su nuez, con la cabeza echada hacia atrás, sin dejar de mirar a lo alto, repercutía a lo largo de su canosa barba.

Runolf había enmudecido y posaba su mano sobre la frente del anciano, seguramente para detectar su fatiga; parecía preocupado.

Freyja, por su parte, imploraba con sus ojos que prosiguiera aquella historia desconocida que tanto la intrigaba. Por primera vez desde que la había conocido, creí ver en ella un punto de cierto abatimiento: el que sentía al reconocer que, tal como me había confesado en alguna ocasión, apenas sabía nada, y que, conforme avanzaba en el conocimiento del misterio, más se convencía de lo poco que alcanzaba a entender puesto que el misterio se hacía cada vez más denso. “Habría un final?”, se preguntó. Era tal la transparencia de su mirada, que me sentí capaz de adivinar la pregunta que ella se estaba haciendo, así que le susurré al oído: “Seguro que Ankhush tiene algo que ver con el explorador de los pies quemados.”

Así era, ciertamente. La tierra prometida que buscaba Ankhush en Islandia era la misma que le habían augurado a Lottar Grumssor los monjes de los desiertos de Siria.

Era una larga historia, sin embargo, que empezó a relatar Runolf después de que Thor Thorgilsson bebiera en un vaso, que él mismo aproximó hasta sus labios, un sorbo largo de agua, como si realmente fuese él quien hubiera hablado durante todo el rato. Luego su discípulo bebió del mismo vaso y se acercó a su oído para comentarle algo que nadie pudo escuchar. Thor Thorgilsson asintió varias veces enarcando las arrugas de su frente y enderezó su cuerpo aún más para colocarlo en paralelo al respaldo de la silla, como un actor de teatro cuando se dispone a iniciar un gran monólogo.

“Ankhus era descendiente de Lottar Grumssor de los Pies Quemados. Tal vez su nieto, o su bisnieto. Lleva el nombre de la cruz Ankh, la cruz del desierto egipcio...”

Todos seguíamos con atención el discurso de Runolf, que parecía haber aprendido de memoria la historia del enigmático personaje.

Hacia mediados del siglo XII, en las islas Orcadas, Ankhus había fundado una secta de monjes eremitas en recuerdo de Lottar Grumssor, *Claíomh Solais*, Espadas de Luz, y se convirtió con el tiempo en su gran patriarca o sumo sacerdote, un taumaturgo cuyas prácticas tenían que ver con las que Lottar aprendió durante su estancia más allá de Palestina. “Era un caballero andante en busca de la eternidad.”

Aquellos hidalgos se hicieron custodios de la herencia mística de Lottar Grumssor y de los tesoros que éste encontró en el desierto, al que se referían como tierra de expiación, el *desierto de sus silencios*, donde se forjaba la mente del hombre. También consiguieron preservar los diarios que el inspirador de la secta escribió durante su voluntaria reclusión, nada más regresar de oriente, en un monasterio que nadie ha sabido localizar (hay quien lo sitúa en las costas occidentales de Irlanda, otros en la región de Nothtumbria, en Inglaterra, y otros en el norte más escarpado de las islas Shetlands), y algunos de los iconos célticos que Lottar logró atesorar en vida.

“Entre estas piezas había un ejemplar, único en el mundo, de la Cruz Angélica”, prosiguió Thor por boca de Runolf.

La Cruz Angélica es una evolución de la antigua *Cruz Ankh* de los egipcios. De lo cual se desprende, en efecto, que el nombre de Ankhus proviene de la propia denominación, en origen, de esa cruz. Sin embargo, Ankhus no era egipcio, sino escocés. Su nombre, por consiguiente, obedecía a la voluntad de alguien que quiso perpetuar en él un símbolo, la propia cruz que había acompañado a Lottar Grumssor desde que éste la recibió de los monjes en el desierto de Siria.

“La otra línea escocesa de la saga”, musité, enfebrecido por el relato y por cuanto de él se desprendía para una persona como yo que no había tenido tiempo de iniciarse en aquellos conocimientos.

La emoción iluminó de nuevo el rostro de Freyja.

De las palabras de Thor Thorgilsson deduje que las únicas dudas sobre el origen de Ankhus se manifestaban a la hora de emparentarlo con Ulf o con Marnoc, ambos hijos de Lottar Grumssor y de Dylla —nieta de Ragnar Cara de Búho, como ya es conocido—, educados en la corte de los reyes de Escocia tras la muerte de su madre.

Thor Thorgilsson era de la opinión de que el fundador de la secta de las *Espadas de Luz* fue hijo, tal vez nieto, de Marnoc, el menor de los hermanos, del que apenas se tenían noticias, salvo que desapareció, siendo muy joven, para dedicarse de lleno a seguir las huellas de su padre y descifrar las verdades que a éste le habían sido reveladas durante su vida en el desierto. Por el contrario, Ulf, el primogénito, se inclinó muy pronto por la ostentación y el lujo propios de la corte escocesa, aunque siempre se mantuvo fiel a la sagrada memoria de su padre y conservó el diario de Ármordr, que el propio poeta le entregó antes de morir.

“Los *Espadas* de Ankhus se hicieron leyenda en esta isla de Papasey “, proclamó Runolf después de mirar a Thor.

Pero, a la muerte del fundador, disminuyeron los miembros de la secta, la cual empezó a languidecer hasta no dejar rastro alguno, salvo en los códices de Vilmond. En éste se relatan los intentos desesperados de los últimos fieles de Ankhus por llevar a las islas más ignotas los sueños de Oriente. Fueron muchos los que desearon emular sus viajes por las islas de *Las Ballenas de Dorados Surtidores* y *del Cráter de las Espigas*... Vilmond también menciona sus triunfales regresos a Papasey portando perfumes de sándalo y de madera de cedro; sus encuentros místicos en alta mar con pequeños seres, de ojos grandes y brillantes, que se decían portadores de la eterna juventud... Angustiado por la imposible búsqueda de aquel filántropo, o de sus discípulos, en cuyo nombre resonaba el eco de la Cruz Angélica, Vilmond dedicó los últimos años de su vida a escuchar, en la tundra de su isla, los latidos de Ankhus, a perseguir sus huellas ante cualquier indicio, hallazgo o sospecha de su regreso, de su resurrección.

A pesar de todo, aún perduró el ejemplo de los *Espadas de Luz*, también conocidos con el sobrenombre de *Lottars*, un par de

generaciones más, y cuando sus últimos vestigios desaparecieron, surgieron de la tierra los dos símbolos que perpetuaron su paso por Papasey: la Cruz del desierto egipcio y el dibujo del Tetramorfo Islandés...

“Mi hijo Eyvindur, abuelo de Hjalti, quiso seguir los pasos de aquellos caballeros de la luz... Sé que lo intentó. Pero se perdió en el mar y nunca supe de él. Sin embargo, su abrigo cuelga del perchero de Hjalti.”

Todos aguardábamos a que Runolf abundara en detalles sobre tan sorprendente revelación. Sin embargo, hizo una inflexión de voz y decidió orientar su relato hacia otros parajes que, a primera vista, nada tenían que ver con la historia de Ankhush. Conforme abría nuevos caminos, era fácil convenir que todos llevaban al mismo sitio. Los ojos de Thor Thorgilsson parecían haberse paralizado, y tan hierática se hizo su figura que su respiración apenas se percibía cuando hinchaba el pecho bajo el vello rizado de la barba.

La isla de Papasey, explicó Runolf, se llama así en memoria de los *papas*, los antiguos misioneros célticos que se asentaron en ella creyendo que era la tierra avanzada de un gran continente, el más lejano de cuantos existían. Su inquebrantable voluntad los guiaba hasta los límites del planeta. Estos monjes construyeron iglesias y labraron cruces célticas y bellísimos iconos de tetramorfos distintos a los ya conocidos en Irlanda, Inglaterra y otros países del norte de Europa. El Tetramorfo Islandés es único en el mundo. Incorpora, a diferencia de los otros existentes, un dragón en lugar de un león cuando representa al evangelista San Marcos.

“Su poder de atracción fue tal cuando fue introducido en estas tierras que su espíritu forjó el primer entramado de leyes que rigieron el funcionamiento del Parlamento de los Hombres Libres”, dijo Runolf. “El tetramorfo islandés encierra un mensaje de respeto y altruismo para con los demás, de generosidad y anhelo de paz, y en todos esos valores se inspiraron las primeras leyes assemblearias. También ésa fue la principal herencia de los predicadores que, en los años más oscuros de la Edad Media, alcanzaron Islandia y luego esta isla de Papasey...”

A aquellos monjes y ascetas se les llegó a conocer como los Padres Egipcios del Desierto. Ankhus llegó a ser uno de ellos, si bien su secta era mucho más selectiva. Los *monjes papas* eran predicadores. Los seguidores de Ankhus, los *Lottars*, guardianes de los secretos de Lottar Grumssor, se orientaban hacia prácticas iniciáticas. Los más versados llegaron a ser instructores de verdades abstractas recogidas en códices. La serpiente del Tetramorfo Islandés era uno de esos símbolos. Algunos relacionaban ese dragón con leyendas orientales, y otros creían ver en él a la ballena que era capaz de morderse la cola con sus dientes de gigante.

“En el escudo de armas de Ankhus figura esa ballena”, reveló Runolf. “Lo dibujó Vilmond en su libro.”

Hizo una pausa y siguió hablando:

“Los orígenes remotos de esa historia se entrelazan con los de un monasterio y los de siete monjes que seguían a ciegas las enseñanzas de los Padres del Desierto. El monasterio había sido erigido en el pequeño desierto de Uhiloigh, en el norte de Irlanda. Ellos eran frailes humildes pero valerosos, contemplativos, como sus maestros egipcios. Sólo les importaba cumplir las leyes monásticas del silencio. Con el tiempo, sus seguidores se multiplicaron. Su cruz se distinguía de la que hoy conocemos como céltica por su forma de T. Algunos de ellos navegaron, años después, hasta Inglaterra, y más tarde, desde saltaron a las islas Shetlands y a las Orcadas, para luego recalar en las islas Féroe y desembarcar en Islandia. Entre ellos, había un monje que se llamaba Freston.”

“¿Por qué Islandia?”, pregunté.

“Era la tierra más alejada del continente, la más fría, la más inhóspita y desconocida, la más exigente para con el hombre. Era lo que buscaban: el *desierto del norte*, una prolongación de su desierto egipcio, puesto que de allí procedían sus ancestros, su tierra de ostracismo voluntario y de oración. Se hicieron adoradores de Dios en el silencio, y en ese desierto del norte terminaron por erigir la Cruz Angélica.

»Fue Lottar Grumssor quien trajo del desierto esa cruz, y fue Ankhus quien la condujo a Islandia y la ofreció a los monjes de

Papasey para que la guardasen en la misma iglesia en la que veneraban el Libro de las Páginas Infinitas.”

Thor Thorgilsson se levantó y avanzó unos metros, encorvado, hacia un muro situado junto a la gran chimenea humeante de la cabaña. Runolf siguió los pasos del anciano con los ojos sólo pendientes de sus movimientos y los brazos extendidos para que no se desviase del camino.

Cuando llegó a la zona más oscura de la cabaña, Thor se apoyó en el brazo de su discípulo. Cruzaron las cortinas de la puerta del fondo y, al cabo de unos minutos, reaparecieron. El anciano portaba una especie de paquete rectangular envuelto en piel de oveja. Aún anduvo unos metros más, con los brazos abiertos de Runolf protegiendo su sombra alada y gris. Se detuvo delante de Freyja.

Sin ayuda de nadie, extrajo del interior del bulto una hermosa cruz plateada, cuyo brazo superior se descomponía en un gran círculo ovalado. En el interior del círculo se encerraba una pequeña cruz céltica con una gema en el centro. Los brazos superiores estaban surcados por ondulantes bajorrelieves que parecían simular las arenas del desierto.

Thor Thorgilsson posó la boca sobre el centro de la cruz y le dio su aliento. Después, la levantó, como si oficiara una ceremonia litúrgica, para que todos los presentes pudieran observarla mejor. Por primera vez en sus ojos pareció removerse un soplo de vida, pues se quedaron fijos mirando al punto del espacio donde sus manos asían con brío el resplandeciente icono.

Quiso hablar, pero no pudo. Respiró con fatiga y sus manos temblaron en lo alto.

“Esta cruz estaba enterrada en esta isla y yo la recuperé”, dijo Runolf al tiempo que el anciano mostraba la cruz. “Es la Cruz Angélica de Ankhush. La cruz de los *papas*.”

“¿Es una cruz cristiana?”, pregunté.

La voz de Thor Thorgilsson se fue apagando:

“Qué importa su origen. *Ankh* quiere decir la llave de la vida. La llave del conocimiento del mundo.”

Sobrevino un largo silencio.

“Deduzco, pues, que existe una estrecha relación entre esa cruz que abre la puerta del conocimiento con el *Libro* que nunca se

termina de leer”, dije.

A Freyja le complació advertir una sonrisa en los ojos muertos de Thor. Éste, también impresionado, elevó su mano derecha dispuesto a responder con calma.

“¿Conoce usted la historia de Freston, señor Bulnes?”, preguntó Runolf tras observar atentamente el ademán de Thor preparándose para una larga respuesta.

“Tengo entendido que fue él quien recibió de Lottar Grumssor el *Libro de las Páginas Infinitas*”, respondí.

Thor Thorgilsson desvió la mirada hacia Freyja:

“Así consta en el diario que posee Roald Sveinsson, vuestro abuelo, y que ha pertenecido a su familia desde hace siglos”.

Freyja buscó con la mirada los ojos de su hermano, que los abrió al sentirse observado.

“Las cosas, sin embargo, no ocurrieron del todo como lo cuenta el autor de ese diario, el poeta Ármordr, quien no acompañó ni una sola legua a Lottar Grumssor en su expedición al desierto. Lottar sabía muy bien lo que se hacía. Como en la mayoría de los vikingos de su época, el tránsito de las tradiciones paganas a la nueva espiritualidad que pregonaban los misioneros llegados de Irlanda y Escocia abrió en su corazón un largo proceso de incertidumbres. Arrastrado por las dudas de su conciencia, el noble Lottar se alistó en la expedición del *Earl* a Tierra Santa dispuesto a conocer directamente las fuentes de la nueva religión. Seguramente, antes incluso de partir de viaje, algún monje le reveló la existencia de monasterios coptos en los desiertos de Egipto, Palestina y Mesopotamia, habitados por monjes que buscaban afanosamente en la soledad y el silencio del desierto al nuevo Dios.

»Muy distinto es creer en Dios que conocer a Dios. Lottar quería conocer a Dios. El de Lottar fue un viaje de búsqueda, y no precisamente de tesoros terrenales. Cuando el conde Röngnvaldr, después de entrevistarse con el emperador Menelao de Constantinopla, se dispuso a regresar a las islas Orcadas, Lottar decidió comenzar una nueva andadura hasta dar con el paradero de aquellos monjes misteriosos cuya inquebrantable fe era capaz de formar austeros ejércitos que difundían el credo de Jesucristo por los rincones más insospechados del mundo, hasta la helada Islandia

si fuera preciso. Finalmente, encontró uno de esos monasterios en el desierto de Siria, después de vagar varias semanas por el de Sinaí. Allí permaneció meses...

“Entonces, Yuuanunrhim...”, cortó Freyja. “¿Qué sentido tiene ese nombre en la historia de Lottar?”

“Querida Freyja, Lottar estuvo en Yuuanunrhim”, contestó Runolf. “Lo que sucede es que ese lugar se localiza a una considerable distancia del Himalaya, lo más probable entre Siria y Mesopotamia.”

“Ármordr mintió, entonces”, se atrevió a decir Freyja. “Es duro admitirlo, pero así fue. Tal vez exageró. Desde luego, sus conocimientos geográficos eran mínimos y su concepto del tiempo bastante arbitrario. Calculó de manera equivocada los días de ausencia de Lottar, y al retrasarse tanto la vuelta de su caballero, pensó que la obsesiva búsqueda en la que estaba empeñado condujo sus pasos demasiado lejos, cuando en realidad lo que pasó fue que Lottar prolongó más de la cuenta su estancia con los monjes y compartió la vida monacal con ellos durante más días de los que cabe imaginar.

Freyja asintió, esta vez con un gesto de dulzura, las palabras de Thor Thorgilsson.

“Fue en ese monasterio donde Lottar recibió de los monjes el Libro de las Páginas Infinitas, que posiblemente ellos habían recibido a la vez de peregrinos procedentes del Indostán. El cuento del escritor Borges, que conozco, está en lo cierto... Se trataba de un libro muy antiguo que unos y otros tenían como la reliquia de un demiurgo. Los Padres del Desierto custodiaron desde entonces ese libro como un objeto que irradiaba el conocimiento de Dios. Ellos siempre creyeron que el libro era expresión del poder del verbo de Dios, pero nunca lo calificaron de *libro mágico*. Lottar lo recibió de manos de aquellos monjes contemplativos con el encargo de que lo entregara a sus hermanos que predicaban en el *desierto helado del norte*, para que también ellos poseyeran las llaves de acceso a la verdad y a la vida.”

Una repentina emoción le subió hasta las pupilas, fijas en el vacío, y pareció extenderse por su arrugada frente. Luego prosiguió:

“Lo guardó junto a su pecho, sin separarse un instante de él durante las largas jornadas del viaje de regreso a Palestina. Allí,

contó a Ármordr lo que le había ocurrido. Ármordr pudo ver las tapas del libro, pero nunca leyó ni una sola de sus páginas, ni tan siquiera lo abrió. Nada más regresar a las Orcadas, Lottar Grumssor de los Pies Quemados hizo entrega de la Cruz Angélica y del libro al predicador Freston, en nombre de los Padres Egipcios del Desierto de Yuuanunrhim.”

Thor Thorgilsson ladeó la cabeza e hizo un intento de alargar la mano. Runolf, presto al movimiento, se adelantó a las intenciones de su maestro y cogió uno de los portarretratos que había en la repisa de la chimenea. El anciano bajó la cabeza y acarició con sus manos la superficie de la fotografía. Durante algún tiempo estuvo observándose, con ochenta años menos, a bordo de su pequeño velero. Iba con el torso desnudo y portaba en brazos un hermoso ejemplar de alca imperial. No llevaba barba y una gorra de marinero le cubría la cabeza. Sonreía abiertamente. La foto se la hizo Roald, unos días después de la primera vez que se encontraron en alta mar. El bacaladero de éste llevaba a bordo una cámara, propiedad de uno de los jovencísimos tripulantes que le acompañaban. Thor abrió los labios para hablar. No logró pronunciar palabra. Runolf volvió a hacerlo por él:

“Roald y yo hablamos muchas veces sobre el viaje de Lottar. Él lo interpretaba como el desplazamiento de la luna de oriente a occidente. Dos civilizaciones distintas, enfrentadas, se encontraron en las arenas del desierto y se fundieron en una sola en los glaciares de Islandia. La cruz empezó siendo el vuelo de un ave que superó la inmensa distancia entre ambas orillas. La antigua *ankh* egipcia se transformó en la redonda copta, y después evolucionó hasta conformarse como la cruz céltica que hoy conocemos. Las arenas se transformaron en hielo.

»Todos procedemos del mismo pensamiento. Odín nos instruyó a todos por igual. Y de igual manera lo hicieron todos los dioses y profetas. Los pensamientos se hicieron sombras, y de las sombras surgió el pensamiento de todos los hombres y la historia del mundo. Hace cientos de años las civilizaciones de oriente y occidente enterraron en el desierto el odio de las Cruzadas y construyeron con los granos de arena el camino hacia la constelación de un nuevo orden fraterno. Los *monjes del desierto* fueron los primeros en

sembrar con sus oraciones la reconciliación de oriente y occidente. Hubo un tiempo en que así fue.”

El olor a incienso impregnó el silencio de la cabaña.

“Sí, Roald y yo hablamos muchas veces sobre el *Libro del Gran Demiurgo*”, dijo con solemnidad. Posó su mano sobre la de Runolf, de pie junto a él. “El Libro del Alma del Mundo.”

Jónas, con los ojos muy abiertos, parecía especialmente afectado por aquellas palabras que el fuego de la chimenea parecía enardecer aún más.

“Antes de vernos ya era nuestra obsesión”, siguió diciendo Runolf. “Siempre debatíamos acerca del modo de llegar hasta él. El código de Vilmond ponía todas las cosas en su sitio. Era inequívoco, implacable. Papasey es el cruce de todos los caminos. Aquí se fundió la sangre de oriente y occidente. La de Freston con la de Halldora. El arte sajón se hermanó con el más primitivo del Islam. En Papasey se firmó la primera paz de la historia esencial del hombre.”

Thor volvió a acariciar con sus manos la foto con el alca.

“Roald no sabía gaélico. Yo le traduje el relato de Vilmond y desmenucé el sentido oculto de sus palabras. Nos pasábamos noches enteras hablando, buscando secretos en los silencios que compartíamos. Antes y después de descubrir las islas de extraordinaria mansedumbre donde creíamos que se ocultaba el libro de Lottar. Cuántas islas nos salieron al paso en nuestros viajes, cuántos paisajes nos confundieron hasta dar con la isla a la que no se puede llegar, *al norte de Å...*”

Creí que el anciano iba a romper a llorar, pero no podía hacerlo. No podía llorar, ni hablar, ni reír, me dije. Thor Thorgilsson sólo podía convertir sus pensamientos en una providencial sombra de la que surgían los ecos que llegaban hasta Runolf.

“Sí, finalmente localizamos el libro...”, dijo, y se detuvo un instante. “Estaba en la isla en la que reinaba la primavera aun siendo invierno.”

A Runolf se le hizo más grave la voz.

“Eso nos pareció cuando pisamos sus playas. La luz se metió en nuestros ojos y dejamos de tener frío. Buscábamos una oquedad a la que sólo se podía acceder desde el aire. Vilmond hablaba de

tener que *subir, sobrevolando*. A la cueva de un acantilado, tal vez. Dos lobos blancos, con las colas forradas de nieve, nos abrieron el camino hasta lo alto de una pequeña meseta en la que anidaban varias parejas de búhos níveos que se dejaron acariciar por nuestras manos. Uno de ellos, una hermosa hembra, se alzó sobre nuestras cabezas, planeó sobre la vertical del acantilado y se posó en un saliente rocoso. Allí permaneció un largo rato, hasta que nos decidimos a caminar hacia el escarpado lugar.

»Los lobos nos escudriñaban compasivos. Ellos nos mostraron el camino, mientras los búhos seguían ensortijando el aire con sus vuelos redondos y majestuosos. Nos condujeron a través de estrechos pasadizos, rozando el precipicio. Roald resbaló y estuvo a punto de caer. Los lobos nórdicos aullaban constantemente para advertirnos del peligro. Tuvimos que superar escollos y simas de vértigo. Finalmente, pudimos acceder a la cueva desde el interior de la tierra, y allí, en el centro de una gran galería con estalactitas doradas, encontramos el Libro de las Páginas Infinitas envuelto en una faja de piel de foca, encerrado en sí mismo, suspendido en el aire e inmóvil como una estrella.»

Agitó la cabeza, se alisó la barba con las dos manos y se levantó. Era más alto de lo que había imaginado, mucho más alto y más flaco. La fuerza le llegaba desde arriba y le entraba por la frente a modo de un rayo cuando cae sobre la copa de un árbol. Runolf inclinó el cuello y fijó sus ojos en el suelo. Lo hizo con pesadumbre y murmuró:

“No lo tocamos. No nos atrevimos a profanar con nuestras manos su misterio. Pero nuestras mentes fueron traspasadas por el candor que desprendía.”

Luego elevó el tono de voz, que tembló:

“Durante horas, mantuvimos fijamente en él nuestros ojos, deslumbrados por el centelleo de sus páginas, pero luego se acomodaron a esa luz y penetraron en ella, de manera que la oscuridad se ausentó y sentimos que nuestras manos podían tocar el fuego sin quemarse y el hielo sin entumecerse.”

Dicho lo cual, Thor agarró la mano de Freyja y le dijo con un gesto que se levantara pues tenía que mostrarle algo. Se adelantó

unos pasos en dirección a la salida de la cabaña y aguardó a que Runolf se situara junto a él para apoyarse en su hombro.

“Desea que le sigamos”, dijo Runolf sin necesidad esta vez de impostar su voz.

Caminaron varios cientos de metros y se aproximaron a la vertiente de la tundra que daba al mar. Apercebidos por la brisa, se asomaron a la lengua de agua junto al embarcadero. Cuando Thorgilsson creyó que ya se abocaban al abismo, sujetó con fuerza las manos de Freyja y de Jónas.

“¿Divisáis el acantilado?”

“Sí...”

“En uno muy parecido al que veis se halla la gruta en la que está el Libro de las Páginas Infinitas. Sé que un búho cruza estos días el cielo de Islandia...”

“Quería hablarle de ello”, dijo Jónas, vacilante.

“No es necesario, Jónas. El búho níveo se dirige al lugar, pero nadie será capaz de seguir su estela ni de adivinar el rumbo final de su vuelo. Sólo Roald. Si algún día queréis iniciar la travesía hasta esa isla, tendrá que ser en su compañía.”

“¿Entonces?”

“El misterio de la vida sigue. Lo mantiene el pensamiento de los héroes. El vuelo de las aves es testimonio de cuanto digo. La señal de que nuestra imaginación obra prodigios. Hacía tiempo que no se daba un suceso tan extraordinario. Los búhos níveos forman parte de los ciclos imaginarios que nos elevan sobre nuestras miserias y nos asemejan a Dios. Ellos, en efecto, nos anuncian la existencia del Libro del conocimiento y el retorno a la utopía. Su belleza es lo que nos hace insaciables. En todas esas señales se advierte el dominio de lo esencial.

»Nuestra capacidad de asombro sólo es pareja a la facultad de soñar, pues somos hijos del primer hijo del mundo, es decir, del primer hombre de inconmensurable talento. Los hombres mueren, pero los genios sobreviven. ¡La máquina del universo no se detiene! El búho níveo que ha irrumpido en nuestro cielo es el espectro que reverdece. Yo estoy a punto de desaparecer. Las alas del búho níveo son las páginas del Libro que baten el aire en nuestras

mentes sin que podamos saber cuándo empezaron a agitarse y cuándo van a cesar.”

Freyja quiso saber con la mirada qué músculos de mi rostro se tensaban, qué pensamientos me aturdían. Sentí que su mano rodeaba mi cintura y su cabeza se recostaba en mi pecho. Asomado al barranco, yo también imaginé el vuelo del búho níveo sobre la vertical de la gruta. Un indescriptible gozo se dibujó en el rostro de Jónas.

Desvié la mirada para observar a Thor Thorgilsson: desde su altura de gigante había inmovilizado sus ojos en la luz nórdica y abarcaba el mundo con sus manos extendidas.

ALONSO BULNES

Unas horas después, durante el vuelo a Akureyri, estuve divisando un rato desde el aire el lago azul, un lunar incandescente y redondo, junto al cráter del volcán Askja, en la llanura esteparia de un desierto de lava que parecía no pertenecer a la tierra.

Los ojos de Freyja, confundidos con los míos desde que abandonamos Papasey, también se recrearon en aquella visión. Tan conmovida era la expresión de su rostro, mientras apretaba con una mano el camafeo de ámbar y extendía la otra para entrelazarla con la mía, que no quise interrumpir sus pensamientos, y sólo cuando aterrizamos me atreví a acariciar su rostro para despertarla y anunciarle que habíamos llegado al final del viaje.

Levantó sus ojos del sillón:

¿El final del viaje?

Fue suficiente arrodillarme ante el sillón que ocupaba y besar sus manos y recostar mi cabeza en su vientre al tiempo que ella la apretaba con sus brazos como si deseara meterme dentro.

Creí morir cuando me separé de ella en el aeropuerto de Akureyri. La acompañé, abrazándome a su cuello, ella sin decir palabra, por el hangar hasta la Terminal, la besé en el vestíbulo y le dije al oído que la amaba, lo repetí varias veces sin dejar de mirarla ante sus ojos empañados. Después, en voz alta, que había salido a mi encuentro para salvar mi vida, y regresé con los ojos turbios al avión que me esperaba en la pista con los motores en marcha.

Sólo giré la cabeza para volver a verla cuando subí por la escalerilla que había tendido Rosana. Me acomodé en el sillón y me ajusté el cinturón de seguridad, pero yo lo que realmente deseaba era saber qué hacía Freyja en ese instante, quería verla y saber si me observaba y desde dónde me observaba. Le dije al capitán

Torres que demorara el despegue unos minutos. “Sólo me permiten unos segundos”, contestó con el ceño fruncido.

Pegué mi cara a la ventanilla.

No me costó localizarla tras las cristaleras de la Terminal; su perfil se había difuminado en un vaho de tristeza. Deseaba prolongar la visión de su rostro inmóvil. Ahora pienso que era como el apunte a carboncillo que traza un genio antes de plasmar un lienzo. Aún la estuve observando cuando el avión empezó a deslizarse sobre el hangar. Ella se precipitó hacia la esquina del vestíbulo, junto al último muro del edificio, aupándose en su intento de seguirme. Me dio la impresión de que su cabeza reposaba sobre el ala del avión, y de que su rostro se fundía en el calor del aire que desprendía la turbina del reactor. Sólo pude quedarme con el brillo de sus ojos, intenté retenerlo para alumbrar los míos, unos segundos más, hasta que el avión enfiló la pista y despegó.

Nada más llegar a Reikiavik le dije al capitán Torres que preparase sin demora el regreso a España. Pensaba que cuanto antes partiese también antes empezaría la cuenta atrás del momento en que volvería a encontrarme con Freyja en Madrid.

Las notas lejanas del violín volvieron a sonar en la madrugada del hotel Borg. Fue una desconsolada vigilia. En algún momento pensé que la había perdido, que debía volver atrás para recuperarla, que debía haber hecho algo más por retenerla, tal vez aguardar a que terminase su conferencia para regresar juntos.

Me levanté muy temprano y, después de desayunar, Haraldur me esperaba en el vestíbulo con el equipaje para trasladarme en su coche hasta el aeropuerto.

Dediqué el vuelo de regreso a España a concretar planes que debía afrontar de manera inmediata. Conjuras contra mí mismo. Despiadadas. Sinceras. Deseaba aunar todas mis fuerzas en un intento de destruirme para liberarme a la vez. Mis castillos debían ser demolidos. “Cortar los nudos que aún me mantenían unido al pasado”, me dije. El zumbido del jet me taponó los oídos e hizo que me concentrara aún más en mis pensamientos. Reconocí que me enfrentaba a riesgos y tentaciones insospechados, agazapados y en

espera de saltar sobre mí para hacerme cambiar de idea, pero no había lugar para una vuelta atrás...

Tampoco para la piedad: Beatriz y mis hijos eran seres afortunados y fuertes; no sufrirían ante mi holocausto. Lo llamé así. ¿Acaso no era, a los ojos de los demás, mi propia destrucción?

Los obstáculos tendidos por mi familia eran los más tenaces y delicados. Debía eliminarlos sin ninguna concesión al sentimentalismo.

Mi renuncia no era un sacrificio personal, ni una inmolación, sino la decisión de un hombre empeñado en cortar las amarras que aún le ligaban al mundo que había rechazado. Mi voluntad me impulsaba a consumir ese rechazo. “Los sueños existen, son reales”, repetía una y otra vez mientras me alejaba de Islandia y observaba desde la ventanilla del jet el cono grisáceo de la isla de Surtsey poblada de pájaros que regeneraban el aire con sus vuelos y sacudían las cenizas de las playas. Adiós Islandia. ¡Que repentina tristeza me invadió cuando desaparecieron en la distancia las llanuras de sus glaciares y la hermosa desolación de sus tundras!

Me ha sacudido el rostro un súbito golpe de viento, un estrépito vago y dulce, suficiente como para saber que despierto. A veces creo que duermo desde que me hice a la mar en busca de islas imaginarias, tal vez desde mucho antes, cuando me asaltó el temor de que había perdido a Freyja y me dije que la única manera de recuperarla era hacer lo que ella habría hecho, inventar lo desconocido.

El timón está fijo, inmóvil. Más que sobre el mar, da la impresión de que flotamos en el aire a merced de un poderoso magnetismo.

Escucho, abajo, el trajín de Roald. El anciano se mueve, camina, crujen las traviesas del piso de la embarcación bajo sus pies, parece que habla solo. Tal vez canta. Está excitado. Pronto subirá, pienso.

En un abrir y cerrar de ojos, el cielo se transforma. Todo es tan diferente que parece que nos acercamos al mundo que buscamos. El viento del sol se desplaza al otro lado de la atmósfera a una velocidad vertiginosa, pero sólo susurra aquí abajo cuando roza la espuma de las olas y golpea las velas con suavidad.

Observo cómo el cielo se difumina en pinceladas de colores, con predominio del rojo y del violeta. Tendría que despertarla para que al menos sea testigo del hermoso espectáculo que anuncia la lluvia de relámpagos. Se presiente una aurora boreal.

Me resisto a detenerme en la imagen de su rostro en el Hospital Gregorio Marañón de Madrid. Ella, postrada en una cama metálica en el centro de un cubículo. Un jarrón de rosas amarillas y blancas en la mesilla de noche. Un biombo la separaba de otro enfermo, también inconsciente, una mujer con una gran venda cubriéndole la cabeza. Al lado, un hombre imploraba una explicación al médico. Enmudecí.

Son imágenes dislocadas...

Acababa de subir en un ascensor con gente recogida en una extraña impassibilidad que parecía haber perdido la capacidad de hablar; empujé para abrirme paso al exterior, con las flores en alto; recorrí un largo pasillo buscando la habitación 422. Decenas de enfermeros transportaban camillas con cuerpos ensangrentados. Algunos sanitarios hacían aspavientos con sus manos, otros empujaban percheros con botellas de plasma colgadas. Me salieron al paso mujeres que se agarraban a los brazos de la primera persona que encontraban en el pasillo y preguntaban por un nombre, con los ojos desorbitados. A mí también: “No sé, no sé”, alzaba los hombros. Lo siento, pregunte al personal del hospital, no sé, respondía, los ojos en blanco, también la mente, buscándola.

Sí, mi mente se resiste a reproducir esas escenas. Sólo me detengo a ver el momento en que llegué a la altura de la habitación y entré.

Temblaba.

El instinto me hizo detenerme junto a su cuerpo ladeado en la cama, frente a la ventana, mirando a la luz gris de la tarde. Me postré de rodillas ante el lecho y recogí su mano en la mía, llamándola: “Freyja, Freyja...” Ella giró la cabeza hacia mí y detuvo la mirada ante las rosas, impassible a mi voz. Afuera, el crepúsculo de Madrid, con témpanos de hielo en las deshilachadas ramas de las nubes.

Todo pasó.

Sigo avanzando en el mar, atraído por el imán del norte y por los velos de color violeta que se enredan.

Estuve ausente de mí durante los siete días que transcurrieron hasta que Freyja regresó a España, inmerso en un desasosiego que alternaba momentos de euforia con otros de tristeza. Nada me parecía real durante ese tiempo y sólo cuando calculaba los minutos que faltaban para el reencuentro en Madrid sentía que recuperaba la dicha de vivir. No creo haber estado nunca más indiferente ante mi entorno. Pospuse reuniones de consejos de administración, daba largos paseos por el Parque del Oeste o por El Retiro, hasta el anochecer, y, cuando llegaba a mi casa de La Moraleja, me recluía en la biblioteca para leer libros sobre Islandia, no importaba la materia, mapas de carreteras, rutas turísticas, libros de economía, sobre pesca; me interesé por las sagas; extraía nombres de personas, de lugares, de islas, de montañas y ríos, y los escribía en un folio en blanco; leía en voz alta poemas en islandés; escudriñaba fotografías de parajes; acariciaba los lomos de los libros que hablaban de la tierra de ella.

Apenas comía, y cuando Beatriz, mi mujer olvidada y traicionada, se interesó —lo hizo varias veces— por mi salud, le respondía con evasivas. Pronto tendría que revelarle las razones que me tenían tan abstraído y encerrado en mi hermetismo.

Sólo disponía de tiempo para pensar en los planes que debía poner en marcha y en el instante en que abrazaría a mi diosa de nuevo. Fue tal mi aturdimiento durante los días de espera que, cuando llegó el ansiado momento de acudir al aeropuerto de Barajas, mis primeras palabras ante su cuerpo relajado y sonriente, con las maletas apiñadas a sus pies, fueron para prometerle que nunca más me separaría de ella, y para suplicarle que jamás ella me permitiera justificar ni su ausencia ni la mía, y supe que así sería, pues, tras sellar mi juramento con un beso después de un largo rato abrazados, me estremecí y se me llenaron los ojos de lágrimas y no supe qué responder cuando ella me preguntó por la causa de tan repentina turbación, así que oculté mi rostro en el ramo de hortensias que portaba y ella recogió las flores de mi bienvenida, tal vez abrumada por mi comportamiento, y yo contuve la explosión de

alegría que me dominaba agarrando con mis manos el carrito con las maletas y tirando de él con la cabeza agachada, sacudiéndola de derecha a izquierda, los ojos turbios, sin poder explicarme el motivo de aquel descontrol tan primitivo, mientras Freyja me acariciaba con sus manos el pelo y besaba mis mejillas.

Había cancelado todos mis compromisos de agenda previstos en ese día. Sólo Ramón Caruana conocía el regreso de Freyja a Madrid. Más que el hecho en sí, lo que le causó extrañeza a mi amigo fue que se lo comentara como si se tratara de un top secret. Ciertamente, le puse en alerta de algo importante a punto de acaecer, tal vez lo más importante de los últimos años, desde que le conocía. Lo que pretendía hacerle saber era que los acontecimientos ya anunciados en Estocolmo se decantaban hacia un final irreversible, y que él se convertiría muy pronto en una pieza clave de la estrategia que me disponía a poner en marcha.

A veces, tenía la impresión de que Ramón aún no se había percatado lo suficiente de que su condición de ingenuo confidente pronto se transformaría en la del cómplice dispuesto a *salvarme la vida*.

Estaba más delgada, pero su mirada seguía llena del mar de Islandia. La llevé en mi coche hasta su apartamento de Alcalá. Hicimos el viaje en silencio, ella recostada sobre mi hombro. Su apartamento estaba situado en la segunda planta de un edificio de corte modernista. Daba la impresión de que había sido rehabilitado. Desde sus ventanas se dominaba un parque con frondosos árboles y cúpulas de viejas iglesias y conventos rematados por cometas metálicas con perfiles de crestas de gallo. Estaba cerca de la universidad y del Instituto Cervantes, me dijo mientras descorría las cortinas para mostrarme el paisaje de la ciudad.

Era una casa acogedora y cálida, con suelo de madera de roble; un par de viejos troncos reforzaba su techo abuhardillado en la divisoria del salón y de la pequeña cocina. Olía a jazmines y a rosas, pese al tiempo que había permanecido cerrada (pensé que la pieza había sido sometida a una rigurosa limpieza unas horas antes). Allí mismo, sobre una alfombra de lana de color rojo, hicimos por primera vez el amor en España, después de buscarnos a ciegas

con la hostilidad de dos adolescentes, ella dejándose intimidar por mis besos. Sólo la visión de su cuerpo desnudo y entregado me tranquilizó, y, cuando comprendí que su regreso no era un sueño y que ya nunca más me separaría de ella —volví a jurarle que así sería, hasta la muerte—, quise inventar un ritual nuevo de caricias, de movimientos pausados, de roces perpetuos. Era una tarde tibia de primavera. Afuera, centenares de gorriones y tordos sobrevolaban los tejados ocres de la ciudad, y un trozo de aquel cielo, de un azul intenso, entraba por la ventana.

A partir de entonces, hubo muchas tardes como aquélla, y cuando llegaban los fines de semana se sucedían los paisajes de ciudades provincianas y de hotelitos ocultos entre arboledas y parques que inventábamos nada más traspasar los lindes de Madrid o de Alcalá. En una calle de Córdoba sonaba una fuente junto a la estatua de Maimónides, entre geranios que se asomaban por las cancelas de las casas; desde las murallas de Ávila divisábamos el mar de cereales aplastado por el cielo invernal; en El Escorial, paseábamos abrazados en la oscuridad de la explanada frente al monasterio; una tarde helada calentábamos nuestras manos al sol de la Plaza Mayor de Trujillo. La instantánea recogida por una cámara en el Patio de Los Leones de La Alhambra al atardecer... En todos esos lugares nos hicimos invisibles. Y así fue creciendo dentro de nosotros una locura febril que nos elevó sobre el mundo y sus miradas, de manera que nuestras palabras empezaron a estar poseídas por el poder de los conjuros mágicos, y los proyectos que nos parecían ficciones terminaban por adquirir los contornos reales del mar, de la distancia, de las velas y del viento, y al tiempo que nuestra condición de mortales se hizo ingrátida al paso de los días, nuestros músculos empezaron a sentirse capaces de superar los esfuerzos más titánicos. Estábamos seguros de que todos los caminos que se abrían ante nuestras mentes habían sido ya recorridos por seres de *inconmensurable energía*, y así se empezó a fraguar de nuevo en nosotros el sentimiento invencible de los portadores de sueños.

A veces, sin embargo, cuando las dificultades se me antojaban insuperables, confesaba a mi espejo en el cuarto de baño de mi

despacho que estaba dispuesto a financiar el coste de la travesía hasta la isla donde se ocultaba el Libro de las Páginas Infinitas, y así, más tarde, se lo decía a Freyja cuando estábamos a solas, usando las mismas palabras: estaba dispuesto, sí, a emplear los medios que fuesen necesarios para culminar la gesta de llegar hasta la gruta custodiada por los búhos níveos; la construcción de un barco más resistente; la elección de la tripulación más experta en travesías oceánicas; el capitán más experimentado. Cuando así le hablaba, Freyja me observaba sin ocultar la decepción que le producía mi arrogancia: “Esos medios a los que te refieres, por muy descomunales que sean o te parezcan, nunca serán suficientes para alcanzar la isla a la que nunca se llega.”

Y concluía, rotunda:

“Tal vez aún no hayas comprendido que la épica de esa travesía cabe en la mente de quien sólo cuando sueña acierta a ver la realidad.”

La Biblioteca de Babel de Borges había que imaginarla en una esfera inaccesible, me recordaba Freyja después de hacer el amor:

“¿Cómo es posible que tú creas que a la condición del hombre como un ser de excepcional fantasía se llega con un barco bien pertrechado y unos cuantos expertos marineros?”

No respondí.

“Algo parecido le ocurrió al banquero Sören Petursson —y alzaba su cuerpo desnudo sobre el mío— cuando dispuso de todos los medios a su alcance para que una legión de detectives y criptógrafos descubrieran las huellas del código.”

Antes de que ella terminara sus reproches, yo me daba cuenta de hasta dónde me habían conducido los ciegos deseos de mi prepotencia:

“Lo siento, lo siento...”

Ella insistía, besándome:

“Tú no eres así, amor mío”.

Así fue como me fui desentendiendo, cada vez más, de mis hábitos, sometidos a un lento e inexorable exterminio. Cuando me recluía en el despacho era para maquinar los detalles finales de mi plan. Ningún cabo debía quedar suelto. Trazaba mis tácticas como si de una guerra se tratase. ¿No lo era acaso? Al flanco bélico,

delicado y sensible, de Beatriz y mis hijos se unía el más escabroso de los accionistas de mis empresas y en especial de los miembros de sus consejos de administración. Reaccionarían como buitres, me temía, ante los despojos de sus presas.

La ausencia de mis hijos me facilitaba las cosas en cierta medida, al menos por el momento, hasta que tuviera que hablar con ellos cuando regresaran de Estados Unidos para pasar sus vacaciones en España, pero con Beatriz debía abordar la situación con transparencia, respeto a su persona y lealtad a mis nuevos principios. Estaba convencido de que Beatriz no sería capaz de entender el punto afable y persuasivo de mis razonamientos. Los aspectos más visibles del inevitable enfrentamiento anulaban el interés ínfimo que despertaban en ella los detalles personales de mis argumentos. Pronto caí en la cuenta de que no podía ser de otra manera.

Mi planteamiento de ruptura se lo tomó inicialmente como una frivolidad, como una decisión irresponsable y ruin, me echó en cara. Yo callaba. Desarbolada por la indignación, no quiso entrar a considerar que se trataba de una capitulación matrimonial meditada e irreversible, amistosa y sincera, como pretendía hacerle comprender, y se mostró ofendida ante mi compromiso, que calificó de cínico, de abordar la separación con actitud sensible y generosa hacia ella y nuestros hijos.

En realidad, las primeras semanas de relaciones con Beatriz, tras anunciarle mi decisión de deshacer los vínculos que nos habían unido desde hacía veintidós años, estuvieron salpicadas de gestos triviales, sarcasmos y crueles desaires. Para contradecir sus argumentos de que mi precipitación le parecía alevosa y desleal, admití sin remilgos que podíamos iniciar, si así lo prefería, una fase de reflexión que desdramatizara un acontecimiento al que se enfrentaban a diario miles de parejas en todo el mundo. Le propuse, pues, que nuestra convivencia se mantuviera normalizada durante unos meses hasta que pudiéramos decidir por nosotros mismos, sin violencia verbal, un desenlace formal sin traumas. Aceptó la prueba y yo admití sin reservas su deseo de dormir en habitaciones separadas. Sólo puse la condición de gozar de plena libertad durante los fines de semana y fiestas, de manera que, durante esos

días, me ausentaría de casa y no tendría que rendir cuentas a nadie. Lo aceptó.

Beatriz me esperaba por la noche de pie en el centro del salón, atenta al momento en que yo abría la puerta del garaje. Nunca preguntaba. Me observaba de lejos como a un intruso, y si me acercaba a ella para saludarla o entablar conversación, me esquivaba, huraña y resabiada. Cuando llegaba el viernes se hacía a la cuenta de que su marido estaba de *viaje de negocios*, solía decir con sorna, y con frecuencia aprovechaba mis ausencias para desplazarse al chalé de los Pirineos o a la finca de Galicia, donde había previsto que pasaran las vacaciones nuestros hijos. Supe que había hablado varias veces con ellos y que los había predispuesto en mi contra.

Salvo estos contratiempos, el matrimonio funcionaba con aparente normalidad –es lo que yo pretendía–, y dentro de unos cauces civilizados, “rigurosos pero correctos”, le oí decir en cierta ocasión hablando por teléfono, seguramente lo hacía con uno de nuestros hijos (pensé entonces que se trataba de Alvaro Coria, mi abogado, a quien también puso en antecedentes de cuanto ocurría, adelantándose a mis planes). Fue solo un espejismo. El condescendiente tono inicial de sus palabras se hizo, a los pocos días, desafiante y provocador; despreciaba mi presencia e impostaba el gesto de su dignidad herida con la que a buen seguro pretendía mitigar la incontenible furia de su despecho. Ante tales rechazos, siempre mantuve una actitud prudente y reservada. Entramos, sin importarme, en el juego de comprobar quién transigía más a cambio de nada, en el que yo siempre llevaba, naturalmente, la peor parte. Llegué a pensar que Beatriz obraba de esta manera porque, en el fondo, nunca perdió la esperanza de que todo, tarde o temprano, volvería a ser como antes. Mantenía, no obstante, sus cautelas y nunca fue más allá de lo que yo le hubiera permitido. Tensaba la cuerda al límite de una prudencia alertada siempre por su inteligencia.

Dos meses después de que le anunciara mi decisión, aún no se había hecho oficial la ruptura matrimonial y nada había trascendido a los círculos familiares y de amistades comunes. Guardábamos con exquisito disimulo las buenas formas en recepciones y cenas

oficiales. Sólo cuando los ambientes o citas de negocios me resultaban menos protocolarios, excusaba mi asistencia. Poco a poco, y sin que nadie se apercibiese de ello, me iba separando de tales ambientes. Empezó a abrumarme tanta artificialidad, y llegué incluso a pensar que me comportaba como un redomado cínico cuando acudía a esas citas. Sí, reconozco que le di la razón a Beatriz, pero siempre terminaba arguyendo, ante mí mismo y ante ella, que mi conducta era la adecuada, a mi pesar, puesto que no podía hacer otra cosa que someterme a las normas que habíamos consensuado previamente. Sin embargo, las relaciones se fueron deteriorando hasta hacerse insostenibles. Me mantuvo en pie la confianza ciega de que, pronto, se llegaría al punto en que ella se convencería de que no había opción de retorno, ni por su parte ni por la mía.

Con el paso del tiempo, la propia Beatriz empezó a percatarse de que nuestra crisis era más profunda de lo que inicialmente barruntaba. Cada vez más, me fui haciendo más puntilloso en mis obligaciones, más correcto y preciso cuando hablábamos de temas puntuales, más insufrible para ella, por tanto, y, en consecuencia, inmovible ante sus desplantes y desafíos. Mi seguridad empezó a exacerbarla hasta el extremo de que la obligó a cambiar de actitud. Se hizo precavida y astuta, superó con éxito —reconozco que me sorprendió— su natural inclinación a discutir por cualquier cosa, y su porte empezó a transmitirme las sensaciones que yo esperaba desde hacía tiempo: en asuntos de crisis matrimoniales del rango que nos ocupaba, con amenaza de divorcio —y de escándalo— por en medio, lo importante era aguantar al máximo el tipo para hacerse acreedora del trozo del pastel más succulento. Así lo entendió. Y eso es lo que hizo: resistir estoicamente, confiada en mi promesa de que se llevaría la mejor porción del reparto. Empezó a comprender que cuando una mujer de su posición se enfrenta a esa clase de conflictos, lo mejor es confiar en la buena voluntad de los demás, es decir, en la mía (y ella estaba convencida de mi sinceridad), puesto que todo, finalmente, se reduce a una cuestión de dinero y yo era el que podía ofrecérselo. Su marido seguía siendo, a pesar de todo, el principal garante de sus intereses y conveniencias. Ella estaba segura de que no existirían trabas por mi

parte. Mi cinismo (seguramente lo era, insisto, por inevitable) la sacaba de sus casillas. Pero no tardó en admitir que merecía la pena tragarse el orgullo para sacar provecho de la situación: una cuenta corriente muy saneada y la plena seguridad de seguir manteniendo una existencia de lujo durante el resto de su vida lo justificaban todo. Además, nuestros hijos vivirían con ella, decisión que la satisfacía por encima de cualquier otra porque podía emplearla como coartada para criminalizarme ante los demás. No me importaba que fuese así, puesto que ya había admitido que, a los ojos de todos, el único culpable era yo, lo cual le complacía más que ninguna otra cosa. Se lo dije abiertamente: estaba dispuesto a tirar por la borda la fama, el poder y el dinero para comprar —me horrorizaba utilizar la palabra, pues no sólo se trataba de eso, pero así nos entendíamos mejor— mi libertad.

Me obsesionaba la idea de tener que retroceder ante los ataques de los demás y de hacer concesiones, aunque fuesen mínimas. No podía evitar pensar en que me sentiría ridiculizado por quienes aprovecharían aquella especie de locura, o mi *fracaso personal* — así acuñarían mis enemigos su gesto de desprecio, preveía—, como una ocasión propicia de revancha para consumir sus estrategias de cerco y destrucción del rival. Beatriz, mis hijos, mis enemigos, mis falsos amigos, todos se abalanzarían como hediondas hienas contra mí. Pero estaba dispuesto a dejarme sacrificar, repetía una y mil veces. Había renunciado a todo. Nunca les pediría perdón. Freyja me salvaría. Muerta o viva, me salvaría. “¿Verdad que sí, amor mío?”

Hubo un día en que creí que Freyja había muerto, como lo parece ahora cuando reposa en su camerino, dormida, pero no estuvo muerta, como no lo está ahora. Resucitó en el hospital, envuelta en el olor de mis rosas blancas. Al recordar aquellos días de angustia, reaparece en mí el deseo de una expiación imposible. Con ella muerta, yo también habría muerto, me dije en el momento ciego de creer que su pérdida era irreparable. Y al admitir mi culpa, la de querer abandonarlo todo por su amor, mi *infame conducta*, la de mis alocados sueños, mis utopías de *adolescente*, la búsqueda imposible de aquella isla perdida en el Ártico, la inevitable traición a

Beatriz y a mi mundo de siempre, la destrucción de mi imperio, el veredicto inevitable era mi condena a muerte, sin remisión. Llegado el caso, si otros no ejecutaban esa sentencia, lo habría hecho yo. Juré hacerlo. Sí, habría desaparecido para siempre si la muerte me hubiese arrancado el cuerpo amado de Freyja. Tal era mi desesperación nada más saber que ella había desaparecido en aquel estruendo infernal de dolor y de sangre.

Mi abogado, Álvaro Coria, también me *condenó a muerte* el día que supo mi intención de romper el matrimonio con Beatriz Úbeda. Retengo su circumspecta imagen. Álvaro era un hombre clave en la estrategia legal que yo había planificado. Tuve que ponerme en sus manos porque tenía que seguir sus instrucciones de experimentado y fiel —siempre lo fue, a pesar de sus ingratitudes al final— letrado. Le había adelantado que percibiría una gratificación especial cuando se consumara el divorcio. Éramos amigos desde niños. Compartimos pupitre en los jesuitas; en la Facultad de Derecho de Madrid; en los cenáculos del teatro rebelde e independiente durante la Dictadura. Él calificó mi decisión como “el cambio real dentro del sistema.” Exagerado y efectista, a mi abogado le encantaban los enunciados altisonantes.

Le transmití mis deseos durante una reunión de más de cinco horas en su despacho. Yo había memorizado el guion para no saltarme ningún detalle importante y le rogué que no me interrumpiera. Ruptura matrimonial, separación de bienes, predisposición total a ser generoso con Beatriz y mis hijos, eran la sinopsis del drama. Esos tres ingredientes debían armonizarse en el marco de la crisis, ¿personal?, llámale como quieras, Álvaro, le dije, pero sin forzar los encajes. Me disponía a romper con el pasado y ello entrañaba, por mi parte, un comportamiento que tenía que ser intachable.

Estaba dispuesto, le dije, a hacer dejación de algunos derechos que me pudieran corresponder por ley. Al reconocer mi culpabilidad, admitía todas las posibles exigencias de Beatriz y de los chicos. ¿El límite de mis reivindicaciones? El que marcara la justicia. Y un poco más, si fuera menester. Y todo...

“Tus artimañas de buen abogado las dejas para otra ocasión; sólo tienes que negociar con el código civil en una mano y mi

corazón en la otra. No juegues a mi favor. Yo soy el que pierde.”

Álvaro se echó las manos a la cabeza:

“Te pueden buscar la ruina”, me dijo.

“Lo sé.”

Traté de convencerle: la palabra “divorcio” tenía para mí un significado diferente; no era solo una quiebra sentimental.

Estaba convencido de que Beatriz admitiría las razones de mi fracaso —estaba dispuesto a aceptarlas, por otra parte— como marido y como padre de sus hijos, pero tenía que reconocer, “y esto es lo que te exijo que comprendas”, le dije a Álvaro, que se trata de una cuestión de lealtad para conmigo mismo. No existían otros motivos.

“¡No me mires como si fuera un cabrón, coño!”.

Era un riesgo que debía asumir. Además, el dinero pondría al final las cosas en su sitio, “lamentablemente así será, Álvaro”. Él lo sabía, claro que lo sabía.

“En realidad, lo que pretendes hacer es pagar una lealtad contigo mismo a golpe de talonario”, me recriminó.

“¿Y no es eso un sutil acto de hipocresía?”.

“Pero yo no lo hago como si fuera un negocio, sino para salvarme.”

Lo agarré de las muñecas y lo atravesé con mis ojos: “Nunca fui libre, Álvaro, y lo único importante que he hecho en mi vida es reaccionar a tiempo cuando, ante mi decadencia como ser humano, me dejé cegar por la fuerza arrebatadora de Freyja y por algo más que tú no puedes entender. Todo esto es falso, Álvaro, todo es mentira, ruindad, mierda. ¿No te das cuenta de que he dejado de ser un buscador de oro?”

Él no salía de su asombro.

“Estás loco.”

Y yo repetía:

“Es ahora cuando no estoy loco.”

No, no creo que lo entendiera.

Quedaba pendiente de resolver la extinción para siempre de mis poderes terrenales.

“El otro divorcio”, dijo él, sarcástico. Le miraba, impasible. “¿Y tus bancos, y tus empresas, y tus consejos de administración, señor

presidente de la *Federation*? Esto sin contar el eco que despertaría la noticia en los principales rotativos, al margen de las gacetillas de mal gusto en la prensa del corazón: “Alonso Bulnes abandona el poder por una chiflada romántica de origen vikingo”.

Se carcajeó. Me levanté y le amenacé con el puño.

“Hijo de puta...”

Me dirigí a la puerta de salida:

“Basta una simple carta de renuncia”, respondí. “Así de fácil, cabrón.” Improvisé, ante su gesto absorto y crispado, el encabezamiento: “Muy señores míos, les presento mi dimisión irrevocable. Y escribiré a mano, Álvaro, como los caballeros cuando se baten con espada.”

“¿Y tus títulos y acciones?”

“Estoy dispuesto a dejarme arrebatar ese imperio en la medida en que pueda seguir siendo leal a Freyja.”

Abrí la puerta. Le miré, furioso:

“Ya veo que no quieres entenderlo, pero tendrás que seguir mis órdenes al pie de la letra si quieres recoger una miserable migaja de este botín.”

Me dijo que lo sentía y bajó la cabeza. Yo le espeté:

“A partir de ahora recibirás instrucciones de Ramón Caruana, a quien tengo la intención de nombrar albacea testamentario de todos mis bienes, con plenos poderes.”

Supongo que la noticia le causó estupor.

Había decidido que fuera así al filo de una madrugada en la que me encerré a solas, en mi despacho, tras un día agobiante. Abajo, la gran ciudad latía desacompañada y frenética. El tráfico hacía temblar las hermosas cristaleras ahumadas del edificio Marquesas en La Castellana. Dejé encendida una lámpara de pie. Repasé todos los rincones de *mi fortaleza*. En los estantes brillaban, dispersas y perdidas entre los uniformados tomos, una edición especial de las obras completas de Tucídides; poemas de José Hierro y de Cernuda; “El hombre rebelde”, de Albert Camus, arrinconado. Una lujosa edición en facsímil de Geoffrey Parker de los poemas de amor de Shakespeare, en inglés: *Take all my loves, my love, yea, take them all*; me sabía de memoria algunos versos. Los recuerdo y susurro: “*Take all my loves...*” En una esquina divisé

las obras completas de Conrad, un facsímil de “El copartícipe secreto” en inglés, una selección de poemas de Aleixandre... Adiviné, en la oscuridad, el resplandor de los genios que cohabitaban conmigo en aquel castillo inexpugnable, algunas de sus obras que colgaban de las paredes: Miró, Canogar, Miralles, el lienzo de una mujer con el torso desnudo, de autor anónimo, localizado en una iglesia renacentista italiana; algunos expertos lo atribuían a Leonardo. Sin duda, una colección de valor incalculable. Sobre la repisa de un mueble, las fotografías de Beatriz y de mis hijos en la estación invernal de Baqueira, envueltos en prendas de abrigo hasta las orejas. No las había retirado. ¿Por qué tenía que hacerlo? No me avergonzaba el pasado.

Mi cerebro quiso viajar hasta aquella cima helada, pero Freyja se interpuso en el camino. Mis manos rebuscaron en el interior del billeteo para extraer una pequeña foto de ella en el embarcadero de Å, con decenas de gaviotas sobrevolando su cabeza de ángel blanco. Al contemplarla, no sé cómo ni por qué recordé la conversación con Ramón Caruana en el restaurante *Verandan* de Estocolmo, cuando me deslumbró sobre sus conocimientos de Islandia. Él comprendió mi encantamiento por aquella mujer, por su mundo misterioso. Él también creía en ese mundo olvidado y por recuperar. Recompuse la imagen de su rostro afable y bondadoso. Tal vez él fuese el único ser sobre la tierra que asistiría complacido al derrumbe de mi imperio. y se alegraría de mi decisión en el fondo de su alma. Él sería el padrino en mi duelo a muerte con el poder. Confiaba en Ramón, asentí en la soledad de mi torre mientras mis ojos se cerraban de cansancio.

“Es un hombre decente”, me dije.

Sólo los hombres decentes alcanzan a conocer el valor de la renuncia. Será el brazo ejecutor del plan. Investido de plenos poderes, dará instrucciones a Álvaro Coria y presentará en los consejos de administración los expedientes legales que recojan mis deseos. Leerá mis cartas escritas a mano, proclamará mis renunciaciones y dimisiones —incluida la de *The Federation*—, dará explicaciones a quienes las pidan; será él quien convoque ruedas de prensa para aclarar lo ocurrido ante la opinión pública y los accionistas.

Además, yo estaba convencido de que Ramón Caruana vigilaría con rigor la sucesión en los puestos vacantes. Aplicaría principios insobornables. Hablaría a mis socios cuando conviniera hacerlo, y a buen seguro que lo haría de manera convincente. No le temblaría la conciencia, ni la voz. Defenderá sin fisuras mi irrenunciable decisión de embarcarme rumbo a la isla adonde no se puede llegar. “El hombre que ustedes conocen se ha rebelado”, dirá a los más incrédulos. “Eso es todo, señores.”

Y me imaginaba la escena: rostros asombrados interpelando a Ramón Caruana con ansiedad —algunos, con verdadera angustia— sobre mis viajes imaginarios, mis *locuras*. Y mi embajador plenipotenciario respondiendo: “Créanme, señores: como en las viejas tradiciones vikingas, el barco en el que se desplaza arde en alta mar; su paradero es desconocido. Lucha contra las serpientes marinas que preparan el holocausto del mundo. Y avanza, entre ellas, victorioso.”

Esos deseos cristalizaron, días después, en el Hospital Gregorio Marañón, en la habitación que ocupaba Freyja Sveinsson. Un acontecimiento brutal los había precipitado. Ella descansaba ausente de la trama que Ramón Caruana y yo llevábamos entre manos. Ante la imagen de su evanescente presencia, hablé con mi amigo un largo rato sobre mi renuncia al poder y mis cesiones de derechos a favor de Beatriz y de mis hijos. Él traía los documentos que debía firmar. Pero, antes de hacerlo, tuvimos tiempo para hablar de la raza de los principios y de los abrigos colgados en el perchero del restaurante de Hjalti.

“Algún día yo colgaré mi abrigo en ese perchero.”

Era la conversación que teníamos pendiente desde la cena en el restaurante de Estocolmo.

Cuando terminamos de hablar, firmé los documentos que Ramón sacó, con rostro serio y ceremonioso, de un portafolios negro.

“¿Te han parecido bien?”, pregunté.

Ramón asintió y frunció los labios.

“Me consta que Álvaro Coria los ha redactado como tú le ordenaste”, dijo él.

Firmé. Fue mi capitulación.

“¿Me regalas la pluma?”, preguntó Ramón.
Se la ensarté en el bolsillo de la chaqueta y le abracé.

VÖLUSPA

Todo había sido planificado con minuciosidad y a falta de que Freyja y yo escogiéramos el momento. Pero entonces ocurrió algo insospechado y terrible que precipitó los acontecimientos. Fue el pasado 11 de marzo, hace casi tres meses.

Desde primeras horas de ese día, una capa plomiza asfixiaba el cielo de Madrid. Caía una persistente llovizna. Acababa de llegar a mi despacho. El corazón me dio un vuelco. Quise adivinar en la lluvia la presencia de Freyja Sveinsson, no la encontré y sospeché que algo le había ocurrido. Al amanecer, había visto, desde mi despacho en la última planta del BICI, cómo se desprendía una serpentina de fuego que se esfumaba en el horizonte de la gran ciudad. Me levanté del sillón y me precipité hacia las paredes de cristal. El paisaje a mis pies era el espejismo de una presentida desgracia.

La razón de mi desasosiego estaba en la noticia que había escuchado, momentos antes, en la radio del coche. Eran noticias confusas sobre varias explosiones en las inmediaciones de la estación de Atocha, en el sur de la ciudad. El nombre de Atocha me dejó helado. Era la estación a la que ella se dirigía en tren desde Alcalá. Ella tenía que coger, precisamente allí, un taxi para trasladarse a la embajada de Noruega. Si los datos de que disponía eran ciertos, puesto que ella misma me había dado la información la noche anterior, lo más probable es que Freyja viajara en uno de los vagones incendiados.

Todo resultaba muy impreciso, sin embargo. Las voces que habían difundido la información parecían inexpertas y se basaban en testigos sin rostro y sin voz. La sirena de una ambulancia se abría paso en las ondas como un aullido escapado en la madrugada. Las explosiones habrían causado muertos y heridos,

pero el director del programa radiofónico a quien escuchaba volvía a cuestionar la fiabilidad de las fuentes. ¿Iría Freyja en una de aquellas ambulancias?, volví a preguntarme.

Quise tranquilizarme: hacía sólo unas horas que había estado en mis brazos. Me despedí de ella con un beso, en su apartamento. No podía ser. Su vida me pertenecía. Ella abría los ojos, levantaba el brazo derecho para acariciar mi mejilla y lo dejaba luego caer sobre la cama: “Te quiero”, la escuché. Sucedió después de las doce de la noche. Sonó alguna campana. Hacía frío. Yo debía cumplir mi compromiso de regresar a mi casa de La Moraleja en la hora convenida, a medianoche, pero pronto nos veríamos de nuevo, lo más probable al día siguiente. Nos llamaríamos para quedar a comer en un restaurante italiano de Azca. Y ella me contaría cómo le había ido en su visita a la embajada de Noruega. Estaba tan contenta...

Había estrenado una boina roja, años cuarenta, me dijo, riéndose. Le caía muy inclinada, dejaba la mitad de su pelo al descubierto; así fue como la vi por última vez la noche anterior, cuando abrió la puerta del apartamento.

Yo había llegado unos minutos antes.

Usé su propia llave para entrar. La calefacción estaba encendida. Hacía bochorno. Abrí las ventanas de la salita. Me senté en el sofá y me recliné con ánimo de dar una cabezada. Eché un vistazo a la portada de un periódico noruego. Me levanté. Busqué en uno de los cajones del aparador la carta de Jónas —sabía que estaba allí— en la que anunciaba la muerte de Thor Thorgilsson. Estaba escrita en noruego y no entendía nada. Pero ella me la había leído un par de veces. Llevaba fecha del 16 de febrero. Escruté las líneas manuscritas, por si era capaz de descubrir en la caligrafía el indicio de alguna pista desconocida, de un nuevo mensaje oculto. *El Hombre de los Pájaros* murió sin saber que moría. Runolf lo enterró en la gruta de las alcas y arrojó sobre la tumba algunos de sus libros sagrados y reliquias que habían dado sentido a su vida. En su carta, Jónas no hacía ninguna referencia al destino final de los códigos de Vilmond, de la Cruz Angélica y del dibujo, el primero que se conocía, del Tetramorfo Islandés. Sólo aseguraba que Runolf se había comprometido a cumplir los últimos deseos de Thor. “Hablé con

Runolf, que está muy afectado, pero entero y dispuesto a seguir al pie de la letra las instrucciones que le dio su maestro antes de morir”, escribió Jónas.

Me sabía la carta de memoria. Unas semanas después, Freyja recibió una llamada telefónica de su hermano Jónas comunicándole que se disponía a viajar, en compañía de Runolf, a Å, para hacer entrega de todos esos bienes a Roald Sveinsson. Supimos más tarde que la donación se llevó a cabo a bordo del “*Ragnar II*”, muy cerca del vórtice del Maelstrom, y que Roald permaneció durante un largo rato leyendo una libreta manuscrita en la que, además de expresar su última voluntad, Thor Thorgilsson detallaba la ruta que ambos siguieron, hace más de medio siglo, hasta alcanzar la *Isla al Norte de Å*.

Fueron las últimas noticias que tuvimos de Jónas y de Runolf. Desde entonces no se ha sabido nada del hijo de Hjalti. Desapareció sin dejar rastro. Pero un buen día, en el restaurante donde se come el mejor pastel de ballena del mundo, se recibió un paquete conteniendo un abrigo viejo, de piel de foca, con una pequeña nota, manuscrita, en la que Runolf expresaba el deseo de que su prenda se colgara del perchero junto a la que ya existía del *Hombre de los Pájaros*. Runolf, según reveló en su carta, veló la sepultura del anciano durante varias noches y, unos días después, cuando el cadáver empezó a descomponerse, subió a lo alto del acantilado e hizo estallar un cartucho de dinamita que había conseguido en una cantera de Djúpivogur. “La gruta ha desaparecido”, dejó escrito. “La montaña se la ha tragado definitivamente. Nadie podrá encontrar su cuerpo, ni sus raíces, pero las alcas menudean sin cesar buscando las huellas del hombre y siempre sobrevuela el lugar algún halcón gerifalco.”

Yo no creí entonces que fuese tan exacta la transcripción, pero la imaginé así pues recordaba los labios de Freyja mientras leía la carta en voz alta, y su rostro, impresionado por el recuerdo del anciano, y sus mejillas por las que resbalaban de vez en vez las lágrimas.

Aquella noche, la del 10 de marzo, después leer otra vez la carta de Jónas y de imaginar las palabras de Runolf, pensé que Freyja se retrasaba más de la cuenta, pero estaba justificado. Por la tarde,

Freyja había intervenido en un seminario acerca de la influencia de las sagas islandesas en la novela moderna. Ella hablaría en ese seminario sobre los códigos de Vilmond, a los que la prensa local se había referido, en una breve nota, como una primicia mundial.

En efecto, Freyja apareció poco después de las ocho de la noche en su apartamento, con su boina roja, radiante. Le habían hecho una entrevista que aparecería en las páginas de cultura de *El Mundo*. Además, era muy optimista sobre los resultados de la reunión que debía mantener al día siguiente en la embajada de Noruega.

Desde mi posición sedente contemplaba el cielo gris de Madrid y la columna de humo que se estiraba a lo lejos como un torbellino de aire. Estaba en el corazón financiero de la capital de España, pero era la primera vez que me sentía indigente, un mendigo envuelto en cajas de cartón. No sabía lo que hacer, adónde acudir. Después de dar muchas vueltas por mi despacho, improvisé un plan de contactos con amigos y gente de confianza, personas influyentes. Llamé a Carmen, mi secretaria, y al tiempo que le di instrucciones para que llamara a algunos colegas de la banca y periodistas, le ordené que me tuviera al corriente de las novedades sobre el atentado.

Abrigaba la esperanza de estar equivocado. ¿Y si Freyja viajaba en otro tren? En el peor de los casos, si ella hubiera sufrido las consecuencias de aquel horror, cabía la esperanza de que estuviera viva, herida pero viva, en algún hospital. Se me apareció su imagen, corriendo por los andenes con el rostro ensangrentado. Habían visto a cientos de personas corriendo por los andenes de Atocha. Es lo que decían las voces entrecortadas de los locutores. Carmen les había escuchado momentos antes de entrar en el despacho: “Una tragedia, señor Bulnes”, dijo, conteniendo los sollozos.

¿Por qué no contestaba a mis llamadas al móvil? Se habría averiado. Marqué su número otra vez. No daba señal. Hablé con la secretaria del máster que Freyja dirigía en la Universidad de Alcalá; me dijo que no la esperaban esa mañana: “Está resolviendo asuntos personales en la embajada noruega”, me informó. “Ya lo sé, ya lo sé.” Tampoco supieron darme razón en el Instituto Cervantes, que

ella solía frecuentar. Llamé a información telefónica y pedí el teléfono de la embajada de Noruega. Me hice pasar por un amigo de Freyja Sveinsson y les di mi nombre y el número de teléfono del despacho. Una voz de mujer reprodujo la gélida estampa del invierno polar: “La esperábamos, pero no ha llegado todavía.”

Por el telefonillo interior, le dije a Carmen que tenía necesidad de disponer cuanto antes de un coche con chófer. Cuando me anunció que lo tenía preparado, me puse el abrigo y bajé en el ascensor. En la puerta principal aguardaba un Audi de color negro. Saludé al conductor, de nombre Dionisio, y le dije que me llevara a la estación de Atocha.

Carmen barruntaba, desde hacía tiempo, que algo importante estaba cambiando mi vida. Ese día se mostró más amable que nunca. Freyja había hablado con ella por teléfono varias veces. Su voz le resultaba familiar. Me delataban las frecuentes obligaciones personales que ella anotaba en mi agenda. Freyja Sveinsson se había convertido en un nombre habitual en mis citas, reuniones y comidas. En cierta ocasión, se atrevió a visitarme en el despacho. Carmen la acompañó y le abrió la puerta de mi despacho. Recuerdo con viveza su imagen: alta, elegante, delgada. A todos llamó la atención su trenza africana, el impecable peinado que descubría su frente. Carmen quedó impresionada. Claro que lo sospechaba. Tal vez por la ansiedad de la propia Freyja en el instante de cruzar el umbral de la puerta, por su rubor de colegiala.

Días más tarde, Freyja reconoció la temeridad de aquella escaramuza: “Asalté tu castillo, pasé por delante de tu guardia pretoriana, logré rescatarte”, me confesó. Sólo las mujeres transforman el recelo en un juego de adivinanzas. Y hasta es posible que Carmen imaginara que yo besé a aquella hermosa mujer en mi despacho (en la salita contigua mantenía aquel día una reunión con cuatro consejeros del banco), como así fue, junto a las vidrieras ahumadas, mirando la nieve sobre las cumbres de Navacerrada. Lo hice, evoco, sonriente, sí, aprovechando el instante en que me escabullí de la reunión.

El centro de Madrid estaba colapsado y era imposible acercarse a Atocha. El Audi me dejó en las inmediaciones del Retiro y le rogué

a Dionisio que me esperase media hora en un aparcamiento próximo. Al perderme entre la muchedumbre que bajaba por el Paseo del Prado, recordé las escenas por televisión del 11-S en Nueva York, cuando los despavoridos ciudadanos se alejaban de las torres gemelas llameantes. En Madrid sucedía todo lo contrario: la gente se había echado a la calle en dirección a la estación y esquivaba los vehículos bloqueados en la calle con los ojos llenos de zozobra. A unos metros de las últimas estribaciones de árboles, muy cerca del Museo del Prado, cobraba expresión un pánico real. Apenas pude abrirme paso entre el gentío en los aledaños de la plaza, y cuando, finalmente, logré alcanzar la bocana de la calle Atocha, un guardia uniformado y con metralleta me impidió el paso. Giré a la derecha, avancé unos metros y crucé la calle en busca de la fachada del Museo Reina Sofía. Había dejado de lloviznar. Subí a lo más alto de las escalinatas y me encaramé a un muro junto a los ascensores de cristales del museo buscando una perspectiva que me permitiera divisar cuanto acontecía en el humeante descampado de la estación. Más que ver, sólo escuchaba las sirenas de los camiones de bomberos y el rechinar de los neumáticos sobre el asfalto. Pronto me acostumbré a los gritos de dolor y a las incesantes llamadas de socorro. Pero ¿qué estaba haciendo en medio de aquel infierno? Regresé al lugar donde había dejado a Dionisio: “Lléveme a Alcalá de Henares”, le dije, limpiándome las manos con un pañuelo blanco. “Le indicaré la dirección cuando lleguemos a la ciudad.”

Tras una prueba casi pericial, comprobé que todo estaba en perfecto orden en el apartamento. Nada me hizo sospechar que Freyja no hubiese cumplido el programa anunciado para esa mañana. Se había levantado a la hora prevista y con tiempo suficiente para arreglar la casa, que los dos habíamos dejado desordenada la noche anterior. Los cojines formaban los habituales rombos de colores en las esquinas del sofá. No había un solo pliegue en la alfombra. La cocina estaba limpia. El dormitorio, con cada cosa en su sitio. Mi pijama, doblado sobre una silla. De nuevo recordé que la besé en la cama por última vez, mientras ella hacía como que dormía. Estaba desnuda, arropada bajo la colcha; abrió

los ojos y sonrió. Antes de que yo desapareciera, me recordó que me llevara la llave que estaba en la mesita del recibidor. Deduje que, a pesar de quedarse dormida tan tarde, se levantó a la hora que había previsto la noche anterior. Tenía que coger el tren de las siete. No podía faltar a la cita en la embajada. El viaje hasta la estación de Atocha duraba poco más de media hora y ella solía aprovechar ese tiempo para leer. Miré a la mesita de noche por si estaba *Siete Noches*, de Jorge Luis Borges, que yo sabía que releía. Seguramente se habría llevado el libro. Además, yo mismo le puse el despertador a las seis de la mañana. Recordé una nueva pista: la noche anterior, nada más regresar del restaurante donde cenamos, descorché una botella de cava (brindamos entrelazando las manos mientras, con las libres, nos desnudábamos sin prisas); pues bien, la botella de cava vacía estaba en el cubo de la basura. El mismo orden se advertía en el cuarto de baño: mi cepillo de dientes junto al de ella, el despliegue de sus tarros de cremas en una repisa —en el mismo orden de siempre, de izquierda a derecha—, mi botellín de esencia de Loewe, el gel de baño que compartíamos, la bañera con la pareja de peces de colores inmovilizados junto al cabezal de la ducha, el cepillo del pelo, las horquillas doradas que ella empleaba para ovillar su trenza.

Me recosté sobre la cama con los brazos en la nuca y mirando al techo. Sólo encontré en ese camino hacia el vacío mi mueca amarga. Giré el cuerpo buscando la mesita de noche y recogí dos marcos de fotografías que apalanqué sobre el estómago. Detuve la respiración. En una de ellas, Freyja posaba en el Patio de los Leones de la Alhambra con su inefable trenza africana; una orquídea de sol se reflejaba en la cabeza y le encendía una sonrisa en los ojos verdes. “Es una foto de concurso”, me había dicho ella. No era la fotografía de una mujer sino de un misterio, pensé.

“¿Y qué voy a hacer?”

“Y qué voy a hacer”, volví a preguntarme sumido en el fatalismo. Observé la otra fotografía: Freyja, tamizada por una luz de atardeceres nórdicos, con apenas siete años, en las rodillas de su abuelo Roald; el tiempo había enmohecido la dedicatoria. Pero yo sabía lo que Roald había dejado escrito, a tinta, al pie de la imagen: “Para Freyja, mi alca que aprendió a volar.”

Todo se descomponía por dentro sin que pudiera impedirlo. Una intuición salvaje me amenazaba y se hacía cada vez más implacable. Todavía, sin embargo, no había pronunciado la palabra *muerta*. Tampoco me atrevía a pensar que Freyja estuviese *herida*. Pero los hechos parecían tan elocuentes como perturbadores. Freyja había subido, en la estación de Alcalá, a uno de aquellos trenes devastados; ahora estaba seguro. Su móvil seguía mudo. En la embajada de Noruega desconocían su paradero. Tenía una cita con la agregada cultural a las 9,00 de la mañana. Sabía que iba a ser informada sobre el plan de financiación a la Fundación Ragnar propuesto por las autoridades culturales de su país, lo cual significaba la adhesión de Noruega a las subvenciones que Freyja iba a recibir del Programa Marco de la Unión Europea. De confirmarse las expectativas, su gran proyecto habría vencido todas las dificultades económicas a las que se enfrentaba. Ante las buenas noticias, sus *soñadores* estaban eufóricos. Había hablado con ellos varias veces por teléfono y se habían intercambiado correos electrónicos. Cuando se aplicase el plan, conjeturaba Freyja, las actuales líneas de investigación se enriquecerían con nuevas propuestas de estudio. Barajaba la composición de los nuevos equipos de trabajo y enunciaba los epígrafes de los proyectos que se pondrían en marcha: hurgar en las raíces históricas de los Padres Egipcios del Desierto; desvelar la génesis del Tetramorfo Islandés y los mensajes recogidos en los códices de Vilmond; completar la heroica experiencia de Thor Thorgilsson, los secretos de su longevidad; las migraciones noruegas a Thule y los viajes de Marnoc a Papasey; la localización del monasterio donde se recluyó Lottar Grumssor para dictar su legado de paz y fraternidad; aclarar los enigmas de Ankhus y de la Cruz Angélica. ¿Habían desaparecido los obstáculos que impedían arrojar las tinieblas del camino? Freyja estaba convencida de que sí. Los nuevos fondos permitirían ultimar los argumentos científicos que sustentaban la existencia del Libro de las Páginas Infinitas. “Convocaríamos a los hombres libres del mundo a propagar una nueva conciencia”, decía. Había descubierto el tránsito de lo imaginable a lo real. La última vez que tendía sus manos para abrazarme, antes de yo abandonar el apartamento, adiviné en su

mirada la esperanza que yace en los niños la noche en que esperan la llegada de Papá Noel. “¿Has puesto el despertador?”, fueron sus últimas palabras.

Cuando cerré los ojos en la habitación volvió a aparecerseme su rostro justo antes de acceder a uno de los vagones; en el instante en que se acomodaba en el asiento; con el tren cruzando a toda velocidad el Valle del Henares; mirando a través de la ventanilla los campos yermos. Abstraída en el pensamiento de lo mucho que significaba para ella la entrevista que iba a mantener en la embajada de su país, o leyendo las páginas de *Siete Noches*. Y después, inesperadamente, arrastrándose por los pasillos del tren partido en dos, entre hierros retorcidos y gritos desgarrados.

Deseo confesarte, Freyja, mi aflicción en aquellos días. En las últimas horas me sentí atrapado por el pánico de aquel tren en el que tú viajabas ajena al odio entre los hombres. Ahora quiero convencerme de que hice lo más conveniente para los dos: escapar, para poner a salvo nuestros sueños. No aguardé a que la estrategia que había tan concienzudamente trazado con Ramón Caruana marcara los tiempos finales y en su lugar accedí a cortar de un tajo el nudo que me amarraba al pasado sin volver la vista atrás. Nunca más, me dije, amor mío. Nunca más. Lo hice así para salvarte, entiéndelo, precipité nuestra marcha porque los gigantes que pretenden derribarnos habían puesto en peligro tu vida. Teníamos que huir. Teníamos que abandonar el mundo. Lo ocurrido en Atocha y en otras estaciones de Madrid no fue sólo la atroz detonación de la barbarie. Los versos de la Völuspá eran premonitorios. La serpiente Midgard, enemiga de Thor, el *Trueno*, se había enrollado a la tierra y la había sacudido con fuerza desmedida. Y luego estaba la debacle financiera que amenaza, las corrientes migratorias, la hostilidad del mundo contra sí mismo.

Quiero decirte que lo entendí así desde el principio, nada más hallarte en el hospital después de creerte muerta. Yo te rescaté de la muerte, aceleré nuestra huida y dispuse los medios necesarios para que, nunca más, nunca más, repetía mientras iba en tu busca sin

saber dónde encontrarte, se dilatara el comienzo de nuestro viaje a la isla a la que nunca se llega. Fui yo quien no permitió que tu inocencia soportara por más tiempo la visión de los paisajes ensangrentados. Había llegado el tiempo de la resurrección de los héroes. Te arranqué del mundo, te alejé de las alimañas devoradoras y te conduje a este paraje en el que los lobos nórdicos se disponen a jugar con sus colas y las luces de la aurora, perdidos en un océano de luz, ¿cuándo despertarás?

“ULISES”

El observar a Freyja postrada en la cama, con la mirada aturdida cuando yo pretendía en vano despertarla, me hizo admitir por primera vez la certeza de que era un ser humano frágil que se asomaba a la muerte. Al rozar con mis manos su frente en el Hospital Gregorio Marañón de Madrid, supe que la emoción de haberla recuperado para siempre superaba la de haber creído en algún momento que la había inventado. Pero nunca pude esquivar el palpito de que era un ser celestial.

Encontré su cuerpo al anochecer del mismo 11 de marzo, poco después de que una llamada telefónica a mi despacho desde la Embajada de Noruega advirtiera a Carmen, mi secretaria, de que la mujer por cuyo paradero me había interesado por la mañana había sido localizada en el interior de uno de los vagones del tren siniestrado en Atocha. Había perdido el conocimiento. El pronóstico reservado de los médicos aludía a una conmoción cerebral de la que se esperaba que se recuperase en los próximos días, tal vez semanas, o meses. El corazón me dio un vuelco. Durante varios minutos sólo estuve pendiente de las palabras de Carmen en el momento de transmitirme la información.

La interlocutora con la que habló en la embajada, una mujer que decía hablar como portavoz del canciller noruego, se expresaba con el sosiego propio de quien acaba de salir de una pesadilla. Apenas dio explicaciones sobre cuanto había sucedido. Sólo que el cuerpo ensangrentado e inconsciente de Freyja Sveinsson fue descubierto en el vagón por agentes de la Guardia Civil y trasladado al hospital en una ambulancia de la Cruz Roja.

La llamada desde la cancillería obedecía a razones de compromiso del propio embajador, me reveló Carmen. Deduje que la persona de la embajada con la que estuve hablando por la

mañana me reconoció, al identificar mi nombre y apellidos, y pasó la información al diplomático noruego. Tuvo que ser así, concluí, pues la funcionaria en cuestión, tal como no dudó en resaltar Carmen, también dejó entrever su extrañeza por el interés que había despertado en un banquero tan famoso como yo una compatriota que, *simplemente*, impartía clases en la universidad.

Cuando Carmen terminó de contar su conversación con la funcionaria, insistí en averiguar cuanto antes la gravedad de la dolencia que aquejaba a Freyja: “La persona con la que hablé parecía muy serena, señor, y creo que pretendía hacernos llegar un mensaje de tranquilidad. Deduzco que lo que ha sufrido la señorita Sveinsson es una conmoción pasajera”, respondió mi secretaria.

Una vez admitida que la sombra de la fatalidad había quedado reducida a una falsa alarma, quise cerciorarme de primera mano de todo cuanto me había dicho Carmen. Así pues, dispuse que se localizara por teléfono al embajador noruego.

La conversación con el embajador, un hombre que se expresaba en un tono grave y altisonante pero cordial, me aportó aspectos que desconocía. A media mañana, reveló el diplomático, en la Embajada de Noruega se recibió una llamada de la policía española para informar del hallazgo, entre los cientos de objetos dispersos en el interior del convoy ferro- viario reventado por la explosión en Atocha, de un pasa- porte noruego, “de ahí la llamada del agente a nuestra legación diplomática”, añadió. En el documento podía leerse, entre rodales carbonizados, el nombre de Sveinsson. La misma fuente policial señaló que unos enfermeros de la Cruz Roja habían encontrado, junto al pasaporte, un grueso mechón de cabellos rubios. Tanto la credencial como el pelo fueron inmediatamente analizados por la policía científica que operaba en el pabellón número seis de la Institución Ferial Madrileña, donde se había improvisado una morgue para identificar a las víctimas del atentado, precisó el embajador.

Los primeros resultados de la investigación, prosiguió el diplomático, desvelaron que el pasaporte en cuestión pertenecía a una mujer de nacionalidad noruega llamada Freyja Sveinsson, nacida en Å, Islas Lofoten, en 1968, “justamente la persona con la

que nuestra agregada cultural tenía una cita a las nueve de la mañana”.

La policía también analizó —lo hizo en un tiempo récord—, seguramente para poder disponer cuanto antes de datos que pudieran emplearse en el complicado proceso de identificación de muertos y heridos graves, la mecha de pelo. De esta manera pudo determinarse el código genético de la persona a la que pertenecía el rizo, “arrancado, lo más probable, por un fuerte golpe o la propia onda expansiva de la detonación.”

“Naturalmente, nadie se atrevía a aventurar que ambos objetos pertenecían a la misma persona”, dijo el embajador, circunstancia que, sin embargo, resultaba la más verosímil habida cuenta de que se encontraron en el mismo lugar, muy cerca de un bolso con varios documentos en noruego, un libro, intacto, de Jorge Luis Borges, y un collar plateado del que pendía un curioso camafeo de ámbar enredado en el asa. “Un agente policial se encargó de llevar todos estos objetos a la Embajada de Noruega y me hizo depositario de todos ellos. Si lo desea, se los puedo hacer llegar cuando guste.”

Tales indicios —un mechón de pelo desgajado, el pasaporte calcinado en buena parte y ningún cuerpo que pudiera relacionarse inicialmente con los objetos— conducían, de manera inexorable, a que Freyja Sveinsson había sido una de las doscientas víctimas de la tragedia, especuló el embajador. En ese supuesto, los restos pertenecerían, presumiblemente, a una mujer muerta en el interior del vagón cuyo cuerpo habría sido descuartizado por efecto de la onda expansiva de la explosión... Aunque también cabía la posibilidad de que hubiera sido retirado antes por la Guardia Civil o por los primeros equipos de sanitarios que entraron en el vagón a socorrer a los heridos. “Afortunadamente, esto es lo que sucedió”, afirmó el embajador saliendo de dudas y elevando la voz. Freyja Sveinsson había resultado herida y su cuerpo fue trasladado enseguida al departamento de urgencias de un hospital. Quienes lo hicieron no repararon en los objetos personales de la mujer, desparramados por el vagón. “Es lo lógico, con las prisas del momento...”

En efecto, siguió relatando el embajador, un par de horas después empezó a tomar entidad la hipótesis de que los restos

hallados podían pertenecer a una mujer extranjera y hospitalizada en el Hospital Gregorio Marañón, aquejada de un fuerte trastorno de estrés post traumático. La verificación final se produjo tras el oportuno intercambio de información entre la policía científica española y el personal sanitario del centro, y después de que los médicos del Hospital procedieran a realizar en la paciente ingresada una prueba de identificación genética. Su ADN resultó ser exacto al de la prueba efectuada al mechón de pelo en los laboratorios del pabellón ferial. No había ningún género de dudas: la mujer del hospital, con un cuadro clínico de “*fuerte shock traumático, anergia y anestesia emocional*”, se llamaba Freyja Sveinsson, “nuestra compatriota felizmente hallada y rescatada”, concluyó el diplomático noruego.

A los pocos minutos de conocerle, el doctor Uría me miraba con asombrosa atención para confesarme que los resultados del ADN de Freyja Sveinsson habían causado una profunda impresión a los miembros de la policía científica y a los propios médicos del hospital: “Le diré que se trata de un código genético muy peculiar”, puntualizó. Al tiempo que me hablaba, miraba los papeles que manoseaba con inquietante curiosidad.

Las conclusiones que tanto impactaron a los médicos tenían que ver con la rareza de los microsátélites analizados, muy distintos de los habituales. Ello venía a demostrar que Freyja estaba emparentada con un linaje ancestral que se mezclaba con el de poblaciones remotas. Las secuencias obtenidas advertían que su ADN era similar al de fósiles vivientes que apenas habían cambiado con el paso del tiempo. Costó mucho tiempo purificar su código. Los especialistas no conseguían superar la fase de separación de proteínas y tuvieron que repetir el procedimiento con fenol cloroformo hasta cinco veces. Creían que todo era por la presencia de gran cantidad de histonas que estabilizaban su código genético y lo protegían de las mutaciones. ¡Sus genes eran poco menos que inmutables!

Así pues, los analistas pensaron que se hallaban ante un ser puro en extremo y muy resistente a los cambios y adversidades. Aún les sorprendió más el hecho de que uno de los marcadores

utilizados se encontrara en el gen de la telomerasa, con una composición muy extraña: la misma sustancia genética que pretendían investigar “los hombres de negro” en la sangre de Thor Thorgilsson.

La enzima en cuestión poseía un dominio de proteínas desconocido. Tan es así que algunos médicos estimaron conveniente consultar al Gene Bank para comprobar si el marcador estaba disponible y poder así someterlo a un posterior estudio de verificación y constatación con el de Freyja. Apostaban a que no estaría registrado en los datos genéticos del banco. Llegaron a la conclusión de que se trataba de un marcador único.

Y hubo otro descubrimiento no menos sorprendente para quienes practicaron la prueba, respecto a otro marcador encontrado en una región del genoma muy poco estudiada, y al parecer inaccesible, que algunos investigadores relacionan con aspectos del carácter, de manera muy especial con la generosidad y las ansias de conocimiento. En efecto, fueron unos científicos canadienses —esta precisión me la hizo el mismo doctor Uría— quienes habían encontrado meses atrás una alta frecuencia de partículas de cromosomas en personas emigrantes con antepasados islandeses. Tanta extrañeza les causó que llegaron a bautizarlo con el nombre de “*El marcador de las personas errantes*”, y también como “*El marcador de los incansables buscadores de horizontes*.” El doctor Uría ajustó su punto de mira para referirse a él como “*El gen de los grandes soñadores*.” Después me confesó que los científicos canadienses que lo descubrieron pretendieron sintetizar todas las conclusiones a las que habían llegado denominándolo, simplemente, “*Ulises*”, en memoria del aventurero explorador de los mares de Ítaca.

“¿Es islandesa la señorita Sveinsson?”, me preguntó el doctor después de leer el informe de sus colegas.

“Puede decirse que sí”, le contesté.

Fue el doctor Uría quien también me dio todo tipo de explicaciones sobre el estado de salud de Freyja. Por él me enteré de que había llegado a urgencias del hospital a media mañana, inconsciente y con heridas, algunas aparatosas, en la cabeza y en los brazos que fueron enseguida curadas. Su vestido estaba

completamente manchado de sangre, seguramente por el efecto de otros cuerpos reventados por la deflagración. Le pusieron un gotero y, al poco de llegar el doctor, le extrajeron sangre. Al salir su cuerpo despedido a causa de la explosión, su cráneo sufrió una fuerte sacudida.

Pero no era ésa la única causa de la conmoción que sufría y que la había sumido en un total abatimiento. El doctor Uría era de la opinión, sobre todo tras conocer su código genético, que el estrés post traumático diagnosticado había sido causado por “el choque mental con la atroz realidad que salió al paso de la paciente en la estación de Atocha”. Saqué la conclusión de que el impacto con tan *brutal realidad* la desconectó del mundo y la postró en una especie de profunda anestesia emocional.

“Está aislada, y será ella la que tenga que encontrar las salidas del pozo en el que está enterrada”, dijo el doctor Uría.

Y continuó: “No creo que sea nada grave. Estoy seguro de que la vida de su amiga está llena de motivaciones que la ayudarán a hallar la salida a la que me refiero. Estas desgracias sirven para engendrar odio, desde luego, pero mi impresión personal se orienta en otra dirección. En el corazón de Freyja Sveinsson se activa más deprisa el amor, las ilusiones de vivir, y muy pronto desaparecerá de ella la sensación de enfrentarnos a un futuro desolador.”

La estancia en la que Freyja se encontraba estaba compartimentada en varios pequeños cubículos separados por tenues cortinas a modo de biombos. Ella estaba en el más apartado, junto a una ventana que daba a un patio interior. Al lado de la cama había una mesita de noche donde dejé las flores en un jarrón de cristal que me facilitó una enfermera. Era tan pequeño el espacio que no cabía ni una silla. Me mantuve de pie durante horas, pendiente de sus movimientos en la cama, y decidí permanecer allí todo el tiempo. Nunca más me separaría de ella.

Pregunté al doctor si el estado de salud de la enferma permitía su traslado a un centro privado, pues mi intención era conducirla a la mejor clínica de Madrid, e incluso llamé a Carmen para que adelantara las gestiones de ingreso en la clínica “Ruber”, pero

Fernando Uría me dijo que debía esperar al menos setenta y dos horas con el fin de ver la evolución de su paciente y salir de dudas.

Pasé la primera noche paseándome como un sonámbulo por el pasillo de urgencias, a solas con el miedo al que me había acostumbrado y aprovechando el trasiego de enfermeras que atendían a los pacientes en sus habitaciones. Entraba en la de Freyja y le acercaba las flores a la cara, le subí la persiana de la ventana y acariciaba sus mejillas. No quería que despertara, pero cada vez que abría los ojos me colmaba una paz interna que me hacía sonreír. Continuamente aparecían camillas con nuevos pacientes, la mayoría de ellos con los brazos y cabezas ensangrentados. Llamé a Beatriz y le conté lo que había ocurrido. No pasaría la noche en casa, le anuncié. Guardó silencio y se lo agradecí.

A media noche me visitó Ramón Caruana. Carmen le había puesto al corriente de todo. Su compañía me ayudó a sobrellevar la larga vigilia en el pasillo entre los gritos de dolor de los enfermos, y aproveché su presencia para anunciarle que cuanto había acontecido en las últimas horas precipitaba mi cuenta atrás, el final de mi presencia en el mundo que no había tenido piedad de Freyja.

Al entrar la madrugada, un funcionario de la embajada noruega vino a entregarme en mano los objetos personales de Freyja. Hurgué dentro del bolso y encontré los restos del pasaporte, el collar con el camafeo de ámbar y su teléfono móvil. No sé qué impulso incontrolado me llevó a comprobar si funcionaba el móvil con el que había intentado comunicarme varias veces a lo largo del día, sin conseguirlo, pero lo cierto es que me vi con el mío en la mano derecha marcando el número de Freyja, y con el móvil de ella en la izquierda. Sentí que se establecía una corriente mágica entre los dos aparatos y luego noté la leve sacudida del de Freyja liberando una melodía que yo había buscado por medio mundo.

Era una pieza única, elaborada en exclusiva para ella en los Estados Unidos por mi deseo expreso y gracias, he de confesarlo, a la mediación de un alto ejecutivo de mi oficina en Wall Street. Freyja tuvo que prestarme su móvil durante varios días. No le revelé, entonces, mi secreto. Era la condición inexcusable para que se llevara a cabo aquel implante musical. El móvil viajó a Nueva York

en valija de empresa y sobre lacrado, entre avisos de máxima fragilidad y recomendaciones de confidencialidad. Ella no logró entender, al principio, las razones de tanto sigilo por mi parte, y no tuve más remedio que explicarle que la casa discográfica de Jule Styne me había exigido derechos de autor por reproducir en su teléfono la melodía que yo había seleccionado. Sé que en Wall Street se habló durante mucho tiempo de aquel capricho en el que había empeñado poco menos que mi honor...

*Me has encontrado justo a
tiempo Y cambiaste mis
noches solitarias Justo a
tiempo te encontré.*

Ramón Caruana escuchó, al oído, las primeras estrofas de la canción, un tanto confuso, ciertamente, porque no lograba precisar su origen ni dónde la había escuchado antes.

“¿Es Frank Sinatra?”, preguntó.

“Sí...”

“Seguro que la he escuchado antes...”

“¿Te acuerdas del hombre gordo con coleta que tocaba el piano en el *Cadier* del Grand Hotel de Estocolmo?”, pregunté.

“Sí, el que imitaba a Ray Charles y aporreaba el piano como un energúmeno”, contestó Caruana.

“La tocaba la noche en que conocí a Freyja Sveinsson en el Edda Historiska Centrum.”

GUOVSSAHASAHGUO

Las notas de aquella melodía levantan ahora un viento que empuja a las nubes que aparecen por el sur, idénticas a las de la plaza de *los hombres libres*, cuando le ofrecí los tallos del musgo de Islandia. Y es el mismo viento quien levanta sobre cubierta el cuerpo de la mujer en la que no he dejado de soñar desde que creí haberla inventado en aquel auditorio entregado a su palabra. Mi sangre se alborota. Y cuando la brisa remueve su pelo suelto y ella desanuda la trenza con sus manos antes de avanzar hacia mi puesto de mando al timón del bacaladero, salgo del foso en el que yacen mis nostalgias y su nombre se ahoga en mi boca:

—Freyja...

Es la primera vez que suelta su pelo. Le da en la frente la luz del oeste. Algún rayo se le enreda en el cabello que le llega a la cintura. Presiento que estuvo acicalándose en el camarote antes de aparecer. Me lo dice su cara todavía húmeda y sus labios recién pintados. La última vez que la vi dormía plácidamente, por eso ahora me sobresalta su presencia. Da la impresión de que su decisión de subir a cubierta ha sido un tanto arrebatada, salvo por el detalle de los labios. Se acerca y yo le tiendo la mano, sin dejar de observarla, buscando una explicación a su inesperada presencia. Llego a la conclusión de que se ha vestido con lo primero que ha encontrado a mano: un impermeable de pescador, idéntico al de Roald, amarillo, con el capuchón descolgado y la visera vuelta. No se lo ha cerrado del todo. Es una temeridad que salga sola. Todavía no he superado el temor de que pueda desvanecerse. Me apresuro a fijar el timón en punto muerto. Pero enseguida, cuando estoy junto a ella y la miro a los ojos, me doy cuenta de que mis temores carecen de fundamento. Es ella la que alarga ahora sus brazos hacia mí, la que rodea mi cuello con sus manos y, finalmente, la que

deja reposar su cabeza sobre mi pecho y respira gozosamente. No quiero preguntarle para no perturbar sus sensaciones, aún descontroladas si me fijo en sus ojos, que dirige a todas partes, y en sus manos, que no cesan de tocar mi cara y alisar mi cabello. Tampoco me atrevo a romper el encantamiento del instante.

“Todo pasó, todo pasó”, musita en mi oído.

Yo no me creo del todo lo que parece un milagro. Recorremos abrazados el espacio entre la escotilla y el puente. Ella se coloca de espaldas a mí, reclinando ligeramente su cabeza sobre mi hombro cuando me siento al pie del timón. Hay un mensaje de dicha rotulado en su frente. Pasan varios segundos sin hablarnos y ella levanta la cabeza como si quisiera ver el final del Ártico. Quiere convencerme de que se ha liberado de sus sombras, pero no entiende muy bien lo que le ha sucedido. Es sólo su júbilo el que la incita a llorar, a gritar, y lo hace, sin reprimirse, y después me humedece con su lengua los labios. Se acurruca en mi pecho, suspira hondo varias veces, no se cansa de hacerlo, como si quisiera aspirar todo el viento de océano, y al rato rompe a hablar dulcemente, mirando a los girones de nubes bajas que rompe la proa del *Ragnar II* mientras avanza en nuestro océano.

—De repente, desperté y empecé a verlo todo claro. Lo primero que escuché fue el chapoteo de la embarcación en el mar, el vaivén en la cabina, el aleteo de las velas. Y fui capaz de identificar todos los ruidos, aun los más extraños, como si fueran los primeros ruidos que escuchaba en mi vida. Se reproducían dentro de mí, como en un eco, y se fijaban en mi mente. Sobrecogida, observé un rato a mi abuelo, sabía que era él, recostado en la cama de al lado, leyendo, creo que uno de los códigos de Vilmond. Dudé, pero no tenía por qué dudar. ¡Leía los relatos de Vilmond! Lo sabía. Él no se dio cuenta de que yo le contemplaba en silencio. Luego se quedó dormido. Por el pequeño ojo de buey se filtraba una débil luz y el soplo de un viento que no parecía viento... Fue una sensación increíble. Todos los fluidos de la tierra me llegaban desde un lugar oculto en mi mente. Captaba las cosas más menudas, hasta la viola de la quilla del barco templando sus cuerdas en la corriente. ¡Qué fantástico despertar! Te imaginé respirando arriba, en cubierta, solo, esperándome. Y tuve un recuerdo fugaz de tu presencia en un lugar

muy blanco, como un huevo, y yo encerrada dentro. Quise gozar de ti porque pensaba que si lo hacía disfrutaría al saber que había regresado. El tiempo volvía a ser mío. Me lavé la cara con agua fría. No quise despertar a Roald. Estaba desnuda. Me toqué los brazos, los pechos, el sexo. Imaginé que mis manos eran las tuyas. Subí a verte, sabía que estabas aquí. Y me pinté los labios para besarte.”

La atraigo con todas mis fuerzas y ella descubre su cuerpo desnudo:

—Tócame.

Y mientras lo hago, vuelve a suspirar hondo, tragando no sé si el aire o la luz que llega del oeste, y se deja caer sobre mi brazo que domina la posición del timón rumbo al punto por donde se levanta el viento del sol.

Al cabo de un rato, Freyja susurra:

—¿En qué pensabas cuando aparecí en cubierta?

—Estaba impaciente.

—Quiero estar segura de que he regresado.

—¿No estás cansada?

—Estoy más viva que nunca.

—¿Crees de veras que estás totalmente recuperada?

—Salgo de un profundo sueño y tú estás esperándome para decirme: “No existe el pánico”. Presiento que el amanecer está próximo. Sería capaz de hasta escuchar el discurrir de tu sangre.

Remueves tu cabeza como si mi pecho fuera una almohada, y finalmente, como un pajarillo en su nido, te acomodas en él, cierras los ojos y aguardas a que mis palabras resoplen sobre las velas.

—Te he estado recordando desde el primer instante en que te vi.

Fijo el timón a mi costado y me dejo guiar por la mansedumbre del rumbo a la isla que presumo cada vez más cerca.

—Háblame —me ruega.

—Cierra los ojos. Una legión de lobos plateados al trote, con nieve forrando sus colas. Cientos, miles de lobos árticos.

—¿Tendrán que ver con los que guiaron a Thor Thorgilsson y Roald hasta la gruta de la *Isla al Norte de Å*?

—Imagina. Los lobos irrumpen en el cielo. Corren hacia las montañas que se alzan a lo lejos. Suben por los acantilados. Y mientras lo hacen, sus blancas pieles sueltan chispas que cubren

las crestas de la cordillera hasta formar una estela de luces blancas que se derraman por los valles hasta envolverlo todo.

—Así lo cuenta Vilmond en uno de sus códigos. ¿Y qué otras reflexiones te alborotaban mientras dormía?

—Antes de que tú aparecieras, recordaba el día en que te encontré en el hospital. Y la conversación que mantuve con el doctor Uría.

—¿Quién es el doctor Uría?

—El primer médico que te atendió.

—¿Qué te dijo de mí?

—Tu cuerpo posee una sustancia especial.

—¿Especial?

—Se llama “Ulises”.

—Como el rey de Ítaca. ¿Eso te contó?

—Se extrañó cuando le dije que lo imaginaba, y se extrañó. Entonces le relaté muy por encima las historias de Lottar, de Halldora, de Thor Thorgilsson. Quedó impresionado. Seguramente pensó que se trataba de historias aún más audaces que las de Ulises.

—Nada he sabido desde aquel día —dices, pensativa.

—Mejor así —asiento.

—Sólo recuerdo que hubo una horrible explosión y que yo estaba dentro de un torbellino. Había humo. La gente gritaba. Corría despavorida sin moverme del sitio en el que todo era oscuridad y dolor.

—Es lo que ocurrió.

—Desde entonces se me aparecían decenas de caras que alteraban sus facciones hasta descomponerse. Sólo distinguía el perfil de algún rostro que me resultaba familiar. El tuyo, por ejemplo. Y el de Jónas. Su presencia en la habitación fue una alucinación. Estuvo en el hospital, ¿verdad?

—Sí.

—Apenas logro retener su imagen circunspecta. Qué decepción más grande se llevaría, el pobre. Siento tanto no haberme despedido de él y no haberle correspondido cuando me abrazó...

—Regresó a Islandia solo después de que le reconocieras. Ocurrió cuatro días después de la explosión en Atocha. Te habían

trasladado ya a una habitación individual. Durante todo ese tiempo estuvo pendiente de tus reacciones, como yo. Le sonreíste, muy vagamente. Él te rodeó con sus brazos. Te hablaba y tú respondías con monosílabos. Estábamos acostumbrados a que lo hicieras. Mirabas, abrías la boca, balbuceabas. Cada día que pasaba nos regalabas alguna palabra nueva, cada vez más inteligible y perfecta.

—Recuerdo que me extasiaba ante la visión de las flores —dices, con la mirada extraviada en la aurora boreal que se está formando a lo lejos—. Era lo primero que hacía cuando despertaba. Las miraba y después buscaba el rostro de quien me las había traído. Creo que las flores me avivaron la fijación por ti. Las flores y tú. Tú y las flores. Fue una relación vital. Tu rostro siempre se reflejaba sobre la pared, al lado de la ventana. Pronto caí en la cuenta de que las flores portaban un mensaje. El mensaje de que tú me habías salvado la vida.

—Nunca me separé de ti.

—¿Estuve muchos días así?

—Muchos.

—¿Cuántos?

—Un mes. Tal vez más.

—¿Y qué hacías tú, mientras tanto?

—Cuidarte. Y preparar el momento de nuestra huida.

—¿Nuestra huida?

—Teníamos que escapar.

—Claro, recuerdo que me lo decías. Tenemos que escapar. Lo recuerdo. ¿Y tus bancos, tus negocios, la torre de tu inexpugnable castillo?

—Todas las serpientes que se enredaban en mi vida fueron ajusticiadas, vencidas. Las ensarté con mi espada de héroe. Empecé a vencer batallas. Nada se resistió a mi avance demoledor.

Freyja vuelve a sonreír y se abraza a mi pecho, junto al timón.

—Más de un mes —suspira de nuevo—. Un mes en el que a duras penas puedo registrar los movimientos de tus manos cuando me ayudabas a levantarme. El murmullo de tu voz junto a mis oídos. Primero en aquella pequeña habitación con una delgada pared que parecía de gasa. Más tarde en otra espaciosa, con jarrones de flores. Entendía lo que me decías, pero no lograba aprehenderlo en

mi mente. Caminaba apoyada en tu hombro por el largo pasillo, después por el jardín. Nos sentábamos en un banco de madera. Había una fuente en el centro de un estanque con peces de colores. Los observaba atentamente y seguía sus veloces piruetas en el agua. Se reavivan en mí las claridades: la luz en la calle, las farolas de las avenidas. Alguien abría la puerta de un coche, supongo que serías tú, para que me acomodara en el interior. Lo conducía un hombre que se cubría la cabeza con una gorra. Una vuelta por las avenidas de Madrid. El tráfico despertaba mis sentidos. Estaba nerviosa. Alguna vez me hablaba una enfermera en la habitación. No la entendía. Los motores de los aviones. Despegamos de la tierra y cruzamos las nubes. Siempre dormía, ¿verdad? O tal vez mi voluntad estaba a merced del sueño. Y cuando despertaba, siempre estabas junto a mí, o corrías a mi lado y me hablabas. Planeabas una gran aventura en la que yo debía acompañarte. Me confesabas pacientemente tus planes, en voz baja. Movía la cabeza, pero no sabía por qué, supongo que para animarte a proseguir. Entendía cuanto tratabas de explicarme. Lo comprendía, sí, y me agradaba escucharlo, pero como se escucha una tormenta desde el fondo oscuro del mar. Te besaba. Sabía que te besaba. Eras el hombre de las flores. Sí, tenías razón. Evadirnos. Yo quería escapar, abandonar el cerco de aquellas paredes y trasladarme a un lugar en el que viera el mar, el mar de Islandia...

—Lo sabía.

—Todo a mi alrededor estaba muerto, cuando posaba mis ojos en tu sombra veía tu interior, y eso me bastaba para sentirme viva, aunque no te lo demostrase...

—Me alegra escucharte.

—Quería ver el mar, nada más. Era un deseo muy fuerte que despertaba todos los días en mí una ansiedad localizada en los ojos, sobre todo en los ojos. El mar me escocía en los ojos. Por eso supe que cuando tú apareciste una soleada mañana, cargado hasta los topes con bolsas de grandes almacenes y paquetes con lazos de colores, y una enfermera me ayudó a probarme varios vestidos que me habías comprado, y nos aguardaba un coche de color negro en las afueras, en un jardín con palmeras de troncos muy delgados,

nos estaba esperando, al final del camino, el mar. Sólo podía ser el mar. Y te hice la pregunta de si nos íbamos al mar...

—Sí...

—Y tú respondiste que todo estaba preparado para iniciar el viaje a la *Isla al Norte de Å*.

Yo tampoco recuerdo muy bien el día en que abandonamos el aeropuerto de Madrid y cruzamos el cielo hasta Oslo. Como dije antes, he perdido la noción del tiempo. Creo que han pasado solsticios desde que perdí la noción de las cosas que me rodeaban. Tus derrumbes mentales seguían siendo frecuentes, aunque cada vez me resultaban más entrañables. Me hablabas y te acurrucabas para dormir en el primer hueco que te ofrecía mi cuerpo. Sin embargo, cada vez que recuperabas tus periodos de aparente lucidez, yo tenía la vívida sensación de que me entendías.

Aquella primera visión...

La aldea de Å estaba en el extremo del arpón de montañas lanzado hacia el oeste desde el Ártico, pensaba mientras surcábamos el mar de nubes y descubríamos los primeros fiordos. Ansiaba el momento de conocer a Roald.

En la capital de Noruega hicimos trasbordo y subimos a otro avión en el que volamos hasta Bødo, más allá de la línea del Círculo Polar Ártico. Era una mañana diáfana, de intenso azul. Desde la ventanilla del avión oteábamos la línea costera de Noruega y hasta las estelas de los barcos que respunteaban las oquedades de los fiordos. De vez en cuando abrías los ojos y a continuación los cerrabas. Mi obsesión era que no te faltaran las fuerzas, que ahorraras la energía suficiente para poder afrontar el gran viaje, y aprovechaba la mínima oportunidad de descanso para enseñarte algunos ejercicios de relajación que me había recomendado el doctor Uría. Cuando pronunciabas una frase completa me deslumbrabas.

Antes de aterrizar en Bødo te desperté para que vieras, en la curvatura de la bóveda celeste, la lanza partida, neolítica, de las islas Lofoten. Sonreíste con tal naturalidad que por un momento pensé que eras una mujer nueva. Enderezaste la cabeza un buen rato y yo adiviné que estabas recordando a tu tatarabuelo Gunnar la

primera vez que vio aquel espadón picudo entre la niebla. Te pregunté y respondiste moviendo la cabeza como un autómeta.

Nada más aterrizar en Bodo, un taxi nos condujo al hotel Viking, y después de dejar el equipaje en la habitación, te obligué a salir a la calle, a caminar en la tarde, junto a la gente, para que te sintieras una persona normal. Seguías atrincherada en tu hermetismo. Grupos de jóvenes, alborozados por la luz, bebían cervezas y cantaban. Entramos en unos grandes almacenes y compré varias prendas de abrigo, impermeables y plumíferos sobre todo. Debíamos estar preparados para resistir las más duras inclemencias del tiempo en el viaje a la *Isla al Norte de Å*. Te sentaste y me miraste abstraída, pero complacida. Empaquetaron aquellas prendas y regresamos al hotel. Los días de abril estaban expirando y aún hacía frío en el norte de Noruega. Sin embargo, se podía acariciar en el aire el buche cálido de la primavera. El ferry que cubría la línea marítima entre Bodo y Svolvær, capital de las islas Lofoten, partió al día siguiente, a primera hora de la mañana.

Sucedió, entonces, algo insospechado. Como llegamos media hora antes de que zarpara el barco, dimos un paseo por los muelles de Bodo. El fiordo era ancho y luminoso, no tan escarpado como otros que habíamos visto desde el aire el día anterior. Un bimotor planeó con estrépito sobre el aeropuerto, que estaba muy cerca, y al hacerlo saltaron al aire cientos de gaviotas que nos hicieron ensordecen con sus alaridos. Te quedaste un rato pensativa siguiendo las evoluciones de las aves en el cielo y empezaste a pronunciar una retahíla de nombres tan extraños que no logré retener ni uno solo de ellos. Sin salir de mi estupor, quise averiguar qué nombres eran aquellos que habías enunciado de golpe y sin pausa, pero, sobre todo, lo que más me inquietaba era saber si aquella reacción era la señal premonitoria de que tu curación estaba próxima. Algo era evidente: la presencia de las gaviotas había estimulado de manera extraordinaria tus sentidos, lo cual significaba que en tu mente se habían empezado a remover vivencias esenciales. Las imágenes de tu mundo ancestral y único regresaban al lugar de donde fueron arrojados por el trallazo del pánico. Ullr, Ymir, Buri, Bestla, Vé... Con cierta dificultad lograste explicarme que así se llamaban las veinte gaviotas que acompañaban a tu abuelo

Roald cuando salía a faenar cada día. Les puso nombres de dioses vikingos. Tú eras entonces una niña y estabas aprendiendo la geometría del vuelo de las aves, la arquitectura de sus trinos. Renacías.

Durante más de una hora mantuvimos la emoción de aproximarnos con lentitud a las islas Lofoten. Desde lejos, resultaban fantasmagóricas. Un interminable brazo de tierra adentrándose en el mar, de derecha a izquierda, como el descomunal esqueleto de un saurio con las vértebras al aire carcomidas. Finalmente, el ferry venció su quilla hacia delante y se dejó llevar por las aguas mansas del puerto de Svolvær. Junto al muelle, se extendía la terraza de un bar con mesas, jarras de cerveza y tazas de porcelana. Varios hombres se levantaron de sus sillas para no perderse detalle de las maniobras de atraque. Algunos niños saludaban con las manos a los pasajeros apostados en la cubierta del buque; sus gritos se confundían con el de las gaviotas.

Bödvar Sveinsson, tu padre, era uno de los hombres que aguardaba de pie al final de la escalerilla que un marinero tendió hasta el dique. Sin inmutarse, nos observó bajar. Tú te apoyabas en mi costado, sujetando con fuerza mi brazo. Cuando pisamos tierra, Bödvar se acercó y te acogió con dulzura, luego te besó en las mejillas y en el pelo, suelto, como ahora. Te tomaste tu tiempo dejándote acariciar por las manos de aquel hombre de porte austero y rostro inmovible surcado por decenas de arrugas. Cuando estrechó mi mano, sin pronunciar palabra, apuró el gesto con una tímida sonrisa. Era un hombre alto y corpulento, de mirada distante pero cálida. Lucía una barba entrecana bien cuidada y se cubría la cabeza con una gorra de pescador. Olía a mar y vestía una voluminosa cazadora de cuero. Yo adiviné en sus ojos un mensaje de gratitud cuando regresaste a mi lado y me agarraste la mano. Bödvar hizo entonces ademán de querer ayudarme a llevar el equipaje, pero yo no lo consentí. Luego me señaló con el índice dónde había aparcado el coche.

Caminamos en silencio unos minutos. Tú mirabas hacia todas partes, deseando recuperar imágenes y gozos. Creo que tu mirada palideció de repente, seguramente porque las sensaciones que se abrían paso al contacto de tu tierra encontraron alguna resistencia

que no sospechabas. Los comercios estaban abiertos y el bullicio reinaba en las calles. La atmósfera era limpia. Entre los tejados de las casas saltaban rayos de un sol de color naranja. Bödvar abrió el maletero del Golf y ajustó las maletas en el interior. “Nos queda más de una hora de camino”, dijo. Y añadió: “Roald lo tiene todo preparado. Quiere echarse a la mar cuanto antes, aprovechando el buen tiempo.” No respondí, pero me agradó escuchar aquellas palabras.

Poco a poco, el paisaje de Svolvær fue quedando atrás. Era una ciudad blanca, con un campanario en forma de aguja. Por encima de las casas más bajas sobresalían algunos mástiles de barcos zarandeados por la brisa. Al rato, nos adentramos por valles de un verde intenso lamiendo playas amarillas que se perdían a los pies de lejanas montañas aún cubiertas de nieve. Altas dunas crecían junto a la carretera y esbeltos puentes de singular diseño se arqueaban sobre los istmos, delgados como cinturas de abejas, que unían los labios del mar y de la tierra. La primavera había repintado las fachadas de las casas, con tejados a dos aguas y mirando al sur, siempre de cara al mar.

Subimos hasta lo alto de varias colinas y descendimos luego para adentrarnos en aldeas con casas de paredes granas asentadas sobre límpidas bahías. El mar se escondía y aparecía de nuevo entre afilados peñascos. Tras uno de esos recodos de la naturaleza, aparecieron los tejados de Å a modo de pequeñas barcazas de troncos flotando sobre la que parecía ser la última, la más alejada ensenada del planeta. En medio de una algarabía infernal de gaviotas, siempre las gaviotas, ejércitos de gaviotas atacando el aire, los arenques destripados se secaban al tibio sol junto al embarcadero en el que, reluciente como un diamante, estaba amarrado el *Ragnar II* con la cangreja aparejada, dispuesto a zarpar rumbo a lo desconocido.

Acabo de sentir un leve deslizamiento del timón a estribor; la nave se ha movido con repentina brusquedad y el mar tiembla bajo mis pies. Pensé por un momento que habíamos chocado con una roca o un banco de algas, tal vez con el lomo de una ballena, pues escuché a lo lejos algo parecido a un surtidor de agua y el ronquido

en la noche de un ser de raza superior. Cuando me incorporo para comprobar el origen de la perturbación, Freyja reacciona también, eleva su cabeza y sacude después la cascada de pelo que le cae por la espalda, sin soltarme del brazo.

La cangreja crepita en la botavara y me presto a tensarla, pero la mano extendida y enérgica de Roald me lo impide. El gigante acaba de aparecer junto al puente y me hace una señal para que siga en mi puesto junto a Freyja.

Al verlo avanzar entre dos luces y detenerse frente a las vergas que se cruzan, caigo en la cuenta de que es él, su paso, lo que zarandea la nave y conmueve la superficie del mar. También su respiración parece que despierta a la brisa.

Roald salta sobre la carlinga y en décimas de segundo logra situarse en el extremo de proa. Se comba para dejar en el suelo un cofre que lleva consigo. “Es el cofre en el que guarda sus tesoros”, me revela Freyja al oído. “Lo descubrí antes de que le venciera el sueño. Se recostó en el catre y leyó un buen rato. Es el manuscrito de Vilmond. El de Ármord lo sujetaba con la otra mano.”

Luego, Roald yergue su figura sobre lo alto del tajamar y su perfil se ennegrece en el contraluz. Me parece que fuerza la mandíbula cuando encara su inmovilidad ante la franja de luz en el horizonte y que agudiza la vista y el oído como si deseara captar el galope del viento del sol.

—Se acerca una aurora boreal —dice Freyja—. ¿Has presenciado alguna?

—Nunca.

—Transforman las mentes de quienes son sus testigos.

—¿Qué hace Roald? —pregunto.

—Escucha el avance de la luz.

—¿Cómo lo hace?

—Imita el sonido del viento solar. Cuando las luces nórdicas se acercan, les transmite mensajes. Ruega que aparezca pronto el búho níveo.

—El cielo empieza a cambiar.

Freyja se levanta y por un instante creo que pretende imitar a su abuelo Roald. Se adelanta unos pasos y se detiene ante el resplandor del fondo como si deseara escuchar la veloz carrera de

la luz que hace tiempo se inició junto a la corteza del sol. Las líneas de su cuerpo se recortan sobre la sombra que, a modo de un gigantesco embudo, proyecta la luz boreal sobre la noche. El mar está quieto, el barco se ha detenido. Sólo el cielo, diluido en capas, se desliza de un extremo a otro y luego regresa al punto en que partió.

Los ojos de Roald descubren algo en el libro que lee. Su voz se expande como un trueno:

—Guovssahasahguo.

Freyja se vuelve hacia mí y acomoda su frente en la curva de mi cuello. Siento en los latidos de su corazón una cadencia tan perfecta que sólo puede significar la complacencia de la plenitud.

—Habla a la luz que se oye —dice, sin perder de vista a Roald—. La palabra que has escuchado la acuñaron hace cientos de años los lapones de una tribu extinguida. La empleaban cuando las alas encendidas de un gigantesco pájaro prendían fuego al cielo. Pero no es lo que parece, amor mío. Lo que tiene las trazas de una fantasía se ha hecho ahora realidad. El vuelo de ese pájaro no es sino el conjunto de partículas de electrones y protones que viajan por el espacio, las nubes solares que levantan a su paso, y el momento en que ese conjunto de flamígeros rubíes y esmeraldas chocan con el escudo protector de la atmósfera y lo traspasan. A continuación, propagan su magia durante el descenso hasta la tierra. Cuando esto ocurre, todo se excita en el espacio, como cuando tu cuerpo se aproxima al mío y tu piel caliente roza mis poros y éstos se abren cuando los rozan. También el sol y el cielo se penetran y gimen placenteramente como amantes. Es el momento de la aurora...

—Guovssahasahguo —repite Roald mirando a lo alto.

Deja pasar un rato y luego dobla su cuerpo para meter en el cofre que ha dejado junto al tajar el libro que acaba de leer. Hurga en su interior y saca un objeto pesado y luminoso que identifico al instante.

—La Cruz Angélica —musito, sobrecogido.

—Recuerda que Runolf se la hizo llegar después de la muerte de Thor Thorgilsson —dice Freyja, emocionada.

Roald levanta la Cruz Angélica ante la cortina de fuego del horizonte. Una brisa imperceptible, llegada del extremo de la tierra,

balancea el barco.

—¿Nos ha rozado una ballena? —pregunto.

—Es posible.

El hemisferio norte está en llamas. Observo el espectáculo del cielo que se desgarran en lo más alto, justo en el momento en que surge de él una ráfaga de luz que cae sobre el océano y lo cubre todo. Sobreviene luego una silenciosa explosión de luz violeta, aún más densa que la anterior, que envuelve el espacio a modo de un gran manto de seda. Nada más desvanecerse, o cuando creíamos que iba a desaparecer, un círculo dorado se instala en el centro del firmamento cubriendo estrellas y constelaciones.

—Creo que no era una ballena.

—¿Qué, si no? —pregunta Freyja.

—Me inclino por pensar que se trata del efecto de las suaves olas de una barca que se desliza en la corriente. O quizá de una barca que avanza sobre el lomo de la ballena.

—Tal vez sean Thor Thorgilsson y Runolf que vienen a nuestro encuentro.

—Es posible.

Mis ojos deambulan por el inmenso estanque hasta descubrir una sombra cegadora.

—Son ellos —mis latidos se aceleran—. Los acompaña una tercera persona. Y una cuarta, tal vez.

—¿Quién crees tú que es?

—Es posible que uno de ellos sea Eyvindur, el hijo desaparecido de Thor. Se le parece tanto a su padre...

—¿Y el otro?

—Un ciego al que le brillan los ojos —respondo, exaltado por el descubrimiento.

—Escucha —dice Freyja, sellando sus labios con el índice de la mano derecha—. Algo se desliza en la luz.

—¡La mirada de Jorge Luis Borges!

—¿El poeta del *Libro de Arena*?

—El mismo. El Borges que no existió y que se alza en la oscuridad.

—¿Estás seguro?

—Es él.

—¡Los cuatro de la barca colgaron sus abrigos en el perchero de Hjalti!

—¡Son ellos!

Nada más pronunciar estas palabras, del vértice de la aurora boreal se propaga el vuelo de un ave blanca cuyas alas se tornan rojas al mezclar sus movimientos con el polvo del viento solar que cae sobre el barco.

—Guovssahasahguo —resuena de nuevo la voz de Roald. El vuelo del pájaro se refleja en las aguas.

—¡Es un búho níveo! —exclama Freyja.

No recuerdo cuántas auroras hace que zarpamos del embarcadero de Å y superamos la corriente del Maelstrom. Tal vez hayamos cumplido solsticios, como dije, pero no estoy perdido.

Sólo existe lo que imaginamos: las alas del búho níveo recitan sobre la proa del *cutter* un insólito vuelo; se pliegan sobre el mascarón a la manera de un ojo de profundidad abisal, y al batirse sin cesar en el espacio desprenden círculos de luz al ritmo que imprimen las percusiones del viento solar, cuyas finísimas láminas empiezo a distinguir una sobre otra. Cuando pienso en todos estos prodigios, me aferro al timón como si me fuera en ello el dominio de un mundo nuevo y verdadero.

Imagino —tengo, pues, la certeza— que el *Ragnar II*, a merced de la corriente inmóvil, navega en el tiempo en dirección a la isla a la que pronto arribaremos, impulsado por la luz nórdica. Ansiamos el instante en que nos salgan al encuentro los lobos de cola forrada de nieve. La rapaz blanca conoce el camino.

—¿Tú crees que eran ellos? —pregunto a Freyja. Es la duda que aún perturba mi mente.

—Sin duda —contesta ella, mirando hacia el punto donde se deslizaba la barca—. Nuestra primera impresión no nos engañó. Navegan sobre una ballena, y la violenta respiración del cetáceo nos asustó.

—Eran ellos, sí...

—Sin embargo... Runolf no ha muerto.

—Desapareció sin dejar rastro. Recuérdalo. Envió su abrigo para ser colgado del perchero.

—Pero nosotros estamos vivos.

—¿Vivos, dices?

—Tal vez hayamos muerto —dice Freyja.

—No, estamos vivos. Pero somos capaces de acceder al mundo de los muertos.

—¿Y sospechas que realmente es Borges el otro pasajero de esa barca errante que acabamos de avistar? —pregunta ella, manteniendo los ojos en un punto de la móvil oscuridad.

—Lo afirmo. Borges resucitó en Islandia. El resplandor de sus ojos lo delata como el vigía de la barca. Quizás haya colgado también su abrigo en el perchero de la casa de Hjalti.

—¿Los volveremos a ver?

—Seguro que nos encontraremos con ellos al final del camino, en las playas vírgenes de la isla.

El gesto de Freyja es el de un centinela presto a descubrir un mensaje en el viento:

—¿Crees que algún día podremos enviar nuestros abrigos para que cuelguen de ese perchero?

Un nudo de incontenible emoción me impide responder. Algo se mueve sobre el agua. Una ligera lámina dorada relumbra en la cola del cetáceo.

—Hasta aquí llegaron las chispas de los lobos blancos —digo, un tanto confundido por la visión y en voz baja.

Freyja gira su cabeza y la deja reposar en mi hombro.

—Tal vez esos lobos algún día no muy lejano nos presten sus pieles para elaborar nuestros abrigos.

Su mano descansa en la mía que empuña el timón. En el triángulo de proa, la cabeza de Roald se recorta sobre el fondo de la tormenta solar, que se torna apacible. También él ha visto la misteriosa barca cargada de sombras, pero no hace comentario alguno.

—¡Siguen de lejos el vuelo del búho níveo que hincha nuestras velas! —exclama Freyja.

—Creo que la ballena sobre la que se desliza su barca también conoce el final —adviento, perplejo.

—Fijaos bien en ella —se decide a hablar Roald—: es la ballena que figura en el escudo de armas de Ankhus. La que se muerde la

cola. ¡Los *Lottars* nos protegen con sus espadas de luz! Estamos en el buen camino.

Lo que parece el final es el principio. Las hojas del Libro que hay en mí se deshacen en pensamientos que no cesan de enhebrarse. Es lo que pregona el gigante Roald cuando eleva la Cruz Angélica por encima de su cabeza de demiurgo:

—“Las páginas que ahora se cierran son las que se abren, seguimos soñando nuestros sueños”.

—Entonces, ¡no hemos muerto! —proclamo, conmovido.